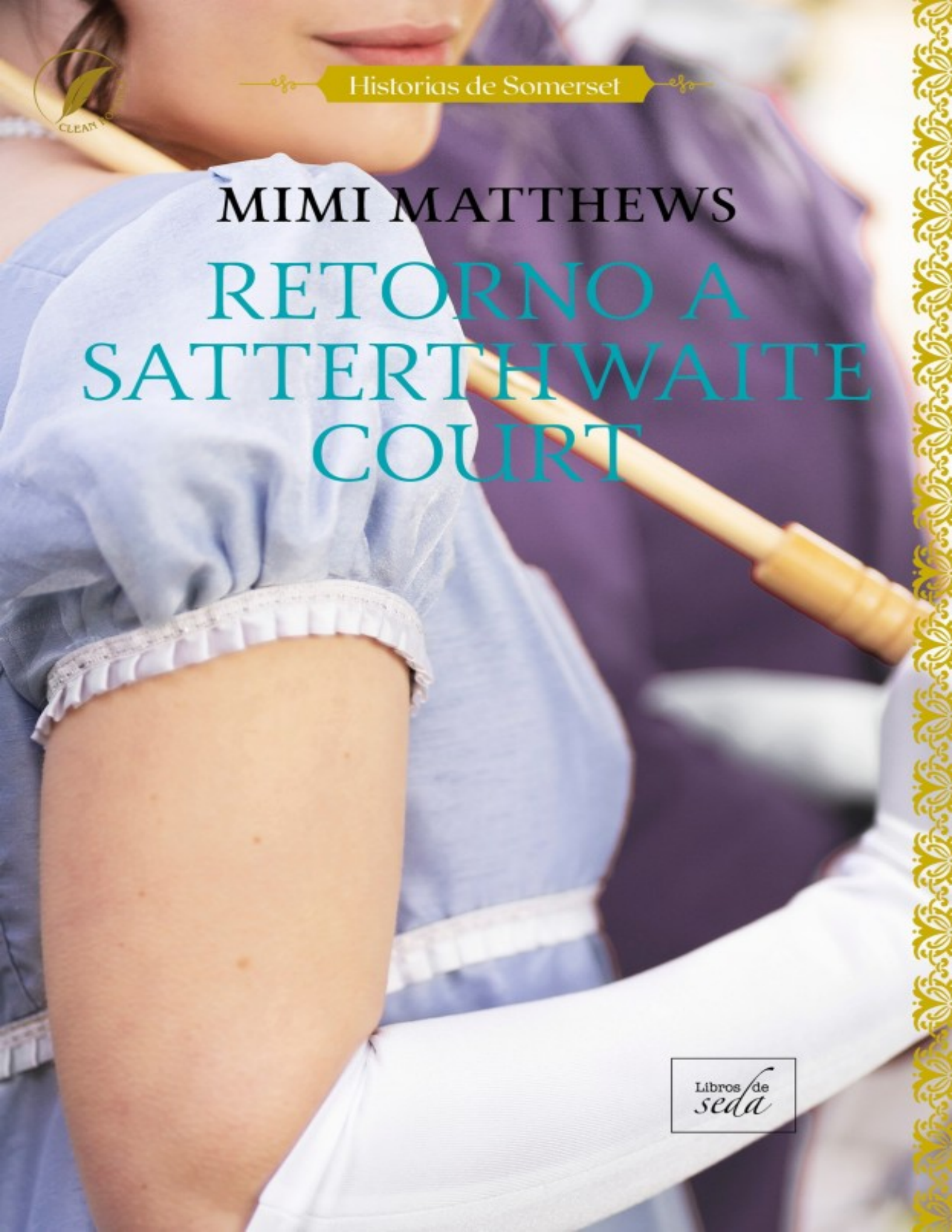
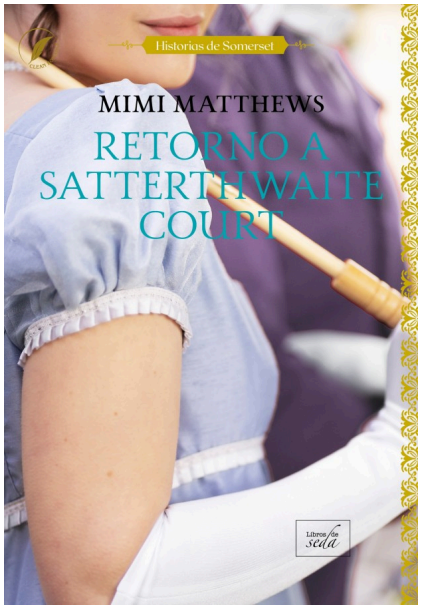

Historias de Somerset
MIMI MATTHEWS
RETORNO A SATTERTHWAITE COURT
Libros de seda



Copyright de la foto: © Privado

Mimi Matthews es una autora de *best sellers* del *USA Today*. Escribe tanto libros de historia de no ficción como novela romántica histórica ambientada en la época victoriana. Sus libros han recibido reseñas destacadas de *Publishers Weekly*, *Library Journal*, *Booklist*, *Kirkus*, y *Shelf Awareness*, y sus artículos han aparecido publicados en *Victorian Web*, el *Journal of Victorian Culture* y también en el *BUST Magazine*. Tiene además otra profesión, la de abogada. Vive en California con su familia, además de con un caballo andaluz de doma, un perro pastor de las Shetland y dos gatos siameses.



Un misterio de hace décadas, una heredera imprudente y un lugarteniente de la marina cuyo corazón no será tan fácil ganarse.

El lugarteniente Charles Heywood ya está harto de batallas. Cansado y desilusionado, vuelve a Inglaterra para establecerse en el campo y llevar una vida tranquila. Pero la hacienda que desea está plagada de secretos, algunos de los cuales podrían resultar… peligrosos. Si quiere desentrañarlos, necesitará ayuda.

Lady Katherine Beresford solo tiene veinte años y ya se ha ganado una reputación escandalosa: sabe montar, disparar y nunca se le ha antojado un caballero al que no pudiera conquistar… hasta ahora. Pero no, no se dejará intimidar por ese soldado de cabello negro azabache porque ¿acaso un alma débil podría conquistar a un caballero apuesto?

MIMI MATTHEWS

RETORNO A SATTERTHWAITE COURT

Libros de seda

Retorno a Satterthwaite Court, libro 3 de la serie *Historias de Somerset*

Título original: *Return to Satterthwaite Court, Somerset Stories 3*

Return to Satterthwaite Court copyright © 2023 by Mimi Matthews
Translation rights arranged by Taryn Fagerness Agency and Sandra Bruna Agencia Literaria, SL
All rights reserved

© de la traducción: Emilio Vadillo

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
@librosdeseda
@librosdesedaeditorial
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Gemma Martínez
Maquetación: @isabela-g
Conversión en epub: Álvaro López López
Imagen de la cubierta: ©Laura Ranftler /Arcangel Images

Primera edición digital: abril de 2026

ISBN: 978-84-10481-49-7

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Ninguna parte de este libro puede usarse o reproducirse de ninguna manera con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo
Nota de la autora
Reconocimientos

Para todas las lectoras maravillosas
que me animasteis y apoyasteis durante un año difícil.
Esta historia es para vosotras.



Capítulo 1

Londres
Diciembre de 1843

El teniente Charles Heywood se detuvo frente al escaparate, enmarcado en hiedra y ramas de acebo, del establecimiento de una modista. Estaba a punto de entrar, con la intención de comprar algún regalo de Navidad para su madre y su hermana menor, cuando un perro callejero de pelaje grisáceo lo adelantó corriendo como si le fuera la vida en ello.

Era un día de mucho ajetreo en la calle Bond. Multitud de personas habían salido de compras y, protegidas del frío intenso con abrigos gruesos, bufandas y guantes, recorrían la calle de arriba abajo. Muchos llevaban paquetes en las manos y de la boca les surgía vaho al respirar el aire helado de diciembre. En el tráfico vespertino incesante, coches de punto y carruajes hacían lo imposible para evitar choques y para pasar entre los viandantes sin atropellarlos, aunque las salpicaduras de barro eran inevitables. Los cocheros se peleaban a la hora de encontrar un sitio donde detenerse lo más cerca posible de las tiendas. Los peatones cruzaban la calle, en muchos casos poniendo en riesgo su bienestar físico.

Pero el can en cuestión no tuvo el menor cuidado. Siguió corriendo y colocándose en la trayectoria de los carruajes que llegaban a bastante velocidad, al parecer empeñado en que le pasaran por encima las ruedas de alguno. Charles no lo dudó y se lanzó a la calzada, y uno estuvo a punto de atropellarlo y otros lo esquivaron como pudieron también. Un caballo frenó en seco y con los cascos

salpicó un pegote de barro que fue a parar a su abrigo.

—¡Maldito perro enloquecido! —gritó uno de los conductores.

Charles no se detuvo para pedir disculpas. El perro seguía avanzando y él corría detrás.

El joven tenía muchos defectos, eso era innegable, pero ninguno lo llevaba a evitar su condición natural de hombre de acción. Durante el tiempo que había estado fuera de Inglaterra se había ganado la reputación de ser eso, entre otras cosas. Habían sido ocho años sirviendo en la Marina de Su Majestad, siempre presto a situarse en primera línea de combate, desafiando el riesgo de caer o de perder algún miembro en la batalla. Se trataba de una cualidad que ahora, cuando por fin había regresado, procuraba dejar atrás. Ya bastaba de aventuras de capa y espada. Deseaba de veras establecerse y empezar a llevar una vida tranquila y sin sobresaltos.

Su barco había atracado en Londres la mañana anterior y la estancia en la capital iba a ser muy breve. Al día siguiente se pondría en camino para reunirse con sus padres y su hermana en Heywood House, la residencia familiar, situada en el condado de Somerset. Llevaba mucho tiempo esperando ese encuentro, pero iba a resultarle difícil.

Tras dejar Somerset, hacía ya ocho años, solo había visto a su familia un puñado de veces, las pocas en las que había disfrutado de un permiso. Desde la última visita habían pasado nada menos que cuatro años. Y durante ese encuentro Charles y su padre habían discutido con acritud. Para empezar, su progenitor nunca quiso que fuera militar ni marino, no deseaba que arriesgara la vida y la integridad física al servicio de la Corona. De hecho, hasta le había prohibido alistarse.

Pero, en ese momento, Charles ni se acordó de eso. Ni tampoco de los regalos de Navidad que tenía que comprar, en un esfuerzo por que los presentes suavizaran el dolor que su ausencia había causado a la familia. Solo tenía en la cabeza el peligro que corría el perro. Intentó agarrar al embarrado animal, pero la bestezuela se le escabulló de entre las manos y siguió sorteando, por centímetros, vehículos y semovientes.

El can continuó su loca carrera sin importarle el peligro que corría de ser arrollado por ruedas o cascos. Era una locura típica de algunas criaturas. Charles ya la había observado con anterioridad. Se había criado en el campo, rodeado de una jauría revoltosa que había reunido su madre, un grupo variopinto de perros de linajes dudosos y caracteres contrapuestos, y había aprendido casi desde la cuna a

considerar sus amigos a los animales, tanto en los buenos momentos como en los malos.

En todo caso, ese en particular no parecía sera amigo de nadie ni albergar ningún tipo de consideración por el género humano. Una vez hubo alcanzado milagrosamente el otro lado de la acera, vadeó a la multitud y centró la atención en enfrentarse a los viandantes; de hecho, pese a su pequeñez y su poco peso, enseñó los dientes de forma muy amenazadora, gruñendo y con los ojos fieros fijos en las faldas de una dama.

—¡Fuera de aquí, perro asqueroso! —La dama, entrada en años, con un sombrero presidido por una pluma, intentó golpearlo con su paraguas festoneado de seda—. ¡Haga algo, Smithers! —le ordenó al lacayo de librea que la acompañaba—, ¡antes de que esta bestia me destroce el dobladillo!

El lacayo, obediente, intentó darle una patada al animal para mandarlo de nuevo al centro de la calzada. Pero el enjuto can era más listo que el hambre. Esquivó con facilidad la bota del criado y centró la atención en otro par de paseantes que tenía ante sí: dos señoritas elegantes que caminaban tomadas del brazo. Fijó los ojos de lince en las faldas amplias y acampanadas de terciopelo del costoso vestido de paseo que lucía la dama de menor estatura. Estaba claro que lo único que tenía en mente era sembrar el caos.

Con un suspiro de resignación, Charles se dispuso a intervenir. La verdad era que pensaba más en el perro que en la joven, lo cual era un defecto grave que se le había manifestado ya en la más tierna infancia. Su interés por los animales superaba con creces el que sentía por el bienestar de los seres humanos.

—Disculpe, señorita —empezó.

La joven de la falda de terciopelo se volvió a mirarlo en el preciso momento en el que el perrito cerraba los dientes sobre el dobladillo. La chica, sorprendida, abrió mucho los ojos.

Unos ojos azules. De un azul imposible.

La frase de advertencia de Charles se evaporó antes de que la pronunciara. Durante un instante, hasta se olvidó de dónde estaba.

No era inmune a una cara bonita, pero tampoco un muchacho recién salido del cascarón. Tenía casi veintinueve años y el servicio de marinería lo había hecho crecer en dureza y experiencia. De hecho, había conocido y se había relacionado con muchas mujeres bellas a lo largo de su vida.

No obstante, tenía que reconocer que esta joven era algo fuera de lo común. Y no solo por el azul extraordinario de sus ojos, tan intenso y aterciopelado como la

tela de su falda; también por la perfección de su semblante, de un tono marfil inmaculado ligeramente rosado. Pero no parecía ser débil ni asustadiza, a juzgar por su expresión. El arco de las cejas color visón denotaba fuerza, igual que el perfil de la mandíbula; una fuerza que suavizaban la curva voluptuosa de la boca y el hoyuelo atractivo de la barbilla. Había oído que a ese rasgo lo llamaban la huella de Cupido y que era signo de una naturaleza audaz y sensual.

Le costó un gran esfuerzo no quedarse mirándola con fijeza ni hacer una lista mental de cada rasgo y cada expresión vívida de aquel rostro.

Si ella se había dado cuenta del efecto que había causado en él, no lo manifestó. Desvió la mirada de inmediato hacia el perro agresivo y ruidoso, que ahora parecía pegado al dobladillo de la falda. Esbozó una sonrisa mínima y sorprendida.

—Chico malo. —Estiró el brazo con elegancia para apartar con la mano al animal—. No debes ir por ahí mordiendo faldas.

—¡No lo toque! —ordenó Charles.

La joven más alta hizo un gesto de sorpresa al oírlo. Lógico. Fue el mismo tono de voz que utilizaba en la cubierta del *Intrepid,* el buque de guerra de la Marina británica; un tono capaz de convertir a sus subordinados en marineros obedientes y listos para la acción.

Pero la joven de los ojos azules ni se inmutó.

—¡Tonterías! —Siguió intentando acariciar al animal—. No es más que un perrito juguetón. No tiene malas intenciones…

En un visto y no visto, el chucho respondió al gesto de la dama de una forma que ella no esperaba: le hundió los dientes en los dedos enguantados.

—¡Ay! —Retiró la mano de inmediato con un grito de sorpresa. La piel fina del guante se había desgarrado y dejaba ver que del dedo expuesto brotaba una gota de sangre, el rojo resultaba llamativo sobre la piel clara.

A Charles se le encogió el estómago al verlo. Se quitó el abrigo enseguida y lo arrojó sobre el perro, que no paraba de ladrar. Después levantó el abrigo, con el perro envuelto en él, como si fuera una manta, y lo sujetó entre los brazos.

Sabía que envolver con algo blando a un animal agresivo obraba milagros sobre él. Y en ese caso también funcionó. El can, de entrada, se rebeló contra la cautividad impuesta, pero al cabo de unos segundos dejó de debatirse para disfrutar de la suavidad y calidez de la envoltura.

Unos cuantos transeúntes se detuvieron a mirar y los rodearon para intentar enterarse de qué era lo que había causado la conmoción.

—¡Me ha mordido! —constató asombrada la joven de ojos azules.

—Le advertí que no lo tocara —espetó Charles—. Si me hubiera hecho caso...

—Por favor, caballero —intervino la amiga—. ¿No se da cuenta de que tiene una herida?

La mujer mayor a la que había acosado el perro, seguida de cerca por su belicoso lacayo, se abrió paso entre el gentío que se iba acumulando. La dama agitaba el paraguas como una reina enfadada agitaría su cetro ante los súbditos.

—¡Llamen al agente de la autoridad! Este perro es una amenaza.

—¡Podría tener hidrofobia! —indicó el lacayo, aunque sin acercarse mucho—. Y acaba de morder a esta pobre joven.

—¡Un ataque sin mediar provocación! —insistió la dama de edad—. ¡Lo que demuestra que este animal está rabioso!

Charles musitó un juramento para sí.

—No tiene hidrofobia —aseguró, apretando contra él al perrito—. Y, aunque la tuviera y se la hubiese contagiado a la joven, la culpa la tendría ella, no el animal.

—No me dan miedo los perros —replicó con aspereza la joven de ojos azules—. Ni tampoco los rasguños insignificantes.

—¡Pero Kate! —La joven más alta tenía los ojos barnizados de lágrimas no vertidas—. ¡Estás sangrando!

—No es nada —insistió la joven. Kate, es de suponer.

Charles notó una especie de pinchazo en el corazón que lo sorprendió por peculiar e inhabitual en él. Sacó un pañuelo de lino del bolsillo del chaleco, gracias a Dios estaba limpio y planchado, y se lo ofreció a la damita.

—En efecto, es solo un rasguño insignificante, pero quizá debería vendarlo para que deje de sangrar. —La voz le salió algo ronca.

La chica aceptó el pañuelo y lo utilizó para enjugar la gota de sangre del dedo.

—Es usted muy amable —le agradeció con cierta sequedad.

—Es su obligación, si el perro le pertenece —apuntó la amiga.

Kate lo miró con gesto retador.

—¿El perro es suyo?

—¡Este animal no es de nadie! —declaró la dama del paraguas—. Se trata de un perro callejero, es evidente.

—Está sucísimo —observó la amiga—. ¡Y huele muy mal!

Charles tenía que reconocer que eso era cierto. El hedor del pelaje embarrado había impregnado el abrigo. Era evidente que tendría que quemar la prenda. Y en cuanto al perro...

—He de reconocer que está muy desmejorado —admitió Charles—. Acaba de llegar en un barco desde España. Los marineros tendrían que haber tenido más cuidado con él.

—¿Desde España? —repitió la mujer mayor con tono de profundo desdén—. ¿Este chucho?

—Así es, señora. Es un cruce inhabitual, uno de los pocos que quedan de su especie. ¿Por qué cree si no que iba tras él? —Charles no pudo por menos que hacer una mueca tras una mentira tan descarada. Pero era por una buena causa. Dado el caos que había producido el perro, la dama estaba a segundos de reclamar el sacrificio de la pobre criatura.

—¿Entonces es suyo? —insistió Kate.

—Sí —respondió Charles con convicción—. Es mío. Y ahora, si no les importa, voy a llevármelo a casa.

La joven no dejó de mirarlo, como si lo que había dicho la hubiera dejado tan perpleja como intrigada.

—Pues sí, señor, lléveselo —dijo por fin—. Antes de que llegue un agente.

No hubo que decírselo dos veces. Se despidió de las tres damas con inclinaciones de cabeza brevísimas y algo rígidas, y salió andando a grandes zancadas entre la multitud creciente meciendo entre los brazos al perro gruñón y maleducado.

No iba a ser una buena idea llevarlo al hotel Grillon. Pero daba igual. Veinticuatro horas más tarde, Charles ya estaría en casa. Una vez allí, su madre y su hermana se harían cargo. Un perro callejero londinense medio muerto de hambre no era el regalo de Navidad más adecuado, pero, conociendo el apego de ambas a la especie canina, tal vez el animalito podía llegar a convertirse en el presente ideal.

* * *

Lady Katherine Beresford se quedó mirando cómo el caballero, alto y de pelo negro, se alejaba por la calle Bond y desaparecía entre la multitud.

El abrigo que llevaba al llegar le hacía la figura grande e imponente, y cuando se lo quitó esa impresión no desapareció, sino todo lo contrario.

Vestía por completo de negro: pantalones de lana, casaca y chaleco negros, y un pañuelo de cuello del mismo color con lunares mínimos gris oscuro. Estaba muy bronceado, cosa muy extraña a esas alturas del año; no había parado de llover durante las últimas semanas. Seguro que acababa de regresar de algún destino en

el que hacía mejor tiempo. Parecía una persona que pasaba la mayor parte del día a la intemperie y a la que le gustaban los deportes, como la equitación, la esgrima y el boxeo. El corte de la casaca resaltaba la anchura de los hombros y le daba una presencia magnífica.

—Qué individuo tan maleducado —opinó Christine, de pie junto a Kate, con un gesto que resultaba la viva imagen del enfado femenino.

Christine, la hija mayor de lord y lady Mattingly, era tan sensata como Kate imprudente. El mes anterior se había hecho público su compromiso con un *baronet* bastante mayor que ella. Se trataba de un caballero bastante aburrido, pero que hacía feliz a Christine, quien se sentía orgullosa de su forma pragmática de encarar el futuro. Era una cualidad que había heredado de Jane, su igual de pragmática madre.

La tía Jane, como llamaba Kate a lady Mattingly, era la mejor y más antigua amiga de la madre de Kate. Era ella quien las había llevado de compras. Se habían separado para que se comprara un sombrero mientras ellas iban a probarse a la modista. Kate y Christine regresaban para volver a encontrarse con ella en la sombrerería en el momento en el que apareció el agresivo perrito.

Una vez finalizado el espectáculo, el nutrido grupo de mirones se dispersó. La metomentodo del paraguas también se alejó, no sin antes emitir un último gruñido de queja.

—Sí, desde luego que lo era —Kate mostró su acuerdo una vez que Christine y ella se quedaron de nuevo solas—, pero también atractivo.

De hecho, Kate no recordaba haber visto en su vida un hombre tan apuesto. Ni durante la temporada ni en el campo, donde vivía rodeada de sus fornidos hermanos mayores, todos con el pelo dorado y los ojos grises como el hielo heredados de su formidable progenitor.

En ese momento, el padre, la madre y los hermanos de Kate permanecían en la hacienda familiar del condado de Somerset, un lugar precioso. Kate había pasado en ella una gran parte de su niñez, retozando y dando brincos entre los campos cubiertos de nomeolvides. También allí se habían conocido y enamorado sus padres siendo niños. Era un lugar muy especial al que volvían constantemente con Kate y sus hermanos.

En los últimos tiempos, las visitas se habían espaciado mucho por una buena razón. Tras la muerte del bisabuelo de Kate el año anterior, su padre había perdido el título de cortesía que ostentaba como heredero al condado. Había dejado de ser el vizconde de St. Clare para convertirse en el conde de Allendale.

Como consecuencia, la familia residía ahora casi siempre en Worth House, en Hertfordshire, la sede del título nobiliario.

Formaban un grupo familiar muy unido aunque un tanto alejado de los círculos sociales. Los rumores relacionados con el pasado seguían asomando de vez en cuando: se decía que su padre era hijo ilegítimo y que el título que había heredado no era suyo en realidad, sino que tendría que pertenecerle por derecho a un primo lejano suyo, bastante odioso, por cierto.

Esa era la razón por la que Kate estaba en Londres sola en lugar de con sus padres y hermanos. Su madre había pensado que era preferible que fuera la tía Jane quien la presentara en sociedad. Y eso había hecho, pero con un resultado desastroso. Seis meses más tarde, con la temporada finalizada, Kate seguía soltera. Y también ingobernable. Al día siguiente viajaría a Somerset para pasar la Navidad con su familia, ya que no había conseguido el objetivo que sus padres deseaban para ella.

Kate se ató con más fuerza el pañuelo del caballero alrededor del dedo, que aún notaba palpitante. Hizo una mueca pensativa.

Era demasiado obstinada, ahí radicaba su problema. Y ningún caballero al uso quería encadenarse a una esposa difícil, daba igual lo hermosa que fuera. Los hombres de la alta sociedad londinense querían esposas dóciles y recatadas, deseosas y hasta felices de ocultar el intelecto y la personalidad, de modo que las características de ellos pudieran brillar con fuerza. Y eso Kate no lo aguantaría de ninguna manera.

Y, de todos modos, ¿qué clase de hombre era aquel al que le asustaba, intimidaba o molestaba una mujer por el simple hecho de que pudiera rivalizar con él en la capacidad de razonar y de actuar? Esos hombres no merecían la pena, al menos en lo que a ella se refería.

—¿Cómo puedes decir que es atractivo con esa forma de actuar tan desagradable? Ha sido imperdonable —afirmó Christine muy sorprendida—. Maleducado, entrometido y del todo...

—Atractivo —insistió Kate—. ¿Cómo es que no lo hemos visto antes?

—Porque no es un caballero, claro.

—Yo creo que sí. Habla bien. ¿Y no te has fijado en cómo se comporta?

—Pues no, lo siento. —Christine echó a andar de nuevo por la calle Bond—. Estaba distraída con ese perro suyo hidrofóbico que te ha mordido.

Kate adaptó su paso al de su amiga.

—El perro no era suyo.

—Él dijo que lo era —replicó Christine.

—Mintió.

—Pues no sé por qué iba a hacerlo. Si no era el dueño del perro, ¿por qué se puso a defenderlo? ¿Qué ganaba haciéndolo, y encima llevándoselo en brazos?

Kate se recogió las amplias faldas para esquivar un charco.

—Pues para rescatarlo, está muy claro.

Christine la miró de hito en hito.

—¿Él? ¿A un perro callejero?

—Sí, claro que sí. Maleducado, entrometido, atractivo y..., al parecer, sensible hasta un punto cercano a la temeridad. O eso es lo que parece. Al menos con los perros —concluyó Kate sonriente.

Christine frunció el ceño, pensativa.

—Me pregunto quién podrá ser.

—No tengo la menor idea. —Kate cuadró los hombros con firmeza—. Pero estoy decidida a averiguarlo.



Capítulo 2

El señor Elías Catmull permanecía de pie en medio de la lujosa sala de estar de lord y lady Mattingly. Se trataba de un caballero delgado, de rasgos angulosos y ojos más juntos, penetrantes, astutos y evaluativos de lo normal. Era uno de los admiradores más rendidos de Kate. Y también el más insistente y molesto. A sus veintisiete años escasos, ya tenía el aire de condescendencia de un caballero diez o veinte años mayor... y la calva correspondiente en la coronilla.

—Les ruego que perdonen lo impulsivo de mi visita —dijo, frunciendo los labios en lo que pretendió ser una sonrisa—, pero no podía permitir que dejasen Londres sin presentarles mis respetos una vez más y desearles un viaje agradable y sin contratiempos.

Kate acentuó la dureza de su expresión. ¡Y tan impulsivo!

Se habían conocido al inicio de la temporada. Catmull era socio de negocios del prometido de Christine y se las había apañado para conseguir que le presentaran a Kate en su debut. Después, no había faltado a ninguna de las reuniones a las que la joven había acudido. De hecho, se había cruzado con ella con una frecuencia excesiva: no solo en los bailes, las sesiones musicales y los estrenos de obras de teatro, sino también en las tiendas y en los paseos por el parque. La joven hasta había sospechado en algún momento que la acechaba. Los vividores empobrecidos empleaban a menudo la táctica del acoso con las jóvenes herederas, intentaban hallarlas en situación de vulnerabilidad para así comprometerlas. Pero, aunque Kate era sin lugar a dudas una heredera interesante, al señor Catmull no le faltaba el dinero, todo lo contrario. O al menos no que ella supiera.

Fueran sus motivos los que fuesen, los encuentros habían servido para que la

joven se formara una opinión clara del caballero. Kate se daba cuenta de que, con su mirada taimada y esos modales invasivos, Elías Catmull era tan peligroso y calculador como una víbora venenosa reptando por la hierba.

En cualquier caso, se podía decir que en esos momentos el individuo era la última de las preocupaciones de Kate. Inquieta, se acercó a la ventana con cortinas color vino, atendiendo solo a medias al parlamento del individuo. Se cubría hombros y brazos con un chal ligero de lana de cachemira aunque no necesitaba la tibieza que le aportaba. Aún le ardían las mejillas tras el sermón que le había dedicado la tía Jane en el carruaje, camino de casa.

Al parecer, Kate había vuelto a equivocarse, no solo intentando acariciarle la cabeza a ese pobre perro callejero miserable, sino por permitirse participar en un espectáculo público ridículo.

Según la tía Jane, los cotillas se centraban justo en ese tipo de asuntos. En otras palabras, era un cuento jugoso que añadir al catálogo creciente de historias truculentas sobre la extravagancia de Kate que ya circulaban por las reuniones sociales, las salas de estar y los clubes de caballeros de Londres. Había varias: la participación de Kate en un concurso de tiro en el parque Heath, al amanecer y sin acompañante (cierto), un desafío a caballo en Rotten Row con la amante de un marqués (cierto en parte) y un encuentro muy comentado en una biblioteca a la luz de las velas con el hijo menor del duque de Whitney (rotundamente falso, ¡como si Kate fuera a dignarse besar a un personaje tan aburrido y descerebrado!).

Pero la verdad era mucho menos interesante que los relatos ficticios. Y la alta sociedad siempre estaba dispuesta a tragarse lo que fuera cuando se trataba de mancillar la reputación de una dama, y más si dicha dama pertenecía a una familia ya conocida y notoria por su trayectoria escabrosa. Siempre según los cotillas, claro.

Todo eso al señor Catmull no parecía importarle lo más mínimo. El odioso individuo había esperado durante un buen rato en la sala de estar a que Kate volviera de las compras, decidido una vez más a llamarle la atención. No parecía importarle que lo hubiera rechazado docenas de veces. Los sentimientos de la joven respecto a él no le importaban lo más mínimo. Nunca había tenido en cuenta las opiniones de las mujeres y ese caso no iba a ser una excepción.

Kate no estaba de humor para aguantar sus intentos empalagosos y torpes.

—No tendría que haberse molestado —dijo—. Por lo que recuerdo, me transmitió exactamente lo mismo la última vez que nos vimos.

—Sí, en la *soirée* de lady Billingham —indicó el señor Catmull—. Atribuí sus

palabras descorazonadoras a la multitud opresiva que nos rodeaba. Me di cuenta de que estaba muy incómoda e inquieta por el calor que hacía, y de que no pensaba con claridad. Suele ocurrirle a las damas cuando se ponen demasiado nerviosas.

—Me encontraba muy bien, se lo aseguro —replicó Kate con tono de hartazgo —. Mire, señor, no sé qué hacer ya para decírselo con más claridad...

—Tengo entendido que va a volver en febrero para acudir al baile de lady Chesham, ¿no es así?

Kate estaba asombrada. ¿Cómo demonios se había enterado de eso? Había aceptado la invitación hacía menos de una semana debido a la presión a la que la habían sometido la tía Jane y Christine. La duquesa viuda de Chesham iba a dar un baile de lo más extravagante y fuera de temporada para celebrar su sesenta cumpleaños. Se rumoreaba que iban a asistir algunos miembros de la familia real, tal vez incluso la propia reina. Se trataba, pues, de un acontecimiento que no tenía que perderse nadie, y menos una joven cuya familia deseaba lograr un compromiso de matrimonio para ella.

—Sí —reconoció.

—Y después se quedará para participar en la temporada.

Apretó los dientes.

—Podría ser.

¡Qué individuo tan odioso y malintencionado! ¿Cómo se atrevía a hacer referencia al hecho de que tendría que embarcarse en una nueva temporada?

—En ese caso, mantendré las esperanzas. —Hizo una inclinación de cabeza—. No soy un hombre que renuncie con facilidad, milady. Pregunte a cualquiera que haya hecho negocios conmigo y podrá comprobarlo. Siempre logro mi propósito, de una forma u otra. Sería bueno para usted que se hiciera a la idea.

Kate se mordió la lengua y el señor Catmull se marchó.

¿Hacerse a la idea? ¡Ni por todo el oro del mundo!

Elías Catmull era un compendio de todo lo que aborrecía en los hombres: controlador, dominante, entrometido y dispuesto a tratar a las mujeres, en este caso a ella, como a un objeto de porcelana con el que adornar una estantería o la repisa de la chimenea.

Kate tenía la sospecha de que el tipo estaría dispuesto a hacer lo que fuera para obtener su mano, aunque tuviese que recurrir a trampas o trucos inconfesables. De hecho, le parecía que el señor Catmull era bastante dado a ese tipo de comportamientos en los negocios. Odiaba quedarse sola con ese hombre.

En cuanto Catmull se marchó, Christine entró en la sala de estar y le dirigió a Kate una sonrisa de disculpa.

—No me gusta interrumpir.

—Pues habría querido que lo hicieras —declaró con sinceridad.

—¿Qué quería?

—Me quería a mí. —Se volvió hacia la ventana—. Solo el cielo sabe por qué. Le he manifestado el disgusto que me produce de todas las maneras posibles.

—Es un tipo rarísimo —reconoció Christine—, pero su fortuna es considerable. He oído decir que tiene un tío vizconde.

—Yo lo he oído también..., me lo dijo él —indicó Kate.

—Quiere impresionarte.

—¿Presumiendo de insignificancias? —Dio un bufido—. Prefiero a los hombres que demuestran su valor con hechos, no con palabras.

—Muchos de tus pretendientes lo han intentado —repuso Christine.

—Sí, pero de forma aburrida y demasiado evidente. —Se apretó el chal alrededor de los hombros—. Si encontrara a un caballero que mereciera la pena de verdad, un hombre de carácter noble y convicciones firmes, capaz de ser de verdad un héroe en lugar de representar el papel a su conveniencia personal..., ese sería el hombre con el que me casaría.

Christine hizo un gesto claro de desaprobación.

—Espero que no estés refiriéndote a ese individuo tan maleducado de la calle Bond.

Kate frunció el ceño. En realidad, no había vuelto a pensar en ese hombre. Pero ahora que lo mencionaba su amiga... Lo que había hecho ese caballero había sido heroico. Y era más que evidente que no había actuado así para impresionar ni a Kate ni a nadie.

También ayudaba que era de lo más atractivo. Y que su voz profunda y autoritaria le había producido un temblor delicioso en la columna vertebral. ¡Ojalá hubiera tenido la presencia de ánimo suficiente como para preguntarle su nombre!

—No, no me refiero a él en concreto —aclaró—. Me limito a describir mi ideal. Que, por cierto, aún no ha aparecido en ningún encuentro social, debo añadir. De haber sido así, en estos momentos ya estaría felizmente prometida, como tú, en lugar de ser una decepción perpetua para todas las personas que me conocen.

—No eres ninguna decepción —protestó Christine mientras se reunía con ella junto a la ventana—. No te tomes tan a pecho la reprimenda de mi madre.

—Entonces, ¿cómo me la tengo que tomar? Y, además, el caso es que tiene toda la razón. Siempre hago cosas que me traen mala fama.

—No ha sido solo culpa tuya —razonó Christine—. Fue la otra dama la que empeoró lo sucedido, gritando como una posesa y moviendo el paraguas como si fuera un sable hasta que toda la calle se acercó a mirar. Cuando se marchó, creí que la cosa quedaría ahí y no trascendería. No pensaba que mi madre fuera a enterarse.

—Ni yo tampoco —coincidió Kate con aire sombrío.

Tras el incidente, apenas habían avanzado unos pasos por la calle Bond cuando se encontraron con la tía Jane, que venía de la sombrerería. Tras hacerse una idea de la situación, condujo a las jóvenes a toda prisa al carruaje y ordenó al cochero que las llevara a casa.

—Se culpa a sí misma —explicó Christine—. Durante los pocos minutos que nos dejó solas, dio tiempo a que te atacara un perro enloquecido, a que hablaras en la calle con un extraño y a que llamaras la atención de forma negativa a los transeúntes.

—Escándalo tras escándalo —murmuró Kate entre dientes—. Parece que no puedo librarme de ellos. —Apoyó la cadera en el alféizar de la ventana—. Supongo que debo dar gracias por que la historia aún no haya llegado a oídos de mis padres.

—En cuanto a eso... —Christine le dio un toquecito de ánimo en el brazo—. Me temo que mi madre le está escribiendo en estos momentos a la tuya para contarle lo ocurrido con todos los detalles. Seguro que la carta llegará a Somerset antes que tú.

—¡Vaya por Dios! —Los ya escasos ánimos de Kate se redujeron todavía más.

Sus padres no la reñirían demasiado por su comportamiento. Casi nunca lo hacían. Pero Kate sabía muy bien cuándo se equivocaba, y también cuándo sufrían por lo que ella había hecho mal.

—No creo que importe mucho al final. —Levantó el dedo lastimado por la mordedura. El pañuelo del caballero seguía rodeándolo, muy bien sujeto—. No hubiera podido mantener la historia en secreto, sobre todo teniendo que explicar esto.

Christine hizo un gesto de comprensión.

—Me asombra que el señor Catmull no haya insistido en llamar a un cirujano.

Kate soltó un gruñido.

—Ni se le ocurren ese tipo de cosas. Solo se fija en mi cara y en mi figura. El

resto de mi persona no le merece ninguna atención.

—¡Qué tipo tan estúpido! Vamos a la cocina para que la cocinera te cure la herida y te ponga un vendaje como Dios manda.

Kate no pensaba renunciar con tanta facilidad a la contribución del caballero atractivo.

—No hacer falta. Este pañuelo es de lo más apropiado. —Lo desenrolló con lentitud e hizo una mueca de dolor cuando la sangre seca pegada a la tela se desprendió de la herida—. El lino es de muy buena calidad. —Lo examinó más de cerca—. Y, mira, parece que hay un monograma bordado.

Christine se acercó a mirarlo.

—C. H. —leyó—. El bordado es excepcional.

—Lo ha hecho una mujer —declaró Kate—. Su esposa, me atrevería a decir.

—¿Y eso importa?

Kate no respondió.

Christine la miró con gesto de sospecha y pesar.

—¡Por Dios bendito, lo sabía! ¡Ese caballero insolente te ha robado el corazón!

Kate se sorprendió y rio con ganas.

—¡Difícilmente! A estas alturas ya deberías saber que no es tan fácil ganarse mi corazón.

Christine la miró con calma.

—No, supongo que no. Además, sería muy contradictorio. Has puesto el listón tan alto que me temo que no hay hombre capaz de alcanzarlo. Y menos si lo mides en función del nivel que han establecido tus hermanos.

Kate sonrió al pensar en sus tres hermanos mayores, James, Ivo y Jack, tan controladores, tan protectores y a menudo tan irritantes. Pese a que se entrometían de modo constante en su vida, los quería muchísimo a los tres.

—¿Y qué tienen que ver mis hermanos con esto?

—Pues que los tres son guapos y elegantes, como tres príncipes sacados de un cuento de hadas. Mi madre dice que James es la viva imagen de tu padre a su edad.

—Todos son la viva imagen de mi padre —comentó Kate con tono distraído. Pasó la yema del dedo pulgar por las letras del monograma—. Aunque Jack ha heredado el carácter de madre.

—Y tú también, querida —señaló Christine sin acritud.

Kate hizo una mueca.

—Una dama necesita tener un poco de carácter. De no ser así, estaría perdida. —Se separó de la ventana con el pañuelo manchado de sangre entre los dedos—.

Y no tienes razón cuando dices que ningún hombre resiste la comparación con mis hermanos. No es que no vea sus buenas cualidades, pero... no estoy buscando ningún ideal masculino. Nunca lo he buscado.

—Entonces, ¿qué buscas?

—Ya te lo he dicho, busco un héroe.

Christine sonrió irónica ante la declaración de Kate.

—¿Nada más?

—Bueno, de acuerdo —reaccionó Kate, incitada por el tono de la pregunta—. Si eso fuera mucho pedir, por lo menos quiero un caballero que me aporte algún tipo de reto. No soporto el aburrimiento.

Esa era la desafortunada conclusión del asunto a la que Kate había llegado y que al fin había aceptado a regañadientes tras su opaca temporada en Londres. Ahora tenía muy claro que jamás iba a plantearse pasar sus días cosiendo en una sala de estar, satisfecha de ser objeto de admiración de un marido respetuoso y devoto de su belleza. Ella estaba hecha para la tempestad, para enfrentarse al oleaje y las corrientes de mar abierto, no para refugiarse en aguas someras.

—La vida no puede ser siempre emocionante —afirmó Christine—. A veces hay que agachar la cabeza y disfrutar con los quehaceres femeninos del día a día. Se pueden encontrar formas de felicidad en los momentos tranquilos; en ser esposa y madre de bien, devota del marido y de los hijos.

—Te refieres a coser e interpretar patrones de ganchillo. —Kate se volvió a recolocar el chal en la espalda—. Eso lo hago bien, muchas gracias. Pero no es el eje de mi vida.

—Pues no podrás hacer ninguna de las dos cosas con esa herida que tienes en el dedo —dijo Christine—. Ruégale a Dios que ese perro callejero no te haya contagiado alguna enfermedad horrible.

—No era callejero. —Kate habló con un toque de ironía—. Ya sabes, es un cruce inhabitual español, quedan muy pocos ejemplares...

—Sí, eso fue lo que nos dijeron... —continuó Christine en tono de broma—. ¿De verdad crees que ese caballero lo rescató?

—Sé que lo hizo —dijo Kate con énfasis—. Sin duda es el acto más heroico del que he sido testigo desde que llegué a Londres.

—¿Y qué tiene eso de acto heroico?

En ese momento, la puerta de la sala de estar se abrió de repente y entró Gilbert Trumble, primo de Christine.

Gilbert era delgado y rubio, con andares desenvueltos y de trato fácil. Empleaba

la mayor parte del tiempo en cazar, practicar el tiro al blanco y montar a caballo. Las horas que le sobraban las pasaba en su club de St. James, que era un auténtico hervidero de chismes sobre la alta sociedad, por lo que siempre estaba muy bien informado. Se podía contar con él para estar al tanto de los últimos cotilleos.

—¡Gilbert! —exclamó Christine cruzando la habitación para saludarlo—. ¿Qué haces aquí? Creía que salías para Surrey esta misma mañana.

—Esa birria de caballo con el que salgo a cazar se ha torcido una pata. —Aceptó las manos extendidas de Christine y se las apretó—. Llevo desde el amanecer haciéndole una cura en el establo. —La besó en la mejilla—. Y parece que me he perdido la diversión del día. —Miró a Kate—. ¿Qué era eso de los actos heroicos?

—Puede que el término «heroico» sea una exageración —dijo Christine soltando las manos de su primo—. Kate cree que un caballero, que no sabemos quién es, rescató a un perro en la calle Bond.

Gilbert se acercó a saludar a Kate, primero inclinando la cabeza y después, con cierto aire avergonzado, con un beso en la mejilla como el que le había dado a su prima.

Y es que bien podían considerarse primos. Se conocían de toda la vida. A Kate él le parecía muy simpático y bastante capaz a la hora de montar. También era cierto que se portaba con ella con cierta torpeza en los últimos tiempos —de hecho, desde que se había convertido en una señorita—, pero en ningún momento se había pasado de la raya. Kate confiaba en él tanto como en sus propios hermanos.

—Lo rescató —aseguró—. Y después desapareció entre la multitud.

—No tenemos la menor idea de quién es —contribuyó Christine.

—Salvo por sus iniciales —añadió Kate—. C. H.

—¿C. H.? —Gilbert las miró con interés—. ¿Cómo es?

Fue Christine quien contestó.

—Alto, con el pelo negro y muy maleducado, la verdad.

—C. H. —repitió Gilbert—. A ver..., me pregunto si no podría tratarse de Charles Heywood. Hace poco que ha regresado a Inglaterra.

—¿Charles Heywood? —Kate sintió de inmediato una curiosidad muy viva—. ¿Quién es?

—El nieto del conde de Gordon —aclaró Gilbert—. Coincidí con él en Eton.

—¿Erais amigos? —se interesó Christine.

—No exactamente, nos conocíamos y nos saludábamos —explicó Gilbert—. Era mucho más serio que yo y nuestros círculos eran muy distintos, pero estoy al

tanto de sus andanzas. Le gustaban muchísimo los perros; ahora que lo pienso, todos los animales, en realidad. Recuerdo que una vez hasta se las arregló para curarle el ala a un cuervo, Dios sabe cómo... y por qué.

Kate miró a Gilbert con expectación. Ya no sentía solo curiosidad, sino un interés genuino.

—¿Eso es todo lo que recuerdas de él?

—No hay mucho más que recordar, excepto que era el mejor tirador que he conocido. Era capaz de acertarle a una moneda de medio penique colocada en una valla a cincuenta pasos, y con cualquiera de las dos manos; ambidestreza creo que se llama esa capacidad, que es muy rara. Y letal, por otra parte. Es mejor tenerla presente. Me imagino que por eso se enroló, para darle el uso adecuado a su talento.

Kate se puso rígida.

—¿Es militar?

Aunque ya sabía la respuesta a esa pregunta. Era evidente por la forma de comportarse y por el tono de mando de la voz cuando le ordenó que no tocara al perro.

—Sí, marino en concreto —confirmó Gilbert—. Lo admitieron en Cambridge, como a mí, pero renunció en el último momento y obtuvo una plaza en la Real Escuela Naval de Portsmouth. Y después se hizo a la mar. He oído que ha vuelto a Londres. Habrá hecho una parada de camino a Somerset. Su padre tiene allí una hacienda.

—¿En Somerset? —exclamó Kate, asombrada por la coincidencia—. Qué raro que no me haya cruzado nunca con él.

—Tampoco es que te hayas perdido mucho, en mi opinión —apostilló Gilbert —. Cuando lo conocí, Heywood era un hombre de pocas palabras y sin ningún sentido del humor. Para ser sincero, hasta resultaba maleducado en ocasiones.

—Entonces sí que era él... —murmuró Christine entre dientes.

Kate intercambió con su amiga una mirada llena de significado. No podía negarse a reconocer la rudeza del señor Heywood, pero sospechaba que sí que tenía sentido del humor. De no ser así, ¿por qué habría dicho que el chucho era un raro cruce español? Pese a su seriedad externa, con toda seguridad tenía una noción aguda de lo ridículo.

En cualquier caso, solo había una forma de averiguar la realidad. Durante sus vacaciones navideñas en Somerset, se las arreglaría para encontrarse de nuevo con el señor Heywood. Aunque no iba a ser fácil, todo lo contrario: sería todo un

desafío.

La perspectiva le levantó el ánimo. Y no porque el señor Heywood le hubiera robado el corazón, ¡ni en sueños!, sino porque había espoleado su imaginación. Y porque estaba aburrida.

Al día siguiente iba a regresar al campo. Tenía por delante los largos meses invernales, recluida dentro de la casa a resguardo de la nieve y la ventisca, celebrando la Navidad con la familia. Necesitaba un poco de diversión. ¿Y si el señor Heywood era la persona adecuada para proporcionársela?



Capítulo 3

Charles apoyó la mano enguantada en el lomo del perrito mientras el carruaje alquilado recorría la carretera que llevaba al oeste de Inglaterra, en dirección al pueblo de Heycombe. El can llevaba ahora collar y correa de cuero, y yacía junto a él en el asiento acolchado, dormitando tranquilo.

Fuera, el cielo estaba claro y brillaba el sol, aunque sin duda hacía frío. Soplaba el viento sobre el paisaje invernal desolado. Era el tipo de tiempo que presagiaba una helada fuerte o incluso una nevada. ¿Serían unas Navidades blancas?

Charles no pensó demasiado en eso, tenía la mente demasiado ocupada en reflexionar sobre el regreso a casa.

No estaba inquieto ni sentía ansiedad. Tras ocho años en el mar, apenas había experimentado nervios o angustia. No obstante, una parte de él llevaba cierto tiempo temiendo el regreso.

No era que no desease volver a ver a su familia, ni mucho menos. Los quería y sabía que también lo querían a él. Pero la decisión de hacerse a la mar había abierto una brecha entre ellos. El anuncio de que había renunciado al servicio y dejado la Marina en unas circunstancias que estaban bastante lejos de ser las ideales tampoco pensaba que fuera a ayudar. Y menos después de no haber hecho caso a su familia.

Sin duda habría preguntas, era inevitable; preguntas a las que no tenía claro si podía dar respuesta.

Sonaron en la distancia campanas que daban las cinco de la tarde. Fue un sonido natural al que siguió una visión también muy familiar: el campanario de la iglesia del pueblo asomando entre las colinas del horizonte. Ya faltaba poco. Heywood

House estaba justo al final de la subida.

Charles miró al perro, que seguía dormido. El día anterior lo había bañado a conciencia, al final del proceso había más agua jabonosa en la alfombra de la que quedaba en la tina metálica que dos criados con librea habían subido a su habitación del hotel Grillon. Pero, por lo menos, el perro estaba limpio y fragante, y hasta se portaba bastante bien ahora que estaba lejos del bullicio y los peligros de las calles abarrotadas de Londres. Tras entrar por la puerta del hotel, se había tranquilizado de inmediato. Había recorrido los alrededores mostrando en los ojazos pardos lo que parecía un cauteloso optimismo. Pareció darse cuenta de que había sido rescatado. Tras una comida rápida, que disfrutó con gusto, hasta llegó a darle un lametón afectuoso a Charles en la mejilla.

No era más que un cachorro rescatado del barro y la suciedad. Según los cálculos de Charles, no tendría más de ocho meses. Seguía siendo desdichado, seguía estando hambriento, pero ya no era repulsivo. Al eliminar con el agua y el jabón el repugnante tono gris, se había revelado un pelaje áspero de atractivos tonos atigrados.

—No voy a ponerte nombre, amiguito —informó Charles al perro sin necesidad mientras el carruaje seguía avanzando—. Hannah se ocupará de eso.

El mayor placer de su hermana era bautizar a los animales del colectivo siempre creciente de la familia Heywood. En su última visita la chica solo tenía quince años: una belleza en flor, con la misma mata de pelo color caoba y los mismos ojos de distinto color, uno azul y el otro dorado, que su madre. También mostraba una timidez que a veces no permitía que brillaran como debían.

Charles siempre había protegido a Hannah. Era la consecuencia de la gran diferencia de edad entre ambos. Sus padres no habían tenido fácil crear una familia. Al final solo tuvieron dos hijos, ambos adorados sin reservas. Y eso había hecho la decisión de Charles de unirse a la Marina aún más difícil de perdonar.

Heywood House surgió tras ascender la última colina del camino. Se trataba de un edificio construido en estilo palladiano clásico con piedra erosionada, cuyas proporciones llamaban la atención no por la amplitud y grandiosidad, sino por la elegancia y el equilibrio; era un hogar clásico, lleno de felicidad cariñosa y familiar, en medio de una zona boscosa frondosa e indómita. Su hogar. Para él, la visión más querida del mundo. Al contemplarlo de nuevo, a Charles se le desbordó corazón de de pura emoción.

El cochero aminoró la marcha mientras el carruaje avanzaba por el amplio camino de entrada. Había escrito para informar con detalle a la familia de las

etapas de su viaje. Sus padres, Arthur y Phyllida Heywood, lo esperaban juntos bajo el arco de la entrada. Hannah estaba al lado, con un perro carlino de pelaje blanquecino y un *spaniel* negro al que le faltaba una pata, ambos revoloteando alrededor de las faldas del vestido de seda.

Charles tragó saliva con fuerza. Siempre había sido el espejo de su padre. Pero eso ya no era así.

Arthur había celebrado su sexagésimo cumpleaños el año anterior. Aún era alto y de buena planta, y conservaba los rasgos graníticos y los ojos grises de mirada dura y penetrante. Tenía el pelo muy salpicado de canas plateadas. Apoyaba parte del peso del cuerpo en un bastón: en los meses fríos le dolía la pierna derecha como consecuencia de una herida tremenda que sufrió cuando era capitán de Caballería en la guerra contra Napoleón en la península ibérica.

Philly tomaba del brazo a su marido en actitud muy cariñosa. El paso de los años había sido generoso con ella. Era nueve años más joven que Arthur y su pelo oscuro de color caoba apenas tenía alguna brizna gris. Lo llevaba recogido en la nuca en un moño nada elaborado que dejaba algunos mechones sueltos sobre la preciosa cara. Miraba hacia el coche de caballos que se acercaba por el camino con expresión alegre e ilusionada.

Charles sonrió un mínimo con la comisura de los labios. Sus padres estaban agarrados de la mano. Lo hacían muchas veces, pese a que los usos sociales consideraban trasnochadas y pasadas de moda las manifestaciones externas de afecto. Pero a Philly y Arthur nunca les habían importado mucho ni la moda ni las opiniones de las personas que se dejaban llevar por ella. Su matrimonio había sido por amor. La gente de los alrededores, que les tenía aprecio, aún hablaba de su casamiento casi con reverencia. Durante su primera temporada en Londres, ella había rechazado la oferta de matrimonio de un duque inmensamente rico y se había fugado con él, un militar acomodado pero no demasiado adinerado que había estado a punto de morir por las heridas recibidas en combate y que arrastraba secuelas muy dolorosas; su forma de ser era bastante sombría y su habilidad con la pistola podía calificarse de legendaria.

Los primeros tiempos como pareja casada se habían visto salpicados por el escándalo y también por el peligro. Por eso, los padres de Charles habían sido sobreprotectores con sus hijos, además de poco dados a compartir con ellos los pormenores de sus primeros tiempos de matrimonio. Pero, pasado el tiempo, la familia fue feliz. Muy feliz.

Treinta años después, Arthur Heywood seguía muy enamorado de su esposa, y

ella de él. Era la clase de amor que, cuando era más joven, Charles aspiraba a tener un día por su propia esposa. Pero esa aspiración había ido diluyéndose con los años. De hecho, conforme se iba haciendo mayor, había empezado a pensar que, en comparación con sus padres, él se estaba quedando corto en todo. Y esa fue una de las razones, quizá la más importante, por la que se fue de casa.

Había terminado por estar inquieto en su hogar, impaciente por vivir su propia vida y descubrir cuál era su verdadera esencia. En aquel momento le parecía muy importante, más incluso que lo que pensaran sus padres al respecto; más incluso que las lágrimas de su hermana, que le rogó llorando que no se marchara.

«Sé que te van a matar —le había dicho—. ¿Y qué haré yo si pasa eso? ¿Qué harán padre y madre?».

Charles había recordado y pensado muchas veces en esas palabras a lo largo de los años, y con más remordimientos de los que Hannah pudiera llegar a imaginar.

En cuanto se detuvo el carruaje, su hermana salió corriendo hacia él. El carlino y el *spaniel* también corrieron pegados a sus tobillos y sin dejar de ladrar. Enseguida se les unieron otros tres perros procedentes de dentro de la casa, todos conocidos: un *setter* ya bastante añoso de pelaje blanco y pardo que atendía por *Flurry*, un *terrier* escocés viejo y desaliñado llamado *Twig,* y un mastín tremendo y anciano de nombre *Ignatius*.

—¡Charles! —gritó Hannah. A sus diecinueve años era más alta y hasta más adorable que cuando era una adolescente.

Abrió la puerta del carruaje y solo tardó en salir lo necesario para sacar al perrito. De inmediato, los otros canes empezaron a correr a su alrededor de manera caótica, nerviosos. El carlino y el *spaniel* le olfatearon con cautela los bajos de los pantalones, mientras que *Flurry*, *Twig* e *Ignatius* se le lanzaron contra las piernas, lo patearon y le dieron cabezazos, deseosos de llamarle la atención.

El perrito, nuevo en la manada y agitado por esa bienvenida ardorosa y cordial, empezó a gemir, exigiendo a Charles que lo dejara en el suelo.

—¡Oh! —exclamó Hannah—. Has traído un perrito. —Extendió los brazos para tomarlo, olvidándose al parecer de las ganas que tenía de darle la bienvenida a su hermano—. ¿Puedo tenerlo en brazos?

—¡Pues claro que puedes! —Charles se lo ofreció—. Es tuyo.

—¿Mío? —Su hermana lo sostuvo en brazos y le habló con voz muy suave, casi en un murmullo—. Pobre criatura. ¡Estás delgadísimo! Debes de tener mucha hambre. —Miró a Charles—. ¿Dónde lo has encontrado?

Antes de contestar, Charles se inclinó un momento para dar la bienvenida a los

otros perros, que procuraban por todos los medios atraer su atención. Los atendió uno a uno, rascándoles las orejas, acariciándoles la cabeza y el lomo, y dirigiéndose a ellos por su nombre.

—¿Cómo te va, *Ignatius*? ¿Y a ti, *Twig*? Tranquilo, *Flurry,* si sigues lamiéndome así vas a terminar ahogándome. —Se volvió para mirar a su hermana—. Perseguía carruajes en la calle Bond. Y también demostró cierta afición a morderles los bajos de las faldas a las damas.

Notó que le surgía en el cerebro como un torrente la imagen de una joven de ojos azules que fue víctima de la locura temporal del perrito.

Kate.

Sintió un escalofrío al acordarse de ella.

Su forma de comportarse había sido atrevida y singular. Cualquier dama normal se habría puesto histérica de haberla mordido un perro callejero. Sin embargo, se lo había tomado con mucha calma. Una auténtica rareza.

Pero no tenía sentido pensar en sus cualidades. Fuera quien fuese, Kate y él no iban a tener casi ninguna posibilidad de volver a verse.

—Te presento a *Tippo* —Hannah señaló al carlino—. Y esta es *Evangeline*. —Animó a la *spaniel* a que se acercara a su hermano—. Es bastante tímida.

—Encantado de conocerte, *Tippo* —dijo Charles—. Y a ti, *Evangeline*. —Les acarició la cabeza con suavidad, aunque teniendo cuidado de no mostrar demasiada familiaridad tan al principio. Muchos de los perros que terminaban en Heywood House habían empezado su vida en circunstancias difíciles y siempre les costaba acostumbrarse y confiar en las personas nuevas.

—¿Qué nombre le has puesto? —preguntó Hannah mirando de cerca a su nueva mascota.

Charles se incorporó, después de sacudirse los pantalones para eliminar el pelo de los perros, mientras sus padres bajaban las escaleras para unirse a sus hijos.

—Todavía no le he puesto nombre. Mejor se lo pones tú, si te parece. —Se inclinó y besó en la cabeza a su hermana—. Te he echado mucho de menos, pequeña.

Hannah no solo había crecido en altura desde la última vez que la vio, sino que había madurado en muchísimos otros aspectos. Sus cartas lo demostraban. Le había escrito con mucha frecuencia para hablarle de sus estudios, de su apoyo a una organización que se había formado hacía poco para prevenir la crueldad contra los animales y de cómo precisamente por amor a estos había adoptado una dieta vegetariana.

—Después de tu última visita no tendrías que haber vuelto a embarcar —le dijo —. No cuando se estaba fraguando una guerra. Aunque padre me dijo que había que entenderlo, algo así como que tenías que demostrarte algo a ti mismo.

Charles sonrió. Hacía mucho que había dejado de asombrarse de la capacidad de percepción de su padre.

—Pues sí, algo así.

—¿Nos has traído otro perro? —intervino Arthur—. ¡Por Dios bendito! —Al mirar a su hijo tenía en los ojos un brillo cariñoso que desmentía el tono desabrido de la voz. Lo abrazó con fuerza e intensidad, como hacía cuando Charles era un niño: abrazos breves pero muy sentidos—. ¿Es tu forma de arreglar las cosas?

A Charles se le formó un nudo en la garganta.

—Pues... es un comienzo.

—Un tanto escaso, dados los precedentes.

—Me doy cuenta.

La mirada de Arthur conservaba cierto matiz acerado.

—Tú y yo tenemos que hablar largo y tendido, muchacho.

—También soy consciente de eso.

Su madre, que había permitido el intercambio sin entrometerse, se acercó y lo abrazó con fuerza, casi con fiereza.

—¡Querido mío, cuánto te he echado de menos!

Charles la envolvió entre los brazos y la estrechó fuerte. El abrazo de su madre estaba hecho de ternura, alivio y gracia. Era la dama más dulce y agradable que había conocido. Su forma de enfrentarse a la vida siempre había sido la compasión y la bondad.

—¿Vamos a disfrutar de ti también un mes esta vez? —preguntó—. ¿O podría aspirar a que tu visita fuera un poco más larga?

—Un poco más larga. —Charles aún no estaba preparado para decirle la verdad a su familia. Al menos no allí, en las escaleras de la entrada, solo unos segundos después de su llegada.

—¡Gracias al cielo! —exclamó—. No irás a acortarla, como pasó la última vez...

Le afectó la delicada reprimenda de su madre, aunque no lo manifestó. Tras la discusión con su padre durante la visita anterior, Charles se marchó de Somerset cuando aún disponía de dos semanas más de permiso. Tanto su hermana como su madre lloraron al despedirse de él.

—Siento mucho lo que pasó entonces —dijo en voz baja para que solo ella lo

oyera—. De ninguna manera quería hacerla sufrir.

—Déjalo, hijo. Ahora estás aquí y eso es lo que importa. Ya habrá tiempo para preocuparse del resto de las cosas. —Se separó de él para poder mirarlo. Los ojos, cada uno de un color, brillaban con lágrimas de pura felicidad—. ¡Qué bien lo vamos a pasar esta Navidad estando tú en casa!

—El abuelo no va a venir en esta ocasión —terció Hannah—. Ni tampoco la señora Ogilvy.

La señora Ogilvy era desde hacía muchos años la querida del abuelo de Charles, el conde de Gordon. Este se negaba a viajar si ella no lo acompañaba. Cuando Charles era un niño, la pareja acudía muy a menudo a Heywood House a visitarlos. Para el resto de la alta sociedad, la inclusión de la señora Ogilvy en la familia era objeto de habladurías e incluso se consideraba escandalosa, pero a Charles lo habían educado en la consideración de la dama casi como si fuera su abuela.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Van a estar en Northumberland con el tío George. También habríamos ido nosotros, pero a la tía Prudence no le gusta que lleve a los perros.

George Heywood, el vizconde de Carlisle, era el heredero del conde. En su juventud fue un vividor, conocido por sus relaciones desastrosas con algunas mujeres, pero hacía ya tiempo que se había reformado y ahora estaba felizmente casado y con hijos.

—Una pena —opinó Charles—. La verdad es que me habría gustado verlos.

—No te preocupes, querido, los veremos pronto, te lo prometo —intervino Philly—. La próxima vez que tengas un permiso organizaremos una reunión de toda la familia.

«Toda».

En realidad, la familia no era demasiado extensa. El padre de Charles tenía familiares vivos, pero su madre no. A Philly la había criado en Satterthwaite Court, en Devonshire, su querido abuelo, sir Charles, que había fallecido antes de que naciera Charles, y con él, ante la imposibilidad de heredar de las mujeres, se perdió la hacienda. No obstante, su bisabuelo no había caído en el olvido: Charles llevaba su nombre.

—Vayamos dentro —Arthur le dio a su hijo unos golpecitos en la espalda—. Seguro que estás deseando disfrutar del té.

—Sara se ha esmerado en tu honor —le aseguró Philly.

—Pan de jengibre, pastelitos de almendra y todo lo que te gusta —informó

Hannah—. Tiene la intención de malcriarte.

El ama de llaves, Sara, y su marido, William, a su vez mayordomo de los Heywood, habían contribuido a la gestión armoniosa de la casa y la hacienda desde que Charles gateaba. Eran casi de la familia.

—¿Qué le pasó a *Evangeline*? —preguntó Charles al ver a la *spaniel* de tres patas adelantarle mientras subía la escalera.

—La perdió en un accidente de caza, en la abadía —explico Hannah—. Su guardabosques iba a sacrificarla.

La hacienda vecina pertenecía a una pareja bastante desagradable, conocida por organizar fiestas escandalosas que atraían a lo peor de la alta sociedad londinense.

—Por suerte, tu hermana y yo lo convencimos de que no lo hiciera y nos la diera.

—Fue padre quien lo convenció —precisó Hannah mirando de un modo muy significativo a su hermano.

Charles reprimió una sonrisa. Conocía muy bien el poder de persuasión de su padre. Había pocas cosas que Arthur Heywood se abstuviera de hacer para lograr la felicidad de su hija y ninguna que no hiciese por su esposa.

—Fue para bien. —Philly enlazó el brazo con el de Arthur mientras subían las escaleras—. *Evangeline* es muy feliz con nosotros.

—Este chiquitín encantador también lo va a ser. —Hannah sujetó con más firmeza al perrito entre los brazos—. Lo voy a llamar *Odiseo* —dijo mirando a su hermano—. Era también un vagabundo, un marino como tú, Charles, que al final encontró el camino de vuelta a casa.

* * *

—¿Qué demonios haces tú aquí?

Kate interrumpió con brusquedad la labor de ganchillo en el momento en el que su hermano Jack Beresford, tercer hijo del conde de Allendale, entró en el salón de estar de Beasley Park.

Llevaba ropa de montar: una casaca recia de paño, bien ajustada a los hombros, y pantalones de pana algo menos ceñidos para permitir el juego de piernas. La luz del sol, que entraba a raudales por las ventanas altas, se le reflejaba en los mechones dorados. A los veintiún años, era la viva imagen de su padre.

—¡Dios nos ampare! ¿Estás haciendo punto? —Miró a su hermana con un gesto de asombro horrorizado.

Kate tuvo que reprimir un acceso de vergüenza nada habitual.

—No es punto, es ganchillo.

Justo delante de ella, en una mesa auxiliar, tenía abierto un ejemplar de una revista femenina con un modelo de labor de ganchillo. Cerró la publicación a toda velocidad para que su hermano no viera de qué se trataba.

—Pero... ¿por qué? —preguntó Jack, que parecía incapaz de salir de su asombro.

Kate, irritada, apretó los labios. La sorpresa genuina de Jack al verla tan concentrada en esa actividad no era muy halagadora.

—Estoy haciendo un regalo de Navidad para alguien —dijo, prosiguiendo con la labor—. ¿Tanto te sorprende?

—Sí, muchísimo —respondió con franqueza—. Espero de verdad que el regalo no sea para mí.

—No sufras, no es para ti.

—Mejor. Porque no quiero una bufanda horrible y mal tejida que me vea obligado a ponerme durante todo el invierno para no herir tus sentimientos.

—Te repito que es ganchillo —dijo Kate—. ¿Y desde cuándo tengo yo los sentimientos tan frágiles?

—¿Cómo voy a saberlo? Has estado varios meses en Londres. James decía que, cuando volvieras, habrías cambiado mucho.

—Pues no he cambiado —espetó Kate.

—Igual ese es el problema —sugirió James.

Kate alzó la cabeza para mirar a su hermano mayor, que en ese momento entraba en el salón.

James Aldrick Nicholas Beresford era el recién titulado vizconde de St. Clare. Había asumido el título menor de la familia tras acceder su padre al condado. Al igual que Jack, James era alto, delgado y de cuerpo poderoso, una copia de su padre hasta extremos insólitos. Jack era una copia joven y atrevida de su progenitor, pero James se parecía a él de hombre en todo su apogeo: frío, formidable y capaz de cualquier cosa. Si Kate no hubiera sido quien era, hasta se habría sentido intimidada en su presencia. Pero, gracias al cielo, no era así.

—¿Es que no podéis dejarme tranquila ni un segundo? He venido aquí porque quería tranquilidad.

—Que la desgracia universal caiga sobre el ganchillo —clamó Jack con gesto teatral—. Vístete y ven a montar conmigo.

—Que te acompañe Ivo —replicó Kate—. Tengo que terminar esto antes de Navidad.

Ivo era su hermano mediano. A sus veintitrés años, no tenía un carácter tan extremo como el de Jack, pero era bastante más divertido que James. Hacía poco que había regresado de un largo viaje por Europa y estaba deseando volver a reencontrarse con la flora y fauna locales.

—Ivo ha ido al pueblo a visitar a la hija del herrero —informó Jack—. Alguien debería ponerle al tanto, por si no se ha dado cuenta, de que ya ha... estado con más de la mitad de las jóvenes de todos los condados occidentales.

Al pasar a su lado, James le dio un pescozón en la parte de atrás de la cabeza con la mano abierta.

—No seas bruto, y menos delante de nuestra hermana.

—Kate diría lo mismo —protestó entre dientes Jack—. Es más, sería todavía más descriptiva.

—No me mezcléis en vuestras peleas —espetó Kate con mal genio—. ¿No veis que estoy haciendo ganchillo?

James la miró con atención. Con veinticinco años, se consideraba responsable de todos sus hermanos, pese a que no era mucho mayor que ellos.

—¿Qué estás tramando, Kate?

—¿Tramar? ¡Nada! ¿Qué estás tramando tú? —Miró con expresión crítica a su hermano, que vestía un traje oscuro impoluto, camisa blanca recién planchada y corbata discreta y elegante.

—Vas demasiado bien vestido para ser por la mañana y estar en casa.

James tardó bastante en decir algo.

—Voy a usar el carruaje para traer casa a Ivo.

Jack reaccionó con sincera confusión.

—Yo creía que estaba cortejando a la hija del herrero.

—No sé de dónde sacas eso, yo no lo he dicho en ningún momento. —La expresión de James era muy seria—. Creo que está en Letchford Hall, visitando a la señorita Burton-Smythe.

Kate se quedó con la boca abierta.

—Pero ¡cómo se le ocurre...!

—¡No puedes hablar en serio! —exclamó Jack casi al mismo tiempo—. Ya sabes lo que opinan nuestros padres de esa familia.

Sir Frederick Burton-Smythe era el dueño de Letchford Hall, la hacienda vecina a Beasley Park. El padre de Kate y él eran enemigos desde siempre. No sabían las razones exactas, solo que, en el pasado, sir Frederick había estado enamorado de Margaret, su madre.

Enamorado no, obsesionado.

Kate tenía la sospecha de que aún lo estaba. Si no, ¿por qué le había puesto a su hija el mismo nombre de pila?

Margaret Burton-Smythe, a la que su familia llamaba Meg, era una chica de dieciocho años, pelirroja y con pecas. Kate no había tenido ningún desencuentro con ella, y sin embargo... ¿Cómo se le podía ocurrir a Ivo cortejar a esa persona?

—Padre y madre no deben enterarse —ordenó James, que se había detenido junto a la ventana, con voz tan implacable como su actitud—. ¿Me has oído, Jack?

—Yo no se lo voy a decir —contestó su hermano a la defensiva—. Pero lo descubrirán por sí mismos si Ivo sigue haciendo las cosas así...

—De eso me encargo yo —replicó James, poniéndose en marcha—. Y, mientras tanto... —empezó, y miró primero a Kate y después a Jack con dureza—, procurad no hacer nada escandaloso.

Kate alzó una ceja mirando a Jack.

—¿A dónde han ido hoy padre y madre? —preguntó una vez que James hubo salido de la habitación—. No he visto a ninguno de los dos.

—Todavía están en el dormitorio —contestó Jack.

Al contrario que la mayoría de las parejas casadas, el padre y la madre de Kate no dormían en habitaciones distintas, sino que compartían la misma. De hecho, se aislaban en ella bastante a menudo. La mayor parte del tiempo estaban juntos, ya fuera en el dormitorio que compartían o montando a caballo, desplazándose en carruaje o paseando por la hacienda.

Cuando hacía calor, si estaban en Beasley, se los podía encontrar a menudo tumbados sobre el suelo cubierto de nomeolvides en las orillas del arroyo que cruzaba el bosque. Una vez, Kate, sin querer, los vio allí abrazándose. Fue un encuentro extraño. Se retiró a toda prisa antes de que pudieran notar su presencia.

—Los oí reírse cuando pasé por el vestíbulo —dijo Jack—. Supongo que no los veremos hasta dentro de una hora o dos. Así que tenemos mucho tiempo para ir a montar. —Le propinó al sofá una patadita nerviosa que hizo que Kate diera un respingo—. ¡Deja ya esa labor ridícula! Sea lo que fuere lo que tramas, seguro que puede esperar. Vamos a galopar por el campo. Me apuesto diez libras a que llego antes que tú al roble torcido.

Sin ni siquiera pararse a pensarlo, Kate se levantó rauda del sofá: de modo casi involuntario, siempre aceptaba un reto como ese. Llevaba el espíritu competitivo en la sangre. De hecho, no habría rechazado el desafío ni aunque hubiera querido.

—Acepto la apuesta. Pero no por diez míseras libras.

—¿Cuánto dinero entonces?

Pensó durante un segundo antes de proponer algo que la favoreciera en caso de ganar.

—Si gano, quiero que me lleves a un sitio. Después de Navidad.

Su hermano la miró con desconfianza.

—¿A dónde?

—A visitar a alguien. No está muy lejos. Calculo que algo más de treinta kilómetros.

—¿Treinta kilómetros de ida y otros treinta de vuelta? ¡Por Dios, Kate! ¿Dónde está esa amistad tuya? ¿En Devonshire?

—¿Te importa mucho dónde esté?

—No, pero...

—Bueno, si tienes miedo de que te gane, dejémoslo. La verdad es que es lo más probable...

Jack mordió el anzuelo de inmediato.

—Muy bien. En el muy hipotético caso de que ganes tú, y debes ser consciente de que la posibilidad es muy muy remota, te acompañaré a ver a esa persona. Pero no vas a ganarme, Kate. Esta vez no.

—Eso ya lo veremos —contestó sonriendo.



Capítulo 4

A la mañana siguiente, Charles se despertó pronto, bastante antes de que hubiera salido el sol y de que en la casa hubiera comenzado la actividad. Encendió una linterna de gas, se vistió, buscó un abrigo calentito y bajó a tomarse una taza de té rápida antes de dirigirse a los establos.

Flurry, *Twig* e *Ignatius* se levantaron de sus respectivas alfombras, situadas de forma estratégica frente a la chimenea, para acompañarlo. Al caminar por el patio del establo siguiendo a Charles arañaban con suavidad el suelo de ladrillo y mortero.

El viento soplaba de cara, pero no le importó. Estaba acostumbrado a levantarse antes del alba, con independencia del tiempo que hiciera. Eran unos momentos escasos de paz y tranquilidad que siempre le habían gustado, ya fuera en alta mar o acampado en las cercanías de algún campo de batalla remoto.

De niño, muchas veces se levantaba antes del alba para galopar a lomos de su semental, *Nerón*, pese a la niebla pertinaz que casi siempre cubría los campos de la hacienda. Era precisamente a *Nerón* a quien iba a ver.

Apenas notó cambios en el viejo bayo oscuro, que se hallaba, a salvo y muy cómodo, dentro del establo tibio, en una de las cabinas en las que se guardaban los caballos de montar de la familia.

Nerón era hijo del último y muy llorado semental de su padre, *Hiperión*. Grande y algo agresivo y correoso, *Nerón*, en su momento, había sido muy especial para él. A la avanzada edad de veintidós años, ya estaba retirado del todo; un retiro más que merecido. Había sido una montura del todo fiable y de una fidelidad absoluta: un amigo leal, en pocas palabras. Nada más sentir a Charles, asomó la

cabeza sobre la puerta de la cabina y emitió un relincho de bienvenida.

Él cruzó el suelo alfombrado de paja del establo.

—¡Hola, *Nerón*, viejo diablo! —Le acarició el cuello musculoso—. Parece que no me has olvidado, ¿a que no?

El semental movió la cabeza en dirección a Charles y le lamió la mejilla, transmitiéndole la calidez húmeda de su aliento y el roce agradable del hocico, recio y al mismo tiempo suave como el terciopelo.

Había todavía algunos restos de paja en el pesebre, pero el balde de agua estaba volcado. Quizá lo había tirado por la noche de una coz.

Charles entró de inmediato en la cabina para agarrar el balde. No podía estar sin agua con el tiempo que hacía. Ese tipo de situación podía conducir a un cólico, siempre grave para un caballo añoso.

Llevó el balde vacío a la bomba de agua del patio. Los perros trotaron a su alrededor, atentos a todos sus movimientos; tan atentos que, cuando Charles manejaba el tirador de la bomba, *Flurry* saltó sobre el balde a medio llenar y salpicó en todas direcciones. El agua helada le mojó la camisa y los pantalones. Se estremeció.

—¡Pero qué diablos...! —Tenía el abrigo y la camisa empapados—. ¡*Flurry*, por favor! —Miró con gesto reprobador al *setter*—. ¿Es que has perdido toda la educación y el decoro en mi ausencia?

Oyó una risita entre dientes tras de sí. Se dio la vuelta enseguida y vio a su padre a la luz vacilante de la linterna.

Arthur estaba de pie frente a él, muy abrigado para defenderse del frío intenso, bien apoyado en el bastón. Dibujaba con los labios una media sonrisa irónica con los ojos fijos en la ropa empapada de su hijo.

—Supongo que ya echabas demasiado de menos el mar, ¿no es así?

Charles convirtió el gesto torvo en una sonrisa. Recolocó el balde volcado y volvió a bombear el agua.

—¿Mis cartas le han hecho pensar que me había enamorado del mar?

—No ha habido muchas cartas que contaran cosas de este último periodo tuyo de servicio.

La sonrisa desapareció ante el sutil reproche.

—La verdad es que no tuve demasiado tiempo para escribir desde el *Skylark*. Incluso menos que desde el *Intrepid*. Y, cuando lo tenía, tampoco había mucho que contar, la verdad.

—Pocas cosas que pudieras compartir con nosotros, me imagino.

—Muy pocas, sí —confirmó Charles. Su última visita había coincidido con el estallido de la guerra entre Egipto y el Imperio otomano en Siria. Por esa razón había vuelto a hacerse a la mar, pese a la opinión en contra de su familia, que quería que renunciara al servicio en la Marina. Pero hizo justo lo contrario: decidido a participar en los combates, volvió a embarcar antes de tiempo, pese a que haciéndolo ponía en riesgo la vida.

Terminó de llenar el balde y echó a andar hacia el establo. El agua se derramaba por los bordes del cubo mientras lo trasladaba.

Su padre lo acompañó, alumbrándolo con la linterna. Esperó en silencio mientras Charles dejaba el cubo en la cabina de *Nerón*.

Tras acariciarle por última vez el cuello al caballo, salió y cerró la puerta detrás de él. Sintió un escalofrío en la espalda. El invierno en el occidente de Inglaterra no era adecuado para ir con la ropa empapada. Y menos en una mañana tan gélida como esa.

—Vamos dentro —sugirió Arthur— antes de que salgas a cabalgar y agarres una pulmonía. Podemos encender el fuego en la cocina y beber una buena taza de té caliente.

Charles le dirigió una mirada sorprendida.

—¿Cómo sabía que...? —empezó, pero su padre no le dio tiempo a terminar:

—Porque tu forma de comportarte no ha cambiado tanto como te puede parecer. —El bastón de Arthur sonaba al avanzar hacia la casa—. Sigues siendo el mismo chico inquieto que se levantaba antes del amanecer, se bebía un par de tazas de té a escondidas y salía directo a montar a caballo por los páramos. El mismo chico que inquietaba a su madre hasta ponerla enferma.

Charles sintió una punzada de remordimiento.

—Nunca fue mi intención preocuparla. Ni entonces ni ahora.

—Lo cual no cambia el hecho de que la preocupabas.

No había un reproche abierto en las palabras de su padre, aunque en el fondo no dejaban de ser una reprimenda.

—Ninguno de los dos deseamos que nuestro hijo mayor salga por ahí y tenga un accidente o muera en batalla. Estarás de acuerdo en que no sería lógico.

Charles abrió la puerta de atrás de la casa. Se hizo cargo de la linterna y esperó a que tanto los perros como su padre entraran en la cocina.

—Ahora estoy aquí. Y no he vuelto peor de lo que me fui.

—Yo diría que incluso mejor de lo que te fuiste. —Arthur lo miró de frente—. Has ganado una cantidad importante de dinero.

Charles había ahorrado la parte que le correspondía por el servicio: cuarenta mil libras, según el último recuento. Todos los marinos recibían una parte del botín de los barcos enemigos que capturaban y Charles había contribuido bastante por encima de la media. De hecho, su servicio inicial en el buque *Skylark* y después como teniente primero del *Intrepid* había sido lucrativo hasta un punto extraordinario.

Colocó la linterna en la repisa de la chimenea y encendió el fuego.

—Sigue depositado en el banco, de momento. Todavía no lo he tocado.

Colocó dos sillas frente al hogar. Su padre se sentó en una de ellas mientras él preparaba una tetera. Los tres perros se tendieron sobre la alfombra preparada para ellos, disfrutando con avidez del calor del fuego recién encendido.

Una vez preparado el té, Charles sirvió dos tazas.

—¿Madre aún está en la cama? —preguntó mientras se sentaba.

—Cuando salí de la habitación, sí. —Arthur se llevó la taza a los labios. Estaba claro que no quería cambiar de conversación—. Cuarenta mil libras es muchísimo dinero.

Charles se tensó de forma casi imperceptible. Los dos eran conscientes de que tenían que hablar de modo abierto y sincero tras su regreso. Él parecía poco proclive a hacerlo y su padre había evitado presionarlo. Pero parecía que la tregua se había terminado. La paciencia de su padre se había terminado.

—Sí, lo sé —confirmó.

Sobre ellos se cernió un silencio denso.

Durante su anterior visita a casa, habían quedado muchas cosas por decir y hubo una tensión latente, consecuencia de la decepción ante las decisiones que había ido tomando y del enfado y la frustración que había producido, sobre todo en su padre, su determinación terca de no seguir el camino vital que habían establecido para él desde su nacimiento.

—¿Tienes algún plan para el dinero?

—Mi intención es adquirir una propiedad.

Era algo obligado. Charles no heredaría Heywood House a la muerte de su padre, ni su madre tampoco. Su padre disfrutaba del uso vitalicio de la propiedad, un hecho que Charles tenía muy claro desde que tuvo uso de razón. Pero ni él ni su madre la heredarían.

—Sabia decisión —aprobó Arthur—. Aunque quizá también podría decirse que algo prematura, dada tu ocupación actual. —Siguió mirando a Charles con la misma expresión inescrutable—. ¿Tienes preferencia por algún lugar?

—En los alrededores de esta, de ser posible.

—Reconozco que me sorprende.

—Pues no veo por qué.

—Hace ocho años no veías el momento de marcharte de Somerset. Y hace cuatro ni siquiera pudiste soportar pasar aquí todo el tiempo de tu permiso. —Su padre mostró una mirada pétrea—. Tu madre y tu hermana lo sintieron en el alma.

—Lo cual lamento muchísimo —dijo Charles—. Pero no tenía sentido seguir insistiendo en los mismos argumentos. ¿Qué podíamos conseguir con eso? Un marino debe volver al mar. Forma parte de su trabajo. No se puede abandonar el puesto por el mero hecho de que el peligro sea mayor.

—Desde luego que no. Y me atrevo a decir que, en tu caso, el peligro era la parte clave de la atracción.

Charles se puso rígido. Lo cierto era que no podía discutir el argumento. A lo largo de su vida, siempre había buscado con avidez las emociones. No le había bastado con ser el mejor peleando o disparando si eso no traía consecuencias. Las acciones habían de significar algo. Tenía que haber un riesgo, un riesgo serio, que las justificara.

—Has buscado aventuras desde que eras un niño —continuó su padre—. Pero la guerra no es un concurso en el que demostrar la destreza o la fuerza. La guerra cambia a los hombres. Y muy a menudo acaba con su vida.

—Lo sé muy bien —reconoció Charles con tono de convicción.

—Sí, estoy seguro. Lo veo en ti. —A su padre se le suavizó la rigidez del semblante con un barniz de tristeza—. Me hubiera gustado ahorrarte esa certeza.

Charles también sintió pena, como si quisiera responder a la de su padre. Pero, en su caso, la acompañaba una sensación de culpabilidad muy aguda.

—No puede aislarme de todos los peligros o maldades de la vida. Nunca he deseado que lo hiciera.

—No era mi intención hacerlo, te lo digo de verdad. Pero eres mi hijo. Mi único hijo varón. Y, lo que es más importante, el único hijo varón de tu madre. Si te perdiera...

—No me ha perdido. Estoy vivo, estoy sano y ya poseo una fortuna considerable. Mi años en la mar me han cambiado, es un hecho indiscutible, pero también que era un marino condenadamente bueno.

Su padre reaccionó a la frase como si hubiera sufrido un aguijonazo. Más que a la frase, al dichoso tiempo verbal. Lo miró con la intensidad de un halcón.

Charles se percató del error que había cometido.

—¿«Era»? —repitió Arthur—. ¿Qué quieres decir con «era»?

Charles se preparó para la discusión que se avecinaba. La venía temiendo desde que había roto su relación con la Marina Real.

—He dimitido —reconoció.

Su padre reaccionó con una tranquilidad que le pareció poco natural. Al cabo de un momento, dejó la taza en la mesita auxiliar que tenía al lado con movimientos lentos y metódicos.

—Entiendo.

A Charles se le formó un nudo en el estómago.

—Iba a informarles cuando llegué, pero no quería estropear las vacaciones a base de amargura y reproches.

—¿Por qué nos has hecho pasar ochos años de angustia por nada?

—No ha sido por nada.

—Es cierto, claro. Tienes tus cuarenta mil libras.

Charles bajó la mirada.

—No me refería al dinero. Me refería a...

—Cuando decidiste ir a Portsmouth en lugar de a Cambridge, sin tener en cuenta los deseos de tu madre ni los míos, nos dijiste que tu intención era dedicar tu vida a la Marina Real.

—Y era verdad.

—Recuerdo tus argumentos apasionados sobre tu deber para con la Corona y la patria, sobre el honor que aportarías a la familia y cómo pondrías tu talento y tus capacidades al servicio de una buena causa en lugar de pudrirte perdiendo el tiempo en el campo...

—Sé muy bien lo que dije entonces, padre.

—¿Y ahora?

A Charles le amargaba admitir que todos esos argumentos habían terminado en nada. Y que, en lugar de honor, lo que había aportado al apellido Heywood era, en todo caso, vergüenza.

—He madurado, maduré hace ya tiempo —declaró—. Creo que, en el futuro, va a ser mejor que dedique mis energías a la gestión de una hacienda.

Su padre lo miró dubitativo.

—¿Debo pensar entonces que abandonas la Marina para casarte y formar una familia?

Charles dio un sorbo a la taza de té. La infusión le dejó cierto sabor amargo en

la boca.

La conclusión a la que había llegado su padre no era del todo errónea. Aunque ese no había sido el motivo por el que había dejado la Marina, ahora que estaba en casa el matrimonio era una posibilidad que tenía que tener en cuenta. De hecho, y entre otras cosas, formaba parte de la futura vida tranquila y pacífica que en esos momentos imaginaba para sí; una vida que había considerado cada vez con más frecuencia durante sus últimos años en la mar. Pero eso no eliminaba lo tediosa que le parecía la perspectiva. No había ninguna novia de juventud que lo estuviera esperando en Inglaterra; nadie que le hubiera estado escribiendo durante todos esos años, esperando con ansia su regreso. Cuando comenzara el proceso del cortejo y el matrimonio, tendría que empezar de cero.

—No tengo planes para casarme de inmediato —afirmó—. No hasta que encuentre una propiedad adecuada, para empezar.

Su padre no hizo ningún comentario y Charles no fue capaz de deducir si su silencio expresaba incredulidad o desaprobación.

—¿Lo desaprueba?

—No, de entrada, no —dijo Arthur—. La gestión de una propiedad campestre es una actividad muy adecuada y razonable para un caballero.

—¿Pero?

—No sé hasta qué punto basta para persuadir a un hombre como tú de que abandone una carrera de éxito en el mar. Podrías haber pasado sin dificultades otros diez años en la Marina, incluso mandando un barco. Eso fue lo que dijiste que deseabas, no una hacienda que gestionar, no una vida sosa y sin brillo en el campo. —Arthur miró con atención a su hijo—. ¿Por qué lo has dejado? Y, por favor, ahórrame medias verdades y evasivas. Sabes que no me gustan nada.

Fuera empezaba a salir el sol y los sirvientes harían su aparición con él. La privacidad completa de la que disfrutaban en ese momento padre e hijo no iba a durar mucho tiempo más. No era el momento de andarse con circunloquios.

—Porque estaba harto de la política asociada a la actividad militar —afirmó con tono rotundo—. Yo era un simple marino, un militar. No tenía interés alguno en asuntos de Estado.

—Un buen marino y buen militar hace lo que se le ordena.

—¿Y cuando en conciencia tiene que dejar de obedecer?

Charles se había visto en esa tesitura en el verano de 1840. Su buque había estado patrullando la costa libanesa con la misión de proteger los intereses británicos frente a las fuerzas de ocupación del líder egipcio, Muhammad Ali

Pasha. Cuando la ciudadanía libanesa se levantó contra la ocupación egipcia, los soldados de Ali Pasha tomaron represalias: actuaron con brutalidad, quemando pueblos y ciudades por toda la costa libanesa. Gran Bretaña intervino y el barco de Charles fue el primero en entrar en escena. A su capitán de navío se le encomendó la misión de liderar las fuerzas terrestres, formadas por británicos, otomanos y tropas rebeldes. Charles formaba parte de esas fuerzas y ayudó a proteger las poblaciones costeras de la brutalidad y el saqueo de los soldados egipcios. Poco después, la flota aliada se unió a la batalla. Sin embargo, en lugar de defender a los civiles, los aliados los bombardearon. Mucha gente inocente murió en la acción. Las fuerzas de las que formaba parte Charles, al mando del capitán de navío, se abrieron paso en la ciudad y lograron que los egipcios ocupantes se rindieran. Más tarde, se enteró de que los aliados dijeron que los egipcios y libaneses los habían atacado cuando ya se había alcanzado una tregua, y que eso fue lo que provocó su despiadado asalto posterior. Nada tenía sentido y Charles perdió la fe. Empezó a preguntarse qué hacían allí. Qué hacía él allí.

Los siguientes años que pasó en la mar no sirvieron para hacerle recuperar la fe y la confianza perdidas en el conflicto del Líbano. Había visto a hombres peligrosos y sin escrúpulos recibir condecoraciones y ascensos, y a otros válidos y valientes perder su cargo. La forma de gestionar la Marina tenía poco que ver con el heroísmo o la falta de él. Todo se basaba en la influencia, las relaciones y la política, así como en el ansia sin fin de expansión a cualquier precio del Imperio británico, sin importar el hecho de que muchos inocentes sufrieran y lo perdieran todo, hasta la vida, en aras del ansia imperialista.

Charles se lo explicó lo mejor que pudo a su padre.

Arthur lo escuchó a su manera habitual: en silencio y un con gesto de preocupación que crecía a medida que su hijo le explicaba las causas de su desafección por el servicio en la Marina Real que había terminado en su salida.

—No tenía estómago para soportarlo más —concluyó Charles—. Estaba frustrado y furioso. Desafiaba a mis superiores en cada ocasión y cuestionaba sus órdenes. El capitán Bright me convocó a una reunión con él y con el almirante Dixon en su camarote. Me aseguraron que tenía por delante una carrera muy prometedora siempre que hiciera lo que tenía que hacer. Incluso me ofrecieron el mando de un barco solo para mí. La verdad es que me sentí tentado por la oferta hasta que empezaron a hablar de nuestra misión, bendecida por Dios, de extender el dominio británico por el globo. Eso acabó con todo de forma definitiva. Solo me faltó reírme delante de ellos.

—Espero que no llegaras tan lejos —Arthur hizo una mueca.

—Pues... puede que sí. —Charles no se acordaba de todo lo que había dicho o hecho durante aquella reunión nefasta. Lo único claro era que la empezó siendo oficial de la Marina Real británica y la terminó expulsado del servicio—. El almirante Dixon se refirió con palabras huecas a mi falta de patriotismo y de disciplina. El capitán intercedió en mi defensa con escasa convicción. Y yo los interrumpí para decirles que estaba harto. Harto del imperialismo rampante. Harto de los cobardes que daban órdenes desde su escritorio y al abrigo de los edificios oficiales.

—¡Por Dios bendito, Charles!

—Lo sé, lo sé. —Se quedó mirando inexpresivo la taza de té, recordando cómo los dos oficiales iban perdiendo el color en el rostro, pasando del rojo al blanco, y echaban chispas por los ojos furiosos—. El almirante me dijo que esperaba mi renuncia inmediata, y eso hice, con gran placer. Y me fui de allí. El capitán Bright le ordenó a un marinero que me escoltara hasta que abandonara el barco, y a otro que metiera mis pertenencias en un baúl y lo dejara en el muelle.

En la chimenea, un tronco quemado se partió, con el estallido habitual de chispas rojas. El calor que liberó no tuvo efecto en Charles. El recuerdo de su abandono ignominioso de la Marina Real le había dejado con el corazón helado.

—Saqué un pasaje en un barco mercante para volver a Inglaterra —narró—. Estoy seguro de que, cuando el *Intrepid* retorne, las noticias sobre mi comportamiento correrán como la pólvora. El abuelo se pondrá furioso. Y lo mismo el tío George.

—Escríbeles para explicar lo que pasó —dijo su padre. Pero no fue una orden.

—No sé qué podría decirles.

—La verdad. Diles que fuiste demasiado idealista.

Charles soltó una risa sorda y amarga.

—¿Esa es la conclusión que saca de lo que pasó?

—Es tu naturaleza, Charles. Lo supe cuando me informaste de que no ibas a ir a Cambridge. Querías ponerte a prueba luchando por una causa noble. Lo que pasa es que la realidad de la guerra casi nunca tiene nada que ver con la nobleza. Lo normal es que sea trágica y sórdida.

—Entonces entiende por qué era el momento de que lo dejara.

—¿Entenderlo? Tendría que haberlo previsto. En cualquier caso, no excusa el peaje que has hecho pagar a tu familia por tu ansia de aventuras.

Charles dejó la taza en la mesa auxiliar con el ceño fruncido por la turbación.

—Intentaré reparar las consecuencias de mis acciones.

—Y yo deseo de todo corazón que lo hagas. —Arthur se levantó de la silla, le puso la mano a su hijo en el hombro y se lo apretó con fuerza—. Vamos. Tu madre y tu hermana estarán a punto de levantarse, y deseosas de verte en el desayuno. Se van a sentir eufóricas al saber que dejarás de estar en peligro constante. —Hizo una pausa antes de añadir una última frase—. Yo también estoy muy contento.

El joven sintió que la opresión que sentía en el pecho empezaba a aliviarse. La decepción de su padre era más que evidente, pero estaba claro que su magnitud no se podía comparar con la del amor que le profesaba. De nuevo Charles tuvo muy claro, tanto como cuando era un niño, que, hiciera lo que hiciese, siempre iba a tener el apoyo incondicional de su padre. Pero no le bastaba. También deseaba su respeto.

—¿Es todo lo que va a decir al respecto, padre? —preguntó—. Después de todo, el tiempo ha demostrado que tenía razón: no debería haberme marchado. Lo único que he conseguido ha sido preocupar a la familia y volver a Somerset en una situación peor de la que tenía cuando me marché.

—Ni mucho menos peor —negó su padre—. Ahora eres mayor y más sabio. Y más rico, por cierto.

—Una compensación escasa, si se pone todo en la balanza.

—¿Eso piensas? Reaccionaste contra lo que tú considerabas injusticias. Podría criticar las formas, pero no puedo avergonzarme de tus principios.

—El abuelo y el tío George no van a ser tan indulgentes.

—Se convencerán. Mientras tanto, eres tú quien debes reconciliarte contigo mismo por lo ocurrido, no con nosotros.

Los perros siguieron junto al fuego, sin renunciar al calor que les proporcionaba, mientras los dos hombres salían de la cocina.

—Tendría que haber renunciado a la Marina cuando el *Intrepid* dejó las costas de Siria —reflexionó Charles—. En ese momento habría sido una salida digna. Pero lo que hice fue dejar que el enfado y la infelicidad crecieran hasta que llegó un momento en el que no pude controlarme. —Bajó los hombros, desolado—. Tengo la sensación de que he fallado.

Su padre le dirigió una sonrisa de apoyo.

—Ya verás como te recuperas enseguida de la frustración. Se te presentará la posibilidad de vivir una nueva aventura y te lanzarás a ella, como has hecho siempre

Charles negó con la cabeza.

—Ya he tenido bastantes aventuras. De ahora en adelante, lo que quiero es paz y tranquilidad.

Lo decía muy en serio. No importaba que el haber dejado la Marina lo hubiera dejado como un barco a la deriva, sin amarras; ni que en tierra se sintiera inquieto y fuera de su elemento. Con toda seguridad, unas semanas en el seno de su familia servirían para tranquilizarle el espíritu y hacerle encontrar el curso adecuado para su futuro.

Así tenía que ser.



Capítulo 5

—Este también es de mi parte.

Charles le ofreció un paquete envuelto en papel de regalo a su hermana. La joven estaba sentada junto a él en el sofá, ahora atestado de cajas y restos de envoltorios. Las faldas amplias del vestido rosa de lana fría se extendían a su alrededor.

—Es una insignificancia, lo compré en un bazar de El Cairo.

Hannah acababa de despertarse. La oscura cabellera de color caoba, tan difícil de dominar, por una vez formaba una trenza gruesa, bien sujeta con un lazo de terciopelo. *Odiseo* llevaba un lazo igual alrededor del cuello y, bien comido y tranquilo, descansaba con placidez a los pies de la joven, en medio del montón creciente de papel de envolver y las correspondientes cintas de adorno.

—¿Qué es? —preguntó Hannah.

—Ábrelo y lo verás —le sugirió su padre.

—¡Claro, ábrelo! —la animó su madre.

Arthur y Philly Heywood estaban sentados frente a sus hijos, en otro de los sofás de la sala de estar, agarrados de la mano, como tenían por costumbre. Tras ellos se alzaba en todo su esplendor el árbol de Navidad. Era un añadido nuevo a las celebraciones; una moda recién importada a Inglaterra, cortesía del marido alemán de la reina Victoria, el príncipe Alberto. A Philly y a Hannah les había gustado mucho la idea y la habían puesto en práctica. Desde la llegada de Charles, ya hacía dos semanas, habían pasado mucho tiempo buscando el árbol adecuado, mandándolo cortar para poder colocarlo en la casa y adornándolo. Los Heywood, con la ayuda de sus veteranos sirvientes, Sara, William y los demás, habían

colocado en las ramas velas, fruta glaseada, cintas rojas y guirnaldas.

La habitación destilaba un aroma magnífico a pino fresco, naranjas y clavo de olor, así como al bizcocho especiado que la cocinera estaba horneando para el té especial de Navidad.

Philly había decidido poner toda la carne en el asador para celebrar la fiesta ahora que Charles había vuelto a casa de forma definitiva y se había acabado el peligro para él. De hecho, había recibido la noticia de su renuncia al servicio en la Marina con lágrimas de alivio y satisfacción. Y Hannah también se había alegrado muchísimo. No hubo recriminaciones ni reproches. El pasado se perdonó y olvidó, y se abrió la puerta de par en par a la promesa de un futuro sin peligro y prometedor.

A Charles le habría gustado ser igual de optimista que su hermana y su madre. Llevaba ya medio mes en casa y seguía igual de desubicado que a la llegada. Era una sensación muy desagradable e incómoda, pero también familiar. Esa misma sensación de desasosiego, o de sentirse incompleto, fue la que ocho años atrás desembocó en la decisión de abandonar Somerset. Lo había acompañado también por los mares cercanos al Líbano, Egipto y más allá. De hecho, fue una presencia constante, como si hubiera navegado con él hasta los confines de la tierra y regresado. Las aventuras no habían apaciguado la sensación. Quizá nada pudiera conseguirlo nunca.

Hannah abrió la caja que le había dado. Contenía un delicado frasco para perfume de porcelana pintada a mano.

—¡Mire, madre! ¿A que es precioso? —En un impulso, se le abrazó a Charles al cuello—. ¡Me encanta! ¡Muchas gracias! —Lo besó en la mejilla antes de soltarlo —. Lo voy a poner en mi tocador.

—¿Las damas extranjeras se ponen mucho perfume, querido? —le preguntó su madre.

—La verdad es que no he visto demasiadas damas durante mis viajes —admitió Charles—. Y, desde luego, ninguna elegante y que siga la moda.

—¿No se celebran fiestas ni bailes a los que acudan los marinos? —preguntó Hannah—. Cuando usted era militar sí había bailes, ¿verdad, padre?

—Alguno que otro —respondió Arthur—. Pero yo estaba en el Ejército de Tierra, no en la Marina, querida.

—Los marinos pasamos mucho tiempo a bordo de un barco —terció Charles —. Es bastante aburrido y deprimente, la única compañía es el resto de los miembros de la tripulación.

Hannah volvió a meter el frasquito en su caja.

—Tienes que haberte sentido muy solo.

Charles no respondió.

La verdad era que sí que se había sentido solo. Cuando se interrumpieron los combates, el tiempo se le había echado encima, pesado y lento. Ansiaba una vuelta a la acción, pero cuando llegó no fue del tipo que deseaba. Al final, no hubo héroes en esas batallas y escaramuzas, ni tampoco villanos de verdad, solo hombres que luchaban unos contra otros por razones que ninguno de ellos terminaba de entender del todo.

—Los soldados y los marinos no son la mejor fuente de información sobre cómo se desarrollan los acontecimientos sociales. —Arthur retomó la cuestión—. Seguro que una dama te informaría mucho mejor.

—La única que conozco que ha participado en una temporada es madre —dijo Hannah.

—Y solo acudí a un baile —constató esta—. Que no merece ser recordado, la verdad.

Arthur se llevó a los labios la mano de su esposa.

—No —dijo muy serio—. No lo merece.

Había sido una época oscura en la vida de la madre de Charles. Tras el fallecimiento de su abuelo, Satterthwaite Court pasó a pertenecer a un pariente varón muy lejano, un financiero londinense despiadado llamado Edgar Townsend. Sacó a Philly de Satterthwaite y la llevó a la ciudad, en teoría para proporcionarle una temporada. Pero lo que en realidad hizo fue concertar su boda con un famoso duque.

Charles no conocía todos los detalles de la historia, pues sus padres no deseaban que él y su hermana cargaran con la losa del pasado y sus circunstancias, pero sí que su madre se sintió muy infeliz con los planes de Townsend y que solo la intervención de su padre impidió que se llevaran a cabo.

—En ese caso, tendré que confiar en la prometida de Charles para que me guíe y aconseje —concluyó Hannah.

Charles, sorprendido, soltó una carcajada.

—¿Es que me he perdido algo? No recuerdo haberme prometido con nadie.

—Pronto lo harás —respondió Hannah muy convencida—. No me cabe la menor duda. ¿A que sí, madre?

Philly sonrió.

—No hay ninguna garantía, claro, pero sí que me parece probable que tu

hermano pueda comprometerse pronto.

Hannah le dirigió a Charles una sonrisa breve pero luminosa tras comprobar que su madre compartía esa opinión.

—No la anime, madre —le rogó Charles—. Ya le he dicho que no tengo intención de casarme hasta que haya encontrado una hacienda que me interese.

—Cuando se trata del amor, los planes de un hombre suelen irse por la ventana —intervino su padre—. Sobre todo si el hombre en cuestión es un joven que acaba de volver tras casi una década surcando los mares y peleando en mil batallas.

Charles gruñó.

—Tu padre está en lo cierto, querido —asintió Philly—. Tu apellido es importante y también tu fortuna. En cuanto la nieve se funda, todas las madres, desde Truro hasta Berwick-on-Tweed, te lanzarán a los brazos a sus hijas casaderas. Tu padre y yo estamos seguros de eso. Lo único que pedimos y deseamos es que, cuando te toque elegir, escojas una dama que merezca tu afecto. No cometas el error de atarte a la primera cara bonita que se te cruce en el camino.

Las emociones traicioneras de Charles volvieron a llevarle a la mente el recuerdo de Kate. Sobre todo, la forma inteligente de mirarlo, como si lo considerara tan interesante como él a ella. Sintió un calor extraño en el cuello.

—Ni padre ni usted tienen que preocuparse a ese respecto, madre.

Arthur le lanzó una mirada de alarma.

—¡Por Dios bendito, muchacho! ¿Es que ya has conocido a alguien?

—¡Desde luego que no! —contestó de inmediato. Quizá demasiado deprisa—. ¿Era ese el último regalo? —preguntó tras aclararse la garganta.

Su madre sintió un poco de pena por él.

—No, claro que no. —Se levantó y se acercó al árbol—. Tiene que haber otro por aquí. —Retiró algunas ramas y buscó—. Sara lo trajo con el correo.

Hannah miró con curiosidad.

—¿Es para mí? —preguntó con interés.

—No, querida. Es para Charles. ¡Ah! —A Philly se le iluminó la cara con una sonrisa de triunfo—. Aquí está. —Sacó un paquetito de debajo del árbol.

Entre el envoltorio y los lazos de adorno había un sobre con el nombre y la dirección de Charles escritos en el frente con letra angulosa.

—¿Quién lo envía? —le preguntó a su madre cuando se lo pasó. Bajo el papel de envolver se notaba que el contenido era blando. Parecía una prenda de vestir.

—No lo sé —respondió Philly—. Llegó sin remite. Quien lo haya mandado quiere permanecer en el anonimato. Aunque puede que haya incluido su nombre

dentro de la carta.

Charles rasgó el sobre, que contenía una cuartilla de papel de calidad media, con una nota escrita con la misma letra del sobre.

A la atención del teniente Charles Heywood:

Le escribo para advertirle de algo porque así me lo dicta la conciencia. Lo hago con gran riesgo para mi propia seguridad, por lo que le ruego que no informe a nadie del contenido de esta carta. Se ha cometido un acto muy perjudicial para su madre y es su deber repararlo. Todavía está a tiempo. Vaya el 8 de enero a las diez de la mañana a ver al señor Arbogast, en la calle Gold de Tiverton. Sea muy discreto. Allí sabrá cómo proceder.

Alguien que le desea lo mejor

Sintió una zozobra extraña al terminar de leer. ¿Qué diantre podría significar una nota como esa?

—¿Quién la envía? —preguntó su madre—. ¿Hay algún nombre?

Dobló la carta y la guardó en el bolsillo interior de la casaca. No tenía ningunas ganas de preocupar a su familia.

—Alguien que nos desea felices fiestas —contestó—. Nada importante.

—¡Desenvuelve el regalo! —le urgió su hermana.

Charles presentía algo con fuerza y urgencia, pero no sabía qué. Mientras abría el paquete, pensó que, dado el contenido de la misiva, podía contener cualquier cosa. Pero al romper el papel descubrió que el regalo misterioso no era más que una labor de ganchillo de color rojo. ¿Una bufanda? ¿Otro tipo de prenda? Imposible saberlo. La levantó para estudiarla bien.

Philly, sorprendida, tomó aire.

—¡Qué cosas! ¡Es un calentador de cuello para perros!

Los cuatro miembros de la familia Heywood se levantaron al unísono para examinar la controvertida prenda.

—¡Qué regalo más extraño para hacerle a alguien! —se maravilló Hannah—. Supongo que no lo han hecho para uno de nuestros perros... ¿O sí?

—Lo dudo. No parece muy resistente, la verdad —comentó Arthur—. Parece más un adorno o una especie de mensaje que una prenda útil.

—Puede que sea la extraña manera que tiene de gastar una broma alguien que no sabemos quién es —conjeturó Philly.

Hannah asomó la cabeza para mirar el papel de envolver.

—¡Mira, Charles! Hay otra nota…

Él frunció el ceño. En efecto, había otra cartita en un sobre todavía más pequeño que el otro. Lo abrió. La letra era más redondeada y firme que la de la misiva anterior, y su contenido mucho más evidente. Al menos para él.

> *Para su perro, un cruce español inhabitual, hasta que aprenda a distinguir las diferencias que existen entre las ruedas de los carros, los bajos de las faldas y… mis dedos.*

En ese momento, Charles supo, más allá de toda duda, de quién procedía el regalo y también las notas. Eran de Kate, la dama de ojos azules con la que se encontró en la calle Bond. Se trataba de una especie de broma extraña, como había intuido su madre, que la joven le había mandado para divertirse. ¡Nada menos que una bufanda de ganchillo para el perro que la había mordido!

En otras circunstancias, Charles se habría reído con ganas. Estaba claro que le estaba tomando el pelo y encajando de forma jocosa el hecho de que el can la hubiera mordido.

Pero el contenido de la primera nota no tenía ninguna gracia. Todo lo contrario. Había en ella una especie de amenaza velada, o así lo veía él; algo vagamente malicioso.

—¿Es de una dama? —preguntó Hannah mirando por encima de su hombro—. Parece la letra de una mujer.

Dobló la nota enseguida y se la guardó en el bolsillo junto a la otra.

—Sí, eso creo —confirmó.

Sus padres intercambiaron una mirada significativa.

—¿De quién se trata, querido? —preguntó Philly con suavidad.

«De una diablesa», pensó para sí, y estuvo a punto de decirlo en voz alta. Porque lo más probable era que hubiese escrito también la primera nota. Pero no tenía la menor intención de implicar a sus padres en el asunto.

—No lo sé —contestó sin faltar a la verdad—. Ni tengo muchas ganas de saberlo.



Capítulo 6

Somerset, Inglaterra
Enero de 1844

—¿Me puedes decir cómo has conocido a esta gente? —le preguntó Jack a su hermana mientras el carruaje avanzaba por la senda que conducía a la mansión de granito.

—No los conozco —admitió Kate.

Jack volvió la cabeza hacia ella.

—¿Cómo?

Iba sentada frente a él, vestida con un atuendo de viaje de seda azul oscuro y una capa de terciopelo negro. Se había peinado de forma cuidadosa, con raya al centro y el pelo recogido en la nuca en un moño elegante. Estaba guapa, o al menos eso había pensado al mirarse al espejo poco antes de salir de Beasley Park dos horas antes.

El viaje se le había hecho algo largo pese a que la cabina era confortable y a que habían ido bastante rápido. El carruaje del conde de Allendale, lacado en negro y con el escudo de la familia grabado en la puerta, era muy lujoso.

—No vayas a ponerte nervioso ni a enfadarte —le dijo a su hermano—. He tenido algún contacto con los Heywood. Solo que no nos han presentado de manera formal, eso es todo.

—¿Pero los conoces?

Kate se encogió de hombros, quitándole importancia a la situación.

—Sí, he estado... con ellos. —Lo cual era verdad, en cierto modo: había estado con el teniente Heywood en la calle—. De todas formas, ahora estamos en el campo, no en Londres. No es necesaria tanta ceremonia.

—Kate... —gruñó Jack—. Si hemos venido hasta aquí solo para comportarnos como unos estúpidos...

El carruaje se detuvo frente a los escalones de piedra que ascendían hasta la entrada.

—Puede que sea así —reconoció Kate mientras el lacayo abría la puerta del carruaje—, pero ya no vamos a darnos la vuelta, es demasiado tarde.

Jack se bajó primero y le ofreció la mano a Kate para ayudarla a salir. Tenía el ceño fruncido. Aún estaba furioso por haber perdido la carrera, y la cosa había empeorado al descubrir que los Heywood eran unos desconocidos.

Pero a Kate le daba igual su humor, fuera el que fuese. Estaba allí, ¿no? Pues eso era lo único que importaba. Subió los escalones del brazo de su hermano hasta llegar al arco de entrada a la casa.

Jack llamó dos veces a la puerta dando salida a toda su ira al hacerlo. El ruido de la aldaba resonó en la mañana de enero, silenciosa y fría.

—No podemos quedarnos más de media hora —susurró—. Al regreso nos vamos a encontrar un infierno.

Kate se alisó las faldas. James, su madre y su padre pensaban que Jack y ella habían ido con unos conocidos al castillo de Dunster. Era una mentira bastante fácil de descubrir, se había decepcionado por no haber sido capaz de encontrar una mejor. Pero resultaba complicado dar con una explicación para medio día de ausencia en esa época del año.

—Merecerá la pena —aseguró. El refuerzo optimista era tanto para su hermano como para ella misma.

Jack frunció el ceño más aún. Volvió a levantar el puño, pero en el momento en el que iba a llamar de nuevo, y antes de que pudiera hacerlo, se abrió la puerta.

Un criado, también con el ceño fruncido, se colocó en el umbral. Primero miró a los dos visitantes; luego desvió la vista hacia en carruaje, deteniéndola en el escudo de armas; y después volvió a fijar los ojos en Jack.

—¿En qué puedo ayudarle, caballero?

Jack se quitó el sombrero.

—Lady Katherine Beresford y el señor Beresford, para ver a...

—Al teniente Heywood —intervino Kate.

Jack movió el cuello como si tuviera un resorte para volverse a mirarla. Si antes

estaba exasperado, ahora se sobresaltó.

—¿El teniente Heywood? —repitió, haciendo hincapié en la palabra «teniente».

Kate puso cara de inocencia.

—¿Está en casa? —preguntó al probable mayordomo.

—Sí, milady. —El sirviente hizo una doble inclinación antes de dar un paso atrás para facilitarles la entrada—. Por aquí, si son tan amables.

Kate le siguió por la escalera de mármol, que dibujaba una curva amplia al ascender.

La residencia de los Heywood estaba amueblada y decorada en el mismo estilo clásico que la fachada palladiana sobria y señorial. Vestían los techos molduras de yeso artísticamente decoradas, y las paredes, de un blanco impoluto, lucían columnas jónicas cada pocos metros. Casi todas las superficies libres las cubrían cuadros en los que aparecían escenas con perros y caballos, y paisajes bucólicos de la campiña inglesa. Todo eso, unido a las alfombras Aubusson tupidas y a los muebles suntuosos de madera de nogal y caoba, le aportaba a la casa una riqueza que ponía de manifiesto no solo elegancia noble, sino, sobre todo, afecto familiar.

Kate lo fue absorbiendo todo con curiosidad ávida al tiempo que el mayordomo los conducía a la sala de estar. Jack andaba detrás de ella. Notaba que la irritación que lo embargaba iba en aumento, crecía como el oleaje en una tormenta. Una cosa era embaucarlo para una visita a personas que no les habían sido presentadas y que no los habían invitado, y otra muy distinta engañarlo para visitar a un caballero.

A Kate no le influía lo más mínimo su decepción. Había esperado con ansia un encuentro con el atractivo teniente Heywood desde que se vieron por casualidad en la calle Bond. Si había suerte, él también la estaría esperando. Después de todo, le había mandado la bufanda de ganchillo para el perro.

Eso había sido un golpe de inspiración. La *Revista Femenina de Decoración y Adornos* había publicado el patrón en el último número. Por casualidad, Kate la había hojeado y había encontrado el diseño, muy coqueto, junto a una ilustración de un perrito faldero con su dueña. En cuanto la vio, supo que era un modo muy adecuado de atraer la atención del teniente. ¿Qué caballero no se sentiría interesado por un toque de humor tan ingenioso? A no ser que fuera un soso sin imaginación ni inteligencia, tendría muy claro desde el principio de quién procedía el regalo. Seguro que habría servido para que la recordara y la tuviera presente en sus pensamientos hasta que ella organizara la visita.

Ese había sido el plan, ni más ni menos.

Desde la sala de estar, que iluminaba el sol de la mañana, llegó el murmullo de una conversación animada. Sonaban voces profundas masculinas a las que respondían risas femeninas, más suaves.

Kate reconoció una de las voces, una voz de barítono seria y rica. Tuvo sobre ella el mismo efecto que la primera vez que la había oído en la calle Bond. Empezó a latirle el corazón más deprisa de pura expectación.

—El señor Beresford y lady Katherine Beresford —anunció el mayordomo.

Kate y su hermano entraron en la sala de estar.

Era una habitación agradable, de mobiliario cómodo, paredes enteladas con seda, cortinas de brocado azul claro y sofás y sillones tapizados de terciopelo y damascos de tonos suaves. En la zona más cómoda del salón se sentaba una familia, sin la más mínima ceremonia, y, al parecer, tranquila y a gusto, frente a las llamas agradables de una chimenea enorme de mármol. Un árbol de Navidad muy grande, cubierto de espumillón blanco, se alzaba tras ellos, cerca de la pared; además, una variedad imposible de perros, tumbados en distintos estados de reposo, yacía a sus pies.

Los canes se pusieron alerta en el momento en el que sus dueños se levantaron para recibir a esos visitantes inesperados. Eran cuatro personas. Dos eran damas de precioso pelo color caoba, una de mediana edad y otra muy joven. «Madre e hija, sin duda», pensó Kate. Las dos poseían un rasgo de rareza extraordinaria: ojos de distinto color, uno azul y el otro marrón. Kate nunca había visto nada parecido.

Los otros dos eran hombres. El mayor, con un cabello negro que ya mostraba algunas canas plateadas en las sienes, se levantó del asiento con la ayuda de un bastón. Cerca de él, de espaldas al fuego, estaba el teniente Heywood.

Al verlo, Kate sintió una oleada de calor por todo el cuerpo. Era tan atractivo como recordaba, pero no se mostraba más cordial que cuando lo conoció. Mantenía la postura rígida y el rostro inexpresivo. Solo los ojos grises parecían mostrar algún tipo de sentimiento, en realidad un brillo mínimo: un destello de sorpresa seguido de un movimiento... ¡Vaya por Dios!, estaba molesto.

Kate se descorazonó. Menos mal que ahí estaba Jack, que poseía a raudales la soltura típica de los Beresford y era capaz de comportarse de modo adecuado en cualquier situación, por incómoda que fuese.

—Perdonen nuestro atrevimiento —empezó—. Nos encontrábamos en los alrededores y hemos pensado que sería una buena idea presentarles nuestros

respetos. Tengo entendido que mi hermana y el teniente Heywood se encontraron en Londres, aunque con cierta... brevedad.

La dama de más edad miró a su hijo con expresión curiosa y amable.

—¿Conoces a esta joven, Charles?

Se hizo un silencio largo.

Kate sintió una punzada de ansiedad en la boca del estómago. El teniente Heywood estaba en condiciones de humillarla, de negar que se conocían, lo cual la dejaría en ridículo. Ni se había planteado tal posibilidad. Había pensado que...

¡Qué más daba lo que hubiera pensado, qué importaba ahora! Todas sus ideas infantiles de flirteo se habían desvanecido al entrar y verle la expresión del rostro. Quizá ya en la calle Bond se hubiera enfadado con ella, pero también creyó que había sentido algo de fascinación. Sabía reconocer las señales cuando eso ocurría, pues las había visto a menudo en Londres, durante la temporada. Pero la forma en la que la miraba el teniente Heywood en esos momentos no transmitía el menor signo de que estuviera fascinado.

—Sí —confirmó por fin—. Aunque en ese momento no fuimos presentados como es debido.

Kate suspiro aliviada. Fuera lo que fuese lo que pensaba o sentía en ese momento, parecía dispuesto a comportarse como un caballero.

Se dirigió a ella:

—Lady Katherine, supongo...

—Supone bien —respondió con una sonrisa—. Tenemos un amigo común, el señor Gilbert Trumble. Fue compañero suyo en Eton, si no me ha informado mal.

El teniente Heywood alzó la ceja con cierta ironía para demostrar que se daba cuenta de que Kate adornaba la relación. En cualquier caso, omitió cualquier comentario sobre la diferencia de edad cuando coincidieron en el colegio y el hecho de que apenas se les podía calificar de conocidos, mucho menos de amigos. Otro rasgo de comportamiento caballeroso.

La verdad, Kate podría haberse ahorrado el comentario sobre Gilbert.

Christine había dicho que el teniente Heywood era un hombre grosero y no parecía que hubiese estado desencaminada. Tal vez ella hubiera malinterpretado la breve mirada de interés masculino que le había dirigido en la calle Bond o el interés, a la vez brusco y solícito, con el que le había ofrecido el pañuelo para que se vendase la mano. No sería la primera vez que teñía los recuerdos de un encuentro con tonos románticos. De hecho, necesitaba hacerlo de vez en cuando, pues si no la vida sería muy sosa y aburrida. No obstante..., empezaba a

arrepentirse de haber ido hasta allí.

—El señor Trumble y su familia son viejos amigos nuestros —explicó Jack, ajeno al trasfondo de la conversación entre su hermana y el teniente—. No sabía que se conocieran.

—Sí —afirmó el teniente Heywood con cierta sequedad—. Sorprendente, ¿verdad?

La sonrisa impostada de Kate desapareció por completo. Apretó los dientes ante la falta de cortesía de las respuestas.

—¿Nos hará el honor de presentarnos a su familia?

—Será un placer. —El comportamiento del teniente, aunque correcto, siguió sin ser afable mientras hacía las presentaciones formales—. Tengo el gusto de presentarles a mis padres, el capitán y la señora Heywood, y también a mi hermana, la señorita Hannah Heywood.

—Señor. Señora. Señorita Heywood —saludó Kate con sendas reverencias—. Encantada de conocerles.

—Puede que conozcan a nuestra familia —aventuró Jack tras las correspondientes inclinaciones de cabeza—. Mi padre es John Beresford, conde de Allendale. La residencia familiar está en Worth House, en el condado de Hertford, pero mi madre, de soltera, era Margaret Honeywell, de Beasley Park, y estamos pasando allí las Navidades.

—Beasley Park está a cierta distancia de aquí —comentó el capitán Heywood —, pero la verdad es que el apellido Honeywell me suena bastante. —Señaló un sofá—. Tomen asiento, por favor.

—Sí, siéntense —insistió la señora Heywood—. Voy a pedir el té. —Se acercó al llamador, que estaba junto a la chimenea, y tiró de él con firmeza.

Los perros se acercaron a olisquear los bajos de la falda de seda de Kate. Le llamó la atención uno de ellos, un perrito con pintas en la piel que llevaba una especie de bufanda alrededor del cuello.

—¡Vaya! —Asombrada, alzó la vista hacia el teniente—. ¿No es este su perro traído de España?

El teniente Heywood se mantuvo en pie.

—En efecto —confirmó con frialdad—. Se llama *Odiseo*.

La señora Heywood volvió a sentarse en el sofá, ahora abarrotado.

—¿Ha dicho usted de España…? —preguntó extrañada.

—Un broma estúpida —le aclaró el teniente Heywood a su madre.

Kate extendió la mano para acariciar al perrito, pero la retiró de inmediato.

Volvió a dirigir al mirada al teniente.

—¿Se dejará acariciar?

—¡Oh, es muy cariñoso! —intervino la señorita Heywood, sentándose a su vez. Era la primera vez que hablaba desde la entrada en el salón de Kate y su hermano. Parecía una chica tímida, poco acostumbrada a tener compañía.

Kate la miró con simpatía.

—Entonces su carácter se ha suavizado desde que lo vi por primera vez. —Le acarició con mimo la cabeza a *Odiseo*, que recibió la carantoña alborozado y sin mostrar la más mínima reminiscencia de la agresividad salvaje que había desplegado en la calle Bond—. En aquel momento me mordió.

—¿De verdad? —El capitán Heywood miró a su hijo mientras se sentaba junto a su esposa en el sofá—. Creo que empiezo a entender...

Se produjo una pausa incómoda que interrumpió una criada joven al aparecer en la puerta de la sala de estar. Llevaba un delantal almidonado sobre un vestido de trabajo negro.

—¿Ha llamado, señora?

—¿Serías tan amable de traer el servicio de té, Mary? —pidió la señora Heywood.

—Sí, señora. Enseguida. —La criada hizo una reverencia y se marchó.

El teniente Heywood se aclaró la garganta y se dirigió a Kate.

—Espero que se haya recuperado.

—¡Sí, claro! —respondió la aludida—. No fue más que un arañazo. Ya casi ni se nota. ¿No es cierto, Jack?

—Mi hermana está hecha de un material muy resistente —aseguró este—. No para de hacerse heridas y arañazos con sus perros y sus caballos. Por no hablar de sus dos gatos. ¡Qué criaturas tan egoístas y malhumoradas! Si no estuviera yo también tan unido a ellos, les prohibiría la entrada en casa.

—¿Le gustan los animales, milady? —preguntó la señorita Heywood.

—No podría vivir sin ellos —respondió Kate—. Por eso prefiero vivir en el campo. Lo he pasado muy mal durante mi temporada de presentación, me ha parecido abominable. Lo único interesante que me ha pasado durante mi estancia en Londres ha sido conocer a su hermano.

Al teniente Heywood no pareció afectarle su aseveración. Permaneció junto al fuego tan serio e implacable como un marino de pie sobre la proa de una fragata de cincuenta y seis cañones.

—Este año Hannah hará su presentación en sociedad —afirmó la señora

Heywood.

—¿Van a ir a Londres? —preguntó Kate con interés genuino. ¿Acompañaría su hermano a la joven Heywood? Aunque eso ya no le importaba. ¡Qué individuo tan insufrible! ¿Su declaración de que el chucho que la mordió era de una raza española poco común habría sido un brote de locura momentánea? ¿No tenía ni el más mínimo sentido del humor? Empezaba a sospechar que esa era la verdad.

—A Londres o a Bath, aún no lo hemos decidido —explicó la señora Heywood.

—¡No vayan a Bath! —exclamó Kate de inmediato—. Las perspectivas en Londres son ya de por sí bastante escasas, así que me dan escalofríos al pensar cómo estarán las cosas en Bath. Supongo que lo único que se van a encontrar allí son caballeros de edad que han ido a tomar las aguas.

—Por favor, Kate —murmuró Jack—. Contrólate...

—No me malinterpretes, hermano —continuó—. No tengo nada en contra de los caballeros de tales características. Estoy segura de que los hay muy agradables, ya sea en Bath, en Ramsgate o dondequiera que vayan a curar sus muchas dolencias. Pero un hombre de esa edad nunca sería el esposo adecuado para una joven como nosotras. Usted es muy joven y muy dulce, señorita Heywood. No creo que la perspectiva le convenga.

El teniente Heywood se la quedó mirando con fijeza y una expresión indescifrable. Kate no sabía si le habían divertido sus comentarios o si, por el contrario, estaba tan consternado como su hermano. Quizá ninguna de las dos cosas. Tal vez el teniente ni siquiera estaba pensando en ella. Podría estar dándoles vueltas a asuntos políticos o militares, a su próximo destino o a qué habría de cena esa noche. Así pues, hizo un gran esfuerzo por contener la legua..., esfuerzo que duró un segundo.

—Es una pena que Londres no sea un lugar más divertido para las damas jóvenes —opinó—. Nunca podrá compararse con el campo y sus atractivos. Cierto que no hay previsto ningún gran baile, aunque podemos organizar veladas musicales y bailes vecinales. Tiene que venir a Beasley y bailar el vals con mis hermanos. ¡Tengo tres, nada menos!

A Jack se le empezó a colorear el cuello.

—Kate... —susurró en tono de súplica—. Estoy seguro de que la a señorita Heywood no le interesan...

—¡Sería divertidísimo, se lo aseguro! —exclamó, muy animada ya—. Le mostraría mis caballos y mis perros. Tengo un cazador muy valiente, *Ember*, y una pareja de *spaniels* a cual más cariñoso. Y también tengo que enseñarle mis gatos, a

no ser que no le gusten, claro...

—Me... me gustan los gatos —afirmó la señorita Heywood, a la que le tembló la voz un poco—. Me encantaría jugar con ellos.

—Pues está decidido —sentenció Kate—. Fijaré la fecha y le enviaré una invitación. Siempre y cuando sus padres no se opongan, claro.

El capitán Heywood y su esposa intercambiaron una mirada larga y significativa que pareció contener toda una conversación sin palabras: pregunta, respuesta y acuerdo firme y silencioso. De hecho, y a excepción de sus propios padres, Kate no había visto una pareja tan armoniosa.

—Claro que no nos oponemos —declaró el capitán Heywood—; siempre que el tiempo lo permita, claro.

—El tiempo ha sido bastante bueno hoy —dijo Jack—. ¡Hasta ha asomado algo el sol! No nos ha planteado el menor problema. Lo cual nos quita preocupación para el viaje de vuelta.

—¿Desean quedarse a comer? —ofreció gentil la señora Heywood.

—¡Oh, no! —repuso Kate—. No queremos molestar, pero hace un día muy agradable y sí me gustaría hacer algo de ejercicio. Señorita Heywood, ¿sería tan amable de acompañarnos a dar un paseo por los jardines después del té?

—Si es su deseo... —accedió algo titubeante, no sin antes echarle una mirada algo ansiosa a su hermano—. ¿Nos acompañarías, Charles?

El teniente Heywood inclinó la cabeza para dar su conformidad. No parecía encantado con la idea, pero tampoco reacio del todo. Apretó la mandíbula y cuadró los hombros como si hubiera decidido afrontar algo que le resultaba desagradable.

Desanimada, Kate se dio cuenta de que era su compañía lo que le desagradaba.



Capítulo 7

Charles acompañó a su hermana y a los visitantes por el camino que rodeaba el manzanal de Heywood House. En esa época del año, las ramas estaban desnudas y las frutas eran solo un recuerdo lejano. Una capa fina de hielo cubría la tierra dura del camino y no se derretía pese a que brillaba el sol.

El señor Beresford caminaba a su lado, mientras que Hannah iba delante, del brazo de Kate. Aunque había dejado de ser Kate en realidad. La joven del vestido azul que le marcaba las curvas a la perfección y cuyas faldas de seda se movían de forma provocativa a cada paso que daba era en realidad lady Katherine Beresford, hija del conde de Allendale. Eso era.

Solo una dama de su rango social y riqueza podía actuar con tal confianza en sí misma y con tanta decisión y capacidad de maniobra. No solo había sido capaz de averiguar quién era él, sino que hasta se había atrevido a ir a visitarlo, y con una excusa muy endeble, algo que a sus padres les había quedado clarísimo. Pero eso no había sido óbice para que se presentara en Heywood House con toda la osadía del mundo.

Pese a que estaba bastante molesto, tampoco podía evitar sentirse impresionado por semejante demostración de confianza en sí misma ni por la amabilidad que estaba mostrando. Se trataba de una cualidad tan escasa como inesperada en la alta sociedad a la que pertenecía. Según su experiencia, esa gente era educada, pero también fría. No era el caso de lady Katherine, que actuaba con una cordialidad y una cercanía tan evidentes como genuinas.

Demostraban la bondad de su carácter la forma en la que trataba a los perros, la manera de dirigirse a sus padres y la simpatía honesta con la que conversaba con

su hermana, tan joven e inexperta. Todo eso, unido a su belleza y educación, había dado como resultado que se sintiera de nuevo cautivado por su presencia.

La damita caminó con su hermana durante un rato, hasta que un recodo del sendero las separó. En ese momento el señor Beresford quedó emparejado con Hannah y Kate se quedó atrás hasta que, de forma nada forzada, se situó junto a él. Y, como era de esperar, no se anduvo con rodeos.

—¿Recibió mi regalo? —preguntó.

Charles procuró no hacer caso de la sensación que le produjo el roce de sus faldas sedosas contra los pantalones.

—Sí, claro.

—¿Y no le pareció divertido?

—Pues... sí, podría habérmelo parecido —dijo— si no hubiera llegado acompañado de esa nota.

Lo miró desconcertada, alzando la cabeza y abriendo mucho los ojos bajo el sombrero de terciopelo.

—¿Había algún problema con mi nota? No decía nada que no fuera cierto. Su perro perseguía los carruajes y también las faldas de las damas. Y todavía tengo pruebas de que me mordió en el dedo...

—No hablaba de esa nota —dijo—. Me refería a la otra.

—¿Qué otra?

—Una en la que se atrevía a hacer comentarios sobre mi madre.

Kate se detuvo en seco.

—¿Qué está diciendo?

Charles se paró también a regañadientes. Su hermana y el señor Beresford habían avanzado por el camino hasta un recodo, de modo que ahora Kate y él estaban solos. Lo que hablaran en ese momento sería privado, siempre que no alzaran la voz, claro.

—¿Niega usted haberla enviado? —preguntó en voz baja.

—¡Por supuesto que lo niego, de forma taxativa! —contestó también en tono bajo aunque enfático—. ¿Por qué razón iba a hacer yo insinuación alguna acerca de su madre? No la conocía y la verdad es que me ha parecido una dama encantadora.

—Lo es, se lo aseguro —dijo Charles—. Y no tengo ningunas ganas de que sirva de entretenimiento y cotilleo a la gente de la alta sociedad.

Kate se puso tensa de forma ostensible.

—Debe usted de tener una opinión deplorable de mí, señor.

—No la conozco, milady.

—Entonces, ¿por qué...?

—La carta que he mencionado venía unida al paquete que contenía su regalo.

—La única carta que yo escribí iba dentro de la caja que contenía la bufanda que le regalé —afirmó—. No envié ninguna más. ¿Por qué iba a hacerlo?

Charles la miró con detenimiento. Lucía una cara transparente, sin encubrimiento ni engaño alguno. No tenía en los ojos el brillo de la astucia ni ningún signo de ocultación. Si decía la verdad, la estaba acusando e insultando sin motivo alguno.

Ahora le tocó a él ponerse tenso ante tal perspectiva.

—No sé por qué —dijo—. ¿Por qué la gente de la alta sociedad hace las cosas que hace?

—Me gustaría que dejara de referirse a mí como parte de «la gente de la alta sociedad», así, en genérico —replicó—. Yo no soy «la gente», soy una persona. El que de vez en cuando me apetezca participar en algún acontecimiento social no me convierte en una londinense mema y maliciosa que se embarca en bromas malintencionadas. —Suavizó la mirada—. ¿Acusaría a un hombre de algo así? Me da la impresión de que no. Y, sin embargo, la mayor parte de las veces son los hombres los que hacen este tipo de cosas. Solo tiene que echar un vistazo a las apuestas que se atreven a escribir en los libros que hay a tal efecto en los clubes de caballeros. Dígame si me equivoco.

—No —reconoció Charles, aprovechando la pausa para respirar que hizo ella —. Y le aclaro que mi acusación no tenía que ver con su género.

—Ya... —bufó—. Solo con mi forma de ser.

—Si me he equivocado, como parece, le pido disculpas.

—¿«Si», en condicional? —Entrecerró los ojos al mirarlo—. ¿Puedo saber qué decía esa otra carta?

—Como le he dicho, se trataba de insinuaciones.

—Me gustaría verla.

—No creo que sea conveniente.

—¿Y todavía sigue acusándome de haberla escrito? ¡Vamos, por favor! — Extendió la mano enguantada—. Requiero saber exactamente de qué me acusa. Me parece que, como mínimo, me lo debe por haberme dicho esas cosas.

Charles dudó durante una fracción de segundo. Había recogido el sobre antes de salir a pasear y lo llevaba en el bolsillo interior del abrigo. Había pensado en enfrentarse a ella y pedirle explicaciones. Pero parecía cada vez más claro que no

había explicaciones que pedir ni que dar. Desde luego, no a Kate.

De mala gana, sacó la misiva y se la entregó a la joven.

—Esta no es mi letra —dijo al momento.

—¿Cómo podía yo saberlo?

Kate le agitó la carta delante de los ojos.

—¿No se dio cuenta de la diferencia de caligrafía entre esta nota y la que yo mandé? Cualquiera se daría cuenta de que son muy distintas.

—Me di cuenta —admitió—. Pero en ese momento me preocupó mucho más lo que decía que la letra con la que estaba escrita.

Kate volvió a examinar la nota en cuestión y a leer muy atenta lo que decía. Abrió mucho los ojos.

—Extraordinario —murmuró para sí—. ¿Qué estarán dando a entender?

—No tengo ni la menor idea, se lo aseguro. Pero sospecho que se trata de algo siniestro.

—Eso es evidente, pero ¿qué? —Alzó la vista para mirarlo a los ojos con gesto de profunda curiosidad—. ¿Va a ir usted a Tiverton el lunes para averiguarlo?

Charles recuperó la carta de entre los dedos de Kate, la volvió a meter en el sobre y se la guardó de nuevo en el bolsillo interior del abrigo. Claro que iba a ir a Tiverton. No era la clase de hombre que dejara pasar una amenaza contra su familia. Si Kate no había escrito esa nota insidiosa, consideraba su deber averiguar quién había sido. Pero eso no era de la incumbencia de ella.

—Lo dudo —respondió con vaguedad deliberada.

—¡Pero tiene que ir! ¡Ha de ir!

—Si voy o no, es cosa mía; con todo el respeto, creo que no le concierne…

—¿No siente usted curiosidad?

Desvió la mirada.

—¿Respecto a mi madre? Pues no, la verdad es que no.

Kate se acercó más a él. Las faldas ahogaron más que rozaron las perneras de los pantalones. La joven bajó aún más la voz.

—¡Pero podría ser algo importante! Un deseo no cumplido. Una herencia no recibida. Un secreto…

—Sí, sí, no hace falta que siga. Veo que le gusta leer novelas.

—Leo mucho, y de todo, señor. No es algo que me avergüence. —Lo miró a la cara con intensidad—. Ha quedado claro que no tiene usted curiosidad. ¿Carece también de imaginación?

Charles sintió calor en el cuello. La chica era muy atrevida y audaz. Y estaba

demasiado cerca. Lo uno sumado a lo otro lo agobiaba demasiado. Eso, unido a la fragancia de su perfume y al olor sutil a algodón de las enaguas de la joven, le estaba afectando los sentidos.

—Mi imaginación, o la falta de ella, como dice usted, no tiene nada que ver con estas circunstancias. Sea lo que fuere lo que pretende la persona que...

—¡Por fin! —exclamó con la cara resplandeciente de satisfacción mientras le apuntaba a los ojos con el dedo índice enguantado—. Entonces admite que yo no escribí la nota, ¿no es así?

Charles se la quedó mirando. No pudo evitar fruncir el ceño.

—Admito que tal cosa no me parece ahora tan factible como antes. Y he de pedirle perdón.

—Se lo concedo con toda liberalidad. No soy nada rencorosa, es una pérdida de tiempo y de energías. No obstante... —Se dio la vuelta y volvió a echar a andar por el sendero—. Me encantan los misterios y ahora, pese a no haberlo buscado, formo parte de este. Me gustaría colaborar para resolverlo.

Charles se puso a su altura de una sola zancada.

—¡De ninguna manera! —exclamó—. Ya se lo he dicho, no pienso ir a Tiverton.

—Sí, algo así ha dicho —replicó Kate con tono alegre—. Lo cual no significa que no pueda ir yo.



Capítulo 8

—¿Cómo la conociste, Charles? —preguntó Hannah cuando el carruaje lacado en negro se alejó por la senda.

Charles acompañó a su hermana dentro de la casa caldeada.

—De forma inesperada —respondió.

Lo cierto era que, durante el breve tiempo que había pasado desde que lady Katherine Beresford y él eran conocidos, o como fuera que pudiese denominarse la relación mínima que había entre ellos, todo lo que había ocurrido había sido inesperado. La audacia de la joven, su amabilidad, su comportamiento impropio y lamentable. Cada giro de la situación lo había descolocado por completo y había contravenido sus expectativas..., si es que las había tenido, claro. La dama seguía siendo casi una completa desconocida para él.

—Muy bien, pero explícame cómo. —Hannah se volvió a mirarlo con gesto de impaciencia. ¿Fue en una reunión...?

—Vuelve a la sala de estar, pequeña —la urgió Charles, casi empujándola para que subiera las escaleras—. Tengo que hablar con Sara.

El ama de llaves salía en ese momento por la puerta que utilizaban los criados para entrar o salir de la zona de las cocinas. Había sido la doncella personal de su madre y los rasgos, bastante duros en su juventud, se le habían suavizado con el paso de los años. Además, la delgadez había devenido en una figura regordeta. Se detuvo al oír su nombre.

Hannah empezó a subir las escaleras.

—Muy bien, pero reúnete con nosotros en cuanto te hayas cambiado. Seguro que padre y madre sienten la misma curiosidad que yo.

Charles controló una mueca de fastidio. No le cabía la menor duda de que tendría que pasar la media hora siguiente explicando quién era Kate y, aún peor, qué significaba para él. La perspectiva no le agradaba.

—¿Necesita algo de mí, señor Charles? —preguntó Sara.

—Solo una pregunta —dijo Charles—. El paquete navideño que me llegó por correo tenía una carta unida a la parte superior. ¿Por casualidad colocó usted la carta ahí?

—¿Es que no eran de la misma persona? —preguntó Sara—. Pensé que sí y por eso uní la carta al paquete. ¿Acaso no tenía que haberlo hecho, señor?

Charles notó que lo inundaba una sensación de alivio tan grande como inexplicable.

Así que Kate le había dicho la verdad. Ella no había escrito ni mandado la carta.

—No, Sara, no hay ningún problema. Gracias.

Si alguien había obrado mal, había sido él. De hecho, la había acusado de algo que no tenía nada que ver con ella. Y no se lo merecía.

Él ya se había disculpado..., más o menos. «Si me he equivocado...». La verdad, eso no se podía considerar ni mucho menos una disculpa suficiente. Cuando volviera a verla, es decir, cuando cumpliera su «amenaza» de invitarlos a Beasley Park, se disculparía como era debido. A no ser, claro, que la viera antes de esa hipotética visita.

¿Habría dicho en serio que iba a acudir a Tiverton?¡No lo quisiera Dios! ¡Ojalá no le hubiera mostrado la dichosa carta! Lo último que deseaba era que alguien se entrometiera en ningún asunto relacionado con su familia. Ya era lo bastante malo que el nombre de su madre se mencionara en relación con una injusticia misteriosa. No quería que los cotilleos, fueran los que fuesen, se extendieran por todo el oeste de Inglaterra.

Y, en cuanto a la carta...

—No sé quién la envió —dijo Sara—. No había remite.

—No, es cierto —confirmó Charles—. Su origen es misterioso.

Sara puso cara de susto.

—Ni mencione eso, señor.

Charles no se explicaba por qué Sara se había inquietado tanto.

—Estoy seguro de que no es importante.

—Tal vez no, pero no permita que sus padres lo sepan. No les gustaría saber que se están recibiendo de nuevo cartas anónimas.

Miró a la criada muy sorprendido.

—¿«De nuevo»? ¿Quiere decir que se recibieron cartas como esta en el pasado?

—Se recibió una —confirmó Sara—. Pero de eso hace muchos años, fue antes de que usted naciera. Se trató de una especie de amenaza. Su padre y su madre aún no lo han olvidado, seguro.

—¿Qué clase de amenaza?

—Contra la vida de su madre —explicó—. ¿No se lo han contado?

Negó con la cabeza. Estaba asombrado, y más cuando lo asaltó una sospecha espantosa.

—Puede que esta carta proceda de la misma persona.

—Oh, no, señor, eso sí que es imposible. El caballero que escribió esa carta hace mucho que murió. Su padre... —Se interrumpió—. Bueno, no voy a contarle historias del pasado. El capitán y la señora Heywood se han portado de maravilla conmigo. Son como mi familia. Yo no los preocuparía otra vez con una carta anónima que seguro que no tiene ninguna importancia.

—No lo haré —dijo Charles.

Y menos ahora que sabía que iba a preocuparlos.

Así, cuando volvió a la sala de estar, encontró a sus padres y a su hermana sentados juntos en una armonía tan feliz que renunció del todo a decir cualquier cosa que perturbara esa paz.

—Ven con nosotros, Charles —lo invitó su madre—. Hannah nos ha contado maravillas de tu lady Katherine.

Charles cruzó la habitación y se sentó junto a su madre.

—No es «mi» lady Katherine.

La protesta cayó en saco roto.

—¿Crees que volverá a Londres en primavera? —preguntó Hannah—. Apenas conozco a nadie allí. Sería estupendo tener una amiga cuando haga mi debut en sociedad.

—Creía que habías decidido hacer tu temporada de presentación en Bath —le recordó Arthur—. No me digas que la opinión de una sola joven ha bastado para que cambies de idea.

—Ha dado muy buenas razones, hay que reconocerlo, padre. —Hannah se volvió hacia su madre—. Es muy guapa. Me pregunto por qué no se ha prometido en su primera temporada.

—¿Cuándo la conociste, Charles? —preguntó su madre.

—Ha tenido que ser hace muy poco, ya que tu barco atracó hace solo dos

semanas —comentó su padre.

—Sí, fue hace muy poco —confirmó.

No iba a dar más información sobre el asunto, pues hacerlo daría lugar a que se juzgara mal el comportamiento de Kate. Pese a lo poco convencional y atrevida que era, no quería que sus padres tuvieran mala opinión de ella.

Su progenitor no lo presionó. No obstante, tenía cierto brillo en los ojos, al mismo tiempo divertido y comprensivo. Solo él parecía entender la naturaleza del dilema de su hijo. Por primera vez en su vida, a Charles lo perseguía una dama. ¡Y menuda dama! Resultaba inaudito y algo desquiciante. Eran los hombres quienes perseguían a las mujeres, y no al revés. Los protocolos de los cortejos debían de haber cambiado mucho durante el tiempo que Charles había estado lejos de Inglaterra.

—Es una joven muy atractiva —observó su padre poco después de que Philly y Hannah hubieron salido de la sala de estar, acompañadas de los perros—. Aunque me da la impresión de que su carácter no casa del todo bien con tus deseos de paz y tranquilidad.

—Lady Katherine Beresford no forma parte de mis planes —explicó Charles—. Tengo preocupaciones más acuciantes. —Hizo una pausa—. Quería preguntarle algo. —Miró con fijeza a su padre—. ¿Madre recibió una vez una carta anónima en la que se amenazaba su vida?

Su padre mudó la expresión.

—¿Quién te ha dicho eso?

—¿Es cierto?

Arthur se mantuvo en silencio un buen rato.

—Sí —confesó por fin—. Pero quien la recibió fui yo, no ella. —Una arruga profunda se le formó en la frente—. Discúlpame. No es uno de los recuerdos más felices que tengo.

—¿Por qué razón iba alguien a amenazar a madre? —preguntó Charles, muy desconcertado—. Es incapaz de hacerle daño a nadie.

—No, de forma directa no. Y en ningún caso a propósito. Pero cuando conocí a tu madre, ella tenía otro pretendiente.

—Sí, el duque de Moreland, lo sé. He oído la historia.

—Pero no completa.

—Pues cuéntemela.

—¿Qué puedo decirte? Era un hombre muy poderoso y que tenía muchos enemigos. Uno de ellos escogió a tu madre como objetivo. Yo me encargué de

solucionar el asunto, claro, pero el recuerdo no es nada agradable. No quiero, bajo ningún concepto, que lo menciones delante de ella.

—No, no, descuide —le aseguró Charles—. Pero el hombre que le envió la carta...

—Hace mucho que está bajo tierra —aclaró Arthur—. No supone ninguna amenaza, ya no.

—Entonces, ¿madre ya no tiene enemigos?

Arthur pareció pararse a pensarlo.

—Supongo que los dos los tenemos, sí —admitió—. Nuestro matrimonio afectó mucho a mucha gente. No solo a Moreland, sino a aquellos que habían organizado el compromiso entre él y tu madre; su tutor, Edgar Townsend, sobre todo. Que tu madre y yo huyéramos y nos casáramos fue una humillación para Moreland, que descargó su ira sobre Townsend y lo llevó a la ruina, ni más ni menos. Townsend y sus hijas lo perdieron casi todo.

Charles frunció el ceño. Todos los nombres le sonaban, pero los detalles eran nuevos para él.

—No tenía ni idea.

—No es algo que nos guste rememorar. Además, ya no tiene sentido hacerlo. Townsend y Moreland están muertos. Hemos dejado atrás el pasado. Mientras que tu madre y yo no aparezcamos por Londres, ella no sufrirá ni se sentirá herida por los viejos cotilleos que seguro que aún circulan.

—No puedo entender que todavía haya gente que hable de eso, estando muertos hace tanto tiempo Moreland, Townsend y el que escribió el anónimo.

—Los cotilleos permanecen para siempre —dijo Arthur—. Esa en la razón por la que, teniéndolo todo en cuenta, tu madre y yo preferiríamos que tu hermana hiciera su presentación en sociedad en Bath. Si pudieras ejercer alguna influencia al respecto...

—Lo haré —dijo Charles—. Incluso la acompañaré, si ella lo desea. Les ahorraré a madre y a usted el problema de escoltarla a todos sitios.

—Es una idea espléndida. —Arthur esbozó una sonrisa leve y agotada—. Dime una cosa, ¿a qué se debe esta fascinación súbita por el pasado?

Charles debería haberle hablado a su padre de la carta en ese momento: haber confiado en él y buscado su consejo, tal como había pensado en un principio. Pero no lo hizo. Ya no era un muchacho. Era un hombre hecho y derecho, ¡un antiguo teniente de la Marina de Su Majestad, por el amor de Dios!

—Es algo que le he oído a uno de los criados —respondió—. Siento que mi

curiosidad le haya despertado malos recuerdos.

—Supongo que es algo inevitable —dijo su padre—. No obstante, por el bien de tu madre, preferiría que no volviéramos a rememorar aquellos momentos tan infelices.

—Descuide —lo tranquilizó—. No haré la menor referencia delante de ella.

No había ninguna necesidad de implicar a sus padres, a ninguno de los dos, ni de causar el más mínimo dolor a su familia. El lunes por la mañana se desplazaría a Tiverton para encontrarse con el tal Arbogast en la calle Gold. Y si la visita diera lugar a algo siniestro o problemático..., se enfrentaría a eso por su propia cuenta.



Capítulo 9

El hermano de Kate había predicho que, cuando regresaran a Beasley, recibirían una buena regañina. No se equivocaba. En cuanto Kate pisó el umbral de la puerta, su madre la abordó.

Margaret Beresford, condesa de Allendale, era una dama enérgica cuya fuerza de voluntad solo la superaba su gran belleza. A sus cincuenta y dos años no era menos impresionante que cuando posó para el retrato al óleo que colgaba sobre la chimenea de la sala de estar principal, una representación espléndida en la que destacaban, en toda su plenitud, los ojos color zafiro extraordinarios y centelleantes.

A Kate siempre la había asombrado su madre, tal vez porque eran muy parecidas; no solo en el físico, sino también en la forma de ser. De hecho, Margaret le había legado a su única hija el pelo del color del visón, los vívidos ojos azules y la barbilla desafiante, como si se hubiera encargado en persona de desarrollar esos rasgos en ella.

Estaba en el vestíbulo, en un lugar desde el que controlaba el acceso a las escaleras. Vestía un cómodo atuendo de montar de color negro y llevaba el pelo recogido en un moño. Sujetaba la fusta bajo el antebrazo.

Jack se quedó casi petrificado en el umbral y por un momento pareció que iba a perder los nervios. Pero se recuperó de inmediato.

—¿Va a salir a cabalgar, madre? —preguntó con una sonrisa ancha—. ¡Estupenda idea! Hace un tiempo espléndido...

Margaret le impuso silencio a su hijo menor apuntándolo con la fusta. Miró a Kate con expresión amenazadora.

—Ve a cambiarte de inmediato. Tú y yo tenemos que hablar.

—Madre —empezó a protestar Kate—. ¿Podría esperar...?

—¡De inmediato! —la interrumpió con tono acerado—. A no ser que quieras que lo hablemos también con tu padre...

Jack miró a Kate con cara de pena y de apoyo moral. Estaba acostumbrado a las regañinas y sabía que las que provenían de sus dos padres actuando al alimón eran las peores con diferencia.

La joven se recogió las faldas y subió las escaleras a toda prisa.

Menos de quince minutos después ya estaba a lomos de *Ember*, su caballo castrado, junto a la montura de su madre y alejándose de los establos de Beasley Park.

—La señorita Colfax he venido de visita esta mañana para preguntar si querrías almorzar con ella hoy en la vicaría —comenzó su madre al tiempo que dirigía a la elegante yegua que montaba hacia la puerta de cabalgaduras del establo—. Imagínate mi sorpresa al enterarme de que no estabas con ella a mitad de camino del castillo de Dunster.

Kate toqueteó nerviosa las riendas con los dedos enguantados. Tendría que haberse dado cuenta de que una mentira tan frágil era insostenible. Aunque, la verdad, ¿cómo iba ella a adivinar que la hija del vicario acudiría a visitarla precisamente esa mañana?

—Lo siento —se disculpó—. Mentí.

—No se trata solo de la mentira, aunque eso ya sería suficiente. Lo peor es el hecho de que nadie sabía a dónde habías ido. Me he pasado horas imaginando cada posible accidente que hubieras podido sufrir. Horas controlando a tu padre para que no fuera a buscarte...

—He ido con Jack.

—¡Pues mucho peor! Como si el que tu hermano te haga de carabina sirviera de excusa para lo que has hecho. ¿Es que no lo sabes, Katherine? ¡Él se mete en muchos más líos que tú!

A Kate se le cayó el alma a los pies. Su madre no la llamaba por su nombre de pila completo salvo cuando estaba enfadadísima con ella.

—No nos hemos metido en ningún lío, solo les hemos hecho una visita a unos conocidos. Viven algo lejos, cerca del pueblo de Heycombe. Por eso hemos tardado tanto.

—¿Una visita? ¿A quién?

—A la familia Heywood —explicó Kate—. El capitán Heywood es el hijo del

conde de Gordon.

Su madre la miró alarmada.

—El conde de Gordon es un anciano. Su hijo debe de ser mayor que tu padre. ¿Qué tienes que ver tú con él?

—No, con él no. Con su... —Kate sintió la tentación de mentir y decir que había ido a visitar a la señorita Heywood. Pero su madre no tenía ni un pelo de tonta—. El capitán Heywood tiene un hijo —confesó—. Es oficial de la Marina y ha regresado del extranjero hace poco. Me encontré con él en Londres.

Su madre levantó las cejas.

—Ya veo... —Rebajó el tono—. Tu tía Jane me había dicho que durante la temporada no habías conocido a ningún caballero que te agradara. Pero, por lo que veo, es al contrario...

—No he dicho que me guste. Y no nos conocíamos, al menos no de modo formal. Fue más bien un encuentro accidental. —Kate le hizo a su madre un resumen de lo que había pasado en la calle Bond—. ¿No le parece que fue un comportamiento heroico? —preguntó al terminar—. ¿Rescatar de esa manera a un pobre perrito desvalido que estaba a punto de ser atropellado? Ningún caballero de los que he conocido durante la temporada sería capaz de hacer algo así.

—En cierto modo, no deja de ser un acto heroico —concedió su madre—. Pero, querida, deberías poner el listón algo más alto, creo yo.

—No tengo interés en casarme con el teniente.

—¿Y entonces...?

Kate se encogió de hombros.

—Me parece interesante, eso es todo.

—Los hombres serios y silenciosos suelen serlo —dijo su madre—. ¿Sabes por qué?

—Pues supongo que porque es más soportable el silencio que los cumplidos banales y los intentos lamentables de flirteo.

—No, querida. Es porque la imaginación de una joven llena el silencio con todo tipo de sueños románticos, y esos sueños dan como resultado que la consideración por ese caballero sea más profunda, pero en base a cualidades que lo normal es que no posea.

—Yo no he...

—Encontraste a ese teniente Heywood durante tu último día en Londres, en un momento en el que te sentías deprimida acerca de tus perspectivas respecto al

matrimonio.

—Yo no estaba…

—Y en ese momento apareció él: atractivo, callado e inescrutable.

—Y heroico —le recordó.

—Vagamente heroico —puntualizó su madre—. El lienzo ideal sobre el que pintar tu idea del caballero perfecto. No me extraña que sintieras la necesidad ineludible de ir a visitarlo. Me atrevería a decir que es la idea que te has formado de ese hombre lo que ha conquistado tu imaginación. Pero, créeme, querida mía, ese tipo de hombres no suelen merecer la pena.

—¿Cómo lo sabe? Siempre ha amado a padre.

El rostro de Kate se suavizó, como ocurría siempre que se hacía referencia a su amor por el padre de Kate.

—Sí, así es. Y por eso sé muy bien que el afecto genuino nunca es unilateral. Un caballero que importe, que de verdad merezca que hagas un esfuerzo por él, también pondrá de su parte. Te buscará. Hará lo posible por conseguirte.

—¿Quién dice que una dama debe permitir ser ganada? —replicó Kate algo molesta—. No me han educado para ser el trofeo de nadie.

La mirada de su madre se volvió pensativa.

—Desde luego que no.

—Entonces, ¿por qué tengo que quedarme quieta y esperar a que el caballero que me guste venga a mí? ¿Por qué tengo que conformarme con viejos charlatanes, individuos lujuriosos o víboras retorcidas como el señor Catmull? ¿Por qué no puedo ir tras alguien que me guste a primera vista? Soy tan capaz como un hombre de elegir a mi futura pareja. De hecho, más capaz, porque sé muy bien a qué tipo de persona podría tolerar y hasta ser feliz con ella durante los próximos cuarenta años o más.

—Entonces, ¿ese teniente Heywood te gusta de verdad?

Kate volvió la vista hacia el paisaje invernal desolador que se extendía ante sus ojos. El sol poniente proyectaba una luz débil sobre las curvas de las colinas ahora estériles, aportando una fría sombra marrón sobre los campos.

—No es lo que está pensando. No estoy enamorada de él. Solo… intrigada. Me divierte tentarlo un poco. ¿Qué me impide hacerlo?

—Ve con cuidado —advirtió su madre—. Los hombres del campo no son tan sofisticados a la hora de flirtear como los londinenses. Suelen tomarse esas cosas más como una ofensa que como un juego.

—No tengo la intención de ofenderlo.

—Tus intenciones importan poco para las personas que no te conocen.

Kate frunció el ceño. No le gustaba imaginar al teniente Heywood pensando mal de ella. Pero lo cierto era que ya lo había hecho, y sin motivos. La había acusado de escribir una nota extraña y de atreverse a mencionar a su madre, lo cual era un pecado importante en cualquier circunstancia. Una buena persona no utiliza a la madre o la hermana de nadie para gastar una broma. Eso no se hacía, sin más. Kate jamás se atrevería a…

Pero él no lo sabía porque no la conocía. Su madre tenía razón. El teniente no sabía nada de sus motivaciones para hacer las cosas ni de su carácter. Nada, excepto que había cometido la temeridad de enviarle un regalo humorístico y de presentarse en casa de sus padres sin haber sido invitada.

—Es cierto, no me conoce —admitió Kate—. Y a eso hay que ponerle remedio.

Su madre reflexionó.

—Si estás decidida, supongo que tu padre y yo podríamos invitar a cenar a los Heywood.

—Ya lo he hecho —informó Kate de inmediato.

Su madre se tomó con calma el anuncio.

—Claro que sí, cómo es posible que no haya caído en la cuenta… ¿Cuándo los esperamos?

—Les he dicho que podrían venir la semana próxima. —Kate puso a *Ember* al trote—. Una vez que el teniente haya cenado y bailado conmigo, me da la impresión de que estará en condiciones de apreciar lo que puedo ofrecer.

Su madre azuzó a la yegua de pelaje negro como el ébano y se puso a su altura enseguida.

—Y, después de eso, te aburrirás de él, como ya te ha pasado con otros.

Kate exageró la mueca de disgusto.

—De verdad, madre, eso ha sido muy cruel.

—No soy yo quien se porta con crueldad. No tienes la menor consideración con el corazón de los pobres caballeros que quieren cortejarte, querida.

Kate soltó una risa breve.

—No, nada de eso. Nunca me he quedado con el corazón de nadie. La verdad es que… —Dudó durante una fracción de segundo, pues no le gustaba tener que pronunciar en voz alta esa sospecha incómoda—. A veces pienso que no les gusto a los caballeros.

—¡Tonterías! Lo tienes todo para gustarles.

—Supongo que no lo dice en base a lo que ha ocurrido en Londres. No

encontré ni uno solo capaz de soportarme tal como soy.

—No es eso lo que me ha contado tu tía Jane en sus cartas. Me dijo que muchísimos caballeros fueron a visitarte a la residencia de la calle Duke.

—¡Sí, claro que sí! Muchos pretendieron cortejarme porque pensaban que era atractiva. Pero también opinaban que era estridente, atrevida, poco acomodaticia y con demasiadas opiniones, y poco corrientes además. —Mientras se acercaban a la cima de la colina, Kate puso a la montura al paso—. Mi personalidad les repelía, es un hecho.

Su madre también moderó la marcha de su yegua. Tenía expresión de preocupación.

—¿Cómo lo sabes?

—Se oyen cosas. Y observo sus reacciones. —Kate maniobró para ponerse al lado de su madre. El viento le azotaba el pelo con fuerza—. Estoy harta de seguir las normas sociales. No se han establecido para ayudar a la felicidad de las damas.

—En eso tienes toda la razón —confirmó su madre—, pero, en uno u otro momento, todas tenemos que guiarnos por ellas. Evitarlas alguna vez puede perdonarse, pero no seguirlas nunca...

—Tú lo hiciste.

—Eran otros tiempos. Y, además, yo no era hija de un conde, solo la hija única de un hacendado.

—No obstante... —Kate miró al infinito. Se llenó los pulmones de aire helado con una inspiración profunda. No tenía que ver con el teniente Heywood. Tenía que ver con el ejercicio libre de su voluntad. Quería independencia total para elegir con libertad a su futuro marido.

—Ten cuidado —insistió su madre—. Has de tener en cuenta tu reputación. Ya ha sufrido algo durante tu estancia en Londres, lo hayas merecido o no. No voy a volver a hablar de lo ocurrido, pues ya te han regañado suficiente por eso. Pero te ruego que, por una vez, tengas en cuenta tu buen nombre. Si no lo haces por ti misma, hazlo por tu padre. Tu conducta se refleja en el condado. Si te comportas como si no te importara nada de lo que haces, vas a causarle problemas.

Kate volvió la vista hacia su madre. Ya había oído eso mismo alguna vez. De hecho, si hacía un esfuerzo, sería capaz de repetir las palabras de memoria.

—No he hecho nada malo, madre. Solo he ido a visitar al teniente Heywood acompañada de mi hermano. Una visita del todo respetable, debo añadir. No ha habido ningún comportamiento romántico. E incluso si lo hubiera habido... —*Ember* pateó el suelo con los cascos, sintiendo su desasosiego—. ¿Qué mal haría

incluso si lo... persiguiera un poco?

—Mucho, en el caso de que no haya reciprocidad de sentimientos. La sociedad tolera la audacia con mucha más facilidad que la estupidez. Si te pones en ridículo...

—No tengo la menor intención de que pase semejante cosa. —Kate maniobró para que *Ember* enfilara el camino a casa—. No tiene por qué preocuparse, madre.

—No voy a preocuparme —le aseguró, y se colocó a su lado—. Siempre y cuando prometas comportarte como debes.

—Prometo no hacer nada más escandaloso de lo que haya hecho usted cuando tenía mi edad —dijo Kate.

Su madre esbozó una sonrisa sin humor.

—Justo eso es lo que temo, mi querida niña.



Capítulo 10

La mañana del 8 de enero, Kate se levantó temprano y, tras preparar el atuendo de montar y ensillar el caballo, inició el viaje de alrededor de quince kilómetros en dirección a Tiverton, acompañada de su criado, Jonás. Era un trayecto que había hecho muchas veces a lo largo de los años, aunque nunca con tanto entusiasmo.

> *Vaya el 8 de enero a las diez de la mañana a ver al señor Arbogast, en la calle Gold de Tiverton...*

¡Un misterio en toda regla! ¿Qué podría significar?

A Kate se le ocurrían montones de posibles respuestas, cada una más improbable que la anterior. ¿Cómo no iba a estar intrigado, incluso preocupado, el teniente Heywood? Y tampoco era bueno para él imaginarse nada. De haber recibido ella una carta parecida en relación con su madre, estaría nerviosísima, casi mordiéndose las uñas, hasta el momento de ir a Tiverton.

Llegó a buena hora, con cierta antelación. Había cruzado la frontera de Devonshire a las nueve y media en punto. Apenas había entrado en la calle Gold cuando sintió que *Ember* cambiaba el paso de un modo alarmante.

Se apeó enseguida de su montura. Jonás, que cabalgaba a su lado, también desmontó.

—¿Pasa algo, milady?

—Me temo que sí. —Kate pasó la mano enguantada por la pata derecha de *Ember* y la levantó para examinarla. Descubrió de inmediato el problema: un guijarro de bordes afilados se había alojado en la hendidura de la ranilla de *Ember*.

—¡Maldita piedra! —murmuró mientras la sacaba—. ¿Cuánto tiempo llevará aquí metida?

—¿No había notado nada hasta ahora? —preguntó Jonás.

—No. Me he dado cuenta al entrar en la calle. —Kate llevó de las riendas a Ember unos pasos más. El caballo movía la cabeza de lado a lado al ir al paso, lo cual era una señal clara de cojera— ¡Vaya por Dios! Me temo que se ha hecho una herida en el casco.

A Jonás ni se le ocurrió poner en duda el diagnóstico de Kate. Respetaba su criterio en todo lo que tuviera que ver con caballos.

—Pues, si es así, no podrá montarlo para volver —comentó el criado.

—Desde luego que no.

Kate miró a su alrededor. Había una posada con caballerizas para diligencias y carruajes al final de la calle, El Caballo Blanco. Tendría que dejar allí a *Ember,* al cuidado de Jonás, y alquilar un carruaje para regresar a Beasley. Eso, o volver sola a lomos del caballo de Jonás. ¿Cómo podía tener tan mala suerte?

—¡Qué contratiempo tan absurdo! —se desesperó.

Sus palabras se perdieron entre el ruido de los cascos y las ruedas de un carruaje de dos caballos que dobló la esquina a toda velocidad. Lo conducía un caballero joven que no ponía el menor cuidado. Hasta produjo un fuerte chasquido con la fusta al agitarla en el aire.

Ember, muy asustado, se movió hacia atrás tirando de las riendas que sujetaba Kate y provocando que las soltara. Intentó volver a agarrarlas, pero demasiado tarde. El caballo agitó la cabeza y se lanzó hacia delante. Habría salido al galope de no haber sido porque un caballero apareció como de la nada y lo sujetó por la brida.

Y no cualquier caballero. Kate parpadeó al reconocer la figura imponente del teniente Heywood.

—¡Usted! —exclamó.

—¿Acaso esperaba a alguna otra persona? —le contestó a toda prisa antes de centrar la atención en tranquilizar al caballo—. Tranquilo, muchacho —murmuró al oído de *Ember*—. No pasa nada, estás bien. —Le acarició el cuello con la mano, grande y enfundada en un guante negro. La suavidad con la que se comportaba con el animal era sorprendente para un hombre de su estatura.

El jovenzuelo del carruaje se acercó a ellos despacio.

—Buenos días —saludó con actitud amigable—. ¿Hay algún problema?

El teniente Heywood miró al joven temerario e imprudente.

—Estúpido descuidado —espetó. Aunque no levantó la voz, el tono profundo e implacable hizo que el individuo reculara sin darse cuenta—. ¿Es que nadie le ha enseñado cómo hay que comportarse en una vía pública?

El caballerete se ruborizó ante la reprimenda.

—Les pido perdón. No pretendía asustar...

—Continúe su camino, señor —dijo Kate con tono impaciente—. No necesitamos sus excusas.

Avergonzado, el individuo los sobrepasó a toda prisa. El carruaje volvió la esquina y se perdió de vista, dejando a Kate en la calle con su caballo, su criado y aquel teniente atractivo hasta la desesperación.

Se hizo cargo de las riendas de *Ember*.

—Dijo usted que no iba a venir.

El teniente Heywood no contestó. Al menos, no de forma directa.

—Su caballo cojea.

—Estoy al tanto. —Kate tranquilizó a *Ember* dándole unos golpecitos.

Los caballos no son conscientes de las limitaciones físicas que sufren. Cuando se asusta, un caballo cojo echa a correr como si estuviera sano, por lo que puede sufrir un daño irreparable. Por eso había que confinar a *Ember* en la cabina de una caballeriza.

—Jonás —Kate se volvió hacia el criado—, llévalo a El Caballo Blanco y ponle el casco en remojo. No quiero que se quede cojo para siempre por mi culpa.

—Sí, milady. —Jonás se hizo cargo del temperamental bayo, que hizo amago de morder al caballo del criado—. ¡No hagas eso! —lo riñó Jonás—. ¿Quiere que le ponga su silla a *Smokey* para que pueda montarlo, milady?

—No, gracias. Iré caminando.

—¿De vuelta a Somerset...? —preguntó el teniente Heywood en voz baja y monocorde.

Kate lo miró con cara de pocos amigos. Parecía hablar en serio, incluso con cierta solemnidad. No obstante, tenía la impresión de que estaba tomándole el pelo.

—Cuando esté lista para regresar a mi casa, alquilaré un carruaje. Por otra parte, mis idas y venidas no le conciernen, señor.

—Es usted quien ha hecho que me conciernan —repuso.

¡Qué hombre tan desesperante!

Kate esperó a que Jonás se hubiera llevado los caballos para responderle. Cuando el criado estuvo a una distancia prudencial, se volvió hacia el teniente.

—¿Por qué está usted aquí?

No respondió. Se limitó a mirarla con el ceño fruncido.

Kate era consciente de que no presentaba su mejor versión. Cuando salió de Beasley, su atuendo de montar estaba limpio y recién planchado, pero ahora las pesadas faldas estaban muy arrugadas y salpicadas de barro, lo mismo que la casaquilla ajustada, cuya hilera de botones forrados de tela negra estaba llena de polvo. También tenía la cara sucia. Un mechón de pelo suelto y húmedo le caía sobre la mejilla. Estaba a punto de morirse de vergüenza. Pero no le hizo caso a esa sensación amenazante.

—La última vez que hablamos, dijo que…

—Cambié de opinión —informó él, interrumpiéndola.

Kate miró alrededor. No había señal de caballo o carruaje alguno en las cercanías. Tampoco ningún transporte del que hubiera podido salir para agarrar las riendas de *Ember*. Iba andando por la calle cuando la vio, esa era la única posibilidad.

¡Condenado individuo! Le molestaba muchísimo no haberlo descubierto antes que él a ella y que se las hubiera arreglado para sorprenderla.

—¿Cómo ha venido hasta aquí? —le preguntó—. No cabalgando, eso seguro. Al menos no todo el camino desde Heycombe.

—Alquilé un coche de postas.

—O sea que, entonces, dispone de un carruaje.

Frunció el ceño.

—Si está pensando en sugerir…

Le cortó la pregunta negando con un gesto de la mano.

—No sugiero nada. Solo manifiesto el hecho de que usted tiene un carruaje a su disposición mientras que yo no dispongo de ningún medio de…

Antes de que pudiera concluir la reflexión, la campana de la iglesia parroquial marcó la hora: las diez. La hora exacta que se mencionaba en la carta anónima.

Kate miró hacia la calle con gesto algo ansioso. Aparte de unas cuantas damas que salían de una tienda de ropa con las manos llenas de paquetes, no se veía a nadie.

Bajó los hombros con gesto de desaliento.

—No veo a nadie que parezca ser ese señor Arbogast.

—No creo que ese hombre vaya a aparecer de la nada.

—¿Por qué no? Usted lo ha hecho, o al menos eso me ha parecido.

—Venía de la posada. Me habría visto si no hubiera estado tan preocupada por

su caballo.

—¿Cómo no iba a estarlo? Monto a *Ember* desde que era un potrillo. No voy a perdonarme nunca que mi decisión de venir aquí hoy haya dado como resultado su cojera.

—No era más que una piedra en el casco. Es algo muy habitual. —El teniente Heywood le hizo el gesto de que pasara delante de él para avanzar por el lado izquierdo de la calle, a salvo del paso de cualquier carruaje—. Podría haberle ocurrido en cualquier otro sitio.

—Supongo que sí.

Recogió la falda larga con el brazo y cruzó la calzada delante de él. El teniente Heywood la siguió como una sombra poderosa, como un guerrero de tiempos pasados enorme y estoico que custodiara a una dama a la que había jurado lealtad aunque fuera de forma involuntaria. Kate sentía esa sombra casi dentro de ella, con cada paso que daba.

Ella no le gustaba, eso estaba más que claro. El teniente no deseaba estar en su compañía. No obstante, cuando llegaron al otro lado de la calle siguió caminando junto a ella, a su derecha, protegiéndola del polvo y el tráfico de la carretera. Pese a su rudeza indisimulada, estaba claro que el teniente sabía muy bien cómo tenía que actuar un caballero y se conducía en consecuencia. Le gustara o no Kate, estaba decidido a cumplir con su deber.

Ese hecho hizo que Kate se revolviera como una gata furiosa. No quería convertirse en un deber para ningún hombre. Y menos para él, desde luego.

—¿Ha averiguado algo más acerca del señor Arbogast? —preguntó.

—No.

—¿Y la carta no decía nada sobre el lugar en que se encontrarían? ¿En una casa, en la posada, en la calle...? —preguntó.

—Ya sabe que no.

—Entonces, ¿qué propone que hagamos ahora?

La mirada gris del teniente, siempre con el ceño fruncido, recorrió en unos segundos las placas de las tiendas que había a lo largo de la calle.

—Propongo que recorramos la calle, primero por una acera y después por la otra, hasta que aparezca el tipo. Si hay un establecimiento que lleve su nombre, lo encontraré enseguida.

Kate expresó su desacuerdo con un bufido, lo que provocó que el teniente la mirara con dureza.

—¿Tiene una idea mejor?

—Sí, una mucho mejor. ¿Por qué no le preguntamos a alguien, sin más? —Kate no esperó a que el teniente mostrara su aprobación, ni siquiera su acuerdo: esquivó un montón de nieve sucia acumulada y entró en la tienda de telas.

¿Por qué los hombre tenían tanta alergia a preguntar? Era como si hacerlo fuera algo malo en sí mismo. A los hermanos de Kate les pasaba lo mismo, y eso hacía que las tareas sencillas fueran mucho más complicadas de lo necesario.

Cuando pasaron, el timbre de la puerta sonó estridente, anunciando su presencia al dependiente canoso que estaba detrás del mostrador de madera. Montones de madejas se alineaban en los estantes de alrededor, así como una gran variedad de cintas, hilos, flecos y botones.

—¿Puedo ayudarla, señora? ¿Señor? —preguntó solícito.

—Eso espero, sí —contestó Kate al tiempo que se acercaba al mostrador.

El teniente Heywood se quedó de pie a su espalda, muy tieso y sin decir una palabra. Seguro que el tendero pensaba que era su hermano. O su marido. Esta última idea le produjo una sensación de vuelo de mariposas en el estómago, pero se negó a hacerle caso. No podía permitirse otra cosa, dada la actitud contrariada y hosca de su acompañante.

En realidad, él no había expresado nada de forma abierta, pero tampoco hacía falta que lo hiciera. Su actitud dejaba bien patente la desaprobación: desaprobación hacia ella y a que se inmiscuyera en una cuestión que, había que admitirlo, era privada, personal, de él y de su madre.

Kate sintió una punzada de remordimiento y malestar por haberse metido en sus asuntos, pero la desechó de inmediato. El hecho de que estuviera allí era culpa del teniente, ni más ni menos. Si no la hubiera acusado de escribir la carta, no se habría enterado de nada.

—Necesitamos la dirección del señor Arbogast —dijo—. Estaremos en deuda con usted si es tan amable de facilitárnosla.

—Arbogast… —repitió pensativo en tendero—. Podría ser ese nuevo empleado del señor Crale.

—¿Crale, dice?

—Sí, el abogado, tiene el despacho un poco más allá. —El tendero salió de detrás del mostrador y los acompañó a la puerta. Allí se asomó y señaló un edificio pequeño de ladrillo con tejado de pizarra que estaba al final de la calle. La puerta de acceso estaba pintada de color verde botella—. No tiene pérdida.

Kate le dio las gracias.

—Un abogado… —susurró en dirección al teniente mientras continuaban por

la calle Gold—. Quizá se trate de un testamento perdido.

El teniente seguía con el ceño fruncido. Parecía que siempre estaba así. Kate empezaba a preguntarse si sonreía alguna vez. O si sabía reírse.

—No sea absurda —rebatió.

—¿Qué otra cosa podría ser? Un gran error, decía la carta. Tiene que ser a causa de una herencia. En las novelas, siempre hay alguien a quien le quitan el dinero, las propiedades u otras cosas.

La miró con los ojos entrecerrados.

—¿Su familia sabe dónde está usted?

—No veo qué tiene eso que ver ni qué importancia tiene.

—Pues tiene mucha importancia. Usted está a kilómetros de su casa. Su caballo está lesionado e inútil. Su criado no está con usted y no tiene a nadie que la acompañe como carabina.

—No necesito ninguna carabina.

—Toda joven soltera necesita...

—¡Qué estricto es usted! Jamás lo habría imaginado teniendo en cuenta las circunstancias de nuestro primer encuentro. En ese momento me pareció que no era usted nada convencional.

—Lo mismo que usted, milady —replicó él.

Kate lo miró y, durante tres segundos, no se le ocurrió qué contestar.

—¡Ah! —exclamó él—. Aquí está. Oldsmuir y Crale, abogados.

Kate se recuperó enseguida de su momento de vergüenza y miró al teniente muy emocionada.

—¿Entramos?

—No creo que eso sea una buena idea...

Pero era demasiado tarde. Kate ya estaba empujando la puerta.



Capítulo 11

Charles ahogó una maldición de protesta al tiempo que seguía a Kate dentro del despacho del abogado. Se sintió tentado de agarrarla del hombro, llevarla a la posada de postas y meterla en un carruaje que la llevara de vuelta a su casa, a Beasley Park, a ser posible atada y amordazada.

Un impulso alarmante, la verdad. Jamás en su vida le había puesto la mano encima a una mujer para obligarla a hacer algo o a no hacerlo. Un caballero no tendría que pensar siquiera en algo semejante. Pero los sentimientos que Charles empezaba a experimentar respecto a lady Kate Beresford no eran nada caballerosos.

Desde el momento en que puso los ojos en ella, de pie en medio de la calle Gold, examinando con ojo experto el casco de su caballo, al parecer sin importarle nada lo que la sociedad pudiera pensar de ella, experimentó una presión fuerte y extraña en el pecho. Se aseguró que la causaba la preocupación por su seguridad unida a la irritación por que hubiera cumplido su amenaza de ir a Tiverton.

Pero eso no era todo, no. Charles no estaba muy orgulloso de verse obligado a admitirlo, pero, aunque la situación no le gustara, el hecho era que la joven lo había cautivado. Lo cual implicaba un estado de cosas muy incómodo. Porque, pese a lo adorable que era, tenía un carácter tan impredecible y arrasador como un incendio en el bosque. Estar cerca de ella también hacía que él se comportara de forma poco controlable, pues le encendía dentro una llama con la que no sabía muy bien qué hacer.

No tenía intención de dejar que ella supiera lo que le estaba pasando, porque, si ya se comportaba así creyendo que le resultaba indiferente, solo Dios sabía lo que

podría pasar si tuviera claro que había captado su atención, ¡y de qué manera!

Y no solo eso.

El empleado paliducho que los recibió parecía tan afectado como él mismo por la presencia de la joven. Al ver a Kate se puso rojo como la grana, se aclaró la garganta y se levantó como un resorte de la silla que ocupaba; hasta estuvo a punto de tirar al suelo la taza de té que tenía sobre el escritorio.

—¿Puedo ayudarla en algo, señora?

La lana sin adornos del atuendo de montar de Kate, que enmascaraba sus formas, y la red fina y transparente del velo que caía desde el sombrerito no lograban ni ocultar ni disimular su belleza rotunda.

—Venimos a ver al señor Arbogast —anunció con el tono imperioso de una duquesa—. Haga el favor de informarle de que estamos aquí.

—¿Podría decirme su nombre?

Kate abrió la boca para contestar.

—Charles Heywood —se adelantó Charles antes de que ella pudiera decir nada. No quería que la joven proclamara su nombre, que circularía de inmediato por el pueblo sin ninguna necesidad. No era conveniente, ya que no disponía de carabina; así pues, cuanta menos atención recayera sobre ella, mucho mejor.

—¿Heywood? —El empleado consultó una agenda gruesa con tapas de cuero que estaba sobre el escritorio—. No me consta que...

—No tenemos una cita formal —dijo Charles—. Pero agradeceríamos que el señor Arbogast nos concediera cinco minutos de su tiempo. Se trata de un asunto de cierta importancia.

—Sí, señor, por supuesto. Les ruego que esperen un momento, por favor, mientras compruebo si puede atenderlos ahora. —El empleado, agobiado, se deslizó por la puerta hacia los despachos de dentro.

—«Un asunto de cierta importancia» —repitió Kate en un susurro—. Espero que no nos pregunte acerca del «asunto», porque en ese caso tendría que decirle...

—Usted no le va a decir nada —la interrumpió Charles también en un susurro, autoritario en su caso—. Hablaré yo.

—Pero...

—Sin peros. Bastante es que le haya permitido que me acompañe a partir de este momento.

Lo miró con frialdad.

—Es usted quien me ha acompañado a mí. Soy yo la que...

—¿Señor Heywood? —El empleado se asomó por la puerta—. El señor Arbogast lo recibirá ahora. Acompáñeme si es tan amable, por favor.

Kate apretó la mandíbula, alzó la barbilla y precedió a Charles.

El joven la siguió, procurando no hacer caso del perfume embriagador que le invadió la nariz al entrar por la puerta.

¡Qué pequeña arpía! ¿Acaso no se daba cuenta del lío en el que se metía actuando así? Tiverton no estaba tan lejos de Beasley Park, así que los cotilleos sobre su comportamiento podían llegar con facilidad a oídos de sus padres.

—¿Señor Heywood? —Un caballero bajo y fornido, vestido con un traje muy bien planchado, los aguardaba de pie detrás de un escritorio amplio de madera de caoba. Le tendió la mano a Charles. Detrás de él se acumulaban un montón de estanterías que ascendían casi hasta el techo y estaban llenas de extremo a extremo de libros legales—. No creo haber tenido el placer de conocerlo.

Charles se la estrechó.

—Creo que no. Le doy las gracias por habernos recibido.

—No tiene por qué darlas. Les recibo en mi tiempo de ocio. —El señor Arbogast soltó la mano de Charles e inclinó la cabeza en dirección a Kate—. ¿Cómo está usted, señora Heywood?

Kate también inclinó la cabeza.

—Señor Arbogast —respondió sin la más mínima vacilación—. Mi marido y yo estamos encantados de conocerle.

A Charles se le encogió el estómago.

¿Su marido? ¡Por Dios bendito!

—Siéntense, por favor. —El señor Arbogast señaló las dos butacas de cuero que estaban frente al escritorio.

Charles le echó una mirada fugaz a Kate mientras se sentaban. Ella le sostuvo la mirada, que incluía cierto brillo malvado en los ojos. En esos momentos le habría hecho feliz estrangular a la joven. Y eso con independencia de que sus palabras le hubieran encendido la sangre.

El señor Arbogast se sentó.

—La verdad, pensaba que mi nota despertaría su interés. —Buscó entre el montón desordenado de papeles que abarrotaban el escritorio—. Pero nunca imaginé que me visitaría tan pronto. ¿Es consciente de que la propiedad no quedará vacante hasta la primavera?

Kate abrió mucho los ojos e intercambió otra mirada con Charles. ¡La carta misteriosa se refería a una propiedad! O eso parecía, al menos.

Abrió la boca para intervenir. Charles movió la cabeza unos milímetros para negar. La única forma de averiguar algo era dejar que el caballero siguiera hablando. Gracias a Dios, Kate entendió lo que le quería decir: cerró la boca de nuevo sin decir ni una palabra.

—El arrendatario actual tiene el usufructo hasta el mes de abril incluido —continuó el señor Arbogast—. Lo cual nos da tiempo de sobra para completar las reparaciones. No son demasiado importantes, es cierto, pero... —Continuó buscando entre los papeles con frustración creciente —. Lo siento, recibí la documentación hace solo dos semanas. Ni siquiera he podido finalizar el inventario de la hacienda. —Alzó la vista—. ¿Les importaría regresar dentro de...?

—Estamos deseando mudarnos —afirmó Charles

—Y esta propiedad es de lo más adecuada, ¿verdad? —El señor Arbogast sonrió con satisfacción evidente —. No voy a ser yo quien se lo discuta. Fox Cross es un pueblo muy bonito y Satterthwaite Court es una mansión de lo más...

Charles miró a su interlocutor con los ojos muy abiertos.

—¿Ha dicho... Satterthwaite Court?

El señor Arbogast se quedó quieto, sin mover las manos de los papeles.

—Esa es la propiedad por la que pregunta, ¿no es así? ¡Disculpe! Pensaba que...

—Sí, lo es —le cortó Charles de inmediato. Al ver que el señor Arbogast se encogía, moderó el tono—. Perdone, pero había entendido que sobre ella pesaba una restricción de herencia.

Por esa razón la había perdido su madre. Tras la muerte de su abuelo durante el verano de 1813, la hacienda había pasado a ser propiedad de Edgar Townsend.

—Sí, tenía una restricción de herencia, sin duda. —El señor Arbogast rebuscó en una carpeta del escritorio. Frunció aún más el ceño—. No tengo aquí copias de los documentos oficiales, pero, según mis notas, se empleó un mecanismo legal para romper la restricción varios años antes de que pasara a manos de mi cliente.

—¿Se puede romper una restricción de herencia? —preguntó Kate asombrada.

—En determinadas circunstancias, sí —respondió el señor Arbogast—. Y una de ellas es que el dueño actual de la hacienda y el siguiente heredero se pongan de acuerdo. En ese momento, en el que la propiedad es de pleno dominio, puede ser vendida o traspasada a quien elija el propietario, como ocurre en este caso. Mi cliente adquirió la finca en 1834 con la propiedad libre de cargas y restricciones.

—¿Quién es su cliente? —preguntó Charles.

—Actúo por encargo y en nombre del señor Elías Catmull, que reside ahora en la plaza Russell, Londres.

Kate se quedó con la boca abierta de la sorpresa.

—¿Elías Catmull?

Para Charles el nombre no significaba nada.

—Sí, señora —confirmó el señor Arbogast—. Tiene el derecho de propiedad, aunque nunca ha residido aquí. Satterthwaite Court ha estado alquilada desde la muerte del último Satterthwaite, hace unos treinta años. Pero en ningún momento se ha descuidado su mantenimiento. Si su intención es adquirir la propiedad, puede estar seguro de que todo estará como debe.

—¡Por supuesto que tengo la intención de adquirirla! —dijo Charles—. Sin lugar a dudas.

* * *

Kate observó con discreción el rostro del teniente Heywood desde detrás del oscuro velo de montar. Lo había notado preocupado al entrar en la oficina del abogado, más atento a ella y a su tentativa de tomar las riendas de la investigación informal que habían emprendido que al misterio en sí. Pero eso ya no era así. Cambió de expresión en el instante en el que el señor Arbogast mencionó el nombre de la hacienda. El teniente dejó de estar distraído para pasar a mostrarse decidido y sin asomo de duda.

Quizá conocía el sitio, aunque no a su dueño, lo cual a ella no le extrañaba: era incapaz de imaginarse a Charles Heywood y a Elías Catmull como amigos. No podía haber en el mundo dos caballeros más diferentes.

—La verdad es que no me acuerdo, querido… —dijo Kate para aprovechar al máximo el escaso tiempo que le quedaba de fingir ser la señora Heywood—. ¿Has visitado antes Satterthwaite Court?

El teniente posó la mirada en sus ojos como haría un halcón sobre una liebre. Frunció la cejas oscuras al contestar:

—No, nunca.

—En ese caso, la verdad es que es una suerte que hayan venido hoy —admitió el señor Arbogast—. Tengo una reunión dentro de una hora en casa del administrador para hablar de las cuentas. Si disponen de tiempo para acompañarme, estaré encantado de enseñarles la mansión por fuera. —Dirigió una mirada indirecta a las prendas de vestir de Kate—. Se puede incluso dar una vuelta a medio galope por los alrededores. Estoy seguro de que los arrendatarios no pondrán la menor objeción.

—Gracias —contestó Kate todo sonrisas—. Nos encantaría…

—Ir hoy a Satterthwaite Court no va a ser posible —la interrumpió el teniente Heywood, antes de que pudiera terminar la frase, con un tono manifiesto de advertencia—. Querida mía, has olvidado que tu caballo se ha hecho daño en el casco y cojea.

«Querida mía».

En otras circunstancias, el trato marital cariñoso le habría acelerado el pulso a Kate. Pero no en esos momentos. El teniente Heywood no le había imprimido al tono ni pizca de afecto, sino una advertencia no expresada en palabras acerca de situaciones comprometidas y escándalos potenciales que hacían que el riesgo para su reputación se incrementara de forma exponencial.

Los riesgo eran reales, Kate tenía que reconocerlo, pero no quiso plegarse a ellos.

—Sí, aunque la verdad es que es un herida sin importancia. —Le dirigió una sonrisa deslumbrante—. Tendremos que ir con usted en su carruaje.



Capítulo 12

Veinte minutos después, los tres se habían acomodado en el carruaje del señor Arbogast. Recorrieron la carretera que cruzaba el pueblecito de Fox Cross y traspasaron las verjas afiligranadas de Satterthwaite Court.

Kate miró por la ventanilla.

—¡Oh, mira! —exclamó cuando la casa apareció ante su vista—. ¡Qué mezcolanza de estilos tan espléndida! —Y era verdad, pues el amplio edificio parecía haberse construido utilizando estilos arquitectónicos distintos y hasta contrapuestos. Las elegantes líneas palladianas contrastaban con arcos góticos y con una intrincada mampostería barroca. El resultado tendría que haber sido caótico; sin embargo, las numerosas adiciones proporcionaban a la mansión una simetría extrañamente atractiva.

El teniente Heywood iba sentado a su lado, inmóvil como si lo hubieran tallado en granito. Había permanecido en silencio desde que habían salido de Tiverton, sin duda esperando la oportunidad de echarle una reprimenda severa por su comportamiento imprudente. Pero, aunque diera esa impresión, a ella le resultaba evidente que no era de piedra.

—¡Mira! —Volvió a apoyarse en el respaldo para que él pudiera inclinarse a mirar por la ventanilla—. ¿No es impresionante?

Obediente a su pesar, como el marido que fingía ser, el teniente Heywood se asomó para contemplar la fachada emergente de la mansión. Adquirió una expresión pensativa.

—Sí —admitió en voz baja—. Lo es.

—¡Desde luego! —asintió el señor Arbogast—. Siento mucho que no esté en

mi mano el permitirles hoy ver la mansión por dentro, pero tengo órdenes estrictas de no molestar a los inquilinos. Al señor Catmull no le gustaría saber que se les ha incomodado.

—Pues tendremos que volver en primavera, cuando la propiedad esté ya vacía —dijo Kate.

—¡Oh, no, señora! No habrá que esperar tanto —replicó el señor Arbogast—. Los inquilinos harán un viaje breve a Bristol el mes que viene. Se quedarán allí unas dos semanas. Así que existe la posibilidad de que les enseñe la casa en esas fechas, si a ustedes les va bien.

El teniente Heywood se echó hacia atrás en el asiento.

—Sí que me gustaría. Muchas gracias.

Kate cruzó las manos sobre el regazo. El teniente Heywood no hizo la menor mención a que fuera a acompañarle en la visita. Y en realidad no tenía por qué hacerla, pues no era su esposa. No obstante, lamentaba verse excluida. Al fin y al cabo, también era su aventura. No solo la de él, sino la de los dos. Deseaba que la compartieran.

El carruaje moderó la velocidad al circular por la carretera, con bastantes curvas y siempre flanqueada por árboles. En lugar de dirigirse a la casa, se desvió hacia la izquierda por un sendero polvoriento que conducía a una casita de piedra y con el techo de paja. Frente a la puerta esperaba un caballero de escasa estatura con una barba castaña muy poblada. Kate supuso que se trataba del administrador de la propiedad. En las cercanías había otro vehículo: una calesa de la que tiraba un bayo bastante escuálido al que habían abrigado con una manta de invierno gruesa y peluda.

—Ahí está el señor Peartree. —El señor Arbogast arrugó la frente al ver la calesa —. Y parece que tiene compañía. —Agarró la cartera y el bastón de paseo mientras se detenía el carruaje—. En estos momentos tengo que separarme de ustedes. Mis visitas al señor Peartree suelen durar más de dos horas. —Abrió la puerta del carruaje. —¿Merion? —dijo, dirigiéndose al cochero—. Lleva al señor Heywood y a su esposa por la carretera del roble viejo. —Se volvió a mirar a Kate y al teniente—. Discurre por la mejor zona de la hacienda y desde allí tendrán una buena vista del terreno. Una vez que se hayan hecho una idea, Merion les conducirá de vuelta al pueblo.

—Le estamos muy agradecidos —dijo el teniente Heywood.

Kate también le dio las gracias, procurando no hacer caso del nudo de angustia que se le empezó a formar en el estómago mientras el abogado descendía del

carruaje y le hacía una seña al cochero para que partiera.

La causa de su pesar estaba muy clara. Se hallaba sola, en un carruaje cerrado, con el teniente Heywood. Eso era un completo escándalo. La ruina de una reputación. Ninguna mujer soltera respetable viajaría nunca en un carruaje cerrado con un caballero, a no ser que fuera su esposa o una pariente directa y cercana. Y hacerlo significaba poner en precario su reputación y pregonarlo a los cuatro vientos.

En la cabina de un carruaje cerrado podía pasar cualquier cosa. Un beso. Un abrazo. O todo lo demás...

Pero el teniente Heywood no parecía albergar la menor intención de seducirla. En el momento en que el carruaje volvió a ponerse en marcha, se levantó del sitio que ocupaba junto a Kate y se colocó frente a ella. Apretaba la mandíbula y los labios, que formaban una línea delgada y recta.

Kate conocía ese rictus. Era el de un hombre a punto de echar una buena, y seguramente muy merecida, reprimenda. Pero no tenía el más mínimo interés en recibirla.

—¿Conoce bien este lugar? —preguntó antes de que él pudiera empezar—. Me pareció que reconocía a la primera el nombre de la hacienda, Satterthwaite Court.

El teniente había caído en un silencio hosco. Estaba claro que se debatía entre seguir adelante con el rapapolvo planeado o permitirle iniciar una conversación menos problemática y, por tanto, más agradable.

Por suerte para Kate, eligió la segunda opción.

—Sí, lo reconocí —contestó sombrío—. Es la hacienda en la que mi madre pasó la niñez y la adolescencia. Su apellido de soltera es Satterthwaite.

—Fascinante —murmuró Kate—. ¿Y la casa? Deduzco que la familia la perdió al no haber un heredero varón y existir la restricción de herencia legal.

—Exacto. Mi bisabuelo, sir Charles, se la habría legado a mi madre de no ser así. Por eso fue a manos de un pariente lejano, un hombre llamado Edgar Townsend.

—Usted debió de tener buena relación con su bisabuelo.

—No lo conocí. Murió antes de que yo naciera.

—Pero su nombre de pila es un homenaje a él, ¿verdad?

El teniente Heywood no dejaba de mirar el paisaje que desfilaba por la ventanilla. Estaba de un humor extraño, entre ensimismado y distraído.

—Sí, mi madre me bautizó así en su honor. Sir Charles fue el único familiar que conoció en su vida. Según me ha contado, era un buen hombre. A finales del siglo pasado fue nombrado caballero por servicios a la Corona. Mi madre lo quería

muchísimo.

—¿Es esa la razón por la que quiere comprar la hacienda? —preguntó Kate.

El teniente aún no había presentado una oferta, pero tampoco se había estremecido cuando el señor Arbogast desveló la cantidad que el señor Catmull pedía por la finca, unas quince mil libras. Desde luego, era un importe más que respetable. El teniente Heywood debía de tener a su nombre una fortuna considerable.

Kate no había pensado en eso antes. Le había interesado mucho más el presumible heroísmo del teniente que el estado de sus finanzas. Pero no estaba de más que fuera un hombre rico. Si es que decidía seguir en pos de él…

Eso era.

Su madre había insistido en que no hiciera tonterías. Y Kate se temía que ya las había hecho. No era nada adecuado seguir a la desesperada a un caballero que no mostraba interés por ella. De hecho, exhibía una indiferencia total.

Kate volvió a mirarlo de soslayo mientras el carruaje continuaba con su recorrido de reconocimiento por los terrenos. ¿De verdad era indiferente? No podía asegurarlo al cien por cien.

Hacía gala de una expresión que no se parecía en nada a la de servil admiración de los caballeros que habían aspirado a cortejarla en Londres. Muchos de ellos le habían enviado flores tras bailar con ella una sola vez. Le habían hecho cumplidos y habían flirteado como mandaban los cánones sociales, aunque ninguno había demostrado sentir atracción por su forma de ser, por su persona.

El teniente no. En su caso, había ocurrido todo lo contrario. No había flirteado con ella ni le había hecho ningún cumplido al uso. Desde el primer momento había sido poco comunicativo, áspero y hasta se podía decir que rudo; incluso crítico, hasta insultante. Cualquier otra joven se habría desentendido de él en el preciso momento en el que la hubiera acusado de haber escrito aquella carta.

Pero Kate estaba acostumbrada a la rudeza. Había crecido en el ambiente bronco y casi violento que definían sus tres hermanos mayores. Se vanagloriaba de tener la piel tan dura y resistente como la del lomo de un caballo.

Y, de todas formas, no había actuado motivada por la desesperación. De hecho, había tomado sus decisiones con la misma asertividad que emplearía un caballero que sintiera un interés genuino por una dama. Un interés que, a todas luces, había dado sus frutos. Porque, después de todo, ahí estaba en ese momento, sentada frente al soldado heroico que tanto le había llamado la atención en Londres. Y, encima, enfrentada a un misterio que resolver. No estaba dispuesta a desperdiciar

la oportunidad que se le ofrecía ni a cuestionarse a sí misma ni sus decisiones.

—Sí, quiero la casa —afirmó Heywood de forma concluyente—. Tengo la intención de hacer una oferta una vez tenga claro que ese tal Catmull tiene derecho legal a venderla. —Se interrumpió y le lanzó una inquisitiva mirada a Kate—. Me pareció que reconocía el apellido.

Kate apretó los labios. La sola mención del señor Catmull la molestaba siempre, pero aún más en presencia del teniente Heywood. Y, por cierto, o él era muy perspicaz, o ella le resultaba transparente.

—El señor Catmull es socio de sir Lawrence Glade, el prometido de mi amiga la señorita Mattingly. Tienen inversiones comunes.

—¿Lo conoce en persona?

—Sí, bastante bien. Nos presentaron durante la temporada y desde entonces me... persigue con bastante insistencia. Tengo la impresión de que busca una esposa rica.

El teniente Heywood no manifestó reacción alguna ante la información. De hecho, adoptó un gesto inexpresivo.

—¿Le he sorprendido? —preguntó Kate.

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque ha sido muy poco delicado mencionar que creo que le interesa mi dinero.

—Ah. Eso.

—Sí, eso. No es ningún secreto que la mayoría de los caballeros que acuden a Londres para la temporada lo que buscan es mejorar su situación financiera. Y que, con independencia de que posean ya una fortuna personal, casi nadie quiere casarse con una dama que no la tenga.

—¿Usted cree que Catmull la quiere por su fortuna?

—Entre otras cosas —contestó sin dudar—, aunque él no carezca de riqueza. Por lo que sé, su situación es muy buena.

—Da esa impresión, sí.

—Y está bien relacionado. Al parecer, tiene un tío vizconde.

—Y, pese a todo, a usted no le gusta.

—Yo no he dicho tal cosa.

—No —replicó de inmediato el teniente Heywood—. Lo que sí ha dicho es que la «persigue». Y no ha tenido éxito, deduzco.

—Ni lo tendrá —murmuró Kate—. Pese a sus esfuerzos reiterados.

Heywood la miró con interés.

—¿Qué es lo que no le gusta de él?

—Que se comporta como una serpiente —confesó con toda franqueza.

Al teniente le brillaron los ojos de un modo que puso de manifiesto que estaba reprimiendo la risa. No obstante, el gesto de diversión no alcanzó la boca ni el resto de la cara, que continuó tan inexpresiva como antes.

No obstante, Kate tuvo claro que se estaba riendo. Riéndose de ella. Se tensó. No le gustaba que nadie se riera a su costa.

—Usted no mide sus palabras, ¿verdad? —preguntó Heywood.

Volvió la vista hacia la ventanilla en un intento de mostrarse digna.

—Hablo como siento y como sé.

El carruaje siguió avanzando por la carretera solitaria, que rodeaba una zona boscosa bien cuidada. El teniente Heywood se unió a ella en la observación del paisaje que desfilaba ante sus ojos: una superficie amplia de campos de labor, pardos a esas alturas, y de pastos vallados. En la distancia se podía ver un bosque natural, frondoso y vasto, al que flanqueaba una fila de robles que parecían soldados haciendo guardia para proteger al resto de la vegetación.

Uno de los árboles era bastante más grande que el resto y también más viejo. Superaba en altura y anchura a todos los demás, y las ramas enormes formaban un gran arco protector.

El teniente Heywood dio un golpe súbito con los nudillos en el techo de la cabina.

—¡Pare, por favor!

El cochero se detuvo de inmediato.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kate, algo alarmada—. ¿Ha visto usted a alguien que conoce?

—No a alguien, sino algo —corrigió, y abrió la puerta del carruaje—. Conozco ese árbol.

* * *

Charles se bajó nada más detenerse el carruaje. Se volvió para ayudar a Kate, apretándole la mano con intensidad.

—Tenga cuidado. Hay barro.

Kate saltó al suelo sin dudarlo, de modo que las botas se hundieron sobre la tierra húmeda. Dibujó una sonrisa mínima y torcida.

—Soy una chica de campo. El barro no me incomoda.

Charles se la quedó mirando, distraído por un momento. El atuendo de montar

estaba muy arrugado, y el corpiño y la falda llenos de polvo, pero daba la impresión de que a ella no le importaba. Todo lo contario, parecía entusiasta y nada pretenciosa: el tipo de chica que busca sacar partido de cualquier situación y divertirse. Una mujer capaz de adaptarse a todo y en todas partes. Era una cualidad bastante escasa en cualquier ser humano, y en especial si ese ser humano era una dama de la alta sociedad.

Ella le había pedido, más bien exigido, que no pensara en ella en esos términos, pero le resultaba difícil no hacerlo: ¡cómo no, si era la única hija de un conde! Toda su apariencia, desde la calidad de la ropa hasta su acento, pasando por la elegancia de su carruaje, proclamaba a los cuatro vientos que era una dama de alta cuna. Unas cuantas arrugas, algo de barro y mucho polvo en la ropa no eran razones suficientes para evitar que pensara así.

—¿Qué quiere decir con eso, con que conoce este árbol? —Se sujetó las faldas sobre el brazo, como había hecho en la calle del pueblo—. ¿En qué sentido?

Charles avanzó por el campo, con Kate a su lado, en dirección al bosque. Desde la carretera, había una ligera pendiente.

—Mi madre me lo describió cuando era niño.

Sí, su madre le hablaba con frecuencia de Satterthwaite Court. Le describía la época feliz de su niñez en la hacienda, donde vivía aislada con sus queridos animales de compañía, su adorado abuelo y el grupo nada ceremonioso de criados de avanzada edad. Desde todos los puntos de vista, ese había sido en la vida de su madre un periodo idílico que, por desgracia, terminó de forma abrupta cuando el abuelo murió y se vio obligada a mudarse a Londres.

Charles atesoró sus historias, sobre todo porque para él eran como cuentos de hadas. Su madre adquiría a sus ojos la condición de una princesa encantada, mientras que Satterthwaite Court le parecía el castillo de cuento en el que ella había vivido en su juventud. El gran roble figuraba en muchos de esos cuentos. Y, ahora, ahí lo tenía, frente a él, inconfundible, inmenso e imponente.

Kate lo acompañó avanzando sobre un suelo desigual, lleno de raíces rastreras del árbol.

—¿Era importante para ella?

—Sí. Me hablaba de él cuando era pequeño. Venía aquí ella sola. —Hizo una pausa—. Bueno, sola del todo no, porque tenía muchos perros de la calle, que iban con ella y se acomodaban a su alrededor bajo las ramas. Les leía en alto.

—¿Leía para los perros? —A Kate le brillaron los ojos.

—Sí, sé que puede parecer algo excéntrico...

—¡De ninguna manera! —Se acercó más al tronco—. A mí me parece encantador.

Charles colocó la mano sobre una de las ramas desnudas, imaginándose la privacidad y frescura que aportarían en los días calurosos del final de la primavera y del verano, cuando estuvieran llenas de hojas..

—Mi madre dice que era muy feliz aquí, protegida por las ramas, rodeada por los perros y con un libro. Era tímida, como lo es ahora mi hermana. Este era su santuario.

—Un lugar precioso. Es la clase de lugar escondido y privado que a mí me gustaría tener.

—Entiendo que le gusta mucho leer —dijo. Hablando con él había mencionado las novelas más de una vez. Lo recordaba bien, como todo lo que había dicho, sin excepción.

—Me encanta leer. —Paseaba alrededor del tronco enorme pasando los dedos por encima—. Y cabalgar, e ir de compras, y bailar.

Charles se dio cuenta de que llevaba unos momentos sin despegar la vista de la joven. Dejó de hacerlo, se aclaró la garganta y centró la atención en la corteza del árbol.

—Grabó unas iniciales. Tendrían que estar por aquí, en algún sitio.

—¿Serán estas? —Kate señaló unas marcas diminutas a la altura de la cintura. Eran tan tenues que Charles pensó que él no habría sido capaz de verlas sin ayuda de Kate.

Se acercó.

—¡Parece que sí! Sí, tienen que ser.

—F. S. —leyó Kate en voz alta—. ¿Son de ella?

Mientras examinaba las muescas, Charles esbozó una sonrisa de afecto.

—No, de ella no.

—¿De un novio?

—No, no eran de una persona —dijo—. F. S. es de *Fox* Satterthwaite. Son las iniciales de un *fox terrier* que rescató en el pueblo.

—¡De un perro! —Kate sonrió.

—Uno de los muchos que rescató y a los que adoraba. Murió cuando yo tenía cinco años, pero lo recuerdo muy bien. Pese a su edad, seguía siendo muy pícaro. Está enterrado cerca de la casa.

—Me da la impresión de que le gustan los perros tanto como a su madre.

—Pues... la verdad es que sí —confirmó Charles—. Cuando era un crío...

En ese momento se oyó el disparo de un rifle que interrumpió de forma abrupta a Charles.

Esa clase de sonido no era raro en el campo, pero en este caso había sonado extrañamente cerca. Demasiado cerca. Notaron también una ráfaga de aire helado que golpeó una rama solo a centímetros de donde estaban de pie Kate y él.

Charles reaccionó sin siquiera darse cuenta. Agarró a Kate por la cintura y la arrastró hacia el suelo.

Capítulo 13

Kate se encontró bajo el peso nada desdeñable del cuerpo del teniente Heywood. Se le había movido el sombrero durante la caída y ahora le tapaba un ojo en un ángulo anormal.

—¿Nos ha disparado alguien? —preguntó con voz ahogada.

—Creo que a nosotros no —contestó el teniente—. Pero la bala ha pasado demasiado cerca, en mi opinión.

—Y en la mía. Mire. —Señaló la rama en la que el teniente se había apoyado solo unos segundos antes. Ahora estaba rota y caída. La bala la había partido casi en dos—. ¡Dios mío! ¡Es un milagro que no haya resultado herido!

—¡Furtivos estúpidos y asquerosos! —maldijo entre dientes.

—¿Cree que han sido ellos?

—O el guardabosques —supuso—. El disparo ha venido de las cercanías de aquellos árboles.

A cierta distancia había una línea densa de árboles que marcaba la frontera con la zona boscosa. Kate esperaba que alguien emergiera de allí, pero, pese a que vio moverse las ramas, no surgió la figura de un cazador furtivo ni de un guardabosques. Quienquiera que hubiese disparado, el muy insensato, no parecía tener la intención de darse a conocer.

Alzó los ojos para mirar al teniente, aún jadeante después de que la hubiera lanzado al suelo debajo de él.

—Fuera quien fuese —dijo ella, respirando con dificultad—, me da la impresión de que acaba usted de salvarme la vida.

—Creo que más bien he salvado la mía —opinó al tiempo que miraba la rama

rota—. Un centímetro más a la derecha y...

—¡No diga eso! —Se aferró a su abrigo—. Por favor... Es demasiado horroroso pensarlo.

El teniente Heywood enarcó las cejas. Ahora que había pasado el peligro inminente, pareció darse cuenta de lo impropio de la situación: los dos juntos en el suelo, prácticamente abrazados, como dos amantes.

—No deberías estar aquí, Kate —dijo.

A la joven se le aceleró el pulso ante el inesperado tono íntimo del teniente.

—Ha dicho «Kate», teniente Heywood. Qué íntimo suena.

Se separó de ella. Un mechón grueso de pelo negro le cayó sobre la frente, lo que sirvió para suavizarle los duros rasgos del rostro y hacerlo parecer mucho más joven.

—Ya no soy el teniente Heywood, eso se acabó. He dejado la Marina.

—¿Ah, sí? —Eso era nuevo para ella. Y, de hecho, eran buenas noticias. No se sentía muy inclinada a casarse con un marino que pronto volvería al mar, una vez tras otra—. Señor Heywood, entonces.

—Charles —sugirió—. Si te parece bien.

Notó calor en las venas.

—Muy bien. Charles entonces.

El joven asintió de nuevo, como si toda su relación hubiera quedado establecida sobre una base común de entendimiento mutuo.

Kate, actuando por puro impulso, se incorporó para apartarle el mechón de pelo que le llegaba hasta la ceja.

Se puso un poco tenso ante el roce de los dedos, pero no lo rechazó.

—Un privilegio propio de una esposa —dijo ella.

La afirmación descarada quedó en cierto modo aguada por la falta de aire al hablar. Nunca en su vida había estado tan cerca de un hombre.

La miró con fijeza, con una expresión difícil de interpretar.

—Estás jugando con fuego, ¿sabes?

—¿Por bromear contigo?

—¡Ah! ¿Estabas bromeando?

Le costó no ruborizarse.

—Puede que sí, al principio —confesó—. Antes de que te volvieras tan desagradable.

Se puso de pie y se separó de ella.

—¿Qué puedo decir? Soy un tipo desagradable, lo reconozco.

Kate se sentó como pudo. Lo recordó de pie en medio de la abarrotada calle Bond con aquel perro callejero sucísimo, protegido por el abrigo, entre los brazos.

—Sí —confirmó—. Un auténtico ogro.

Charles extendió la mano hacia ella.

Kate la agarró para permitirle que la ayudara a ponerse de pie.

—Si tomarte el pelo un poco es jugar con fuego, entonces...

—No me refería a que estuvieras jugando conmigo. —Volvió de nuevo la vista hacia los bosques, recorriendo la línea de árboles, y después le indicó con un gesto que fuera de nuevo hacia el carruaje—. Quería decir el que vinieras a Devonshire, primero a Tiverton y poco después aquí, a Satterthwaite Court, donde cualquiera podría reconocerte.

—En Satterthwaite Court no me conoce nadie —repuso mientras procuraba mantener su paso y, al mismo tiempo, sacudirse el polvo de la ropa—. No había oído hablar de este sitio hasta esta mañana. Por lo que se refiere a Tiverton, apenas lo he visitado unas pocas veces.

—Llamas la atención allá donde vayas —le aseguró Charles.

Controló la sonrisa que le apetecía esbozar.

—¿De verdad? ¿Hasta llevando velo?

—Si lo que buscas es un halago...

—Nunca, no va conmigo. Además, sé muy bien que hoy estoy lejos de presentar mi mejor versión.

La miró de soslayo.

—Bobadas —negó—. Eres muy guapa.

A Kate el corazón le dio un brinco. No había dicho «estás muy guapa», sino «eres muy guapa». Para ella la diferencia era sustancial y la captó al vuelo.

Se sintió tentada de devolverle el halago. De decirle que su comportamiento era heroico, muy valiente. ¡Cómo había reaccionado al disparo del rifle! La había puesto a salvo tan rápido y de forma tan eficaz que sintió un escalofrío en la espalda. Sus reflejos eran espectaculares, dignos de admiración.

Pero no le parecía que Charles fuera la clase de caballero al que le gustara la adulación excesiva. Era muy discreto, casi en exceso. Y muy noble. Además, ella no tenía las más mínimas ganas de parecer una tonta insustancial.

—Creo que eres demasiado generoso conmigo —prefirió decir.

—Eres la primera persona que me acusa de semejante cosa —contestó, justo en el momento en el que llegaban al carruaje.

—¿Todo bien, señor? —preguntó el cochero—. He oído un disparo...

Kate evitó mirarlo a los ojos. El roble gigante resultaba bien visible desde la carretera aunque estaba a bastante distancia. Entraba dentro de lo posible que el cochero hubiera visto a Charles tirarla al suelo y cubrirla con el cuerpo. Pocas situaciones eran más comprometidas que esa.

—Algún estúpido descuidado estaba disparando en el bosque.

Charles abrió la puerta del carruaje y ayudó a Kate a entrar en la cabina.

—Si es tan amable, trasládenos a la posada El Caballo Blanco, en la calle Gold.

—¿No te apetece ver el resto de la hacienda? —dijo Kate.

Charles subió detrás de ella.

—En otro momento. Ya hemos pasado demasiado tiempo aquí.

Una vez sentada, de nuevo frente a él, Kate se sintió algo decepcionada. No estaba preparada para que su aventura, la de los dos, y su recién adquirida cercanía llegaran ya a su fin. No obstante, la intimidad que había propiciado la cercanía a la muerte se disipó con rapidez durante el viaje de vuelta a Tiverton. Los intentos de Kate para reavivarla fueron, como poco, inútiles.

—¿Por qué dejaste la Marina? —le preguntó una vez que el carruaje hubo dejado atrás Satterthwaite Court en su camino de vuelta al pueblo.

—Es complicado —se limitó a contestar Charles. No parecía muy proclive a comentar el asunto.

Pero Kate no cejó.

—Fuiste marino durante varios años, ¿no?

—Casi nueve.

—¡Nueve años! —repitió Kate—. ¿Y todos embarcado?

—Pasé los dos primeros en la Real Escuela Naval de Portsmouth.

—¡Ah, sí! —recordó Kate—. El señor Trumble mencionó algo al respecto.

Charles le lanzó una mirada aviesa.

—¿De verdad?

—Dijo que abandonaste los estudios que cursabas en Cambridge.

La pausa fue interminable.

—Es cierto.

—¿Por qué? ¿Te entró un deseo irrefrenable de navegar por los siete mares?

Charles siguió mirando por la ventana con el ceño fruncido.

—Tenía ansia de aventuras. Una estupidez.

—No tiene nada de malo disfrutar de las aventuras.

—No, no lo tiene, a menos que, en el proceso, alguien lo pase mal o se le haga daño.

—¿Fue eso lo que pasó ¿Te hizo daño a alguien? ¿O alguien lo pasó mal?

—Muchísima gente lo pasó mal —dijo—. Y no solo aquellos que se habían alistado para luchar.

Kate no era capaz de imaginarse las experiencias que habría tenido durante sus años de servicio en la Marina Real.

—Eso no convierte en menos heroico tu servicio. Además, estabas en el lado correcto de la lucha. El lado británico.

—Das por sentado que eso es así de indiscutible.

—¿Acaso no lo es? —preguntó Kate con gesto de desconcierto.

—No siempre —confirmó—. Por desgracia.

Los demás intentos de Kate para prolongar la conversación no tuvieron ningún éxito. Charles respondía solo con monosílabos. No estaba dispuesto a animarla a seguir preguntando. De hecho, solo parecía considerarla un problema que tenía que resolver cuanto antes.

Según se acercaban a la calle Gold, volvió a mostrarse muy serio, casi hosco, y sobre todo centrado por completo en minimizar los daños que pudiera sufrir su reputación.

—No puedes volver cabalgando a Beasley Park —afirmó nada más poner los pies en el patio de la posada—. Y tampoco puedes regresar sola en un carruaje alquilado. Tendremos que encontrar una criada que te acompañe.

Estuvo a punto de pararse en seco.

—No «tenemos» que hacer nada. Solucionaré las cosas por mí misma y a mi manera.

El carruaje del señor Arbogast pasó a su lado, levantando la arenilla que cubría en parte la carretera y dando la vuelta de nuevo en dirección a Satterthwaite Court para recoger a su propietario.

—Voy a solucionarlas yo —afirmó Charles con solemnidad—. Cuanta menos atención atraigas sobre ti, mucho mejor.

—No me importa atraer la atención. Si alguien llega a reconocerme, lo achacarán todo a la imprudencia y la temeridad típicas de los Beresford. Yo siempre estoy...

—¿... fuera, sin carabina y en compañía de un caballero?

—No —admitió la joven, sin argumentos en ese momento—. Pero no pienses que tengo la costumbre de comportarme así siempre.

—Me alegra oírlo. —Abrió la puerta de la posada para que entrara. Llegaban voces bastante potentes de dentro, acompañadas de las risas cascadas y el sonido

de cacharros procedente del comedor—. En todo caso, y como bien has dicho antes, eso no es de mi incumbencia.

—Cierto. Pero, de todas formas... —Le sobrepasó para entrar en el pasillo principal, que estaba lleno de humo. Bajó mucho la voz y le habló casi al oído—, no me gustaría que pensaras mal de mí.

—No lo hago ni lo haré —le aseguró.

El timbre profundo de su voz le resultó una caricia para los oídos y envió un escalofrío que le recorrió la columna vertebral.

Le habría gustado responder, pero no tuvo la oportunidad de hacerlo. En el momento en el que entraron en la concurrida posada de postas, Charles se dirigió autoritario al posadero para que organizara su partida de forma inmediata. Alquiló enseguida un carruaje y contrató a una sirvienta para que acompañara a Kate, siempre actuando con órdenes cortas y eficientes, como un tutor que deseara librarse de sus obligaciones con un pupilo problemático. A Kate no le gustaba mucho la comparación, pero se temía que era muy aplicable al caso.

No tuvo oportunidad de hablar de nuevo en privado con él hasta que volvieron a salir a la calle para acompañarla al carruaje.

—Me tendrás al tanto de cómo se desarrollan los acontecimientos, ¿verdad?

—Si es tu deseo... —contestó.

—¿Cuándo? —intentó precisar, puesto ya el pie en el primer peldaño de la escalerilla.

La criadita que habían contratado los miraba embobada desde dentro del carruaje. Charles no pareció darse cuenta de la curiosidad indecorosa de la chica. Tenía la atención fija en Kate.

—La próxima vez que nos veamos —respondió.

—Ya, claro, pero... ¿cuándo?

Charles la tomó de la mano con suavidad. Un brillo de humor le iluminaba el rostro severo.

—Dígamelo usted, señorita.

A Kate se le aceleró el corazón, pues entendió lo que quería decir. En adelante, no iba a disuadirla del interés que sentía por él. Ya no. Todo lo contrario.

Sonrió un poco.

—Te lo diré —prometió—. Puedes estar seguro.



Capítulo 14

El reloj de pesas del vestíbulo sonó en la lejanía, marcando las diez de la noche. Todavía era pronto para retirarse. En circunstancias normales, Charles se habría quedado abajo con su familia durante al menos otra hora o más. Pero ese día ya estaba en su habitación.

Su dormitorio estaba envuelto en el conjunto de sombras parpadeantes que proyectaban las velas situadas en la repisa de la chimenea, la mesita de noche y el pequeño escritorio de nogal sobre el que Charles estaba inclinado escribiendo una carta para el señor Inch, abogado de la familia en Taunton.

Inch iba a encargarse de verificar la legalidad de la propiedad del señor Catmull respecto a Satterthwaite Court. Una vez comprobada, le había dado instrucciones al abogado para que hiciera una oferta, una oferta generosa y al alza. Charles no quería desaprovechar la oportunidad de recuperar la finca ancestral de su familia materna.

En cuanto al misterioso autor de la nota... Fuera quien fuese, parecía que la había escrito movido por buenas intenciones, no lo contrario. Después de todo, le había alertado acerca de la venta de Satterthwaite Court, así que tenía que estarle agradecido aunque solo fuera por eso. Pero era mejor no confiarse.

Para empezar, por el «grave daño» que, según la nota, se le había infligido a su madre. Suponía que se refería a la pérdida de la hacienda. Pero si la carta anónima aludía a eso, ¿por qué lo consideraba algo malo? Estaba claro que no se había producido ninguna ilegalidad. A la muerte de sir Charles, la hacienda había pasado a ser propiedad de Edgar Townsend debido a una restricción de herencia del todo legal. ¿O no?

¿Y qué decir del disparo de rifle que había estado a punto de volarle la cabeza esa mañana? Le había dicho a Kate que seguramente eran furtivos o incluso el guardabosques de la hacienda; un disparo accidental y descuidado, sin más. Pero eso no había evitado su reacción involuntaria, la misma que cuando entraba en batalla, fuera en el mar o en tierra, y el insidioso fuego enemigo se acercaba demasiado a su objetivo.

¿Era posible que alguien le hubiera disparado a propósito? Era una locura pensar algo así. Y sin embargo... no podía librarse de la sensación. Por eso le había puesto fin tan pronto a la visita de la propiedad. Por eso había conducido a Kate al carruaje como si fuera su guardaespaldas y ordenado al cochero que los llevara de vuelta a Tiverton sin dilación alguna. Que él se sintiera en peligro era una cosa, pero la posibilidad de que Kate resultara herida era otra completamente distinta. Aunque no deseara su protección y tal vez incluso no la necesitara siquiera.

Era una mujer obstinada y agreste, con un espíritu tan potente como el de cualquier hombre. De hecho, las tres veces que se habían visto habían discutido casi tanto como habían conversado. El único momento en el que le había mostrado algo distinto al filo cortante de su lengua veloz fue cuando le retiró el pelo de la ceja después de que él la protegiera con su cuerpo bajo el gran roble de Satterthwaite Court. Fue un toque tan suave como el roce de las alas de una mariposa moviéndose sobre la piel. Sirvió para suavizar la ira que le había hecho hervir la sangre tras lanzarla al suelo para protegerla, la furia que había sentido al pensar que alguien tratara de hacerle daño.

Pero no había resultado herida. Estaba sana y salva. Sin un solo rasguño.

«Un privilegio propio de una esposa», había dicho mientras le alisaba el pelo. ¡Qué descaro!

Habían pasado más de siete horas, pero seguía pensando en todo eso. En ella. En el roce de los dedos. En el gesto suave y divertido de la boca. En las curvas ardientes de su cuerpo bajo el de él.

Pero ahora tenía que pensar en Satterthwaite Court, no en las travesuras de una chica irritante.

Frunció el ceño, introdujo el plumín en el tintero, lo movió hacia abajo para eliminar el exceso de tinta y firmó la carta al final del texto. En esos momentos, poco más se podía hacer, solo escribir a Inch. Hasta que el abogado le respondiera, las opciones respecto a la hacienda eran limitadas.

—¿Te interrumpo? —La voz de su madre sonó desde el umbral de la puerta de su habitación.

Charles firmó a toda prisa y después dobló la carta y la introdujo en un sobre. A primera hora de la mañana se la enviaría a Inch.

—No, claro que no —dijo—. Entre, por favor.

Philly así lo hizo, seguida de cerca por *Flurry*, *Twig* e *Ignatius*.

—¿Has estado muy ocupado hoy? —preguntó—. ¿Tu ausencia tiene algo que ver con lady Katherine?

Se dio la vuelta en la silla. Sus padres aún no le habían preguntado por el interés de Kate en él, pero no se hacía ilusiones: seguro que lo habían notado. Lo más probable era que ya hubiesen hablado del asunto entre ellos. No eran muchas las cosas que no compartían. Tenían una relación basada en el amor y la confianza, sentimientos que habían transmitido a sus hijos. Cuando era un niño, Charles había compartido muchas veces secretos con su madre y con su padre, y no porque ellos le pidieran su confianza, sino porque se la inspiraban por la vía del ejemplo. Y ese espíritu seguía presente en él.

Al volver esa tarde desde Tiverton, había estado tentado de ir directo a ver a sus padres para contarles lo que había averiguado sobre Satterthwaite Court. Pero ninguno de los dos necesitaba cargar con esa información. Habiendo todavía un misterio asociado, incluso quizá algún peligro.

—No especialmente —respondió, al tiempo que les acariciaba la cabeza a *Flurry* e *Ignatius* a modo de saludo—. Ahora que estoy en casa, tengo otros asuntos que atender.

—Sí, lo sé. —Philly se sentó en el sillón de orejas cercano al escritorio. La luz de las velas jugaba con su rostro—. Estás buscando una casa adecuada para ti.

Charles se sorprendió y calló por un momento. Pero no parecía que su madre supiera nada acerca de la visita a Satterthwaite Court de ese día. De saberlo, no se andaría con circunloquios.

—¿Limitas la búsqueda a Somersetshire? —preguntó.

Twig arañó el pantalón de Charles, que se agachó para tomarlo en brazos.

—También estoy buscando en Devonshire.

—¡En Devonshire!

—Allí fue usted feliz, ¿verdad?

Sonrió con expresión soñadora.

—¡Muchísimo! Hasta que conocí a tu padre, los momentos más felices de mi vida los pasé en Devonshire. ¿Crees que podrías encontrar por allí una propiedad que te resulte adecuada?

—Podría ser

Flurry e *Ignatius* se sentaron a los pies de Philly, que se agachó para acariciarlos. Mientras, Charles sostenía a *Twig* en el regazo y le revolvía el pelo áspero.

—Le debió de resultar difícil dejar Satterthwaite Court.

—Desde luego que sí. —Su madre alzó la cabeza, la mirada suavizada por los recuerdos. La diferencia de color de las pupilas le daba un matiz especial al brillo de la nostalgia—. Fue un *shock* enorme. Por aquel entonces yo era incluso más tímida que Hannah, y Londres era muy distinto a todo lo que había conocido hasta entonces. Además, las personas con las que tuve que convivir no me ayudaron nada. Sus experiencias eran del todo distintas a las mías.

—Se refiere a los Townsend.

La sonrisa desapareció.

—Sí. Mi tío Edgar y sus hijas, Elizabeth y Abigail.

Charles no recordaba ni a Edgar Townsend ni a su hija mayor, Elizabeth, pero sí que tenía recuerdos tenues de Abigail y su marido, a los que conoció cuando era niño.

—Abigail Townsend vino aquí una vez, ¿no es así? —preguntó mientras le rascaba las orejas a *Twig*—. Creo recordar que me regaló un juego de soldaditos de madera tallada.

—Vino acompañada de su marido, lord Darly. Acababan de casarse y volvían a Londres tras su viaje de novios. Me sorprende que lo recuerdes, apenas tenías tres años...

—¿No volvieron?

—No. A veces el pasado pesa demasiado y resulta difícil de dejar atrás por ambas partes. Una vez que la fortuna del tío Edgard casi desapareció y que Elizabeth se viera obligada a casarse para sacarlos a flote, lo más fácil fue convertirme a mí en la mala del cuento.

—No tiene nada que reprocharse, ni tampoco le pueden echar la culpa de nada —dijo Charles—. Fueron ellos quienes no se comportaron como debían.

—En efecto, así fue. —Su madre recuperó la sonrisa—. Pero la verdad es que no deploro lo que ocurrió ni me arrepiento de nada de lo que hice. Si no hubiera ido a Londres hace tanto tiempo, no habría conocido a tu padre. —Estiró el brazo a lo largo del escritorio para tomarle la mano—. Y la vida no me habría bendecido contigo ni con tu hermana.

Charles se la agarró con mucho cariño.

—No he contribuido a facilitarle la vida, madre.

—Lo que merece la pena no suele ser fácil —admitió Philly—. De hecho, los

vínculos más fuertes se forjan a fuego.

—En estos momentos preferiría algo menos de... fuego —objetó Charles con cierta sequedad.

—Sí, lo sé. Tu padre me ha dicho que aspiras a una vida tranquila y pacífica.

—Así es —confirmó—. Por eso he venido a casa. Pensé que usted lo entendería.

Philly le apretó la mano.

—Mi querido niño..., aún no entiendo del todo por qué te marchaste.

Charles suspiró. ¿Cómo iba a poder explicarle a su madre algo que ni él era capaz de comprender del todo?

—Estaba inquieto —empezó—. Insatisfecho, supongo. Estar aquí, siempre a la sombra, protegido de cualquier contratiempo... —Se detuvo un momento antes de confesar lo que era el meollo del asunto—. Aunque era feliz..., había momentos en los que me resultaba difícil estar a la altura de su ejemplo. Ser tan buena persona como usted, tan heroico como padre...

La expresión de su madre se dulcificó aún más.

—Ya has tenido una buena ración de heroísmo, querido.

—En la Marina puede que sí.

—No estoy hablando de hazañas militares. ¿Es que no te acuerdas de aquel gato que rescataste de un árbol cuando tenías cinco años? Te fuiste derecho a las ramas más altas antes de que tu padre pudiera impedirlo. Y después volviste a bajar con el gato sobre los hombros. Bufaba, escupía y hasta estuvo a punto de arañarte los ojos de puro miedo.

Charles rio bajito.

—Sí, me acuerdo.

—¿Y qué me dices de aquellas vacaciones en Cornwall? Viste a un niño intentando mantenerse a flote entre el oleaje y nadaste hasta él para ayudarlo. ¡Estuviste a punto de ahogarte tú!

—Ya tenía doce años.

—Eso es lo que quiero decir precisamente. No necesitas irte lejos de Inglaterra para demostrar quién eres. Nos lo has estado demostrando desde que eras un niño.

—Habla como si fuera mi madre...

—Puede que sí. —Philly se levantó risueña y le dio un apretoncito final antes de soltarle la mano—. Pero eso no hace que deje de ser verdad.

Capítulo 15

La invitación a Beasley Park llegó una semana después, en una carta de Kate a Hannah escrita en términos de lo más elocuentes y en la que expresaba su deseo de que la familia Heywood se uniera a la familia Beresford para para pasar tres días divertidos paseando a caballo, bailando y conociéndose.

No pudo recibirse en un momento peor.

—No es más que un resfriado muy leve —dijo la madre de Charles—. Dentro de un par de días estaré mejor.

Charles se quedó en la puerta de su habitación, mirándola preocupado. Su padre ya estaba dentro, al borde de la cama en la que su madre estaba echada, recostada sobre un montón de almohadas mullidas. Tenía la nariz bastante roja y el pelo recogido bajo un gorrito de muselina ribeteado de encaje.

Tenía razón. No había motivo alguno para preocuparse. Solo había tosido y estornudado un poco, el resultado lógico y natural de que la lluvia la hubiera sorprendido mientras montaba a caballo el día anterior.

—Tienes que descansar toda la semana —dictaminó Arthur mientras la tomaba de la mano. No se había separado de ella desde que empezó el catarro—. No quiero que arriesgues la salud.

—No, desde luego que no —dijo Philly—. Pero los chicos no tienen que perderse por mi culpa la posibilidad de salir unos días a pasarlo bien. Podrías acompañarlos en mi ausencia, querido...

—Ni se me ocurriría, amor mío —dijo Arthur—. Aparte de que no es necesario. El verdadero invitado es Charles, no nosotros dos. Y él muy bien puede hacer de carabina de Hannah durante los tres días.

Charles notó un irritante acceso de calor bajo el pañuelo de cuello.

—Estoy seguro de que no solo me esperan a mí —intervino con cierta brusquedad—. La carta iba dirigida a Hannah, recuerden.

—Sí, eso es lo más adecuado y formal —opinó su padre—. ¿Te importaría acompañar a tu hermana?

—No —dijo Charles—. Claro que no.

No estaba en condiciones de rehusar. Y no solo por su hermana, sino por la promesa que le había hecho a Kate.

Le echaba la culpa al disparo. En lo que se refería a la joven, lo había trastornado. Había incrementado de forma artificial su apego a ella hasta el punto de volverlo sobreprotector.

Pero no solo aquel disparo del rifle…

Cuando regresaron a Tiverton, cuando la ayudó a subir al carruaje que la llevaría sana y salva a su casa, Kate le había apretado la mano con mucha intensidad y por primera vez le había parecido que la mirada irresistible de esos ojos azules era… insegura. Ese destello mínimo e inhabitual de vulnerabilidad lo había llevado a hacer algo impulsivo e imprudente. Algo estúpido. ¡Por Dios bendito! ¡Le había dicho con toda claridad que estaba a su servicio!, ¡que no tenía más que chascar los dedos para que él acudiera corriendo, raudo, veloz y sin pensarlo!

Y eso era exactamente lo que iba a hacer.

* * *

—¿Debería haberme puesto el vestido de viaje marrón en vez de este verde? —le preguntó Hannah cuando, cuatro días más tarde, salieron en dirección a Beasley Park—. ¿O hubiera sido mejor que llevara la capa nueva? —Estaba sentada frente a él en el carruaje, a ratos entusiasmada y a ratos ansiosa—. Madre dice que ambos son adecuados, pero no sé… Tengo miedo de causar mala impresión.

—Eso es imposible —descartó Charles remarcando el adjetivo.

Su hermana no pareció oírle.

—¿Y qué me dices de los perros? *Evangeline* no va a saber qué hacer sin estar yo en mi habitación dos noches enteras seguidas. Confía mucho en mí. Y *Tippo* me va a echar muchísimo de menos.

—No es demasiado tarde para mandar una nota de disculpa explicando que no podemos ir —dijo en el momento que el carruaje enfilaba la senda de salida. Por detrás de la valla, el paisaje estaba cubierto de nieve recién caída, prístina y

reciente—. Si prefieres quedarte en casa...

—No es eso. —Cruzó las manos sobre el regazo, agarrándoselas con gesto tenso —. Aunque espero que madre empiece a sentirse mejor cuanto antes. De hecho, esta mañana ya parecía estarlo y padre dijo que...

Charles dejó que su hermana hablara y hablara hasta cansarse. Cuando calló, tampoco había entendido bien qué había querido decir.

—Vamos a ver..., ¿por qué estás tan inquieta? —preguntó tras unos segundos de silencio—. ¿Por la compañía de desconocidos?

—Sí. ¿Y si en Beasley Park pasara lo mismo que en la velada musical de la vicaría?

—¿Qué fue lo que pasó allí?

—Ya te lo he contado. En mi última carta. —Frunció el ceño—. ¿Es que no la recibiste?

—¿Esa en la que me sugerías que dejara de comer carne? Sí, fue muy divertida.

—No son cuestiones para hacer bromas o burlarse, Charles. Y lo de hoy tampoco. En la vicaría, se suponía que tenía que cantar una canción irlandesa y me quedé en blanco. Ni me acordaba de cómo me llamaba, así que no digamos de la letra de la canción. Y eso fue solo con los lugareños. ¿Y si me pasa lo mismo en Beasley Park? Lady Kate es muy vivaz y el señor Beresford muy hablador e ingenioso. ¡No voy a poder ni siquiera intervenir en la conversación!

—Mantuviste muy bien el tipo cuando vinieron a visitarnos.

—Fue lady Kate quien llevó casi todo el peso de la conversación —señaló Hannah—. Y cuando hablé con el señor Beresford se pasó la mayor parte del tiempo hablándome de una carrera en la que había participado con su carruaje nuevo. No tuve la oportunidad ni la necesidad de decir tres palabras seguidas. ¿Y si...? —Se interrumpió y volvió la cabeza en dirección a la ventanilla. Los copos de nieve se estrellaban contra el cristal, impidiendo la visión del paisaje.

—También estaré yo para apoyarte —le recordó Charles—. Y lady Kate ha prometido presentarte a sus mascotas.

—¿Y qué hay de los hermanos mayores? —Hannah se volvió hacia su hermano —. Hay otros dos.

—Se portarán bien.

—¿Cómo lo sabes? Pueden burlarse de mí o...

—Se portarán bien —repitió Charles con firmeza, sin dar lugar a discusión.

Kate podía flirtear en exceso y comportarse de forma atrevida, pero, si alguno de sus hermanos actuaba de esa manera con Hannah, lo pondría en su sitio de

inmediato. En lo tocante a proteger a su hermana menor, no cabía la menor duda.

Dos horas y media después, el carruaje de los Heywood avanzaba por el camino que conducía a la mansión de piedra caliza y tonos color miel que presidía Beasley Park. La estructura era grácil y airosa, con un pórtico clásico flanqueado con columnas jónicas que le iban bien al paisaje frondoso que rodeaba la construcción.

Al llegar a la puerta principal los recibió un mayordomo de edad avanzada que los acompañó al amplio vestíbulo de suelo de mármol.

—Lord y lady Allendale los esperan en el salón de estar —anunció—. Si hacen el favor de acompañarme.

Charles y Hannah subieron tras el mayordomo por la escalera amplia y curvada que conducía al salón de estar. Era dos veces mayor que el de Heywood House, los suelos los cubrían alfombras gruesas y las paredes estaban enteladas en seda y decoradas con cuadros con escenas de caballos y sabuesos.

Los esperaba la familia Beresford, que componía una escena familiar llena de naturalidad. Los acompañaban dos *spaniels* de pelo negro lustroso, tal vez un poco sobrealimentados, que dormitaban tumbados cerca del fuego. Dos gatos atigrados y rollizos dormitaban en una silla cercana, formando parte del grupo familiar, igual que los perros.

Charles fijó la vista en Kate nada más entrar. Estaba sentada a una mesa baja cercana a los ventanales, concentrada en una partida de cartas con su hermano Jack. Otro caballero joven de pelo rubio dorado, que llevaba lentes con montura de plata, estaba de pie detrás de Jack, mirando sus cartas por encima del hombro y aconsejándolo con viveza.

—¡Déjalo, Ivo! —Jack se volvió a mirarlo con gesto de enfado—. ¡No necesito tu ayuda!

—Necesita toda la ayuda posible —le contradijo Kate al tiempo que ponía otra carta sobre la mesa.

Los dos hermanos gruñeron.

Un tercer caballero, rubio también, estaba de pie junto a la ventana con cortinas adamascadas del otro extremo de la habitación; tenía los brazos cruzados y miraba fuera algo ceñudo. Charles supuso que era el hermano mayor. Parecía tener más o menos la edad del propio Charles y se parecía mucho a otro caballero mucho mayor que estaba sentado frente al fuego en compañía de una dama de baja estatura que sin duda era la madre de Kate, Margaret Beresford, condesa de Allendale.

—El teniente Heywood y la señorita Heywood —anunció el mayordomo.

Todos los Beresford alzaron la vista al unísono. Uno de los *spaniels* ladró de forma queda, mientras que el otro se puso de pie y movió la cola para mostrar su interés.

Kate se levantó de la silla al instante. Recorrió la habitación a toda prisa para recibirlos, de forma que la amplia falda del vestido de cachemira que vestía le flotó alrededor de las piernas.

—Teniente Heywood. Señorita Heywood —saludó, haciendo una inclinación y sonriendo—. ¡Qué alegría volver a verlos! Nos preguntábamos a qué hora iban a llegar. En esta época del año las carreteras pueden volverse difíciles de transitar.

Charles devolvió el saludo con otra inclinación de cabeza.

—Lady Katherine.

Hannah murmuró a su vez un saludo mientras le devolvía el gesto a su anfitriona. Tenía las mejillas algo teñidas de rosa y la voz fue apenas un susurro. Estaba claro que no era capaz de superar su timidez.

Kate pareció reconocer los síntomas y reaccionó tomándole ambas manos.

—¡Está usted encantadora! Espero que haya tenido un viaje agradable.

Hannah le dedicó una sonrisa de agradecimiento.

—Muy agradable, sí. Gracias, milady.

—¡Por favor, llámeme Kate! Todo el mundo me llama así.

La dama de más edad y el caballero se levantaron y se acercaron a ellos.

—Madre, padre. —No soltó las manos de Hannah mientras hacía las presentaciones—. Es un placer presentarles al teniente Charles Heywood y a su hermana, la señorita Hannah Heywood. Teniente, señorita, les presento a mis padres, lord y lady Allendale.

—Teniente Heywood —saludó lord Allendale con una inclinación breve —. Señorita Heywood. —Era un hombre alto y delgado, de ojos grises fríos y una forma de moverse felina y apacible en apariencia. El pelo, muy claro, presentaba alguna hebra gris—. Les damos nuestra bienvenida más cordial.

—¡Desde luego que sí! —corroboró lady Allendale. Tenía el pelo color visón tan oscuro como claro era el de su marido, y lucía en los ojazos el mismo matiz de azul que los de su hija—. Siento mucho que sus padres no hayan podido unirse a nosotros. Espero que ya estén repuestos.

—Gracias, señora —agradeció Charles—. Sí, ya casi lo están.

—Mi padre insistió en quedarse en casa para acompañar a mi madre —intervino Hannah con timidez—. Es muy protector con ella.

Lord Allendale y su esposa intercambiaron una mirada entre irónica y afectuosa. El gesto glacial de caballero desapareció por un momento y mostró en el rostro ternura y cariño.

—Puedo entender el impulso.

Lady Allendale sonrió con cariño.

—Le diré a la cocinera que prepare jalea para que se la lleven a casa. Afirma que es capaz de curar todos los males.

—Una jalea curalotodo... —Jack Beresford hizo un gesto de desdén al aproximarse al grupo—. ¡Menuda bobada! Señorita Heywood, no se deje engañar.

—Se acuerdan de mi hermano Jack, claro —supuso Kate—. Y les presento a mi hermano mediano, Ivo.

El caballero de las lentes, que cuando llegaron estaba detrás de Jack durante la partida de cartas, saludó con una inclinación a Charles y Hannah.

—Teniente, señorita Heywood. Encantado de conocerlos.

—Y ese individuo tan poco sociable que está junto a la ventana es mi hermano mayor, James, vizconde de St. Clare. —Kate bajó el tono de voz para dirigirse a Hannah—. No se tome en serio ni haga caso de nada de lo que diga durante su estancia. Su objetivo en la vida es impedir que los demás nos divirtamos.

St. Clare se alejó de la ventana y cruzó la habitación para saludarlos sin reaccionar de ninguna manera a lo que había dicho su hermana.

—Señorita Heywood, teniente. Bienvenidos a Beasley Park.

Hannah miró de soslayo y entre las pestañas al vizconde. Se ruborizó aún más.

Charles frunció el ceño. Supuso que una joven como ella debía de considerar a St. Clare un individuo admirable. Por fortuna, el vizconde no parecía un caballero inclinado a las galanterías gratuitas. Solo le dirigió a Hannah una única mirada indescifrable que ni sostuvo ni repitió.

Los perros no paraban de moverse alrededor de ellos, ahora ambos movían la cola sin parar. Charles se inclinó para hacerles alguna caricia y Hannah lo imitó con la cara resplandeciente.

—Estos son *Gem* y *Jolly* —Kate presentó a los *spaniels.* Después miró con cariño a los gatos, que seguían durmiendo indiferentes en el sillón—. Y allí está *Tabby* y *Major*. No se lo tomen a mal si no vienen a saludar. Nunca se molestan en hacerlo, son unas criaturas de lo más egoístas.

—Estarán deseando refrescarse un poco tras el viaje —supuso lady Allendale—. Llamaré a la señorita Kirby para que los acompañe a sus habitaciones.

—Ya se las muestro yo, madre —se ofreció Kate—. Vamos, señorita Heywood. —Empujó con suavidad a Hannah hacia la puerta—. Su habitación está junto a la mía. Tiene una vista preciosa.

Charles hizo una inclinación de cabeza a los Allendale y a sus hijos antes de seguir a las dos jóvenes.

Kate todavía no se había dirigido a él de manera expresa. De hecho, apenas lo había mirado siquiera. Pero eso cambió de forma radical en cuanto hubo dejado acomodada a Hannah en la magnífica habitación que le había asignado. Tan pronto como cerró la puerta, se volvió hacia Charles con un gesto de impaciencia casi jadeante.

—Tenía ganas de hablar contigo —confesó.

Charles alzó las cejas. Estaban en medio de un vestíbulo por el que pasaban los criados, no tan concentrados en sus tareas como para no lanzar miradas de curiosidad a su joven ama y al huésped.

—No aquí, claro —precisó ella—. En privado. —Le precedió por el pasillo, enmoquetado con una alfombra tupida—. ¿Querrás venir conmigo a los establos?

—¿Cuándo?

—Dentro de unos diez minutos. A no ser que... —Lo miró indecisa mientras se aproximaban al final del pasillo—. ¿Necesitarás más tiempo para refrescarte?

—Con diez minutos me basta.

—Estupendo. —Se detuvo frente a una puerta con paneles de madera—. Esta es tu habitación. Estás cerca de tu hermana.

«Y cerca de ti», estuvo a punto de decir Charles. De hecho, el dormitorio estaba solo unas puertas más allá de la de ella. Un hecho que, sin la menor duda, lo llenaría de ansiedad cuando intentara dormir esa noche.

—¿Estará bien si nos escapamos un rato? —preguntó Kate.

—La avisaré —respondió Charles.

—De acuerdo —dijo satisfecha—. Nos vemos en el vestíbulo de abajo dentro de diez minutos. —Dicho esto, se dio la vuelta y se alejó.

Charles se la quedó mirando. Hacía una semana que no la veía, desde la tarde en la que se separaron en la calle Gold. Pero desde entonces no había dejado de pensar en ella. Y no solo con irritación.

Se había imaginado su cara. Su voz. La inteligencia vívida de los ojos y la audacia de la mirada. Las imágenes habían sido dolorosamente nítidas. No obstante..., palidecían comparadas con la realidad.

Frunció el ceño al entrar en la habitación, preguntándose, y no por primera vez,

dónde demonios se estaba metiendo.



Capítulo 16

Siete minutos después, con botas de montar recias en los pies y una capa de lana sobre el vestido, Kate descendía los escalones de mármol que conducían al vestíbulo principal. Pero quien la esperaba no era el serio, alto y moreno exteniente naval, sino su igual de sobrio hermano mayor, James.

Estaba de pie, junto a la puerta, con el abrigo grueso de invierno y un gesto de resolución grave.

—No me esperas a mí, ¿verdad? —preguntó Kate al llegar al vestíbulo.

—No espero a nadie. Voy a salir. —Abrió él mismo la puerta, pues no había cerca ningún criado que lo hiciera en su lugar. Tampoco era que James fuese a insistir en eso, pues, pese a la respetabilidad pomposa de sus maneras, no era el típico aristócrata malcriado.

El viento silbó al abrirse la puerta y entraron algunos copos de nieve.

—¿Ahora? —preguntó Kate con tono de disgusto—. ¡Pero si acaban de llegar nuestros huéspedes!

—Entonces, ¿a dónde vas tú? —le preguntó al tiempo que echaba una mirada sardónica al abrigo grueso que llevaba.

—A dar un paseo con el teniente Heywood.

James afiló la mirada.

—¿Y su hermana?

—¿Qué pasa con su hermana?

—¿Quién va a entretenerla en tu ausencia? ¿Jack? ¿Ivo? —James alzó una ceja —. ¿Yo?

—La señorita Heywood no necesita que nadie la entretenga. Se está refrescando

en su habitación. Cuando vuelva, la recogeré y podrás volver a verla.

James se puso tenso.

—¿Qué te hace pensar que...?

—Me he fijado en cómo la mirabas —dijo Kate—. Puede que el teniente y la señorita Heywood no lo hayan notado, pero yo te conozco, James. Es la primera joven a la que le has dirigido una segunda mirada.

Su hermano se quedó callado un momento.

—Tiene los ojos de distinto color.

—Lo cual no tendría que sorprenderte. Ya os había avisado a todos.

—Sí, pero... —Frunció el ceño. Al parecer buscaba las palabras adecuadas para expresar lo que pensaba—. No dijiste nada más. Es...

—Es muy tímida, hasta extremos casi enfermizos. Tienes que hacer todo el esfuerzo que puedas para ser amable con ella.

Por la cara de él cruzó una sombra de sospecha.

—¿Es que ahora quieres hacer de casamentera, Kate?

—¡No, por Dios! —exclamó—. Ni se me ocurriría. Todos sabemos que quieres ir a Londres la próxima temporada para ver si encuentras a la hija de un duque, o a una princesa, o a cualquier otra joven muy ilustre que se case contigo y se consolide como la anfitriona más admirada del país.

—Alguno de nosotros tiene que cumplir con su deber. Nuestra familia requiere respetabilidad, algo que tú harías bien en tener siempre presente.

—¿Cuándo se me ha olvidado eso? —Kate estiró el abrigo para que le cubriera mejor la falda del vestido de lana—. Por cierto, aún no me has dicho a dónde vas con tanta prisa.

—Si quieres saberlo... —confesó James con la tirantez habitual—, voy a seguir a Ivo.

—¿Ivo también ha salido de casa? —preguntó exasperada. ¿Sus hermanos no pensaban estar ahí para atender a los huéspedes?

—Así es —confirmó James—. Se fue quince segundos después de que salierais de la sala de estar. Lo vi desde la ventana, camino de Letchford Hall.

—¡No me digas! ¿Otra vez a ver a la señorita Burton-Smythe?

—Pues eso me temo, sí. —James se caló el sombrero—. Y ahora, si dejas que me vaya, igual me da tiempo a alcanzarlo.

—Pues claro, vete enseguida —Le dejó el paso libre—. Haz lo que debas.

Su hermano salió a toda prisa por la puerta. Kate se lo quedó mirando desde el umbral, soportando el viento helado, mientras él cruzaba la senda en dirección a

la linde que separaba Beasley Park de Letchford Hall.

¡Era increíble! ¿Ivo había perdido el juicio?, ¿o no tenía? ¿Acaso pensaba en serio que alguien fuera a aprobar una unión entre la hija de sir Frederick Burton-Smythe y él?

Estaba claro que su padre no. Despreciaba con saña a sir Frederick. De hecho, Kate había oído una vez a los criados susurrando que, durante la juventud escandalosa de su padre, sir Frederick y él se había liado a puñetazos más de una vez. Ella lo creía a pies juntillas. Su padre era adorable, pero, cuando se enfadaba, lo mejor era no enfrentarse a él. Solo un loco lo haría. Y su hermano mayor se parecía mucho a su padre en eso. Si había alguien capaz de resolver el problema entre Ivo y la señorita Burton-Smythe, ese era James.

Oyó ruido de pasos detrás de ella.

—¿Te marchabas sin mí? —dijo una voz profunda.

Kate se dio la vuelta y el corazón le dio un vuelco por los nervios al ver aproximarse a Charles Heywood. Al igual que su hermano, iba bien preparado para salir, con un abrigo grueso y guantes. Sin embargo, en su presencia sentía un estremecimiento en el estómago, como si lo tuviera lleno de mariposas volando.

¡Qué estúpida! No era el primer hombre apuesto que veía en su vida.

Enseguida corrigió el pensamiento. Era el más apuesto que había visto en su vida.

Con él se producía una alquimia especial, algo que satisfacía su sensibilidad en todos los aspectos. Ningún otro caballero la había afectado de esa manera. Con la mayoría, su reacción había sido de completo aburrimiento en los primeros diez minutos.

—Claro que no —dijo, al tiempo que se recomponía—. Solo miraba a mi hermano alejarse. Ha ido a… visitar a un vecino.

No era del todo mentira.

Charles sujetó la puerta con la mano enguantada para aliviarla de su peso y la mantuvo abierta.

—Hace mucho frío fuera.

—Sí, ¿a que es estupendo? —Salió y avanzó hacia los escalones cubiertos de nieve. Sonrió aunque el frío le entumecía el rostro, dificultándole el gesto.

—Me gusta este momento del año casi tanto como la primavera y el verano.

—¿Pese al hielo y la humedad?

—Sí, pese a todo eso. —Escondió las manitas en las mangas largas del abrigo—. El establo está justo al doblar la esquina. Seguro que allí no hace tanto frío.

Charles caminó a su lado. Las pisadas de las botas gruesas crujían sobre la grava.

—¿Cómo está tu caballo?

—Mucho mejor. Jonás lo trajo ayer desde Tiverton. Ha estado tres noches confinado en una cabina del establo de la posada de El Caballo Blanco, y eso y tres friegas al día en el casco lo han curado del todo. Lo dejaré descansar una semana más aquí en Beasley antes de volver a montarlo.

—Es lo más adecuado.

—Sí. No quiero arriesgarme a que se quede cojo. No hay que escatimar cuidados con los cascos de un caballo. Como suele decirse, «el reino se perdió por el casco de un caballo», o algo así...

Charles esbozó un gesto mínimo de diversión, pero no la corrigió, pese a que ella misma se había dado cuenta de que no estaba citando bien la frase.

A Kate le gustó ese detalle. No había nada más tedioso que un caballero que corregía en todo momento a una dama. Muchos hombres se autonombraban expertos y ofrecían a las mujeres, siempre con un sesgo masculino, consejos, opiniones y orientaciones que, para empezar, en ningún momento habían pedido.

Lo condujo a un establo enorme de piedra en el que su abuelo materno, el difunto terrateniente Honeywell, había criado en su momento su famosa yeguada purasangre. El suelo estaba lleno de paja y los caballos que descansaban en la larga hilera de cabinas abiertas templaban el aire.

—Aquí está —dijo Kate cuando llegaron a la cabina en la que estaba *Ember*—. Puedes comprobarlo tú mismo.

El gran bayo asomó la cabeza. Tenía los ojos oscuros brillantes de una curiosidad irreprimible. Charles le acarició el cuello.

—Es un ejemplar precioso.

—Sí que lo es.

Pero Kate no estaba mirando precisamente a *Ember*, sino a él, la línea recia de su perfil y el brillo sensible de la mirada con la que examinaba a su caballo. Se mojó los labios para hablar, aunque las palabras no acudieron. Al menos, no las adecuadas. Se limitó a acariciar el morro aterciopelado de *Ember* en un silencio inhabitual.

No era muy característico de ella estar callada en presencia de un caballero. Pero Charles Heywood no era un hombre como otros. Era el individuo que había escogido por sí misma, sin intervención de nadie. Aquel al que había perseguido y al que estaba a punto de atrapar. O al menos eso era lo que esperaba.

No le vendría bien decir lo que no debía. Una frase inadecuada o una torpeza, y

lo echaría todo a perder. ¿Y dónde la colocaría eso? De nuevo en el escaparate del matrimonio, en medio de la misma caterva de caballeros con título que la habían rodeado desde su presentación en sociedad. Una situación desalentadora.

Pensar en eso la animó a reencontrar la voz. Pero Charles habló antes que ella.

—Por cierto —dijo, como de pasada—, mi hermana no come carne.

Kate, sorprendida, levantó las cejas. Le parecía una debilidad de carácter.

—¿De verdad?

—Espero que no suponga un problema para vuestra cocinera. No me gustaría que Hannah se avergonzara.

Kate se enterneció todavía más. Justo en el momento en el que le parecía imposible que Charles le gustara más aún, descubría que no solo era heroico, noble, rico y atractivo, sino además un buen hermano mayor que cuidaba de su hermana menor.

—Déjalo de mi cuenta —dijo.

—Gracias. Eso haré. —Hizo una pausa—. Creo que querías decirme algo, ¿no?

Kate exhaló un suspiro.

—Solo que, desde que nos separamos, he sentido muchísima curiosidad. Tienes que decirme cómo avanza el asunto de Satterthwaite Court.

—He escrito al abogado de mi familia sobre el asunto, para preguntarle si la propiedad de la hacienda la ostenta de verdad el señor Catmull.

—¿Y bien? ¿Qué ha contestado?

—Todavía no he recibido su respuesta. No obstante, le he ordenado que presente una oferta si todo es como debe ser.

—Entonces vas a comprar la casa.

—Si no hay ningún problema oculto, sí.

—¿Y eso será todo? —Kate no salía de su asombro—. ¿Qué pasa con la afrenta que se le hizo a tu madre?

—¿Qué quieres decir?

—¿No tienes interés en descubrir qué fue lo que pasó?

Charles separó la mano del cuello de *Ember*.

—Ya fui a Tiverton, ¿no?

—Pero eso no fue más que el principio. Aún no sabes quién está detrás de la carta. Y no has avanzado nada para descubrir la injusticia a la que se aludía.

—Espero que se refiriera solo a la pérdida del que fue el hogar de mi madre durante su niñez. Se cometió a todas luces una injusticia aunque no se hiciera nada ilegal.

—Si la cosa fue así, ¿por qué hacer mención a una «grave injusticia»? ¿Por qué decir que te escribía aun a costa de poner en riesgo su seguridad? Nadie se pone en peligro por decir una verdad evidente.

—Pero eso no implica que exista un secreto por descubrir.

—No has hecho todo lo posible para discernir si lo hay o no. —Kate lo miró con intensidad—. ¿O sí lo has hecho? —Con un brillo en la mirada, mínimo pero evidente, él le dejó claro cuáles eran sus verdaderas intenciones—. ¡Lo sabía! ¡Estás intentando descubrir el secreto!, ¿a que sí?

—Pues sí, estoy haciendo algunas indagaciones —reconoció.

—¿Qué clase de indagaciones?

—Para empezar, discretas al máximo. La relación de mi familia con la del desaprensivo que heredó la hacienda es complicada.

—Te refieres a Edgar Townsend.

Charles asintió.

—Era un hombre despiadado que iba a ser capaz de vender a mi madre al mejor postor para conseguir sus objetivos económicos, y en eso estaba. Y, cuando mi madre se casó con mi padre en lugar de con quien le iba a pagar, Townsend dejó de tener éxito en sus inversiones y perdió su fortuna. Tengo la impresión de que ese es el motivo por el que la restricción de herencia se rompió. Es posible que tuviera una gran necesidad de dinero.

—Así que por eso vendió Satterthwaite Court —susurró Kate como si hablara para sí—. Una pena que tus padres no se enteraran en su momento. Podrían haber comprado ellos mismos la hacienda. —Se mordió el labio—. ¿Tienes la intención de interrogar al señor Townsend?

—Townsend está muerto.

—¡Oh! —Una pena, habría preferido poder enfrentarse a él—. ¿Y qué me dices de tu madre y tu padre? Seguro que querrían saber que...

—No quiero que mis padres se sientan mal o se preocupen por asuntos del pasado que les traen malos recuerdos —afirmó.

—Lo comprendo muy bien —asintió Kate—. Y ahora, ¿cuál será el siguiente paso?

Charles dudó un momento, pero enseguida contestó.

—Las hijas de Townsend, Elizabeth y Abigail, siguen vivas. Si hubo algo que su padre hiciera mal en relación con Satterthwaite Court, existe la posibilidad de que ellas lo supieran.

—Entonces deberías interrogarlas.

—Sí, esa es mi intención —confirmó Charles—. Empezando por Abigail. Durante un tiempo, ella y su marido mantuvieron una buena relación con mis padres. Creo que podría tener mejor suerte con ella que con su hermana.

—¿Viven en el oeste de Inglaterra? —Kate ya se imaginaba acompañando a Charles en la misión de descubrir los hechos.

—No. Viven en Londres. Le mandé una carta hace unos días.

Ella no pudo ocultar su decepción.

—¿Le escribiste? —repitió—. ¿Eso es todo?

Charles apoyó la espalda en uno de los lados de la cabina y cruzó los brazos.

—¿Qué más querías que hiciera, Kate?

Le gustó que la llamara por su nombre de pila, que la tuteara. Era el recordatorio de que eran amigos, o al menos algo muy semejante a eso.

—Tienes que ir a Londres en persona. Hablar con Abigail y preguntarle, y también con el señor Catmull, y...

—No tengo ganas de volver a Londres.

—¿Por qué no? Yo estaré allí el mes que viene.

Le dirigió una de sus miradas inescrutables.

—¿En esta época del año? ¿Con qué objeto?

—La duquesa viuda de Chesham ofrece un baile. Su cumpleaños coincide con el Día de San Valentín, lo celebra siempre y suele ser muy fastuoso. Este año cumplirá los sesenta, así que el baile será más espectacular incluso que los anteriores. Hay rumores de que van a acudir la reina y el príncipe Alberto.

—¿Y te han invitado?

—Sí, gracias a la intervención del vizconde de Mattingly y su esposa. Es una oportunidad que no quiero desaprovechar. Y después... me quedaré un tiempo en Londres.

—Para la temporada —completó sin entusiasmo.

—Sí.

—Porque tienes que encontrar marido.

—Así es. Pero eso no viene al caso. El hecho es que voy a estar en Londres. Si vinieras, podríamos investigar el enigma juntos.

—De ninguna manera —zanjó rotundo—. Esto no es ningún juego. Y una visita a Londres no procede ahora. Acabo de regresar a Somerset. No puedo volver a marcharme por una tontería.

Le flaqueó el ánimo, pero respondió enseguida.

—En cualquier caso, yo voy a estar allí. Puedo preguntarle al señor Catmull...

—Ni se te ocurra hacer semejante cosa —la cortó con repentina aspereza—. Lo digo muy en serio, Kate.

—Entonces, ¿vas a dejar el asunto sin aclarar?

—No estoy dejándolo sin aclarar, todo lo contrario: he ido a Tiverton y he implicado a mi abogado. Si todo marcha bien, pronto tendré la escritura de Satterthwaite Court. En comparación con eso, lo demás apenas tiene importancia.

Kate no podía ocultar la frustración que sentía.

—En ese caso, tendrías la hacienda y la casa, pero harías caso omiso del hecho de que todo comenzó con una carta siniestra que hacía referencia a riesgos graves y actos perjudiciales.

—No le estoy haciendo caso omiso. Le he escrito a Abigail.

—Sí, le has escrito. Pero eso no es lo mismo que buscar de forma activa a la persona que te mandó una nota anónima. ¿Es que no tienes sentido de...? —Se interrumpió de repente al pensar en algo muy alarmante—. ¿Por qué vas a comprar la propiedad? ¿Por una razón puramente sentimental?

—No solo por eso —aclaró—. Ahora que he vuelto a Inglaterra, tenía la intención de adquirir una hacienda. Y muy bien podría ser esa.

Se le formó un nudo en el estómago y sintió angustia en el pecho. ¿Lo había entendido mal? ¿Había malinterpretado el significado de su forma de actuar cuando la ayudó a entrar en el carruaje en Tiverton?

Recordó lo que había dicho, la forma con la que le había apretado la mano. No, no podía haberlo interpretado mal; no era posible.

—Nunca habías hablado de establecerte —dijo. Era casi como una acusación.

Hizo una mueca de desconcierto.

—¿Cuándo habría podido hablar de eso? Y, aún más importante, ¿por qué iba a haberlo hecho?

Kate lo miró echando chispas por los ojos.

—Podrías haber hecho mención a eso si hubieras tenido planes cercanos de matrimonio, si hubiera alguna dama con la que tuvieras algún tipo de acuerdo...

—No hay ninguna dama.

La presión en el pecho se alivió un poco.

—Ah, bueno... Eso es...

—Lo que no me imagino es qué interés puede tener eso para ti.

—¡Por supuesto que tiene interés para mí! Ambos sabemos que lo tiene. Hazme el favor de...

—Esto está empezando a convertirse en el colmo del absurdo —dijo con voz ronca—. No tendría que haber consentido que llegáramos a estos extremos.

A Kate se le cayó el alma a los pies.

—¿Es eso lo que has hecho hasta ahora? ¿Consentir... sin más?

Charles se pasó la mano por el pelo.

—¡Dios sabe lo que he hecho...! Desde el momento en que pisé la calle Bond, mi vida se ha convertido en un caos. ¡Cuánto me habría gustado no haberme cruzado con ese chucho!

—Ahora eres tú quien dice cosas absurdas. —Se acercó a él y solo se detuvo cuando la parte delantera de las faldas le rozó las piernas—. Rescataste a ese pobre perro solo por un motivo. Si no llega a ser por eso...

—Fui a por él porque estaba a punto de sufrir un daño irreparable o de hacérselo a alguien. Para empezar, te mordió. Cinco minutos más y...

Kate negó con la cabeza.

—Lo rescataste porque está en tu naturaleza, porque eres un héroe. No del tipo que lucha en la guerra o que completa grandes actos solo para obtener el reconocimiento y la aclamación pública. —Lo agarró por las solapas del abrigo y tiró de ellas con energía—. A ti te importaba un comino lo que pensáramos los demás cuando fuiste a rescatar al perro. Y no hiciste el menor esfuerzo para que apreciáramos lo que hacías. Actuaste por el simple objetivo de hacer el bien, con independencia del peligro, la suciedad y todos los demás inconvenientes que implicaba. ¿Cómo no iba a fijarme en ti? Hubiera sido una estúpida...

Charles puso las manos sobre las de ella y chistó con suavidad para que dejara de hablar.

—Tú no me conoces, Kate.

A la joven el corazón le latía a toda prisa. Casi le daba miedo decirlo. Temía preguntar. Pero, después de todo, un corazón débil nunca se hace acreedor del caballero adecuado ni lo gana.

—Me gustaría conocerte —declaró—. Y tú..., ¿quieres conocerme a mí?

Se la quedó mirando durante unos momentos que se le hicieron eternos.

—Sí —reconoció por fin—. Y que Dios me ayude.

A Kate se le iluminó la cara.

—Pues entonces, los dos queremos lo mismo.

Charles frunció el ceño en un gesto muy suyo y le soltó las manos.

—Tengo muchas dudas acerca de eso.

Kate le soltó las solapas y alisó las arrugas que había formado en el abrigo antes

de separarse de él.

—Sabes muy bien lo que quiero decir. Los dos deseamos conocernos mejor el uno al otro. Y tenemos por delante tres días para hacerlo.

Charles se separó de la pared de la cabina.

—Tengo la sospecha de que con solo tres días no vamos a tener ni para empezar.

—¿De verdad? ¿Cuánto tiempo crees que vamos a necesitar? —preguntó Kate con tono ligerísimamente burlón.

—Tres años —respondió muy solemne—. O quizá tres décadas.

Kate rio al oírlo tan serio.

—Tonterías. No soy tan complicada. —Se sacudió las faldas—. ¿Volvemos a la casa? Seguro que tu hermana se está preguntando dónde estamos. No me gustaría que pensara que la he abandonado nada más llegar.

Charles le ofreció el brazo sin decir palabra.

Kate lo aceptó, todavía sonriente, y echaron a andar hacia la salida del establo. Era cascarrabias y gruñón, eso nadie lo podía negar. Protestón, brusco y, en ocasiones, poco servicial. Pero lo iba a conquistar. Iba a ser suyo. Estaba decidida.



Capítulo 17

Esa noche Kate envió a su doncella personal, Yvette, a ayudar a Hannah para arreglarse antes de la cena. Media hora después, ella misma se acercó a la habitación de la joven. Llamó con suavidad a la puerta del dormitorio antes de entrar.

—¿Puedo pasar?

—¡Claro! Entra, por favor. —Hannah estaba sentada frente al espejo del mueble tocador mientras Yvette le daba los últimos toques al peinado.

La sirvienta había peinado a la joven con un recogido en la nuca, un moño recio en el que había entrelazado los mechones color caoba y los había asegurado rodeándolos con una artística trenza. La simplicidad refinada del peinado era el complemento perfecto para el vestido de seda, sencillo y de una elegancia sutil.

—Te he traído esto para que te lo pongas esta noche.

Kate cruzó la habitación para acercarse a la mesa del tocador llevando en la palma de la mano extendida una peineta pequeña de plata. Había seleccionado el adorno con mimo de entre los muchos que poseía. Al contrario que las joyas costosas que le habían regalado sus padres, la peinetita la había comprado con su dinero de bolsillo. Tenía forma de mariposa.

—Seguro que va bien con tu pelo —dijo.

A Hannah se le iluminó la cara.

—¡Es preciosa!

Kate miró a Yvette.

—¿Habéis terminado?

—*Oui, mademoiselle* —contestó Yvette.

—Muchas gracias, Yvette —la despidió Kate—. Puedes retirarte.

La doncella se marchó cerrando la puerta con suavidad.

—Has sido muy amable enviándomela —dijo Hannah—. No había pensado que fuera a necesitar doncella para una visita tan corta. En casa estoy acostumbrada a arreglarme yo sola.

—Lo mismo que yo —le confesó Kate mientras le colocaba la peineta en el pelo —. Pero de vez en cuando hay que aprovechar los pequeños lujos que ofrece la vida. —Sonrió—. A ver..., ¿te gusta cómo te queda?

—Es muy bonita. Muchas gracias.

—Te la regalo con mucho gusto.

Hannah abrió mucho los ojos.

—¡Eres muy amable! Pero no hace falta...

—No te preocupes. Ahora que he visto lo bien que estás con ella, estoy segura de que estaba destinada a ser para ti. —Kate dio un par de pasos hacia atrás para comprobar el efecto del peinado de Hannah—. ¡Qué bien te sienta ese estilo de peinado! Yvette tiene mucha mano para eso. Cuando vayas a Londres para la temporada, deberías contratar una doncella francesa para que te atienda. Tienen fama de ser las mejores.

Hannah dejó de mirar a Kate a la cara, que se reflejaba en el espejo.

—No voy a ir a Londres —declaró, y se levantó de la silla—. Me temo que debutaré en Bath.

Kate la agarró del brazo con suavidad.

—¡No lo dirás en serio!

—Sí, lo digo en serio.

—Pero, ¿por qué? —Kate condujo a Hannah a los asientos de la ventana, en los que había cojines de plumas grandes y mullidos, se sentó y tiró de Hannah para que hiciera lo mismo.

—¿Es por los gastos?

—No, no es por eso.

—Entonces, ¿por qué?

—Porque mi forma de ser no se adecúa a Londres. —Hannah levantó la mano, anticipándose a las posibles objeciones de Kate—. Es la verdad. Lo cierto es que prefiero Bath. La verdad es que también me intimida, pero creo que allí sería capaz de controlar mejor mi timidez.

Kate era consciente del retraimiento casi enfermizo de Hannah, pero no terminaba de entender la causa.

—¿Por qué eres tan vergonzosa en la relación social? Tu familia es excelente en todos los aspectos. Eres amable, te expresas muy bien y se nota que eres inteligente y muy bien educada. Y, por supuesto, preciosa. De hecho, desde que entraste por la puerta mis hermanos no dejaron de mirarte.

Hannah se puso roja como un tomate.

—No digas eso, por favor.

—¡Pues es verdad! —insistió Kate—. Te lo digo con la esperanza de que te tiente la idea de revelarme lo que siente tu hermano…

—¿Charles? —Hannah esbozó una sonrisa perpleja—. Pensaba que sus sentimientos eran más que evidentes. Para empezar, aquí está, ¿no?

—Mera cortesía social. —Kate lo descartó con un gesto de la mano.

—No en su caso. Es educado, sí, pero no esperes nunca de él que haga nada por mera urbanidad. Al menos, por lo que sé de él y lo conozco. —Hannah hizo una pausa—. Pero también es cierto que ha estado fuera de casa muchos años, demasiados. Podría haber cambiado…

—¿Hacía cuántos años que no lo veías?

—Cuatro. Pasó varias semanas en Heywood House antes de zarpar. Él tenía entonces veinticuatro y yo solo quince. Temía que iba a pasar mucho tiempo antes de que volviera a verlo. Y así fue.

—No puedo ni imaginarme que uno de mis hermanos desapareciera durante tantos años, y corriendo tanto peligro además —dijo Kate—. Aunque debo confesar que, a veces, hasta me gustaría que se dieran un paseíto por el infierno…

—Se suponía que Charles no iba a… desaparecer. Todos creíamos que iría a Cambridge.

—Y lo que hizo fue enrolarse en la Marina. Sí, el señor Trumble lo mencionó de pasada.

—A mis padres no les gustó nada —confesó Hannah negando con la cabeza.

—¡Pero no esperarían que estuviera siempre cerca de ellos!

—No, claro. A Charles no le gustaban la paz y la tranquilidad del campo tanto como a nosotros. Al menos, no por entonces.

—¿Y ahora?

—Pues ahora habla de comprar una hacienda para establecerse aquí, en Somerset —la informó Hannah con tono dubitativo.

Kate la miró con atención.

—¿No le crees?

—No lo sé. Espero que decida establecerse, pero…

—¿Pero?

—En el pasado siempre cedió a sus ansias de aventuras.

Kate frunció el ceño, recordando que Charles, en el viaje de regreso desde Satterthwaite Court, había mencionado su atracción por las aventuras. Pero como si ya formara parte de un pasado ya superado.

—Puede que haya cambiado, como tú dices.

—Puede. —Hannah tiró de una pluma que asomaba de uno de los cojines. Era leal a su hermano, eso estaba muy claro, y se arrepentía de haber revelado demasiadas cosas—. El tiempo lo dirá.

—Una respuesta muy diplomática —Kate la tomó de la mano—. Estate tranquila, no voy a pasarme el tiempo que dure la visita interrogándote acerca de tu hermano. En cualquier caso —se detuvo un segundo y esbozó una sonrisa pícara—, si quieres saber algo de alguno de los míos, no tienes más que preguntar.

* * *

Charles volvía a su habitación para cambiarse tras una partida de billar con Ivo y Jack cuando se cruzó con el conde de Allendale en las escaleras. Hasta ese momento, solo habían estado juntos en compañía de los demás. No pensaba que hubiera ningún motivo para que le pidiera hablar con él en privado; al menos, no a esas alturas de su relación con Kate, pues no pasaban de ser meros conocidos.

Pero, al parecer, lord Allendale tenía otros planes.

—Heywood —lo saludó—. Me alegro de que nos hayamos encontrado. ¿Le importa que hablemos un momento en mi despacho?

Charles no podía negarse. Siguió al conde hacia el vestíbulo. Su despacho era una habitación muy masculina, amueblada en tonos oscuros a base de cuero, caoba y alfombras densas Aubusson color vino y oro. Varios candelabros con velas, situados en la repisa de la chimenea, iluminaban la estancia y también otro retrato de lady Allendale.

Era un cuadro parecido al que Charles había visto en la sala de estar, aunque más pequeño e íntimo. La condesa tenía el pelo suelto sobre un hombro y estaba medio vuelta hacia atrás, como si mirara de reojo al observador. Un observador que sin duda era su marido.

El escritorio del conde estaba justo frente al retrato de su esposa, seguro que para poder mirarlo mientras trabajaba. Un indicativo más de la felicidad del matrimonio.

Le vino a la cabeza el de sus propios padres. Arthur también tenía un retrato de

Philly en su despacho, solo que el de su madre era una miniatura, lo que facilitaba que su padre lo llevara siempre con él.

Lord Allendale se sentó a su escritorio y le indicó a Charles que hiciera lo propio al otro lado.

—Seguro que perdonará la curiosidad de un padre, pero tras conocer su amistad con mi hija me he tomado la libertad de escribirle a un amigo mío del Almirantazgo.

Charles continuó de pie.

—Ya veo.

Lord Allendale sacó una carta del primer cajón de su escritorio.

—Supongo que conocerá al almirante Dixon.

Charles se puso rígido.

—Estoy seguro de que usted sabe que lo conozco.

Lord Allendale lo miró a la cara.

—Vamos, siéntese. No tengo la intención de torturarle más de lo que su propio padre torturaría a un caballero que hubiera empezado a relacionarse con su hermana.

Charles se sentó de mala gana en uno de los sillones situados al otro lado del escritorio del conde, al que se quedó mirando con gesto adusto.

—Eso no resulta demasiado tranquilizador.

Lord Allendale rio entre dientes.

—He oído hablar de su padre. Su reputación con la pistola supera incluso la mía propia. Sé que luchó en la península ibérica, es así, ¿verdad? Y que resultó malherido allí.

—Sí, es cierto.

—Su familia tiene una trayectoria de servicios a la Corona. Pero usted no. Al menos, ya no. Se le obligó a dejar la Marina.

Charles dirigió la mirada a la carta que lord Allendale tenía en la mano. Se imaginó lo que el almirante Dixon le habría escrito al conde: comentarios sobre la falta de patriotismo de Charles, sin duda.

—Fui yo quien renunció a continuar en la Marina de Su Majestad —aclaró—. Muchos oficiales lo hacen, no soy el primero ni seré el último.

—Según me indica Dixon, se le obligó a hacerlo.

—Se me sugirió que lo hiciera —reconoció Charles—. Pero no implicaba una obligación. De haber pensado que era mi deber continuar con mi servicio, lo hubiera hecho de todos modos. En ese momento actué según mi propio criterio y

en conciencia, como hago siempre.

—El almirante Dixon también ha hecho mención de eso. De hecho, describe la firmeza de su carácter en términos bastante elocuentes. —Lord Allendale colocó la carta cerca de la luz de una de las velas del escritorio para poder leerla en voz alta—. «Mi opinión no oficial acerca de Heywood es que es una persona noble a carta cabal, heroico, y no solo en la batalla; y, sin ningún género de dudas, un implacable y constante grano en el culo».

Charles controló cualquier reacción.

—¿Eso es todo?

El conde dejó de nuevo la carta sobre el escritorio.

—El almirante añade que, a su entender, sufre usted un exceso de compasión; y que, según le han explicado, se implica mucho en la batalla. En resumen, la única crítica real que le hace es su dificultad extrema para seguir las órdenes de sus superiores.

—Pues... supongo que coincide con la realidad.

—Un soldado tiene el deber de hacer lo que se le ordena.

—Eso me recordaba todo el mundo en la Marina.

—Si no está de acuerdo con las posiciones políticas que hay detrás de las órdenes, lo mejor para usted, y quizá para la patria, sería que se hiciera político.

—No tengo la menor ambición a ese respecto —afirmó Charles concluyente.

—Pues es una pena. El país necesita hombres con criterio y conciencia, utilizando sus propias palabras. En cualquier caso, también debo decirle que los sentimientos nobles no tienen mucho futuro si uno, al menos de vez en cuando, no hace caso a la gente bien informada, que tiene experiencia, que sabe lo que dice y tiene buenas intenciones.

Charles no podía evitar estar tenso. De hecho, notó que de modo inconsciente apretaba la mandíbula. No estaba pidiendo la mano de Kate. No obstante, sentía la necesidad imperiosa de defenderse ante el padre de la joven.

—No crea que tenía la costumbre de desafiar a mis superiores en todo. Pero sí que me basé en buenas razones para objetar ciertas órdenes recibidas.

—Lo sé. Dixon lo menciona. Usted no está de acuerdo con el concepto del Imperio. Y también le digo que no es el único. —Lord Allendale lo miró con fijeza a los ojos durante unos segundos. Por su expresión, le pareció que lo que estaba viendo le satisfacía—. En cualquier caso, nunca me he identificado mucho con los caballeros que ejercen la obediencia ciega. Un hombre ha de obedecer los dictados de su propia inteligencia y voluntad..., sobre todo si ese hombre tiene la

intención de cortejar a mi hija.

Charles negó con la cabeza.

—Creo que ha malinterpretado usted la razón por la que estoy aquí. A quien ha invitado lady Katherine es a mi hermana, no a mí.

—Me veo obligado a contradecirle, no creo que haya malinterpretado nada. Conozco bien a mi hija, ¿sabe? —Lord Allendale volvió a guardar en el cajón del escritorio la carta del almirante Dixon—. Kate es una mujer formidable, como su madre. Y también es muy joven. Una heredera de veinte años es vulnerable frente a todo tipo de cazadores de fortunas, canallas y desaprensivos. Usted no parece ser nada de eso. De todas formas, quiero que sepa que mi hija no carece de protección. Si algún hombre pretende engañarla y aprovecharse de ella, tendrá que responder ante mí. Y una vez que yo haya terminado con él, sería el turno de sus hermanos para recoger los restos. Los Beresford no son un grupo que perdone las deudas ni que no reaccione ante los insultos.

Charles apretó el brazo del sillón con dedos algo crispados. No le agradaba la idea de tener que enfrentarse con el padre de Kate ni, por turnos, con sus hermanos a cuenta de algún insulto, por imaginario que fuera. Tampoco le hacía gracia informarle de que, si hasta ese momento había sucedido algo impropio, Kate había sido la culpable de haberlo instigado.

—No tengo ninguna mala intención respecto a su hija —aseguró por fin—. De hecho, en estos momentos no tengo ninguna intención. En el momento en el que tenga alguna, si es que ese momento llega, puede estar seguro de que me presentaré ante usted para hacérselo saber.

Lord Allendale esbozó una sonrisa mínima.

—No deje de hacerlo.



Capítulo 18

A Charles le bastó una sola noche para confirmar sus sospechas: los Beresford no tenían nada que ver con la familia Heywood. Los techos magníficos y las elegantes paredes enteladas de la casa albergaban un tipo peculiar de caos caracterizado por el lenguaje agresivo, la competitividad física constante y las disputas. En cualquier caso, la sangre nunca llegaba al río y se notaba que el cariño, aunque escondido, lo presidía todo.

Tampoco en la familia Heywood faltaba afecto. Pero, mientras que los padres de Charles eran tranquilos y juiciosos, y se dirigían a sus hijos con seriedad tierna, los de Kate eran intensos y ruidosos, se desafiaban mientras cenaban y jugaban a las cartas, y participaban en payasadas y pantomimas que hasta podrían considerarse infantiles. Pero no por eso estaban menos enamorados.

Lady y lord Allendale se tomaban de la mano con la misma frecuencia que los padres de Charles. De hecho, al igual que Arthur y Philly, el conde y la condesa parecían tener una forma de comunicarse propia y especial, todo un lenguaje consistente en miradas y en toques propios y personales.

Se habían unido por amor, estaba muy claro, y en esa unión el fuego de la pasión seguía vivo y ardiente.

—Se conocen desde que eran niños —le explicó Kate al día siguiente, mientras cabalgaban por la mañana temprano por los caminos, blancos de nieve, que recorrían la hacienda.

Lord Allendale mantenía los establos impecables. Charles montaba un caballo castaño, musculoso, reluciente y de reacciones rápidas, mientras que Kate había escogido la montura de caza de su madre, una yegua negra como el ébano,

poderosa y de mirada salvaje. No estaban solos, pues Hannah trotaba por delante acompañada de dos de los hermanos de Kate, Ivo y Jack, que hablaban y reían con ella como si fuera una hermana pequeña recién adoptada.

Solo James, el hermano mayor y heredero del título, había renunciado a acompañarlos, aduciendo que tenía que ir al pueblo a hacer algún recado. Parecía un hombre que prefería la soledad y a quien el buen humor y las peleas constantes de sus hermanos le hacían perder la paciencia.

A Charles no le importaba su ausencia. Durante la cena de la noche anterior, la mirada fría del vizconde se había posado varias veces, demasiadas, en Hannah. Aunque no la había tratado con demasiada deferencia, ni le había hecho bromas, al contrario que sus hermanos, Charles estaba seguro de que la joven le había llamado la atención. Y también resultaba claro que a Hannah le había impresionado el vizconde. De hecho, no le había mirado a los ojos ni una sola vez desde su llegada, al menos que Charles hubiera visto.

Eso no era bueno. Hannah tendría que casarse con alguien tan cariñoso, sensible y compasivo como ella; un hombre que fuera capaz de alimentar su naturaleza dulce y gentil, no que la apagara a base de distancia y frialdad.

—Crecieron juntos en Beasley —le contó Kate—. Eran casi inseparables, y por eso prefieren su mutua compañía a la de nadie más.

—Pero no a la tuya y la de tus hermanos, supongo —rebatió Charles.

Kate sonrió.

—¡Claro que sí, incluso a la nuestra! No lo admitirán nunca, pero es verdad. —Colocó la yegua a la altura del caballo de él—. Lo lógico habría sido que se hubieran unido al paseo a caballo, pero casi nunca salen de su habitación hasta media mañana, si pueden evitarlo.

Era un comentario poco decoroso y Charles se preguntó si Kate se habría ruborizado. Pero parecía que no tenía el más mínimo reparo a la hora de hacer referencia al afecto que se profesaban sus padres, por poco habitual que fuera entre las parejas casadas de la alta sociedad.

—Están hechos el uno para el otro —concluyó la joven— y destinados a estar juntos. Son almas gemelas.

Charles volvió la vista hacia ella.

—Es una idea muy romántica.

—Es la verdad. —Entrecerró los ojos, cegada por el resplandor de la nieve. Esa mañana no se había puesto ni el sombrero ni el velo de montar, por lo que el reflejo del sol le daba en los ojos de forma directa. Estaba magnífica, tan guapa y

tan joven; de hecho, bastante más joven de lo que indicaba su atrevimiento—. ¿Es que no crees en las almas gemelas?

—No —negó con franqueza.

—¿Ni siquiera un poco?

Charles no pretendía desengañarla ni contradecirla, pero tampoco era cuestión de fingir lo que no pensaba o sentía.

—Creo que dos personas que tengan un carácter parecido y creencias semejantes pueden ser felices juntas... si tienen suerte. Eso es todo.

—Un carácter parecido, bah... —rebatió en tono algo despectivo—. Por supuesto, una pareja debe coincidir en lo fundamental, como nos pasa a nosotros, pero...

Charles no pudo reprimir una sonrisa.

—¿De verdad crees que nosotros... coincidimos, y nada menos que en «lo fundamental»?

—Si se analizan nuestros respectivos caracteres con objetividad, es obvio que sí. Ambos preferimos el campo a la ciudad. A los dos nos encantan los animales y pasear por el campo. Y a ninguno de los dos nos gusta sentarnos a esperar si consideramos que hay que actuar en alguna situación que así lo requiera.

—Y todo eso lo has deducido tras el escaso periodo de tiempo transcurrido desde que nos conocemos.

—Y también tras hablar con tu hermana. Hannah me ha dicho que has decidido llevar una vida tranquila en el campo, pese a que hasta ahora siempre te ha seducido vivir aventuras.

«Seducido». La verdad, era una buena forma de expresarlo, aunque no la única. Incluso entonces, de nuevo en la tranquilidad familiar del sureste de Inglaterra, le atraía la emoción de descubrir las razones originales de la carta misteriosa que había recibido. Como le pasaba a ella. No cabía duda de que Charles se sentía tan atraído por la aventura como la propia Kate. Pero un hombre incapaz de controlar sus pasiones era un hombre débil en esencia.

—Así es.

—Igual que me pasa a mí —respondió ella de inmediato.

Charles frunció los labios.

—De todas formas, me temo que nuestras ideas acerca de lo que se puede considerar una vida tranquila difieren bastante, por no decir mucho.

Kate descartó la duda con un gesto de la mano. La yegua no dejaba de dar botes bajo ella.

—Yo no digo que seamos idénticos en la forma de pensar y de reaccionar ante determinadas situaciones. Eso sería muy aburrido, ¿no crees? Solo hay que ver a mis padres..., o a los tuyos, por cierto. ¿Tan parecidos son?

—Pues en realidad sí. Empezaron siendo amigos y el matrimonio vino después.

—¿Y el amor?

—Eso también —tuvo que reconocer Charles.

En ese momento se alzaba ante ellos una colina de nieve inmaculada. Hannah, Jack e Ivo se lanzaron al galope para ascenderla. Kate retuvo a la yegua para evitar que se uniera al ascenso.

—¿Quieres saber lo que creo?

—Quiera o no, me da la impresión de que me lo vas a decir.

—Pues creo que, como pensaba Platón, en un principio los hombres y las mujeres eran seres iguales. Escribe sobre eso en *El banquete*. Y dice que Zeus, asustado por el poder que serían capaces de lograr, dividió a los seres humanos en dos tipos y los separó y repartió por toda la tierra. Y que eso es un alma gemela, la mitad que nos falta a cada uno. No igual a ti, sino con las partes y las características que a ti te faltan. Las piezas que te completan.

Charles pensó en el vacío indescriptible que había sentido desde que había dejado su casa hacía ocho años, la sensación extraña de sentirse perdido e incompleto. Desde entonces no había parado de buscar la realización; de buscar un propósito, no tanto a una persona. La idea de que otro ser humano, una mujer, pudiera completarlo se le antojaba una estupidez romántica, como tantas otras. Rozaba el absurdo. Y, sin embargo..., ¿qué sería su padre sin su madre? Su relación había empezado como una amistad, eso era cierto; pero Arthur era un hombre roto cuando conoció a Philly, tan destrozado por la guerra que ya ni le merecía la pena seguir vivo. De no haber sido por ella, se habría abandonado por completo.

Charles controló a su caballo.

—¿Has leído *El banquete* de Platón? —preguntó.

—¡Pues claro! —respondió Kate, como si fuera lo más normal del mundo—. He estudiado exactamente lo mismo que mis hermanos. Mis padres piensan que las mujeres deben recibir la misma educación que los hombres.

—Pues no me pareces una marisabidilla intelectualoide...

—¡Y no lo soy! Solo disfruto aprendiendo e informándome sobre lo que me interesa, llegue hasta donde llegue.

Se preguntó si él mismo estaría incluido en esa categoría de intereses. Y se temía que así era.

—¿Y la mitología es uno de esos intereses?

—No cambies de tema. —El viento que soplaba desde la colina hizo que la yegua se sobresaltara. Kate le dio unos golpecitos en el cuello para tranquilizarla —. Seguramente te has dado cuenta de que mis padres no son idénticos, ni mucho menos. Mi padre es frío y mi madre apasionada. Y, sin embargo, juntos son inmensamente felices.

—¿Y es a eso a lo que aspiras tú? ¿A ser inmensamente feliz?

Lo miró a los ojos mientras avanzaban para alcanzar a los demás.

—No me conformaría con menos.

Charles supuso que la joven pensaba que él estaba a la altura de esas circunstancias.

Kate galopó para ponerse a la altura de Jack y Hannah. La siguió a menor ritmo y se quedó a la altura del otro hermano de Kate, Ivo. No era tan extrovertido como Jack, pero tampoco tan frío como James. Había pasado unos años en Europa y se había traído de allí un montón de ideas de progreso de cara al futuro de la industria británica. La noche anterior, ante una copa de oporto, había compartido algunas de ellas con Charles.

—Si mi hermana propone una carrera, le aconsejo que diga que está indispuesto.

Charles esbozó una sonrisa divertida.

—¿Suele hacerlo?

—Si no nos desafía ella, Jack lo hará. A él puede ganarle, pues es usted quien monta a *Fury*. El caballo de Jack no tiene nada que hacer frente a este. Pero Kate puede ganarle a cualquiera, con independencia del caballo o yegua que monte.

—¿Tan buena es?

—Su estrategia es perfecta —explicó Ivo—. Y su determinación enorme. Lleva ganando apuestas desde que aprendió a andar. No hay reto en el que no recoja el guante.

La sonrisa de Charles se esfumó. ¿Eso era para ella? ¿Un reto? ¿Un desafío?

Había sido un estúpido por no haberse dado cuanta antes. Por no ver que su persecución estaba inspirada tanto por la emoción como por el interés, más o menos genuino, y la atracción que sentía por él.

Era muy joven, solo veinte años. Y él estaba demasiado cansado en esos momentos. No necesitaba una jovencita que lo arrastrara a una persecución tan alegre como agotadora. Cuando se casara, lo que necesitaba era una persona firme y fiable, una mujer que mantuviera el rumbo. Ya había vivido muchas aventuras,

las suficientes para toda una vida.

—Alguna apuestas son imposibles de ganar.

—Kate siempre encuentra la manera. Es la niña mimada. Está acostumbrada a conseguir todo lo que quiere. —Ivo le dirigió un gesto de comprensión—. Sea lo que fuere lo que tenga en mente, será mejor que se ponga en guardia.

—Yo pensaba que esto no era más que un tranquilo paseo matutino a caballo.

—Nunca se trata solo de un paseo —contestó Ivo muy convencido.

Se unieron a los demás en la cima y bajaron al trote por un corto sendero que circundaba el bosque recién nevado. A lo lejos se veía una cabañita rodeada por un muro de piedra medio derruido en algunas zonas. Kate y Jack se adelantaron hacia la cabaña. Ivo sonrió.

—Así que esto es lo que tenía pensado. No sé cómo no se me ha ocurrido.

Charles lo miró desconcertado.

—¿Vamos a visitar a alguien?

—Aquí no vive nadie —le explicó Ivo—. Es la cabaña en la que el guardabosques almacena las armas.

* * *

—¿No se enfadará el guardabosques si utilizamos sus rifles? —preguntó Hannah mientras seguía a Kate dentro de la cabaña de piedra. Estaba helada, pero muy limpia y ordenada. Había una mesa grande de madera en el centro, un sofá viejo y muy usado aunque limpio, y varias sillas, y alfombras viejas y muy raídas cubrían el suelo de listones de madera.

Kate se dirigió al armario de las armas sujetándose las fadas con uno de los brazos.

—No son suyos, pertenecen a la hacienda. Y al señor Gridley no le importa que los utilicemos. Él mismo me dio las llaves del armario.

—¿Nos va a ayudar a cargar?

—¡Claro que no! —respondió Kate—. Cuando lo vi esta mañana estaba durmiendo en la cocina. Es así como prefiero que esté, la verdad. No necesitamos su ayuda. Podemos cargar nosotras mismas.

Abrió el armario, revelando el auténtico arsenal que guardaba. Había rifles, mosquetes y hasta una o dos pistolas viejas de cuando su padre era joven.

Jack se les unió tras sujetar los caballos. El joven seleccionó un rifle limpio y pulido, con un cañón de unos setenta y cinco centímetros, que era el favorito de Kate.

—¿Dónde ponemos los blancos? ¿En la pared?

Kate le quitó el rifle de las manos a Jack y lo cargó ella misma mientras él elegía otro sin protestar.

—¡Ni hablar! Eso no tendría nada que ver con una competición deportiva —opinó.

—Bastaría para algunos de nosotros —dijo Ivo según entraba en la cabaña, seguido de Charles—. No todo el mundo disfruta disparando, Kate.

Le dirigió una mirada elocuente, recordándole sin palabras el escándalo en el que se había visto envuelta en el desgraciado concurso de tiro en el Páramo de Londres. La tía Jane le había descrito punto por punto lo sucedido a la madre de Kate, para disgusto de la joven. Al saberlo, toda la familia le había afeado la conducta por poner a los pies de los caballos el apellido Beresford.

Kate alzó la barbilla con gesto desafiante.

—Esto no va a ser un concurso. No vamos a apostar dinero.

—Pues es una pena —opinó Jack—. Me jugaría algunas libras. —Cargó el rifle —. Hannah, ¿te gusta disparar?

Hannah se ruborizó.

—No me disgusta. Al menos siempre que se trate solo de disparar y no de cazar.

Jack, que estaba introduciendo por la boca del rifle la bala de plomo, la pólvora y el papel de ignición, empujando con la baqueta, se quedó quieto.

—¿Te opones a la caza?

—Me opongo a cualquier deporte en el que se cause daño a los animales —respondió.

—No vamos a causarle ningún daño a nada hoy —dijo Kate—. Podemos usar piñas como blancos.

Sin buscar demasiado, Charles escogió un rifle antiguo del armario después de calcular su peso con ambas manos

Kate lo miró mientras lo cargaba.

—Espero que no te importe que hagamos una competición sin mucha trascendencia.

Charles esbozó una sonrisa irónica.

—¿Por qué iba a importarme?

—Los marinos también disparan, ¿no es así?

—No todos. Ni todos los que disparan lo hacen bien.

Kate agradeció su modestia, aunque no veía la necesidad.

—No finjas que eres de esos. Gilbert Trumble me ha contado.

—¡Ah! Entonces, me imagino que esa es la razón por la que vamos a hacer este... concurso.

—Así que es un tirador excelente... —dijo Ivo, entendiendo de repente—. La cosa empieza a tener sentido.

Jack fue el primero en salir de la cabaña con el rifle en la mano.

—Me atrevo a decir que Kate cree que le puede ganar. Ella también es una tiradora magnífica.

Charles la miró arqueando una ceja.

—¿Es eso cierto?

—No te sorprendas tanto. Disparar bien tiene más que ver con la habilidad que con la fuerza física, como seguramente sabes muy bien. —Kate avivó el paso para unirse a sus hermanos, seguida de cerca por Hannah.

—La buena vista también ayuda.

Ivo entrecerró los ojos y miró bizqueando hacia la cerca de piedra.

—Pues la mía es horrible.

Jack rio.

—De hecho, usa lentes. Lo que pasa es que es demasiado presumido como para ponérselos fuera de la casa.

—No se trata de presumir —replicó Ivo—. Simplemente prefiero que el mundo esté algo borroso. De esa forma, cuando voy al pueblo, las calles parecen más limpias y las chicas más guapas.

Jack y Kate intercambiaron una mirada. Ambos suponían que Ivo incluía a Meg Burton-Smythe entre las chicas guapas del pueblo a las que tenía el gusto de conocer. Una pena que no hubiera llevado lentes cuando se la presentaron, pues lo más probable habría sido que hubiese detectado que para él era un fruto prohibido.

—¿Queréis que recoja piñas para usar como blancos? —preguntó Hannah.

—Yo te ayudo —dijo de inmediato Kate.

No resultaba difícil encontrarlas. La mayoría de los árboles las habían producido hacía ya semanas, por lo que Kate y Hannah recogieron las suficientes como para colocar una hilera larga a lo largo de la cerca de piedra. Estaba a menos de quince metros de la cabaña, así que la dificultad era mínima. Pero Kate no quería avergonzar a Hannah colocando más lejos los blancos.

—¿Practicas mucho el tiro? —le preguntó.

—No, muy de vez en cuando. Pero sé sostener un rifle y dispararlo.

—¿Te enseñó tu hermano?

—No, mi padre.

—Pues a mí me enseñó mi madre. —Levantó el rifle y disparó a la piña más alejada de donde estaba. Al salir, la bala levantó una nube de humo acre. La piña estalló sobre la cerca con un sonido seco y satisfactorio.

—¡Muy bien, Kate! —la felicitó Ivo.

Jack también aplaudió.

—Un disparo muy limpio.

Kate miró a Charles. Tenía en los ojos un brillo de reconocimiento, inclinó la cabeza en dirección a ella para reconocer su puntería.

Kate se hinchó de puro orgullo.

—No ha tenido mucho mérito. Estaba a unos doce metros como mucho —dijo mientras volvía a cargar el rifle.

—¡Pero el blanco era muy pequeño! —exclamó Hannah admirada

—Le toca a usted, señorita Heywood. Las damas primero.

Hannah agarró el rifle de Kate con cierta renuencia.

—Sería incapaz de acertarle a una de esas piñas desde esta distancia.

—Pues acércate —dijo Charles, colocándose cerca de su hermana.

—¡No puedo hacer eso! —replicó Hannah—. Sería injusto para los demás. Si el mínimo son doce metros...

—No te preocupes —Kate la animó a que diera unos pasos adelante—. Son nuestras propias reglas, ponte tan cerca como quieras.

Hannah, algo titubeante, acortó la distancia hasta unos escasos cinco metros. Se tomó su tiempo para apuntar y, tras disparar, la fuerza del retroceso del arma la empujó hacia atrás. Incluso habría caído al suelo si su hermano no hubiera estado allí para sujetarla. Pero cumplió el objetivo, pues la bala impactó sobre el borde de la piña y la hizo rodar sobre la cerca.

Los otros cuatro la jalearon con mucho entusiasmo. La joven bajó el rifle y se lo pasó a Kate con una sonrisa tímida.

—No es lo mismo que disparar desde mucho más lejos.

—Propongo que Heywood compense la ventaja —invitó Jack—. Podría considerarse un hándicap.

—Me parece adecuado —dijo Charles asintiendo.

Era el turno de Jack. Se colocó de lado, disparó y derribó tres piñas con un solo tiro.

—¡Mira eso! —estalló—. ¡Mejóralo, Ivo!

—Sabes que no puedo —contestó su hermano con tono amargo.

—Al menos puedes intentarlo. —Jack volvió a cargar el rifle y se lo pasó a su hermano.

Intentó fijar la vista en la piña más cercana, apuntó y apretó el gatillo. Cuando el humo se desvaneció, vio que la piña seguía en su sitio, intacta. Jack estalló en carcajadas. Ivo lo miró irritado.

—De haber sabido que íbamos a disparar, habría traído las lentes.

—Excusas de perdedor —se mofó Jack—. Si tuvieras mejor puntería, no habría ganado yo.

—Aún no has ganado, Jack —replicó Ivo, y miró a Charles—. Cuento con usted para bajarle los humos a mi hermano, Heywood.

—Más de veintidós metros —le recordó Jack a Charles—. Los doce de Kate más los diez de la señorita Heywood..

Charles echó una mirada a la cabaña y frunció el ceño.

Kate entendió enseguida cual era el dilema.

—Desde aquí es imposible disparar a esa distancia —dijo—. A no ser que lo haga desde dentro de la casa.

—No será necesario. —Jack se acercó, miró hacia el otro lado y fijó la vista en el bosque arbolado que estaba a cierta distancia—. ¿A qué distancia crees que están aquellos pinos?

Kate se colocó a su lado y miró hacia donde le indicaba.

—¡Por Dios bendito! Eso son más de cuarenta metros. No estarás proponiendo disparar desde allí...

—No. —Charles alzó el rifle y señaló una única piña que quedaba entre las ramas y que apenas se distinguía—. Lo que propongo es disparar a esa piña que hay en el árbol.

Kate le miró asombrada apuntar y disparar. El tiro alcanzó la piña, que voló de la rama.

Ivo, Jack y Hannah, muy nerviosos, se acercaron corriendo hacia donde estaba.

Por su parte, Kate, maravillada, se lo quedó mirando, olvidando su espíritu competitivo ante aquella tremenda demostración de puntería.

—¿Cómo has podido...?

—Con práctica —se limitó a contestar al tiempo que bajaba el arma.

—¡Qué barbaridad! —Jack le dio una palmada en la espalda—. Amigo mío, eso es un talento sobrenatural.

—Puede hacerlo con cualquiera de las dos manos —proclamó Hannah con mucho orgullo—. ¿A que sí, Charles?

Este miró de soslayo a Kate.

—¿Te apetece verlo?

El corazón se le aceleró. La destreza era una cualidad muy atractiva para ella, pero ese nivel de maestría la había dejado sin aliento.

—¡Claro que sí! ¿A dónde vas a apuntar ahora?

—A donde tú quieras —contestó Charles.

—¿Qué te parece aquel carámbano? —El hielo colgaba de una rama bastante alta del mismo árbol—. No te resultará demasiado difícil, ¿verdad?

Sin decir una palabra, Charles volvió a cargar el rifle, apuntó con el otro ojo y apretó el gatillo con la otra mano. El carámbano cayó de punta sobre la nieve.

Kate aplaudió con estrépito y sus hermanos estallaron en vítores, envueltos en el humo producido por el disparo.

Charles dejó con cuidado el rifle sobre el suelo.

—Y, con esto, con todo el respeto, me retiro de cualquier tipo de competición.

—Es lo lógico —asintió Ivo—. Deje las migajas para nosotros, simples mortales.

Hannah recogió otro montón de piñas y, con la ayuda de Ivo, las colocó sobre la cerca mientras que Jack se dedicaba a cargar.

Kate, con la sangre aún caliente tras la demostración portentosa, permaneció junto a Charles, que en ese momento sonreía muy satisfecho.

—Veo que te he impresionado.

Kate tenía la sensación de que había querido impresionarla. De hecho, a no ser que se estuviera equivocando, le pareció que hasta alardeaba un poco.

—Pues sí, así es —confirmó—. ¿Acaso tus capacidades y talentos no tienen fin?

—La verdad es que esto es todo.

—Tonterías. Disparas mejor que nadie. Eres un gran jinete. Te llevas muy bien con los animales, los quieres y te quieren. Y también eres una maravilla de hermano. Lo cual hace que me pregunte si...

—¿Es que esperas todavía algo más?

—Pues..., a corto plazo, solo una cosa —confesó—. Espero que bailes bien el vals.



Capítulo 19

Tras la cena de esa noche, Kate hizo que se retiraran los muebles de la sala de estar para poder bailar sin obstáculos.

—Hubiera preferido utilizar el salón de baile —dijo, dejándose caer en el taburete tapizado de satén colocado frente al pianoforte de madera también satinada. Las voluminosas faldas del vestido de muselina blanca se le desbordaron alrededor de los pies, calzados con zapatillas de baile—. Pero en esta época del año está cerrado. No organizamos bailes o fiestas con tantos invitados como para que merezca la pena abrirlo. Los inviernos en Beasley son bastante solitarios.

Charles, que estaba de pie junto a ella, ojeaba las partituras del atril.

—Mi hermana y yo pasamos por un pueblo bastante animado y activo durante el viaje. Y también vimos varias mansiones.

—Sí, es verdad. En los alrededores hay hacendados y granjeros prósperos. Les ofrecemos un baile cada otoño, para celebrar la cosecha, siempre que estamos en casa. Y, por lo que se refiere a la nobleza local, la única familia a la que podríamos invitar es la de nuestro vecino, sir Frederick Burton-Smythe, pero mis padres y él no se llevan bien.

La afirmación se quedaba extraordinariamente corta, pero no iba a aburrir a Charles explicándole los pormenores del enfrentamiento. De hecho, quería que, durante la visita, se limitara a ver lo más presentable de su familia.

Colocó los dedos sobre las teclas. Si se hubiera tratado de un baile para más personas, seguro que habría habido alguna otra dama dispuesta a tocar mientras los demás, ella incluida, bailaban. Pero en total solo eran ocho, cinco caballeros y tres damas, incluidos sus padres. No era la única que sabía tocar el pianoforte,

pero el baile había sido idea suya, por lo que se sentía obligada a tocar la primera pieza.

Fuera, la nieve, movida por el viento, caía sobre las ventanas. Los cristales helados trasladaban el frío dentro de la habitación y solo el fuego potente de la enorme chimenea de mármol lo mantenía a raya.

—Toca el *allegretto*, Kate —pidió Jack—. Así entraremos en calor.

Estaba de pie en el centro de la habitación, acompañado de Hannah Heywood. James estaba junto a él, frente a su madre. La condesa vestía un vestido de noche de moaré azul adornado con lazos en el pecho y las mangas. Su padre, de pie cerca del fuego, la miraba sonriendo, mientras que Ivo no paraba de moverse en las cercanías de la puerta, demasiado inquieto para tomar asiento.

—No hace falta que pases las páginas de la partitura —le dijo Kate a Charles—. Esta pieza me la sé casi de memoria.

—No me molesta.

Kate empezó a tocar un *reel* escocés dándole velocidad a la pieza, tal como le había pedido su hermano, al ritmo de los bailes campestres. No era demasiado difícil para ella, entre otras cosas porque tocaba bastante bien tanto el piano como el arpa. Y, en todo caso, suplía sus carencias a base de energía y entusiasmo, lo que aportaba un carácter bullicioso a los acordes y armonizaba con las risas y el zapateo de los bailarines.

James y Jack cambiaron de pareja en cada baile. A Hannah se le iluminaba el rostro cada vez que juntaba las manos con James, mientras que este, por su parte, sonreía de forma tenue y precavida cuando la miraba a los ojos.

Charles los observaba con el ceño fruncido.

—Hannah está a salvo con mi hermano —lo tranquilizó Kate—. Se volaría los sesos antes que hacer algo indecoroso con tu hermana o con nadie.

Él alzó las cejas.

—Una comparación bastante… gráfica.

—Y muy adecuada. O mucho me equivoco, o algún día llegará a ser primer ministro. Es conservador y decente hasta la médula. Y la verdad es que muy aburrido.

—¿La decencia es aburrida? —preguntó Charles al tiempo que pasaba la página de la partitura.

Kate se saltó un acorde y rectificó como pudo. En realidad, lo hizo en exceso. Después corrigió la corrección anterior con su desparpajo habitual.

—Sí, puede serlo.

—Pues, siendo así, no entiendo cómo es posible que toleres mi compañía.

—¡Bueno, es que tú no eres decente! —contestó sin pensar—. Eres...

A él le brillaron los ojos de pura diversión.

—¿Qué soy?

Kate le dirigió una sonrisa traviesa

—Eso es lo que estoy intentando descubrir.

No respondió, sino que se limitó a mirarla sin perder el brillo en los ojos, lo que le dulcificaba la expresión seria del rostro. En algún momento, durante el desarrollo de la visita, la expresión ceñuda de los encuentros iniciales se había diluido y la había sustituido una mirada seria pero en cierto modo afectuosa. De hecho, desde que había llegado a Beasley, Charles Heywood le había sonreído, y había sonreído con ella, con creciente frecuencia.

¿Acaso empezaba a darse cuenta de lo bien que podían llevarse? ¿Quizá, solo quizá, empezaba a gustarle? Kate se sentía optimista.

Cuando acabaron la canción y el baile, su madre cruzó el salón para sentarse al pianoforte. Tenía la cara arrebolada por el ejercicio y los ojos le brillaban como joyas. Durante su juventud había sufrido una enfermedad pulmonar que la había mantenido casi inválida durante cierto tiempo. Se había recuperado mucho, pero, incluso ahora, a veces perdía el aliento cuando hacía ejercicio.

—Levántate, hija —le dijo—. Es mi turno de tocar.

Su padre se acercó también.

—Me parece muy bien. ¿Quieres que te pase las páginas de las partituras?

—¡Gracias, querido! A no ser que quieras bailar. Parece que sigue un vals.

¡Un vals! Kate se levantó con el corazón latiendo a toda marcha. Su madre la apoyaba. De no ser así, no habría elegido un vals en ese preciso momento. No tan al principio de la velada. Le dio un beso impulsivo en la mejilla.

—Es usted un ángel, madre.

La dama le dio un cachetito algo ausente y le hizo un gesto para que se fuera.

—No te preocupes, querida —aseguró al tiempo que se sentaba al pianoforte—. Lo tengo dominado.

Kate miró a Charles a los ojos.

—¿Quieres...? —Pero se interrumpió de inmediato. Una cosa era tomar las riendas de la relación de vez en cuando, pero pedirle que bailase el vals con ella era ir demasiado lejos.

Charles pareció adivinarle tanto las intenciones como el dilema que se le planteaba y le ofreció la mano con toda la solemnidad del mundo.

—¿Le apetece bailar, milady?

Kate sonrió encantada al aceptarla.

—Creía que no me lo ibas a pedir nunca.

Lo siguió hasta la improvisada pista de baile. Se le había acelerado el pulso de pura expectación.

Jack acompañó a Hannah para que bailara con James. La joven se ruborizó muchísimo, incluso hasta la garganta, cuando James le rodeó la cintura con el brazo. El vals aún se consideraba una danza algo escandalosa. No había ningún otro baile en el que los componentes de la pareja estuvieran tan cerca el uno del otro, moviéndose al unísono y abrazados.

La propia Kate pensó que se estaba ruborizando cuando Charles la rodeó con el brazo. Colocó la mano en el hombro del joven y bajo los dedos lo notó duro como el acero, tanto como el resto del cuerpo. Las prendas hechas a medida con tejidos finos apenas eran capaces de encubrirle la fuerza tremenda del cuerpo. Era un marino, un hombre de acción con un vigor firme y decidido.

—Estoy desentrenado —comentó tras el primer giro.

—Yo no —repuso Kate.

Se la quedó mirando con fijeza.

—¿Quieres que me deje llevar por ti?

Reprimió la risa. ¡Como si no lo estuviera haciendo ya! Puede que aún no en el baile, pero era ella quien movía los hilos de la relación en todos los demás aspectos. Y, en adelante, parecía dispuesto a que las cosas siguieran así. Lo miró encantada. No era normal que un hombre tan seguro de sí mismo dejara llevar el timón a una dama. Su padre sí que permitía que su madre lo hiciera, pero Kate no había conocido a ningún otro hombre dispuesto a cederle su poder a una mujer. Tras la temporada deprimente en Londres, había empezado a dudar de que pudiera existir ese tipo de hombre en toda Inglaterra.

—Bailando no —respondió por fin—. Prefiero no pensar en nada.

Charles volvió a ejecutar un giro.

—Seguro que bailaste mucho el vals durante la temporada.

Las faldas de Kate también giraron de forma armoniosa.

—Sí. También con tu señor Catmull.

La media sonrisa divertida desapareció del rostro de Charles.

—Un pensamiento de lo más desagradable.

A Kate le habría gustado presionarlo un poco más con el asunto de Catmull o quizá tomarle un poco el pelo a costa de los posibles celos que pudiera sentir. Pero

no estaban en un baile londinense, sino en la sala de estar de sus padres, en Beasley Park, con su madre y su padre a solo unos metros, además de la presencia controladora, aún más cercana, de su hermano mayor.

James bailaba con Hannah con una formalidad digna de un profesor de baile. De hecho, Kate estaba segura de que, si pudiera medir con una regla la distancia entre ambos, coincidiría exactamente con la que su antiguo instructor, *monsieur* Laurent, prescribía que había de mantenerse en un baile muy ceñido. Aun así, Hannah conservaba el rubor constante en las mejillas mientras James la dirigía en los giros continuos, ella con los ojos de distinto color fijos más o menos a la altura del botón superior del chaleco de su hermano.

El padre de Kate pasaba las páginas de la partitura para su madre, acompañando los acordes del vals hasta el *crescendo* final.

—¿Tuviste muchas oportunidades de bailar el vals durante tu estancia en la Marina? —quiso saber Kate.

Dibujó con la comisura de los labios una sonrisa tan mínima que Kate no habría sido capaz de verla de no haber estado mirándolo con tanta fijeza.

—M hermana me preguntó lo mismo en Navidad.

—¿Y qué le contestaste?

—Estaba siempre en un barco, Kate. ¿Con quién crees que podría haber bailado?

—¿Nunca atracabais en tierra firme?

—Sí, claro que sí. Pero no precisamente para ir a bailes —declaró con tono y gesto sombríos.

Kate le estudió la cara. Lo más probable era que se refiriese a luchas y batallas. Iba a preguntarle por eso, pero el mayordomo de la familia, Selby, escogió ese preciso momento para entrar en el salón. Lo vio cuando pasaban junto a la puerta de entrada.

Ivo también estaba allí. De hecho, llevaba ya dos bailes merodeando en torno a la puerta.

Selby, cuyo rostro aparecía de ordinario inexpresivo, en esos momentos parecía angustiado.

—La señorita Burton-Smythe, señor —dijo como si recitara un texto que alguien le hubiera obligado a aprenderse de memoria.

Meg Burton-Smythe entró en la habitación siguiendo de cerca al mayordomo. Llevaba el pelo rojo recogido en una espesa trenza, sujeta con una peineta de carey a juego con el vestido de seda de color amarillo albaricoque. La luz de las velas

incidía sobre el perfil joven y resaltaba la gran cantidad de pecas que salpicaban el rostro.

Kate se sorprendió mucho al verla, tanto que hasta perdió por un momento los pasos del baile. Charles la sujetó con una fuerza no exenta de delicadeza, ayudándola a recuperar el equilibrio.

—¡Por todos los demonios! —musitó entre dientes Jack—. ¿A qué está jugando Ivo?

Su madre interrumpió el vals de forma abrupta y se levantó de inmediato para colocarse al lado de su marido. Pese al estallido indecoroso de Jack, la expresión de ambos era inescrutable.

Kate permaneció en la zona de baile junto a Charles, al igual que Hannah y James. El hermano mayor estaba muy tenso y apenas era capaz de contener la ira que sin duda sentía.

Ivo se acercó a su invitada con una sonrisa en la boca.

—Madre, padre. —Tomó del brazo a la señorita Burton-Smythe y la acompañó dentro del salón—. Dado que somos muchos más caballeros que damas en el baile de esta noche, me he tomado la libertad de pedirle a la señorita Burton-Smythe que se uniera a nosotros. Meg, seguro que recuerdas a mis padres, lord y lady Allendale. Y también a mi hermana Kate y a mis hermanos, Jack y James.

Se produjo un silencio incómodo. Kate sentía una gran tensión en el estómago. Era como si todos estuvieran junto a un polvorín, de modo que cualquier palabra o movimiento equivocado podía hacer que estallara la situación.

—Señorita Burton-Smythe —reaccionó por fin su madre—. Esto es una sorpresa para todos nosotros.

La aludida saludó con una reverencia grácil pero también tímida. Mostraba a las claras que estaba tan cohibida con el atrevimiento de Ivo como él mismo hubiera debido estar.

—M-milord, m-milady —saludó con voz algo temblorosa y tan baja que apenas se oía—. Ha sido un honor para mí recibir su invitación.

Kate había olvidado el tartamudeo de Meg. Era una característica que le añadía encanto, la verdad, y que hasta logró ablandarle el corazón y despertarle algo simpatía por la chica. Después de todo, no era culpa de Meg que su hermano fuera un estúpido impenitente.

—Señorita Burton-Smythe —saludó el conde con una ligera inclinación—. ¿Cómo está su padre?

Kate se estremeció. Ahí estaba su progenitor: como siempre, directo al grano sin

rodeo alguno.

—L-la gota le está dando muchos pr-problemas, m-milord —respondió Meg, cuyo tartamudeo iba en aumento—. Lleva e-en la c-cama todo el d-día.

Y ahí seguiría, sospechó Kate, tal vez dormido como un tronco bajo la influencia del láudano o cualquier otra droga, desconocedor de la deserción de su hija, felizmente al margen. Con toda probabilidad, esa debía de haber sido la circunstancia que había permitido a la señorita Burton-Smythe escaparse por la noche sin que se notara su ausencia. De haber estado despierto y en pleno uso de sus facultades, sir Frederick jamás le habría permitido a su hija acercarse siquiera Beasley Park. Despreciaba al padre de Kate tanto como su padre lo despreciaba a él.

Kate se soltó del brazo de Charles y se acercó a saludar a la joven.

—Señorita Burton-Smythe, hacía mucho tiempo que no nos veíamos.

—Lady K-Katherine —dijo la señorita Burton-Smythe inclinándose.

—Llámeme Kate, por favor. ¿Puedo llamarla Meg? Señorita Burton-Smythe suena tan formal…

—¡Por supuesto! —aceptó—. Si lo desea, cl-claro.

Ivo condujo a Meg hacia Charles.

—Permítame que le presente al teniente Charles Heywood, nieto del conde de Gordon. Y también a la hermana del teniente, la señorita Hannah Heywood. Estarán con nosotros hasta mañana.

Charles y Hannah intercambiaron saludos educados con Meg.

Ivo se quedó en segundo plano, mostrando una absoluta desenvoltura y sin el más mínimo rastro de vergüenza o arrepentimiento. De hecho, tomó las riendas.

—Ahora que los números están algo más igualados, James puede sustituirte al pianoforte mientras los demás bailamos —le dijo a su madre una vez terminadas las presentaciones—. No te importa, ¿verdad, James? Podemos bailar todos con todas por turnos, ¿no os parece?

A James le importaba mucho y no hacía falta ser un lince para darse cuenta. De hecho, el casi siempre imperturbable hermano mayor de Kate parecía estar a punto de ahogar a Ivo con sus propias manos.

—Una idea estupenda —aprobó la madre de Kate. Tomó de la mano a su marido, enlazando los dedos, al tiempo que lo miraba con intensidad—. ¿Bailamos, querido mío?

El padre de Kate le echó una mirada larga y torcida a Ivo antes de permitir a su esposa arrastrarle a bailar. Ivo ni se inmutó.

—Toca algo alegre, por favor —le pidió a James con tono desenvuelto.

Kate contuvo el aliento, pero, por fortuna, James no cayó en la provocación.

El joven se dirigió al pianoforte a grandes zancadas y se sentó. Al contrario que su madre, no necesitaba que nadie le pasara las páginas. De hecho, no necesitaba leer la música, pues gracias a su memoria prodigiosa era capaz de tocar de oído la gran mayoría de las piezas. Y eso fue lo que hizo en ese momento, atacando casi con rabia los acordes iniciales de una marcha.

Jack se acercó a Hannah.

—¿Me hace el honor, señorita Heywood?

—Encantada —respondió la joven.

Charles se acercó a Kate. Había reconocido el ambiente de tensión que se había creado, aunque, claro, no conocía su origen. Kate lo lamentó mucho, casi tanto como la invitación inconcebible de Ivo a Meg. De hecho, lo último que le apetecía hacer durante la visita breve de los Heywood era tener que explicarles la escandalosa historia reciente de su familia. Intentaba persuadir a Charles de que era un buen partido, no lo contrario. Aunque no parecía que él fuera a formular ninguna pregunta sobre el asunto. Un caballero que tuviera un interés serio en ella no se quedaría sin preguntar, querría saber; eso haría alguien que estuviera contemplando de verdad la posibilidad de unir a las dos familias. ¿Era ese el caso de Charles...?

Cada vez que se cruzó con él en el baile colectivo no pudo evitar esbozar una mueca de disgusto al verlo impertérrito. Justo ese era el peligro de ser perseguidora en lugar de perseguida en una relación: resultaba imposible deducir lo que la otra persona sentía o pensaba. Por lo que parecía, no le importaba la historia de su familia. La de ninguno de sus miembros. Ni la de ella. La perspectiva le hundió el ánimo mucho más que las travesuras imprudentes de su hermano.

Y Kate no era la única cuya moral estaba por los suelos. Mientras los ocho bailarines se unían y se separaban siguiendo el patrón del baile, observó que su madre mantenía un rictus de sonrisa forzada y que Meg tenía la cara en llamas. Hasta Hannah parecía desubicada, buscando siempre con la mirada a su hermano como si solo su presencia fuera capaz de aportarle tranquilidad. ¡Menudo desastre!

Cuando le tocó estar frente a Ivo, lo miró con cara de pocos amigos.

—¿Estás contento? —le preguntó en un susurro.

—¡Contentísimo! —respondió—. Sé por experiencia que la mejor manera de

provocar el cambio y la solución es forzar el encuentro entre las partes en conflicto.

—Puede que hayas echado a perder mis planes.

—¿De verdad? Pues los míos van viento en popa —afirmó sin el menor remordimiento cuando se separaron.

Meg Burton-Smythe se quedó dos horas y bailó por turnos con cada uno de los hermanos de Kate e incluso con su padre. Todo fue civilizado, educado y forzado hasta el límite. Pero no hubo más valses, ni miradas especiales, ni flirteo de ningún tipo. Se mantuvo el humor sombrío, incluso cuando Ivo se fue para acompañar a casa a su controvertida invitada.

Kate supuso que, cuando volviera, su hermano se iba a llevar la mayor bronca de toda su vida.



Capítulo 20

Ya muy entrada la noche, Charles bajaba la escalera, amplia y curvada, de Beasley Park. La luz distante de la lámpara de araña iluminaba tenuemente sus pasos. Eran las once y media. Se había retirado a descansar hacía poco, tras darle las buenas noches a Kate, y se había dirigido a su habitación. Pero una vez dentro, y tras quitarse la casaca y el pañuelo de cuello, cayó en la cuenta de que necesitaba un libro para leer antes de dormir.

La noche anterior, la primera en Beasley Park, la había pasado dando vueltas en la cama, sin poder dejar de pensar en Kate y en la compra de Satterthwaite Court, por lo que solo durmió unas pocas horas. No dudaba que esa noche volvería a costarle mucho conciliar el sueño sin la ayuda de un libro que le permitiera olvidar las preocupaciones. Tampoco hacía falta que fuera algo fascinante. Incluso un texto árido y sin adornos, sobre agricultura o filosofía, por ejemplo, le serviría para sus propósitos. Con eso en mente, se dirigió a la biblioteca.

Los apliques de las paredes del pasillo seguían encendidos, de modo que las llamas de las velas proyectaban sombras alargadas sobre el suelo alfombrado. Charles solo había avanzado unos pasos cuando distinguió voces en tono muy elevado, voces masculinas. Se paró en seco. Y se dio cuenta de que eso no era todo: había alguien en el vestíbulo. Kate.

Estaba medio escondida entre las sombras, apoyada en la pared cercana a la puerta de la biblioteca, atenta a la discusión en la que participaban su padre y sus tres hermanos.

—Le advertí que tenía que apartarse de ella —decía en ese momento James—. Le dije que nos estaba poniendo en riesgo a todos. Mi reputación...

—¡Tú no eres mi padre! —replicó Ivo—. ¡Por favor, si solo tienes dos años más que yo...!

—Tu hermano hizo lo que debía al aconsejarte que no siguieras por ese camino —dijo lord Allendale con un tono que cortó de un tajo el intercambio entre los dos hermanos—. Intentar un acercamiento o una conexión con esa familia es un enorme sinsentido.

—No estoy intentando nada. Lo único que he hecho ha sido invitar a una vecina a que se divirtiera un poco en una noche fría de invierno. Necesitábamos otra dama para completar el baile y...

—¿Con quién crees que estás hablando, Ivo? —preguntó lord Allendale en un tono peligrosamente calmo—. ¿Piensas que puedes engañarme con esos argumentos tan burdos?

Ivo no contestó.

—Tus hermanos y tu hermana están en edad de casarse —continuó lord Allendale—. No quiero que vuelvan a empezar las viejas historias y cotilleos.

—A Meg todo eso le da igual —contestó Ivo—. Jamás ha dicho nada...

—Te aseguro que el padre de la señorita Burton-Smythe no mostrará tanta contención —afirmó lord Allendale—. No nos tiene ningún aprecio a los Beresford.

—Pero sí a madre —argumentó Ivo con tono hosco—. Le puso Meg por ella, ¿no es así? Lo cual, supongo, significa que debe de tenernos cierta estima a sus hijos.

—«Mis» hijos —corrigió lord Allendale haciendo hincapié en el posesivo—. De tu madre y míos. Fred no ha cambiado tanto en los últimos años como para perder las ganas de destruiros a todos vosotros. No vería eso como un daño a vuestra madre, sino a mí.

—Si no quieres pensar en mí, piensa en Kate —intervino James—. Está a punto de concluir su primera temporada y todavía no ha encontrado un lord con título con el que contraer matrimonio. No puede enfrentarse a la posibilidad de que alguien cuestione la legitimidad de su apellido.

—Kate ya no se plantea la idea de hacerse con un título por vía matrimonial —dijo Ivo—. Ahora le interesa Heywood.

—Está jugueteando con Heywood —puntualizó James—. Enseguida se cansará de él. Y cuando lo haga no le gustará ni te dará las gracias por que hayas contribuido a ensuciar su buen nombre. Si pensaras en ella, aunque solo fuera un poco...

Kate escogió ese preciso momento para darse la vuelta y alejarse de la puerta. La luz de las velas de los apliques cercanos le iluminó los ojos, revelando el brillo alarmante de las lágrimas.

A Charles se le encogió el corazón. Su primera reacción fue la de intentar mantenerse escondido entre las sombras para que ella siguiera sin verlo. La había pillado en un raro momento de vulnerabilidad y no quería ser la causa de que se avergonzara.

Pero ya era demasiado tarde. Antes de que pudiera esconderse de su vista, antes incluso de que pudiera respirar, cruzaron la mirada. Vio que palidecía a la luz de las velas. Se separó de la pared y se acercó a ella.

Pese a lo que había oído de boca de James, el primer pensamiento de Charles fue para ella. Habló en un tono de profunda preocupación.

—¿Estás...?

Kate le hizo una señal con el índice en la boca para que se mantuviera en silencio. Lo agarró del codo y tiró de él para alejarlo de la biblioteca y llevarlo a una antecámara cercana al final del vestíbulo.

El mobiliario estaba envuelto en la oscuridad. Solo el resplandor pálido de la luna, que se abría camino por los resquicios de las cortinas, le permitió a Charles verle el rostro, inusualmente serio y solemne.

—¿Cuánto tiempo llevas escuchando? —preguntó en un murmullo.

—No tanto como tú —contestó Charles en tono idéntico. No deseaba hacer notar la presencia de ambos. Que los encontraran ahí, a esas horas y sin compañía, no les sería favorable a ninguno de los dos.

Se quedó de pie junto a la chimenea, ahora fría, mientras ella agarraba una caja de cerillas y encendía una lámpara.

—¿Y cuánto has escuchado? —preguntó.

—Lo suficiente.

Encendió la lámpara de la repisa de la chimenea. La llama titilaba con la corriente del tiro de la chimenea.

—¿Lo suficiente como para creer que soy ilegítima?

Charles no dijo nada. Había estado demasiado tiempo fuera de Inglaterra como para estar al tanto de los últimos cotilleos que afectaban a la alta sociedad. Si hubo algún escándalo asociado al nacimiento de Kate, a él no le había llegado. Y hasta que supiera algo del asunto, no tenía sentido llegar a conclusión alguna.

—Eso no es verdad —dijo antes de que él pudiera contestar—. Soy del todo legítima. Mi hermano James se estaba refiriendo a otra cuestión relacionada con

nuestro apellido. —Dio un suspiro algo tembloroso—. Debes saber que se refería al apellido y título de la familia.

—¿Al título de tu padre? —insistió mirándola con fijeza.

Kate avanzó hacia el centro de la habitación, de forma que su figura casi desapareció en la oscuridad. Solo el frufrú de las faldas revelaba su nerviosismo y agitación.

—Hubo rumores, muchos y durante mucho tiempo, acerca de que mi padre fue un bastardo por nacimiento. Otro aspirante al título los alimentó en su momento y sigue haciéndolo; un primo lejano suyo que se quedó con tres palmos de narices en su momento por no lograr el título. No obstante, lo cierto es que… los rumores no son… infundados del todo.

—Entiendo.

—No, es imposible que lo entiendas. —Siguió andando de un lado a otro mientras hablaba—. Mi bisabuelo tenía una bien ganada reputación de aventurero. Y su hijo, mi abuelo, fue un mujeriego reconocido que hasta ejerció de salteador de caminos durante una época de su vida. Caballero Jim se hacía llamar. Fue un completo escándalo que empeoró por el hecho de que mi padre pasó en el extranjero gran parte de su juventud. Cuando volvió para siempre a Inglaterra era un hombre hecho y derecho. Mucha gente sostuvo que era un impostor. Y no importó que fuera el vivo retrato de su padre y de su abuelo.

Charles no se movió de la chimenea, mantuvo el gesto inmutable.

—Cotilleos infames y maliciosos, entonces.

—Ni más ni menos. —Kate se acercó a él, pero se detuvo a unos pasos, fuera del halo que formaba la luz tenue de la vela, con los brazos cruzados sobre el pecho—. Pero más que suficientes como para arrojar sombras sobre la legitimidad del título de mi padre. Eso añadido al hecho de que su madre era de muy baja cuna. De hecho, fue criada.

—Ya… —Era un detalle impactante, la verdad. Resultaba entendible que fuese una fuente de mortificación personal.

En cualquier caso, para Charles no era ni mucho menos tan espantoso. Lo habían educado para valorar más el carácter de las personas que su pedigrí. Era un precepto en el que sus padres habían insistido desde que tenía uso de razón y que él mismo había reforzado durante su vida adulta. Algunos de los hombres más valiosos que había conocido durante sus años de servicio en la Marina Real eran de origen incierto.

Se planteó darle a Kate una respuesta reconfortante y tranquilizadora. Pero no

parecía necesitarla.

—No puedes imaginarte lo que significa todo esto —continuó, con el mismo tono de agitación, antes de que pudiera hablar—. Si cualquiera de nosotros se pasa de la raya, aunque sea un milímetro, se le echa la culpa a esa... mancha, a que mi abuela no fue lo que le correspondía ser. Tendría que ser ya una historia antigua, agua pasada, pero nadie la ha olvidado. Esa es la razón por la que mis hermanos tienen que casarse bien. Y por la que yo también debo casarme bien.

—Con un caballero con título. —No se le había pasado por alto el detalle.

Kate no lo negó.

—Sí, esa sería la situación ideal. Por lo que a mis padres y mi hermano mayor se refiere, ese ha sido siempre el objetivo.

Charles lo había deducido ya a partir de lo que habían dicho ellos, así que no hacía falta que la joven se lo dejara más claro: Kate necesitaba un marido con título. Cualquier relación que tuviera con alguien sin uno no era más que un mero pasatiempo; alguien con quien entretenerse en invierno, mientras estaba recluida en la hacienda campestre.

Sospechaba desde hacía algún tiempo que esto era un juego para ella y por fin tenía la prueba de que era verdad. Su propio hermano lo había confirmado, alto y claro. Kate se había estado divirtiendo con Charles, implicándose en un flirteo de la misma forma que se implicaría en una partida de cartas o en una apuesta en las carreras.

Sintió una calma extraña, como si la sangre le corriera más despacio por las venas. Ver confirmadas sus propias teorías no tendría que despertarle suspicacias ni hacerle daño. Pero, aun así, se lo hacía.

—Un marido con título es un objetivo que merece la pena, desde luego —dijo por fin—. Te deseo suerte en tu búsqueda.

Kate no era tan vanidosa y superficial como para imaginarse que a Charles le abatiría conocer las aspiraciones de su familia respecto a su futuro. Pero la falta de reacción al saberlo no dejaba de ser molesta.

—¿Es eso todo lo que tienes que decir al respecto? —preguntó.

Seguía de pie junto a la chimenea, mirándola con el mismo gesto impenetrable que exhibía antes de la visita a Beasley Park.

Pero no. Se dio cuenta de que no era el mismo, ni mucho menos. Porque en ese momento veía en él un aire extraño de vulnerabilidad. Algo en la forma de tocarse el pelo negro azabache, de mesarse la barba incipiente, de abrocharse la camisa...

¡Dios bendito! ¡Estaba en mangas de camisa!

Kate no se había dado cuenta hasta ese momento, pero ahora era de lo más consciente de eso, era imposible no serlo. Nunca lo había visto sin la armadura protectora de la casaca y la corbata o el pañuelo de cuello. Parecía más joven. Y más guapo.

—¿Pensabas que reaccionaría de otra forma? —Él le devolvió la pregunta.

—Pues... sí —reconoció—. ¿Qué pasa con nosotros dos?

—Nosotros dos... —repitió con desmayo.

Kate soltó un bufido de impaciencia. Charles se mostraba difícil a propósito. Hasta podría pensarse que, en cierto modo, sentía que lo había ofendido.

—Hablamos de esto ayer mismo —le recordó—. Acuérdate, en los establos. Dijiste que...

—Sé lo que dije. —Creyó distinguir en su voz cierta chispa de... ¿enfado?

El nudo que se le había formado a Kate en el estómago se alivió un tanto. La indiferencia podía con ella, pero el enfado sabía cómo manejarlo. Sabía pelear.

—Entonces por qué...

—Eso fue antes de estar al tanto de tus verdaderas ambiciones.

¡Ah! Entonces era eso. Tenía que haberse dado cuenta de que dejaba de lado esos deseos mercenarios. Era demasiado noble para comprender las reglas más básicas del cortejo.

—No son mis ambiciones —explicó—, sino las de mi familia.

—Entiendo.

—¡Está claro que no lo entiendes! —Se acercó a él—. Los rumores y cotilleos sobre del título de mi padre podrían afectar a sus descendientes durante varias generaciones. Y nos corresponde a mis hermanos y a mí impedir que eso pase. Las alianzas con familias arraigadas y poderosas ayudarán a reforzar la nuestra. Era es la razón por la que se supone que debo casarme bien, casarme con un caballero con título y rico que pueda aportar legitimidad al apellido familiar.

Charles bajó las cejas.

—¿Porque tus padres insisten en eso?

—No. Eso hace que sea aún peor. Lo sacrificarían todo por mi felicidad si fuese necesario. Y yo haría lo mismo por ellos. De hecho, era mi intención hacerlo. Hasta que...

—¿Hasta qué?

Kate esbozó una sonrisa contrariada.

—Hasta que te conocí.

Se produjo una pausa interminable. Kate notó las emociones a punto de

desbordarse por el precipicio del silencio. Y entonces...

—No es algo excluyente —puntualizó Charles—. Tu felicidad y el matrimonio con un caballero rico y con título, quiero decir.

Se le heló la sonrisa.

—¿Perdona?

—Tiene que haber docenas de vizcondes, condes y marqueses entre los que escoger. Incluso hasta un duque o dos. Tus perspectivas a la hora de conseguir una buena boda son muy halagüeñas, Kate.

Asombrada por su respuesta, se separó de él. ¿De verdad le había dicho eso? ¿La había animado a que conociera y se casara con otro?

Se le hizo un nudo en la garganta. Eso era demasiado. En la práctica, se le había declarado, pero ahí estaba él, dándole consejos en términos fraternales y amables, impávido ante la posibilidad de perderla para siempre.

—¿No te importa nada que pueda casarme con alguien que no seas tú?

Se la quedó mirando sin apenas cambiar el gesto, pero con un brillo taciturno en los ojos.

—Me da la impresión de que te es indiferente, sí —continuó Kate—. Teniendo en cuenta que fui yo quien te escogió, y no al revés. —Se dio la vuelta para marcharse—. Mi madre me advirtió de lo que pasaba. Estás aquí solo para acompañar a tu hermana, no porque...

Chales la agarró del brazo antes de que pudiera dar otro paso. Le apretó con suavidad la piel desnuda.

—Espera.

Kate dejó de respirar. Y dejó de latirle el corazón durante un instante. Pero fue capaz de controlarse.

—No me sigas la corriente ni me digas lo que creas que quiero oír, te lo suplico.

—¿Cuándo he hecho yo eso?

—Me da la impresión de que desde el principio. Siendo amable y caballeroso conmigo...

—No es así.

No dejó de sujetarla en ningún momento, apretando incluso con más fuerza de lo correcto para mantenerla cerca de él. Empezó a acariciarle el brazo con el pulgar, con suavidad, con ligeros toques circulares en la piel.

Kate notó mariposas en el estómago. ¡Maldito fuera! Tendría que haberse dado cuenta de lo tierno que podía ser cuando lo vio apaciguar a *Ember* en Tiverton y calmar al perro enloquecido en la calle Bond. Pero ella no era un caballo

caprichoso ni un perro fuera de sí para que la tranquilizara de la misma forma.

—Tal vez es la única razón por la que estás aquí —dijo con cierta petulancia—. Por pura educación.

Notó un brillo de humor brevísimo en la mirada de él.

—Pues ahora tú no estás siendo educada. Todo lo contrario.

—Estoy siendo lógica, sin más. Tiene sentido que te hayas sentido obligado a...

—Kate —la interrumpió. Tenía en el tono de voz una sinceridad áspera—. Nunca, en toda mi vida, he estado en ningún sitio en el que no quisiera estar.

Lo miró dubitativa.

—¿Ni siquiera en Beasley Park?

—Ni siquiera aquí, en esta habitación.

Se quedó paralizada. Era lo más cerca que había estado de admitir que sentía algo por ella.

—Entonces, ¿por qué...?

Fue apagando la voz conforme le soltaba el brazo, le ponía la palma de la mano en la mejilla y se la acariciaba. Respiró de forma entrecortada. ¡Dios del cielo! Le costó un gran esfuerzo mantener el control. Evitar sonrojarse, o perder el sentido, o apretarle con fuerza la mejilla contra la palma curvada de la mano.

—¿Por qué... qué? —preguntó Charles.

Kate tragó saliva con fuerza.

—¿Por qué siempre muestras indiferencia hacia mí?

Dibujó una sonrisa débil y contrita:

—Supongo que por un exceso de precaución.

—¿Porque temes que te atrape para llevarte al matrimonio?

—Serías tú la atrapada, no yo. —Le acarició la mejilla—. Eres muy joven, Kate, y una muchacha extraordinaria. Mereces un futuro a tu propia altura, tan espléndido e interesante como tú, no una vida campestre junto a mí, una vida aburrida y gris.

—¿Quién dice que una vida contigo fuera a ser aburrida y gris?

—Lo digo yo. Mis aventuras se han acabado para siempre, querida mía. Voy a retirarme a una oscuridad tranquila y confortable. Pero tu vida no ha hecho más que empezar.

«¡Querida mía!».

A Kate se le aceleró el pulso. Le gustaron tanto esas dos palabras cariñosas que apenas oyó el resto de las frases.

—No eres mucho mayor que yo. Solo tienes veintiocho años.

—Muy cerca de los veintinueve.

—Y yo muy cerca de los veintiuno. Así funciona el tiempo, que siempre se mueve hacia delante. Fascinante, ¿verdad? Sin que nos demos cuenta, tú tendrás cincuenta y yo cuarenta y dos. Una diferencia del todo irrelevante a esas edades, no lo negarás. —Le puso las manos sobre el pecho—. Y te equivocas al decir que yo busco una vida excitante. Ya te lo he dicho otras veces, me gusta y prefiero la paz y la tranquilidad del campo, lo mismo que tú.

—Por supuesto que sí —ironizó él.

—Charles...

—No me tientes, Kate —pidió, negando con la cabeza—. No voy a poder resistirme mucho más tiempo, no seré capaz.

—No quiero que te resistas —declaró Kate. Apretó los dedos contra la tela del chaleco, tiró de él hacia abajo y, sin ningún pudor, apretó los labios contra los de él.



Capítulo 21

Kate no tenía previsto besarlo. Casi nunca planificaba nada, la verdad. Había comprobado que era mejor meterse sin miedo en la refriega y enfrentarse después a las consecuencias de sus actos, fueran las que fuesen. Su estrategia era la intuición, si es que eso tenía algún sentido. Y, en general, le funcionaba. Daba lo mejor de sí en medio de un torbellino.

Pero no había previsto lo que pasó después ni estaba preparada.

Charles recibió el casto roce en los labios con contención caballerosa; solo su rigidez dejó entrever que le había pillado por sorpresa. Pero cuando Kate hizo además de separarse, satisfecha de su audacia breve y virginal, no le permitió apartarse de él. Todo lo contrario: la abrazó con fuerza, inclinó la cabeza hacia ella y le devolvió el beso.

Kate exhaló una exclamación temblorosa, en parte de sorpresa y en parte de placer. En su imaginación, se había peguntado por ese momento, por cómo sería y por lo que sentiría cuando ocurriera. Pero nada de eso la había preparado para la intimidad abrumadora que implicaba.

Estaban muy cerca y el cuerpo ardiente de Charles era como un horno en la antecámara gélida en la que se encontraban. Los labios también eran ardientes. Y firmes. Perfectos, de hecho. Los adaptó a los de ella con certeza apasionada, como si ya la hubiera besado docenas de veces, como si supiera sin ningún género de dudas lo que tenía que hacer para que se le derritiera entre los brazos.

Ella le subió la mano hasta el hombro y le rodeó el cuello vigoroso con los dedos. Parecía una columna cubierta de piel. Su piel. La notaba caliente bajo la yema de los dedos.

—¡Oh, Charles! —suspiró.

Solo Dios sabe qué más dijo. ¿Repitió su nombre? ¿Murmuró palabras de elogio?, ¿de cariño? Kate no tenía ni la menor idea. El hecho de estar besándolo era gloria bendita, algo de una dulzura maravillosa. Podría estar haciéndolo durante toda la vida.

Pero, por desgracia, eso era imposible.

Él recuperó el control. Demasiado pronto, para su gusto. Interrumpió el beso con la respiración entrecortada.

—Pues ya lo estás viendo. —Apoyó la frente sobre la de ella con mucha suavidad y soltó una risa ronca que hizo que le palpitara el pecho—. Esto deja muy claro cuál es la verdad de lo que está pasando, por indigna que sea.

Kate le enredó los dedos en el pelo a la altura de la nuca.

—¿Y cuál es esa indigna verdad?

—Que no soy indiferente a ti, ni muchísimo menos —confesó—. No creo que haya ningún hombre capaz de resistírsete.

Tuvo que controlarse para no decirle que estaba equivocado, que a muchos caballeros les resultaba indiferente. Tal vez no su fortuna ni su físico, pero sí su carácter, sin duda. Aunque quizá indiferencia no era el concepto adecuado. Desaprobación era más certero. Incluso hasta consternación.

—¿Estás diciendo que tengo motivos para la esperanza? —preguntó.

—No me gustaría darte ánimos —dijo.

—Pues me parece que es un poco tarde para eso, señor mío. Después de un beso como este...

Kate dejó de hablar al oír pasos por el pasillo.

Se quedó quieta, aún en brazos de Charles.

¡Por el amor del cielo, igual era su padre! O, peor aún, James. En cualquiera de los dos casos, sería un desastre. Y no porque tuviera miedo de que la encontraran en una situación comprometida, sino porque, sin ninguna duda, tanto James como su padre estropearían las cosas. Quería guardar como un tesoro los momentos que había vivido, no pasarse el resto de la vida avergonzada al recordarlos.

Miró a Charles presa del pánico, en silencio y con los ojos muy abiertos, hasta que el ruido de pasos se fue alejando poco a poco y desapareció en la distancia.

Sintió tanto alivio que se estremeció.

—¡Menos mal! —exclamó con voz temblorosa—. ¡Pensaba que venían hacia aquí!

Charles frunció el ceño.

—Yo también lo creía. Podrían haberlo hecho.

—Por suerte, no ha sido así.

La alejó de sí con suavidad.

—No voy a comprometerte, Kate.

La chica le retiró las manos del cuello al tiempo que daba unos pasos hacia atrás para separarse de él. Sintió la pérdida de su calor corporal con la misma intensidad que se siente al dejar un lugar confortable y caldeado por un fuego para salir a la intemperie fría y nevada.

—No me has comprometido.

Aunque, a decir verdad, le había faltado muy poco.

Charles se quedó a una distancia respetable de ella.

—De ahora en adelante, nuestra amistad, o lo que sea esto, debe desarrollarse con el decoro más absoluto.

—Eso suena bastante sombrío, la verdad —observó ella mientras se alisaba el vestido.

—Lo digo muy en serio —insistió.

Era el turno de Kate para fruncir el ceño.

—Me doy cuenta.

—No tengo la costumbre de...

—¿Besar con pasión a chicas jóvenes? —propuso solícita.

—No —dijo mirándola con gesto sombrío—. No cuando mis intenciones son serias. Te respeto demasiado como para...

—Pues preferiría que me respetases un poquito menos.

—Kate...

—No obstante, si insistes en seguir adelante con nuestra amistad, o lo que sea, dentro de los límites del más absoluto decoro, en ese caso... supongo que tendrías que cortejarme como mandan los cánones.

Charles se quedó callado.

Kate no quiso descorazonarse. Empezaba a conocerle.

—Tendrás que venir el mes que viene a la ciudad e ir a visitarme a la calle Duke. Pero solo si tus intenciones son serias. Solo si este beso ha sido algo más que una libertad que te has tomado en un momento de descontrol...

—Sabes que no ha sido eso —rebatió con seriedad fiera.

—Entonces ven a Londres y persígueme allí como yo te he perseguido aquí en Somerset.

La miró con intensidad. Poco a poco cambió la expresión a otra cada vez más resuelta.

—Debes saber que, si te cortejo, será para tenerte. No habrá vuelta atrás.

A Kate se le aceleró el corazón. Lo había dicho como si fuera una amenaza. Una amenaza de lo más romántica.

—Soy toda ilusión.

—Esto no es ninguna broma, Kate. —Le levantó la barbilla con tres dedos, obligándola a que lo mirara a los ojos. Tenía en las pupilas grises la solemnidad de una promesa—. No me tomo a broma ningún reto. Cuando pongo mi voluntad en algo, voy hasta el final.

—Lo mismo que yo. —Dibujó una sonrisa—. ¡Y tú que decías que no teníamos nada en común...!



Capítulo 22

Charles y Hannah se marcharon de Beasley Park al día siguiente. Los Beresford se habían reunido en los escalones cubiertos de nieve de la entrada principal para decirles adiós, desearles un buen viaje e invitarlos a que volvieran con sus padres tan pronto como fuera posible.

Kate abrazó a Hannah como a una hermana.

—Tienes que venir otra vez cuando regrese de Londres. Apenas hemos tenido tiempo para hablar de tu presentación en sociedad. —Le dio un beso en la mejilla —. Prométeme que no te irás a Bath sin conversar primero conmigo.

—Te lo prometo. Y no te olvides de... —Le susurró algo a Kate al oído.

Kate rio y le contestó, también al oído. Fuera lo que fuese lo que le dijo, le provocó a Hannah una sonrisa rápida.

—Sí, lo prometo —insistió Hannah—. Hasta pronto. —Se despidió del resto de los Beresford agitando la mano—. ¡Adiós!

James, vizconde de St. Clare, estaba de pie en lo alto de las escaleras, algo apartado de sus hermanos. Inclinó la cabeza en dirección a Hannah. Ella le dedicó una sonrisa tímida como respuesta antes de subir al carruaje que la esperaba.

Kate le tendió la mano a Charles.

—¿Vas pensar en lo que te dije?

Chales la tomó en la suya. Era una manita delicada que podía hacer pensar que su dueña también lo era. Pero la gente subestimaba a lady Katherine Beresford y su peligrosidad. No era una flor delicada y frágil. Tal como le había dicho justo antes de besarla, era extraordinaria.

—Sí, lo voy a pensar.

En realidad, ya lo había pensado. Se había pasado despierto la mayor parte de la noche anterior meditando sobre la posibilidad de ir Londres al mismo tiempo que ella. Es decir, solo en los escasos periodos de tiempo en los que no volvía a recordar, e incluso sentir, el beso inesperado, sorprendente y sensual que habían compartido.

Pero en aquel momento no le había hecho ninguna promesa a Kate, ni se la haría ahora. Pensaba que había regresado a casa del servicio en la Marina como un hombre nuevo, que ya no era susceptible a cantos de sirena aventureros. Pero, al subir al carruaje con su hermana, se dio cuenta de que ese no era el caso, de ninguna manera. La aventura romántica seguía atrayéndole mucho. Ahora no se presentaba en forma de lucha noble ni de país exótico. Ahora adquiría la forma de una mujer.

Lady Katherine Beresford no era la damita tranquila, tímida y dócil con la que había soñado durante su último año de servicio en alta mar. No era lo que se suponía que tenía que desear. Pero, sin ninguna duda, ahora era la mujer con la que quería estar. La mera noción de que la joven regresara al escaparate matrimonial, de que bailara con otro, ¡de que besara a otro!, le daba ganas de darle un puñetazo a una pared.

Tenía que ser suya. Estaba hecha para serlo.

Una vez aceptado el hecho, la decisión de ir a por ella vino por sí misma. Una decisión que se hizo aún más firme esa misma tarde, cuando su hermana y él llegaron a Heywood House. Allí le esperaba una carta del señor Inch, franqueada en Taunton. Charles esperó a estar solo en su habitación para abrirla.

Estimado teniente Heywood:

Siguiendo sus instrucciones, he investigado si el señor Elías Catmull ostenta la propiedad legal de la hacienda Satterthwaite Court, en Devonshire, y he llegado a la conclusión de que todo está en regla. Una vez establecido eso, hice llegar de inmediato su oferta para la adquisición de la propiedad a su abogado, el señor Arbogast, de Tiverton. Siento tener que informarle de que dicha oferta fue rechazada de plano. Me tomé la libertad de preguntar si el señor Catmull estaría dispuesto a considerar la posibilidad elevando la cantidad ofrecida y se me indicó con gran claridad que el señor Catmull no tenía intención de venderle a usted la hacienda, con independencia de la cuantía de la oferta.

Si desea hablar del asunto con mayor profundidad, podrá encontrarme en

mi oficina hasta el día 1 de febrero, pues con posterioridad a dicha fecha partiré hacia Escocia para disfrutar de mis vacaciones anuales. Hasta ese momento, estoy a su entera disposición.

Suyo afectísimo,
Jeremiah Inch, abogado

Charles, del todo perplejo, dejó la carta sobre el escritorio. ¿Catmull había rechazado su oferta? ¿Y no estaba ni siquiera dispuesto a considerar una superior? No tenía ningún sentido.

Si se hubiera tratado de cualquier otra propiedad, Charles de buena gana habría dejado de lado el asunto. Pero se trataba de Satterthwaite Court. Si de verdad estaba en venta, quería comprarla. No iba a disuadirle ningún propietario, por misterioso y caprichoso que fuera. Y menos el hombre que se había pasado el último año persiguiendo sin tregua a Kate y a quien ella había definido como «una serpiente». Bajo ningún concepto iba a dejarse manejar o ganar por ese individuo.

A la mañana siguiente, ensilló un caballo y cabalgó hasta Taunton. El despacho del señor Inch estaba en la calle principal. Era un abogado relativamente joven que había empezado su carrera en Londres como empleado a las órdenes del señor Ombersley, el viejo abogado del conde de Gordon, el abuelo de Charles. Cuando Inch estableció oficina propia en Taunton, hacía unos diez años, los Heywood empezaron a requerir sus servicios en un proceso natural.

Por lo que Charles sabía, era un buen abogado. Quizá no tan diestro y espabilado como Ombersley, pero más que válido para asuntos relacionados con la hacienda y disputas menores en materia de contratos.

—¡Teniente Heywood! —saludó, dándole una amable bienvenida al entrar en la pequeña oficina—. Ya sabía yo que no iba a dejar pasar mucho tiempo para hacerme una visita.

Era un hombre cordial, de patillas espesas y papada prominente.

—Inch. —Charles le hizo una inclinación de cabeza antes de tomar asiento—. Este asunto de Satterthwaite Court...

—Sí, sí, de lo más molesto. —El abogado se sentó—. Su oferta era más que generosa para una finca como esa. Como le dije al hombre que representa a Catmull en Devonshire, este abogado...

—El señor Arbogast.

—Eso es, Arbogast. Un tipo decente, o eso parece. Le dije que podía ser que

usted estuviera dispuesto a mejorar la oferta si Catmull lo requería. Pero me informó, y eso es lo extraordinario del caso, de que el problema no era la oferta, sino usted. Su persona, quiero decir.

—¿Que yo era el problema? —repitió Charles asombrado.

—Pues sí. Esa es la cuestión, ni más ni menos.

—¡Pero si ni hemos sido presentados! No lo he visto nunca, de hecho.

—¿No? —El señor Inch se quedó con la boca abierta—. Pues eso sí que es extraño.

—Más que extraño. Es irracional.

Inch se rascó las patillas.

—¿Tiene alguna idea de qué es lo que ese hombre puede tener contra usted?

—No se me ocurre ninguna razón, de verdad —dijo Charles, que no salía de su asombro—. ¿Cree que debería hablar ora vez con Arbogast?

—Me da la impresión de que no tiene ninguna influencia en el asunto. Si Catmull se niega a hacer negocios con usted, no hay nada que hacer. —Inch se aclaró la garganta—. Y hay un segundo problema al que habría que enfrentarse.

—¿A qué se refiere? —preguntó Charles entrecerrando los ojos.

—Arbogast, de forma confidencial, me informó de que hay otra oferta. Setecientas libras menor que la de usted, pero, a pesar de eso, dado el carácter impredecible de Catmull, no me extrañaría que la aceptara.

Charles maldijo entre dientes.

—Sí, es de lo más desafortunado —asintió Inch—. Me temo que no tenemos nada que hacer.

—¡Claro que se puede hacer algo! —exclamó Charles poniéndose de pie—. Voy a hablar personalmente con Catmull.

A Inch se le alegró la cara.

—¡Excelente idea! Se la habría sugerido yo mismo de haber tenido tiempo de meditar sobre el asunto.

Chales reflexionó deprisa y llegó a la conclusión de que Inch no era como Ombersley. El viejo abogado habría puesto sobre la mesa alguna forma de resolver el problema de fondo, mientras que Inch parecía dispuesto a aceptar la derrota sin luchar.

—Puedo facilitarle su dirección, es en la plaza Russell. —Inch introdujo el cálamo en el tintero que había sobre su escritorio, escribió algo en una cuartilla y se la entregó a Charles—. Aunque puede que la visita no sirva de nada.

Tras guardarse el papel en el bolsillo, Charles se despidió del abogado.

Esto no había acabado. Ni muchísimo menos. Cuando Charles llegara a Londres, plantearía el asunto de Satterthwaite Court de forma directa y en persona. Le preguntaría a Abigail; incluso interrogaría a Elizabeth, en caso de poder averiguar su paradero. Pero, ante todo, trataría con Elías Catmull.

¿Había conocido al tipo en algún momento y no lo recordaba? Charles pensaba que no. No obstante..., suponía que quizá pudiera haber alguna conexión, mínima y desconocida, entre ellos dos. Catmull podría ser pariente de alguno de los marineros a los que había tenido que aplicar algún correctivo disciplinario. O quizá fuera tío o primo de algún compañero al que hubiera desairado de forma inconsciente, ya fuera en Eton o en la Escuela Naval.

Esas eran posibles razones por las que Catmull podría haber desarrollado inquina hacia él sin siquiera haber sido presentados. Pero ninguna era suficiente para rechazar la oferta de Charles por la hacienda, una oferta más que generosa.

¡Hasta estaba dispuesto a pagar el precio que pedía, por Dios bendito! Eran quince mil libras. Nadie era capaz de descartar una suma como esa por una disputa entre estudiantes. Nadie en su sano juicio.



Capítulo 23

Londres
Febrero de 1844

Kate se acercó al escaparate del establecimiento de la modista, ahora salpicado de gotas de lluvia. Llevaba un gabán de terciopelo sobre los hombros y unos manguitos, también de terciopelo, en la mano. Observó la calle inundada de agua.

—¡Vamos, lluvia, termina ya! —canturreó—. Y no vuelvas hasta que termine el baile real.

Christine le puso la mano en la cintura y la empujó con suavidad en dirección a una mesa que había en un rincón.

—En Londres siempre llueve en febrero. Es uno de los inconvenientes inevitables de volver a la ciudad antes de la primavera. —Miró hacia atrás, buscando a su doncella personal—. Plum, ve al establo y dile a Driscoll que traiga el carruaje para recogernos dentro de media hora.

—Sí, señorita Mattingly. —Plum hizo una reverencia y salió a la tormenta protegiéndose con un gran paraguas negro.

Cuando Christine y Kate habían dejado la casa londinense de los Mattingly esa mañana para encargar los últimos arreglos de los vestidos que iban a llevar al baile de la duquesa viuda, el cielo estaba despejado, pero en el momento en que salían del local de la modista fue como si el cielo se abriera y dejase caer de repente toda el agua que contenía. Había sido idea de Christine continuar refugiadas en la tienda, donde les habían ofrecido una taza de té caliente y unos bollitos mientras

esperaban al carruaje.

—En Londres siempre llueve, punto —se quejó Kate al tiempo que se sentaba a la mesa—. En el campo por lo menos se puede pasear al aire libre, aunque sea en medio del barro. Sin embargo, aquí no hay más remedio que quedarse dentro de algún sitio para que no se moje ni se estropee la ropa.

Christine se sentó junto a ella.

—Creía que te gustaba la elegancia de la vida en la ciudad.

—Y me gusta —confirmó Kate—. Pero... las cosas habían empezado a ponerse interesantes en el campo.

Christine juntó los labios en un gesto de reproche.

—Con el teniente Heywood, supongo.

Kate permaneció en silencio mientras la propietaria del establecimiento les servía la tetera y el plato de bollitos de pasas. Al volver a Londres le había confiado a Christine sus encuentros con Charles en Somerset, y había hablado con ella de los detalles que indicaban que podía tratarse del primer romance serio de Kate.

Bueno..., en realidad no todos los detalles. No le había contado la parte en la que se hizo pasar por la esposa de Charles. Ni tampoco nada del beso en Beasley Park. Algunas cosas eran demasiado privadas como para compartirlas, incluso con una amiga tan íntima como ella.

—¿Por qué sigues mostrando tanta desaprobación cuando lo nombras? —preguntó Kate cuando se marchó la modista.

—¿Cómo no voy a mostrarla? —Christine sirvió el té en las tazas—. En nuestro primer encuentro me causó una impresión muy desfavorable.

—Eso fue hace mucho, es agua pasada.

—Fue hace menos de dos meses, Kate.

—Claro, por eso. Muchísimo tiempo. —Kate le dio un bocado a un bollito—. Cuando lo conoces, mejora muchísimo. Ya lo comprobarás por ti misma cuando llegue.

Christine se contuvo para no contestar y dio un sorbo de té. Su silencio resultó de lo más elocuente.

—Va a venir —insistió Kate.

Christine dejó la taza sobre el platito.

—¿Te dijo que vendría?

—No, con palabras no. Pero...

—Entonces no puedes saberlo.

—Lo sé —afirmó.

Al menos, eso esperaba. De no ser así, ¿para qué iba a ir al baile de lady Chesham el miércoles? ¿Para qué ponerse el vestido espectacular de seda azul plata que había encargado? Kate ya no buscaba un caballero adecuado para casarse. Había encontrado al que quería. Y no tenía comparación con los demás.

Esperaba no haber obligado a Charles a dar media vuelta planteándole lo que era un ultimátum obvio. ¡Por Dios, le había dicho que ahora le tocaba a él perseguirla! En su momento le pareció una buena idea, pero ahora, tras darle vueltas...

Y ahí estaba en ese momento, en Londres, esperando a que Charles actuara en lugar de hacerlo ella, un estado de cosas que le resultaba incómodo e inhabitual. No estaba acostumbrada a no tomar la iniciativa.

—Y, aunque venga, eso no quiere decir que vaya a acudir al baile —razonó Christine—. Las invitaciones se enviaron hace semanas y lady Chesham no quería enviárselas a cualquiera...

—El teniente Heywood no es cualquiera —rebatió Kate—. Es nieto del conde de Gordon y un famoso oficial de la Marina. Durante su servicio ha ganado una auténtica fortuna en botines de guerra. Un hombre sin su coraje hubiera sido incapaz de lograr eso. Si quiere estar conmigo, seguro que encuentra la forma de lograrlo.

Lo dijo con un tono de gran confianza, pero, mientras apuraba su taza de té, sintió que algunas dudas empezaban a acecharla de forma más o menos subrepticia.

Christine suavizó la expresión.

—Te digo la verdad, Kate: si no te conociera como te conozco, sospecharía que estás enamorada. Te gusta mucho, ¿a que sí?

—¿Es tan difícil de creer? —preguntó Kate.

—Confieso que al principio tenía mis dudas, sí. Pero si estás segura de él...

—Lo estoy.

Christine extendió la mano para tomar la de Kate al otro lado de la mesita.

—En ese caso, te apoyaré, a ti y tu relación, con toda la fuerza de mi ser.

Kate, agradecida, le apretó la mano.

—Eres un encanto, querida.

Christine le devolvió el gesto sin soltarle la mano.

—Soy práctica. Me doy cuenta de que cuando quieres algo de verdad no descansas hasta conseguirlo, así que sería absurdo que me cruzara en tu camino.

—Si lo que contara fuesen solo mis sentimientos, todo estaría claro. Pero el problema es él. Puede que yo no le guste tanto como él a mí. No lo suficiente como para esforzarse mucho.

—No creo.

En realidad, Kate tampoco lo pensaba, pero temía haber perdido el control de la situación y de sus propias emociones. Eso la hacía sentirse extrañamente vulnerable: no estaba acostumbrada.

—Lo único que quiero ahora es que llegue cuanto antes. Ya llevo casi una semana en la ciudad y aún no ha dado señales de vida.

—Lo que necesitas es distraerte, Kate —dijo Christine—. Sir Lawrence ha prometido llevarnos al teatro mañana por la noche. Representan una dramatización del *Cuento de Navidad* de Dickens. Seguro que será magnífica.

Kate fingió entusiasmo por lo que le había dicho su amiga. No quería transmitirle el estado de ansiedad que la afligía.

—¡Me apetece muchísimo!

Ya habían terminado el té cuando se abrió la puerta de la tienda y por ella apareció la cara delgada y angulosa de un caballero que entraba a refugiarse de la lluvia. Se quitó el sombrero y sacudió el paraguas de seda para eliminar el exceso de agua. Recorrió el establecimiento con mirada rapaz y de inmediato fijó los ojos en Kate.

La joven gruñó para sí. Era el señor Catmull.

Se cercó a la mesa enseguida.

—Lady Katherine. Señorita Mattingly. Qué casualidad tan agradable encontrarlas aquí.

Kate y Christine saludaron a aquel individuo odioso, ambas preguntándose si su aparición era de verdad casual. ¿La había estado siguiendo desde su llegada a Londres?, ¿marcando sus movimientos para atraparla en su red, como haría una araña con una mosca?

—La lluvia es cada vez más fuerte —informó—. Y veo que no las acompañan sus doncellas ni ningún criado.

—Mi doncella personal ha ido a avisar al cochero —informó Christine—. Volverá enseguida.

Catmull agarró una silla y se sentó junto a ellas.

—Permítanme que les ofrezca mi protección mientras llega su carruaje.

Kate se envaró. ¡Ni que necesitaran algún acompañante o protector! Pero Christine no podía rechazar a un caballero que tenía negocios con su prometido.

Así que sonrió, amable.

—Buena idea, señor.

—Es mi deber, ni más ni menos. —El señor Catmull se sentó junto a Kate. Bajo la mesa, le rozó las faldas con la pierna—. Si dependiera de mí, ninguna joven dama pondría un pie fuera de casa sin ir acompañada como es debido.

—En ese caso, hemos de estar agradecidas de que tal cosa no dependa de usted —afirmó Kate en tono cortante—. No estamos en la Edad Media, señor Catmull. Las mujeres ya tenemos la capacidad de ejercer cierto grado de independencia.

—Si me acusa de estar chapado a la antigua y pasado de moda, tiene usted toda la razón, milady —replicó—. Opino que las mujeres conforman el sexo débil, lo cual en ningún caso debe considerarse un fallo. Es solo el modo en el que está configurado el género humano. El cuerpo y el cerebro femenino no están equipados para gestionar y manejar los rigores de la vida sin la protección y la guía de un hombre. Así que nuestra obligación moral es cuidarlas.

Kate le lanzó una mirada agraviada a su amiga.

—Una actitud muy loable —murmuró Christine con cortesía.

—Hay una palabra que define dicha actitud… —comenzó Kate, aunque no pronunció ninguna palabra.

Christine le lanzó una mirada de advertencia. A ella tampoco le gustaba nada el señor Catmull, pero insultarlo no era procedente ni sería adecuado. Al menos mientras sir Lawrence y el señor Catmull mantuvieran una relación cordial.

Kate se llevó a los labios la taza de té, que agarraba con fuerza entre los dedos. No tenía el menor interés en que Catmull las instruyera sobre la superioridad de los hombres respecto a las mujeres. ¡Menudo cretino! Pero sí que había algo acerca de él que le interesaba saber. Y se le ocurrió una idea.

—Señor Catmull —empezó—, hace poco he sabido que usted…

—¡Oiga! —El señor Catmull chascó los dedos en dirección a la propietaria de la tienda—. ¡Traiga más té, y deprisa!

La mujer se apresuró a acercarse para atenderle.

—Mis disculpas, señor. —Les llevó enseguida otra tetera humeante—. Si necesitan alguna otra…

—Nada, nada —la cortó el señor Catmull con displicencia, haciendo un gesto despectivo con la mano.

Kate dejó la taza con deliberada lentitud sobre la mesa. Tuvo que utilizar toda su fuerza de voluntad para no hacer un comentario negativo acerca del comportamiento del individuo. No podía soportar que trataran a los sirvientes y

dependientes con rudeza y malos modos.

Sus padres siempre decían que la forma en la que una persona trataba a quienes percibía como inferiores reflejaba bien la catadura moral de dicha persona. Padre lo había experimentado de primera mano, pues al principio de su vida su posición social era muy baja, ya que pertenecía al rango menor del servicio. ¿No se daba cuenta el señor Catmull de que la propia abuela paterna de Kate había sido criada y tabernera?

Catmull esperó a que Christine le sirviera el té.

—Así está bien, gracias —le dijo cuando hubo terminado.

—¿Kate? —preguntó Christine.

—Sí, por favor —indicó esta para que le rellenara la taza medio vacía.

El señor Catmull volvió a dirigirse a Kate.

—¿Volvió usted a Londres el martes pasado?

Se sobresaltó. ¡Sabía el día exacto! No le sorprendería que también supiera la hora concreta de su llegada.

—Sí, en efecto.

—Espero que su estancia en Somerset fuera agradable.

Kate añadió leche y azúcar al té, tomándose su tiempo. Su primera intención había sido preguntarle directamente, pero quizá fuese más oportuno dar un rodeo, dado que lo normal era que él acaparara la conversación y no la dejase meter baza casi nunca.

—Sí, muchas gracias. —Se llevó la taza a los labios—. ¿Y usted, señor? ¿Cómo ha pasado sus vacaciones de Navidad?

—Me quedé en la ciudad. Sir Lawrence y yo teníamos asuntos de negocios que resolver. No obstante, ya en enero viajé al oeste de Inglaterra para asuntos personales.

Kate alzó las cejas con gesto de sorpresa.

—Ah, ¿sí?

—Tengo una propiedad en Devonshire que se está preparando para la venta —explicó—. Se llama Satterthwaite Court. Puede que haya oído hablar de ella.

Kate estuvo a punto de derramar el té. ¿El señor Catmull había visitado Satterthwaite Court el mes anterior? ¡Madre del amor hermoso! ¡Era casi un milagro que no la hubiera pillado haciéndose pasar por la esposa del señor Heywood!

—Satterthwaite Court... —repitió Christine pensativa—. ¿Conoces esa hacienda, Kate?

—El nombre me resulta familiar, sí —reconoció Kate—. Creo que no está lejos de la de mis padres.

—Bastante cerca, de hecho —precisó el señor Catmull—. Pensé en ir a visitarla, pero, dado que no he sido presentado formalmente a sus padres, desistí... —hizo una breve pausa y después remató—, de momento.

Kate sintió un escalofrío solo de pensar en la presencia del señor Catmull cerca de Beasley Park o de sus padres.

—Pues es una pena que no lo hiciera. Aunque me atrevo a decir que resultó mejor así. He estado muy ocupada durante mi estancia en casa.

—Ya tendremos otras oportunidades para vernos —dijo él—. Y una de ellas en un futuro muy cercano.

—Se refiere al baile de Chesham, claro. —Kate había olvidado que estaba invitado.

—Una pena que ya no podamos esperar la presencia de Su Majestad —lamentó Catmull—. Seguro que, tras el fallecimiento del duque de Coburgo, estará demasiado apenada.

—Sí, eso he oído —murmuró Kate.

Ernesto, duque de Sajonia-Coburgo y Gotha, había sido el padre del príncipe Alberto y tío de la reina Victoria. Su muerte, hacía dos semanas, había provocado el luto en la casa real, dando lugar a que la reina y sus allegados cancelaran su asistencia a la celebración de lady Chesham.

—No obstante, el baile aún promete ser todo un acontecimiento —continuó el señor Catmull—, pese a la ausencia de Su Majestad.

—No sabía que conociera usted a lady Chesham —comentó Christine.

—Es mi madre quien la conoce —precisó el señor Catmull—. Yo seré su acompañante.

Kate no sabía que el señor Catmull tuviera familiares directos. No había hablado de ninguno, salvo del muy ensalzado y desconocido tío vizconde, por supuesto.

—No recuerdo haber conocido a su madre durante la temporada —tanteó Christine, que pareció leerle la mente a Kate.

—No tuvo oportunidad.

—¿Es que no viene a la ciudad? —insistió Christine.

—Madre había renunciado a la vida social —declaró el señor Catmull—. Ha estado inválida durante muchos años y se encuentra más a gusto en casa. Pero la he convencido para que, en este caso especial, acuda al baile.

Kate sintió una punzada de temor.

—No puedo imaginarme por qué.

El señor Catmull esbozó una sonrisa calculadora solo con los labios.

—¿De verdad que no, milady?

* * *

—¡Por todos los santos del cielo! ¿Qué será lo siguiente? —Kate se quitó los guantes y el sombrerito—. Antes de que nos demos cuenta, el señor Catmull habrá publicado las amonestaciones.

Christine se quitó también las prendas mojadas y se las tendió al criado que les había abierto la puerta de la casa.

—No deberías tomártelo a broma. Ha dejado bien patente su intención de pedirte en matrimonio en breve.

Kate empezó a subir las escaleras en dirección a la sala de estar, seguida de su amiga.

—Eso no es de mi incumbencia.

Christine la miró con preocupación.

—Lo será en cuanto lo haga. Deberías decirle que no vas a aceptar. Te hablo muy en serio, Kate.

—Pensaba que ya se lo había dejado muy claro —replicó.

Eran más de las tres de la tarde. La sala de estar de los Mattingly estaba vacía. Un fuego alegre crepitaba en el hogar y solo el olor a perfume caro evidenciaba que había habido invitadas hasta hacía poco tiempo. La tía Jane convocaba todos los jueves reuniones informales en las que damas de la alta sociedad hablaban de arte y de música. Kate y Christine habían estado a punto de encontrárselas.

Kate se dejó caer sobre el sofá mullido con un suspiro hondo y Christine se le unió enseguida.

—Lo único que tienes que hacer es ser más firme y más clara con él. O eso, o terminar casada con ese individuo despreciable, maldiciendo vivir bajo la lupa de una suegra misteriosa e inválida.

—Sí, su madre es de lo más misteriosa, lo mismo que esa hacienda de la que habla. —Kate le apoyó la cabeza en el hombro a Christine—. La verdad es que tengo mucha curiosidad al respecto.

Fuera, el cielo se había oscurecido aún más con grandes nubes de tormenta. Se oía ruido lejano de truenos que hacían retumbar los cristales de las ventanas. Tardaría poco en volver a llover.

Christine apoyó la mejilla sobre la cabeza de Kate.

—¡Mira que son raras y diferentes las cosas que te interesan, querida! Me cuesta entenderlo, de verdad te lo digo.

—No son tan raras. Y la verdad es que apenas han cambiado a lo largo de los años.

—¡Pues claro que sí! Las armas, los caballos, los perros, los gatos...

—Los vestidos bonitos —interrumpió Kate.

—Las apuestas insensatas —añadió Christine—. Y las aventuras, cuanto más insensatas mejor.

—Sigo mi intuición, mi estrella errante —teorizó Kate—. Y todavía no me ha traicionado.

Unos momentos después, mientras Christine y ella vagueaban entre los almohadones del sofá, hablando de sus cosas, el mayordomo de los Mattingly, Pruitt, se presentó en la puerta del salón de estar.

—Señorita Mattingly, hay un caballero en la puerta —anunció—, un tal teniente Heywood, que pregunta por lady Katherine. ¿Desea recibirlo?

Kate se incorporó de un salto. El corazón se le aceleró de pura euforia y también de alivio. ¡Charles estaba allí! No había parado de decirse que acudiría, que la perseguiría del mismo modo que ella lo había perseguido a él, pero no había estado del todo segura hasta ese preciso momento.

Christine se colocó bien en el sofá, con mucho más autocontrol del que tenía Kate.

—Gracias, Pruitt. Por favor, acompañe hasta aquí al teniente Heywood.

Capítulo 24

Charles permaneció en la puerta de la sala de estar. Se había empapado con el chaparrón. No era su mejor momento, era evidente, aunque al salir del hotel Grillon, una hora antes, estaba en perfecto estado de revista.

Los bombones que había comprado tenían la culpa. Había sido una ocurrencia romántica y, como la realidad demostraba, absurda. De no haberse parado en la confitería, de camino a la calle Duke, no le habría salpicado toda la ropa un carruaje de cuatro ruedas, ni tampoco habría estado a punto de atropellarlo ese maldito vehículo. No le había dado tiempo de volver a su hotel para cambiarse. O, más bien, se lo había impedido su propia impaciencia, y es que no veía a Kate desde hacía casi dos semanas.

La joven estaba de pie junto a su amiga frente al sofá lleno de almohadones. Le temblaba un poco el labio inferior y tenía muy abiertos los preciosos ojos azules desde que el mayordomo había anunciado su presencia.

Charles sintió una oleada de emoción inesperada que le oprimió el pecho con fuerza.

Kate se había sentido insegura respecto a él. Pero se dio cuenta con una sensación de profunda ironía de que, durante todos esos días, a él lo había consumido su propia inseguridad, solo en medio de los campos agrestes de Somerset, mientras planificaba su próximo viaje a Londres. Casi había llegado a la conclusión de que, cuando por fin llegara y volviera a verla, se encontraría con la cruda situación de que Kate lo había olvidado; de que se habría visto impelida, por su naturaleza impulsiva, a fijar la atención en algún otro individuo que le resultara más atractivo e interesante.

Pero no. Kate podía ser irreflexiva e impaciente, pero de ninguna manera inconstante. La forma en que lo miraba lo demostraba con creces.

—Lady Katherine. —La saludó con una inclinación de cabeza.

—Teniente Heywood. —Replicó el gesto de forma mínima.

Llevaba un vestido de seda azul oscuro con un cinturón también de seda de un azul aún más oscuro. En realidad, era bastante parecido al que vestía la última vez que la vio.

—Le presento a mi muy querida amiga la señorita Mattingly.

Charles cruzó la habitación para inclinarse cortés ante la joven, que era muy alta.

—La señorita Mattingly y yo nos hemos visto antes, si no recuerdo mal.

La aludida sonrió.

—Así es, teniente. Pero he decidido olvidar aquel encuentro desafortunado, así que le propongo que empecemos desde cero.

—No puedo estar más de acuerdo.

—Siéntese, por favor. —La señorita Mattingly le cedió el sitio de al lado de Kate —. Tengo que salir un momento para hablar con Pruitt, si me lo permiten.

—¡Claro! —asintió Kate—. Tómate todo el tiempo que necesites.

Charles esperó hasta que la señorita Mattingly hubo salido de la habitación y, una vez a solas con Kate, sacó el ya bastante baqueteado paquete del bolsillo interior del abrigo.

—Te he traído un regalito —dijo, ofreciéndoselo—. Te pido perdón, con esta lluvia la caja se ha estropeado un poco.

Kate la recibió con una sonrisa de perplejidad.

—¿Son golosinas?

—Sí, bombones.

Desanudó la cinta de color violeta. Las chocolatinas estaban adornadas con trocitos de jengibre confitado.

—¡Bombones con jengibre! —exclamó arrobada—. ¡Mis favoritos! —La sonrisa viró a un gesto incrédulo—. ¿Cómo lo has sabido?

—No lo sabía —confesó—. Lo he deducido.

En una tienda abarrotada de dulces y golosinas, los bombones de jengibre le habían parecido la elección más adecuada. Tenían un toque de fuego, como Kate.

La joven se metió uno en la boca y cerró los ojos para saborearlo.

—¡Divinos!

Charles contuvo la sonrisa.

—Me alegro mucho de que te gusten.

—¡Perdóname, por favor! ¿Quieres uno?

—No, gracias.

Le lanzó una mirada de disculpa al tiempo que se cubría parte de la boca con la mano mientras terminaba de masticar.

—Igual debería haber esperado a estar sola para probarlos.

—No interrumpas el placer porque yo esté aquí.

Kate se sentó junto a él y dejó la caja a un lado.

—Mejor controlarme. Prefiero hacerte caso a ti en lugar de a los bombones que me has traído, por mucho que me gusten. —Se sacudió de los dedos el polvillo de chocolate y extendió la mano hacia él—. ¿Cuándo has llegado?

—Esta mañana. —Le agarró la mano y la mantuvo en la suya al tiempo que se sentaba junto a ella—. Tengo habitaciones en el Grillon.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo? O... —Se interrumpió—. Mejor no me contestes a eso. No quiero pensar que te vas a ir enseguida. Es que llevo toda la semana esperándote y...

—No podía dejar Somerset de inmediato. He tenido que tratar asuntos importantes que no podían retrasarse.

—¿Qué asuntos? ¿Sobre la hacienda o...? —Se detuvo una vez más—. No importa, no importa... —Le brillaron los ojos con emoción contenida—. No sabes hasta qué punto me alegro de que hayas venido.

Le acarició los nudillos con el pulgar.

—¿Es que dudabas de mí?

—Pues... te confieso que sí. Pero no por tu culpa, sino por la mía. No tenía que haberte planteado un ultimátum.

—No era consciente de que hubieras hecho tal cosa.

—Pues lo hice. De hecho, te dije que tenías que ser tú quien me persiguiera en Londres.

—Ya...

—Sin duda te has sentido obligado a venir hasta aquí. Después de lo que pasó aquella noche en Beasley Park...

Él se llevó a los labios la mano de la joven, que calló.

—Yo cumplo con mis obligaciones.

Kate estuvo a punto de perder el aliento.

—Charles...

—Te dije lo que iba a ocurrir si te perseguía.

—Lo recuerdo.

Le retiró la mano de los labios.

—Y también te dije que no iba a comprometerte. —Frunció un poco el ceño—. Pero la verdad es que ya lo he hecho cerca de media docena de veces.

Kate pestañeó de la sorpresa.

—¡Claro que no, no me has comprometido en ningún momento!

—¡Pues claro que sí! —rebatió—. En Tiverton. Y en Satterthwaite Court. Y también aquella noche en Beasley Park.

—¡Esas no cuentan! Nadie nos veía…

Charles alzó una ceja.

—¿Es que Arbogast no es nadie? ¿Ni tampoco su cochero?

Hizo un gesto de negación con la mano.

—No sabían quién era yo. Y, puesto que nadie sabe que yo era la que estaba en ese carruaje, o bajo aquel roble, o…

—¿En la antecámara?

Kate se ruborizó muchísimo.

—Sí, exacto. Para que alguien quede comprometido, el… suceso tiene que producirse delante de testigos. De no ser así, no habrá nadie que pueda forzar a un caballero a hacer lo que debe.

—A no ser el propio caballero —apuntó Charles en tono muy serio.

Daba igual que nadie los hubiera visto. Para comportarse como un caballero, tendría que haber viajado de inmediato a Beasley Park tras separarse de Kate en Tiverton, haberse presentado a lord Allendale y haberle pedido la mano de su hija. Y, si no entonces, sin duda justo después de haber besado a Kate en la antecámara. Para restaurar su honor.

El que Charles se hubiera enamorado perdidamente de Kate tendría que quedar fuera de la ecuación. Pero no era así. Había sido importante, y mucho. Había aplazado el viaje por ese motivo. Aunque ese no era el momento adecuado para explicárselo a ella.

Kate retiro la mano de la de él y lo miró con cierto recelo.

—Espero que no estés pensando tonterías.

—Pues la verdad es que sí, bastantes.

Kate entrecerró los ojos.

—Espero que no tengan que ver con el honor y el sacrificio.

—Puedes estar segura de que no ha habido ningún tipo de sacrificio en lo que ha pasado.

—Hablo muy en serio, Charles. Si vas a perseguirme, o cortejarme, no permitiré que lo hagas porque te sientes obligado. De ninguna manera.

—Lo que siento en este momento no tiene nada que ver con la obligación. Eso sí, estoy desconcertado. ¿Se puede saber por qué estamos discutiendo? Me cuesta entenderlo...

Fuera, la tormenta empeoraba por momentos. La lluvia golpeaba contra las ventanas y formaba regueros cambiantes y sinuosos en los cristales.

—Porque para mí es muy importante saber que me quieres por mí misma, por lo que soy —aclaró Kate con determinación—. No por mi fortuna, ni por mi apellido, ni siquiera por mi físico. Y, desde luego, no porque te sientas obligado por una noción anticuada del honor masculino.

—Ya veo. —Charles pensó que la entendía—. Entonces, el hecho de que no te quiera por ninguna de esas razones es algo bueno.

Kate cambió de expresión.

—¡Ah!, ¿no?

—No. Fue tu espíritu lo primero que atrajo mi interés.

—Mi espíritu... —repitió con tono de duda.

—Eres muy guapa, Kate. También eres valiente, tienes buen corazón, eres bondadosa y... del todo impredecible. Un bocado delicadamente dulce, pero con un toque picante. Algo similar a esos bombones que te he traído.

Ella sonrió a su pesar.

—O a ese perro tuyo.

Le devolvió la sonrisa, aliviado de que se hubiera relajado la tensión de hacía un momento.

—Ahora es el perro de mi hermana. Aunque dudo que se pueda decir que ese animal es dulce.

—¿Cómo está Hannah, por cierto?

—Muy bien. Me ha encargado que te dé recuerdos de su parte. Y mis padres también.

—¿Saben que has venido a verme?

—No hemos hablado de eso, pero sospecho que sí. Les he dicho que tenía asuntos que tratar en Londres. Lo cual no es del todo falso —explicó—, pues el señor Catmull ha rechazado mi oferta por Satterthwaite Court.

—¡No me digas! —exclamó—. Pero ¿por qué?

—Pues, al parecer, porque hay algo que no le gusta de mí, algo personal. —Charles le hizo un resumen de la conversación que había tenido con el señor Inch

en Taunton.

Kate negó con la cabeza. No tenía ningún sentido.

—No lo entiendo. ¿Estás seguro de que nunca te has encontrado con el señor Catmull, en ninguna circunstancia?

—No que yo sepa.

—De ser así, te acordarías. Su apariencia no resulta fácil de olvidar. ¡Y de qué forma mira! —Se estremeció de forma muy elocuente—. La señorita Mattingly y yo hemos tenido la desgracia de encontrarnos con él esta mañana en la modista, y no te puedes ni imaginar cómo ha sido. Por cierto, estaba en Satterthwaite Court cuando fuimos a visitar la hacienda en enero.

—¿Cómo dices?

—Sí. Casi me desmayo al enterarme.

Charles recordó el disparo de rifle que había hecho impacto en la rama de árbol que estaba encima de él, muy cerca de su cabeza. En aquel momento experimentó el mismo estado de máxima alerta que sentía cuando estaba en la batalla, ese cosquilleo extraño que le indicaba la presencia de un enemigo en las cercanías. No había sido el disparo en sí mismo lo que se lo había causado, sino su intención.

Si Catmull estaba en ese momento en la casa…

—¡No pensarás que nos vio! —exclamó Kate.

Charles no quería alarmarla con sospechas y presentimientos.

—Lo más probable es que no, no hay ninguna razón —dijo—. Pero no pongo la mano en el fuego.

—Cuando pienso en lo que podría haber pasado si llega a encontrarnos bajo el roble…

—¿Hoy te ha dado la impresión de que sí que nos había visto?

—No de forma directa, aunque sí que me ha parecido percibir cierto matiz calculador en su forma de actuar. Pero él es así siempre. Y ahora soy más consciente debido a que hay un enigma en ciernes. —Lo miró con gesto de expectación—. ¿Has tenido alguna respuesta de la hija del señor Townsend, Abigail?

Negó con la cabeza.

—No, aún no. Volví a escribirle antes de marcharme de Somerset para informarla de que iba a estar en Londres. Iré a visitarla ahora que estoy aquí. En lo que se refiere a Catmull…

—Va a traer a su madre a la ciudad para ir con ella al baile de lady Chesham —lo interrumpió Kate—. Me ha amenazado con presentármela.

—Ah, ¿sí? —Charles frunció el ceño. La mayoría de los caballeros no se tomaban a la ligera el hecho de presentarle a una joven a su madre. Él mismo lo consideraba significativo—. ¿Tú tienes algún interés en conocerla?

—No tengo el más mínimo interés en nada que tenga que ver con el señor Catmull —aseguró con tono de disgusto—. Todo lo contrario. No soporto a ese individuo, me repele. —Agarró la caja de bombones que estaba sobre un cojín del sofá y le recolocó con mimo la cinta que la adornaba—. ¿Cuándo vas a ir a visitarle?

—Mañana por la mañana. A ver si hay suerte y logro convencerlo de que me venda la hacienda.

—¿Y si lo consigues? ¿Qué harás? —Le hizo las preguntas fingiendo indiferencia—. ¿Seguirás en Londres?

Charles sintió una gran ternura por ella.

—No desconfíes de mí, Kate. No tienes por qué.

La joven exhaló un suspiro entrecortado.

—No es eso. Lo que pasa es que...

—Soy yo quien debería no estar seguro respecto a ti, todo lo contrario.

Lo miró con gesto algo contrariado.

—No sé por qué lo dices. Tú podrías tener a cualquiera.

Charles la miró con fijeza, sin pestañear. Al final, curvó los labios en una sonrisa.

—Esa es la cuestión, querida mía. Yo no quiero tener a cualquiera. Te quiero a ti. ¿Por qué crees que estoy aquí si no?



Capítulo 25

Elías Catmull residía en una casa anodina de la esquina sur de la plaza Russell, un vecindario en el que abundaban los abogados y comerciantes londinenses de éxito. La lluvia golpeaba con fuerza y persistencia la fachada de ladrillo y fluía hacia el suelo sin interrupción, inundando el pavimento.

Tras entregar su tarjeta a un criado para que se la llevara al señor Catmull, a Charles lo dejaron esperando a la intemperie, de pie en lo alto de la escalera, protegido de la lluvia solo con el sombrero y el abrigo.

No tuvo que esperar demasiado. El criado regresó enseguida y se dirigió a él con gesto inexpresivo.

—El señor Catmull no se encuentra en casa.

—¿Cuándo está previsto que vuelva?

El criado mantuvo un silencio significativo.

—Entiendo —dijo Charles—. Muy bien. —No discutió, pues no tenía ningún sentido hacerlo. Dejó la tarjeta y bajó los escalones hasta la calle.

Estaba claro que la cosa se iba a desarrollar así. Catmull no solo rechazaba la oferta de Charles por Satterthwaite Court, sino que hasta le negaba la posibilidad de un encuentro. ¿Qué demonios pasaba? Estaba decidido a averiguarlo.

Pese al mal tiempo, la calle, que conducía al Museo Británico, se hallaba abarrotada de carruajes y coches de punto. Nada más ver uno libre, le hizo señas para que parara.

El vehículo se detuvo junto a él. Un carruaje muy elegante que iba detrás, con un escudo de armas en la puerta, se vio obligado a detenerse también. Charles vio que se descorría la cortina de terciopelo y a una dama que miraba hacia afuera. Al

verle, abrió la boca, como si se asombrara, y volvió a cerrar la cortina de inmediato.

Charles hizo una mueca de disgusto, pensando que debía de parecer una rata de cloaca empapada. ¡Maldito fuera Catmull, que lo había dejado a la intemperie en medio del chaparrón!

—Al hotel Grillon —le indicó al conductor al tiempo que entraba en el coche de punto.

—De acuerdo, señor. —El conductor se apresuró a azuzar al caballo.

Una vez en el hotel, Charles se lavó y se cambió; después le envió una nota a Gilbert Trumble.

Kate se había referido a Gilbert como si fuera un viejo amigo del colegio de Charles. Eso era retorcer la verdad hasta un extremo casi grotesco, pero sí que se podía decir con propiedad que se conocían. De vez en cuando habían coincidido en Eton, donde Gilbert formaba parte del grupo que practicaba mucho deporte. Además, pertenecía a la alta sociedad y lo sabía todo sobre todo el mundo. Dado que tanto el tío como el abuelo de Charles estaban en esos momentos en el campo, necesitaba una fuente de información fiable.

Por suerte, dado que Gilbert disponía de mucho tiempo libre, y que, con toda probabilidad, también le sobraba curiosidad acerca de los motivos de Charles para ponerse en contacto con él, accedió a tomar una copa con él en su club de la calle St. James esa misma tarde.

Cuando Charles llegó, el club estaba bastante más lleno de lo normal, pues la lluvia había empujado a la mayoría de los caballeros socios a disfrutar allí dentro de sus cigarros y copas de brandi. En el salón principal flotaba una humareda densa. Las butacas de cuero rojo se arracimaban alrededor de las varias chimeneas, o bien en rincones más aislados. Las estanterías de las paredes presentaban una gran cantidad de bustos de bronce de miembros antiguos e ilustres del establecimiento, y varias palmeras y pilares adornaban el entorno.

Gilbert Trumble estaba sentado en un rincón, no lejos de un anciano canoso que dormitaba junto al fuego en una butaca y de un individuo corpulento que escondía la cara detrás del *Times*. Trumble no estaba muy distinto a como Charles lo recordaba del colegio: pálido, rubio y afable.

—Catmull no es miembro de este club —explicó después de que ambos hubieran pedido sus respectivas consumiciones e intercambiado los consabidos recuerdos de su vida escolar más o menos compartida—. No está lo bastante alto en el escalafón social. Pertenece al de los Venturistas.

Charles no había oído hablar de ese lugar.

—Debe de ser muy reciente.

—Lo formó hace unos años un grupo de individuos muy aficionados a las finanzas. Por lo poco que sé, es justo a eso a lo que se dedican allí: hablan de negocios y finanzas, y de nuevos esquemas y oportunidades de inversión. Todo muy comercial, para mi gusto en exceso. No es para gente como nosotros, aunque hay algunos hombres de la nobleza entre sus miembros. Sir Lawrence Glade, por ejemplo. Es ese de ahí, el de detrás del periódico. —Gilbert señaló con un gesto al caballero que leía el *Times*—. Hace poco que se ha prometido con mi prima.

—¿Crees que aceptaría presentarme al señor Catmull?

—No veo por qué no. —Gilbert alzó la voz—. ¡Glade!

Sir Lawrence bajó el periódico.

—¿Qué ocurre, Trumble?

—Ven a tomar una copa con nosotros.

Sir Lawrence dobló el periódico, se levantó y se dispuso a acercarse a ellos.

—Entonces, Heywood, ¿tantas ganas tienes de conocer a Catmull? —le preguntó Gilbert mientras esperaban.

—¿Tan raro es? —preguntó Charles.

—Pues sí, bastante —respondió su amigo—. Es el tipo de individuo al que casi todo el mundo evita.

—Posee algo que yo quiero —reveló Charles.

Gilbert entrecerró los ojos.

—¿Te refieres a lady Katherine?

Charles lo miró con cierta alarma.

—Ella te mencionó antes de Navidad —explicó Gilbert—. Algo sobre un incidente con un perro en la calle Bond. Le dije que te conocía de Eton.

—¿Y eso qué tiene que ver con Catmull?

—Pues que hay quien dice que va a atraparla un día de estos —dijo Gilbert—. Una estupidez, creo yo. Kate no es de las que se dejan atrapar así como así.

A Charles le molestó mucho el que alguien cometiera la falta de respeto de mencionar el nombre de Kate, y, por si fuera poco, relacionándolo nada menos que con Catmull.

—Sería mucho mejor para ella terminar con Fenwick o con el heredero del duque de Whitney —prosiguió Gilbert, sin darse cuenta del cambio de humor de Charles—. A ellos les gustaría por su belleza. Pero Catmull es distinto. Por lo que le conozco, supongo que lo que quiere es ponerla en su sitio, demostrarle que es

quien manda. Ese individuo demuestra un resentimiento de clase del tamaño de Gibraltar.

Sir Lawrence llegó a donde estaban.

—Trumble.

—Glade —respondió Gilbert—. Te presento al teniente Heywood. Coincidí con él en Eton. Heywood, sir Lawrence Glade.

Charles y sir Lawrence se estrecharon las manos.

—Conozco a su tío, lord Carlisle. Me ha hablado de usted a menudo, y con mucho orgullo, debo decirle.

—Mi tío es muy generoso conmigo —agradeció Charles.

—Heywood quiere que le presenten a Elías Catmull —le explicó Gilbert a sir Lawrence—. No encuentra el modo de hablar con él.

El recién llegado se sentó en el sillón de cuero que estaba libre.

—Así es Catmull, resbaladizo como una anguila cuando quiere. ¿Le interesa invertir en el Canal?

—¿Es que está buscando nuevos inversores? —preguntó Charles.

—No puede haber demasiados —dijo sir Lawrence—. Es una inversión a largo plazo. Todavía no ha habido ganancias, de hecho, pero los que tengamos la fortaleza y la perseverancia suficientes recogeremos los beneficios la próxima década. El éxito está garantizado. Catmull me lo ha asegurado.

Charles reflexionó un momento.

—¿Lo conoce desde hace tiempo?

—Uno o dos años —respondió sir Lawrence—. Estuvo mucho tiempo en el extranjero.

—¿En la Marina? —preguntó Charles, intentando ubicar a Catmull.

Gilbert rio entre dientes y sir Lawrence hizo lo mismo.

—¿Catmull? —dijo con cierto tono de burla—. No es de esos. No es de los que soportan la primera línea de ningún frente, ni en la guerra ni en las situaciones sociales. Prefiere trabajar entre bastidores. En eso radica su fuerza.

—Desde luego que sí —murmuró Charles con tono pensativo.

—Es un mago de las finanzas —admitió sir Lawrence—. Quizá no haya que guardar su tarjeta en el primer cajón del escritorio, pero sí llevarla encima por si acaso. Estaré encantado de presentárselo mañana en el baile Chesham. Va a acudir, ¿verdad?

—Eso quería, sí —reconoció Charles—. Pero me temo que ya es tarde para conseguir una invitación.

—Tonterías. —Sir Lawrence hizo un gesto con la mano—. Si su señoría la anfitriona no le invita, su señoría el anfitrión lo hará. ¡Chesham! —Llamó casi a gritos al caballero de baja estatura y pelo canoso que dormitaba bajo una palmera cercana—. ¡El nieto del conde de Gordon está en la ciudad! ¡Debes asegurarte de que sea invitado al baile!

El señor canoso se despertó de repente.

—¡Qué gran idea! —exclamó—. ¡Por supuesto, por supuesto; es imprescindible, capital!

—Está sordo como una tapia —comentó Gilbert en voz baja—. Pero me aseguraré de que su secretario te envíe la invitación, Heywood. No voy a permitir que te pierdas el baile.

Charles no tenía la menor intención de perdérselo.

—Por cierto —terció antes de que los dos hombres se separaran—. Creo que Catmull dice que tiene un tío vizconde.

Gilbert rio.

—¡Sí, se asegura de decirlo en cualquier situación!

—¿Es alguien conocido?

—El vizconde Darly —aclaró sir Lawrence—. Un tipo muy agradable. Está casado con la tía de Catmull.

—¿El vizconde Darly? —Charles ató cabos a la velocidad del rayo—. ¿Me estáis diciendo que la madre de Catmull es Elizabeth Townsend?

—No conozco a su madre —dijo Gilbert—. Nunca viene a Londres.

—Pues ahora está aquí —informó sir Lawrence—. La ha traído para que acuda al baile. Me parece que quiere presentársela a lady Katherine.

Charles se puso de pie. Apenas supo lo que decía para despedirse. Al momento siguiente volvía a estar en la calle.

Las piezas del rompecabezas empezaban a cuadrar. La nota seguía siendo un misterio, y también el fin de la restricción de herencia. Pero todo lo demás sí que cuadraba.

Ahora entendía el porqué de la negativa a aceptar su oferta por Satterthwaite Court. Y por qué Catmull se había negado a recibirlo en su casa de Londres. Hasta sabía por qué alguien se había atrevido a dispararle cuando estaba bajo aquel viejo roble en Devonshire.

Su padre le había dicho que los cotilleos vivían para siempre. Al parecer, los resentimientos también.

Elías Catmull era el nieto de Edgar Townsend.



Capítulo 26

Esa misma tarde, varias horas después, Charles se vestía para ir al teatro. Kate había mencionado que sir Lawrence iba a acompañarlas a la señorita Mattingly y a ella a la sala Adelphi. Aunque nadie lo había invitado de modo formal a unirse al grupo, estaba decidido a acudir. Como mínimo, le presentaría sus respetos a Kate. Ya iba siendo hora de que mostrara su interés por ella en público.

Al día siguiente, por la mañana, abordaría a Catmull, a su madre y a lord Darly. Charles estaba seguro de que la respuesta al misterio se la podían dar entre los tres.

Apenas había terminado de hacerse el nudo del pañuelo de cuello cuando sonó una llamada en la puerta de la habitación del hotel. Fue a abrir en mangas de camisa.

Un botones aguardaba frente al umbral.

—Un mensaje para usted, teniente Heywood. Lo han entregado en la recepción. —Extendió la mano para entregarle un sobre color crema.

Charles lo recogió y le dio la vuelta para examinarlo. El sobre estaba lacrado con cera roja y llevaba impreso un escudo de armas que le era extrañamente familiar. Y la letra también. El nombre de Charles estaba escrito en la parte posterior del sobre con letra angulosa.

—¿Quién? —preguntó.

—Un mensajero procedente de la residencia del vizconde Darly, señor. ¿Debo esperar su respuesta?

—No será necesario. —Charles le dio las gracias al botones, junto con unas monedas por las molestias, y cerró la puerta. Rasgó el sobre de inmediato.

Mi querido Charles:

Tengo entendido que por fin estás en Londres. Eso es algo magnífico, pues hace tiempo que tengo la intención de hablar contigo sobre un asunto que me perturba y me preocupa mucho. Hazme el favor de cenar conmigo esta noche en Eaton Place. Mi marido y mis hijos están en el campo, así que estaremos solos. Te espero a las ocho y media.

Afectuosamente,
Abigail, lady Darly

Charles bajó la carta. Se dio cuenta de dos cosas al mismo tiempo: por qué había reconocido el escudo de armas y dónde había visto esa letra.

Sintió un acceso de furia, aunque tranquila y controlada.

El teatro tendría que esperar.

* * *

—No ha venido —murmuró Kate muy decepcionada mientras paseaba la vista desde el palco que había reservado sir Lawrence.

Christine se sentó junto a ella en una silla de respaldo alto y mullido, y empezó a darse aire con brío usando el abanico de plumas. Fuera, la noche era fría, pero dentro las luces de gas y la multitud abigarrada contribuían a que hiciera mucho calor.

—No lo sabes con seguridad. Hay muchísima gente esta noche.

La sala Adelphi era un teatro muy popular que sobre todo programaba operetas, *ballets* y pantomimas durante la temporada de invierno y primavera. La audiencia era muy variada: miembros de la nobleza y de la alta burguesía, pero también personas corrientes, y en bastante cantidad. Esa noche, el patio de butacas y las gradas más elevadas estaban abarrotados. La versión para teatro del *Cuento de Navidad* de Dickens había movilizado a todos los estamentos sociales.

En el entreacto, sir Lawrence había ido a por unos vasos de limonada y había dejado solas durante unos minutos a Kate y Christine, que, dado el calor reinante, se habían quitado los chales, dejando al descubierto los corpiños escotados de los respectivos vestidos de noche, de seda color bronce el de Christine y de satén rosa el de Kate.

—Sí lo sé —insistió esta, que seguía mirando a todos lados con cierta ansiedad —. De haber venido, estaría en el palco del conde de Gordon.

Dicho palco estaba vacío en ese momento.

—No necesariamente —razonó Christine—. El teniente Heywood no me parece nada pretencioso. Igual ha comprado una entrada de patio de butacas.

Kate lo dudaba. Charles no era nada pretencioso, pero tampoco era tonto. Los asientos del patio de butacas, aparte de no ser numerados, estaban tan cerca unos de otros que los espectadores se apretaban como sardinas en lata. Nadie elegiría esa forma de ver el espectáculo pudiendo disponer de una alternativa infinitamente más cómoda.

—¿Qué decíais de Heywood? —preguntó sir Lawrence según entraba de nuevo en el palco con las bebidas sujetas de modo precario entre las manos. Llevaba un traje negro con chaleco blanco, y el pelo, algo gris, bien peinado y fijado con pomada capilar. La limonada se desbordó del vaso que le ofreció a Christine. La joven lo agarró y, con mucha delicadeza, usó su pañuelo para limpiarlo.

—Lady Katherine y yo esperábamos ver aquí esta noche al teniente Heywood. Hace poco que ha llegado a Londres.

Sir Lawrence le pasó otro vaso a Kate.

—Así es. Esta tarde lo he visto en mi club. Es un hombre muy serio. Me ha dicho que no va a permanecer mucho tiempo en la ciudad. —Se sentó junto a Christine—. Seguro que tendrá cosas mejores que hacer que venir al teatro.

Kate se puso tensa.

—¿Sí?

—Aquí no hay nada que pueda despertar su interés, creo yo —prosiguió sir Lawrence—. Esto no es más que una historia de fantasmas.

Christine le lanzó una mirada de apoyo a Kate.

—Bueno, la verdad es que no sabe lo que se está perdiendo. Nunca había visto una dramatización tan lograda. Los fantasmas son muy creíbles. Y la escena del almacén del señor Fezziwig ha sido magnífica.

Kate tomó asiento de nuevo en su butaca, sujetando con la mano enguantada el vaso de limonada, que aún no había probado. ¿Acaso era posible disfrutar del cuento del señor Dickens en una situación como esa?

El día anterior, Charles le había dicho que había viajado a Londres solo para verla; sin embargo, llegado el momento concreto, parecía no disponer de tiempo suficiente para dedicárselo.

La conclusión era clara: estar con ella no le merecía la pena. No era lo bastante interesante ni importante para él. Porque, si lo fuese, ahora estaría con ella. Daba igual que no le gustasen las reuniones de la alta sociedad ni estar en Londres. La presencia de Kate tendría que bastar para que él acudiera a donde fuese. Pero, al

parecer, no era así.

Su madre se lo había advertido cuando salieron juntas a cabalgar en Beasley, y esas palabras volvieron a resonarle en la mente: «Un caballero al que le importes, y que merezca de verdad tu interés, hará los esfuerzos que sean necesarios. Irá a buscarte. Luchará por conseguirte».

La sala recobró el silencio al tiempo que se oscurecían las lámparas de gas y se volvía a abrir en telón. La obra se reanudó, con más fantasmas, más alegría y la cena de de Navidad suntuosa de Bob Cratchit, en la que se sirvieron ganso asado con patatas y pudin de pasas. Pero Kate siguió sin disfrutar de la función. Estaba demasiado enfadada.

No, enfadada no. Era más que eso. Estaba herida.



Capítulo 27

—Mi hermana Elizabeth me dice que tenemos que prescindir de los franceses —dijo lady Darly—, pero Antón venía muy bien recomendado. Hace unos suflés clásicos extraordinarios, seguro que estás de acuerdo.

Charles dejó el tenedor en el plato. Miró a la vizcondesa, que estaba sentada al otro lado de la mesa de madera maciza de caoba. Las velas habían iluminado tenuemente el salón durante la cena, más de una hora de desfile de platos sabrosos que había elaborado con exquisitez el nuevo chef de los Darly.

Lady Darly no había parado de charlar en ningún momento.

—La cena ha sido excelente, milady.

Su señoría le dirigió una mirada ansiosa. Era una mujer menuda, de pelo castaño y ya cercana a los cincuenta; una dama que compensaba el escaso atractivo de sus rasgos adornándose con las mejores sedas, con joyas enormes y con el peinado más elaborado que Charles había visto casi desde que tenía uso de razón.

Estaban solos en el comedor color carmesí de Eaton Place. Tras el último plato, lady Darly había despachado a los dos criados de librea que les habían servido la cena. Desde ese momento, su anfitriona se había mostrado muy nerviosa, sin parar de juguetear con los cubiertos y la comida, y casi saltando del asiento al oír el menor ruido.

—Me alegra que te haya gustado —dijo—. Una pena que mi marido no haya podido unirse a nosotros, pero Darly y los chicos no van a volver del campo hasta la semana que viene. Le contaré lo mucho que te pareces a tu padre cuando tenía tu edad. No se lo va a creer. El parecido es asombroso.

No era la primera persona que se lo decía. Charles se había pasado la vida siendo

comparado con su padre, lo mismo que Hannah con su madre.

—De hecho —prosiguió, no sin antes soltar una risita nerviosa—, cuando te vi esta mañana desde la ventanilla del carruaje de camino al Museo Británico, pensé que eras tu padre. ¡Menuda sorpresa me llevé!

—Pues sí, me lo dicen muchas veces. —Charles dobló la servilleta y la dejó junto al plato. Había esperado que fuera ella quien sacase a colación la carta anónima, lo cual le habría evitado la necesidad de preguntárselo. Pero, hasta ese momento, o bien lady Darly no había querido tener esa conversación, o bien le había resultado imposible ir al grano. Por eso, estaba empezando a impacientarse —. En su nota decía que algo la preocupaba.

—Ah, eso. —La sonrisa desapareció del rostro—. Pues sí, bastante. —Pasó la yema del dedo índice por el borde de la copa de vino—. Desde el otoño. Pensé que tenía que escribirte a ti, pues jamás me atrevería a abordar el asunto con tu madre o con tu padre. Después de todos estos años, tales noticias no serían de su agrado. Y menos si soy yo quien se las da. ¡Qué iban a pensar! Pero no puedo seguir callada durante más tiempo.

Charles esperó en silencio.

Lady Darly inspiró, intentando tranquilizarse. La luz de la vela le iluminaba la cara y hacía brillar los diamantes de la gargantilla y el broche de rubíes que le sujetaba el pelo.

—Se trata de esa hacienda de tu madre. La que está en Devonshire.

—Satterthwaite Court —aportó Charles. Al menos eso lo sabía.

—Fue a parar a mi padre, Edgar Townsend, debido a una restricción de herencia. —Lady Darly mudó el gesto a uno sombrío, como si el recuerdo no fuera de su agrado—. Igual has oído hablar de él. O puede que no. Tal vez tus padres no te hayan mencionado su nombre. No les gustaba mucho, la verdad.

—Creo que tenían sus razones.

—Ni que decir tiene. Utilizó a tu madre de una manera del todo inadecuada. Pero ella tuvo la buena suerte de conocer a tu padre y escaparse con él. Por desgracia, el resultado fue la destrucción de la fortuna de mi padre. El duque de Moreland se encargó de eso. Le echó la culpa de la humillación que sufrió a manos de tu madre. Al cabo de un año, el duque había hecho añicos todos los negocios de mi padre y nadie se volvió a atrever a invertir con él nunca más. Nadie lo visitaba ni lo invitaba por miedo a represalias por parte del duque. Con el tiempo, también perdimos la casa. Y Elizabeth se vio obligada a casarse con un hombre de negocios muy acaudalado para salvarnos de la ruina total.

—El señor Catmull, me atrevo a aventurar.

Lady Darly asintió con un gesto de cierto desprecio.

—Un individuo maleducado y taciturno. Bastante mayor, además, y que a mi hermana no le gustaba nada. Yo me casé con lord Darly un año después, un matrimonio más feliz. Si nos hubiéramos casado antes, podría haber evitado el sacrificio de mi hermana. Elizabeth no me lo ha perdonado nunca. —Se llevó a los labios la copa de vino y la apuró—. Pero todo eso no es más que pasado. Lo que me preocupa ahora es la casa.

Charles se la quedó mirando con interés.

—¿Por eso me envió la carta a Somerset?

Lady Darly palideció y dejó la copa sobre la mesa.

—¿Sabías que había sido yo?

—Reconocí su caligrafía por la nota que me envió al hotel. Lo que no entiendo es qué era lo que quería decirme ni por qué consideró necesario ocultar su identidad.

—Estaba obligada a hacerlo. Era la única manera de hacer lo correcto contigo, pero manteniéndome aparte. Mi lealtad es grande sí, pero... si diera un paso al frente... —Vaciló y se interrumpió durante unos segundos—. Aunque me da la impresión de que lo único que he logrado ha sido confundirte, ¿no es así?

De repente, se levantó de la silla.

Charles hizo ademán de imitarla, pero ella, con una mano llena de diamantes, le hizo un gesto para que se quedara sentado.

—Es un asunto delicado —comenzó, al tiempo que empezaba a andar alrededor de la mesa—. Son mi familia y me preocupo por ellos. Pero no puedo guardar silencio, pues la injusticia es demasiado grande...

Cambió de sitio una silla, también de madera de caoba tallada, y se sentó junto a él.

—Mi padre, al final de su vida, no tenía nada de valor, con la excepción de Satterthwaite Court. Estaba decidido a que, tras su muerte, la hacienda pasara a manos del hijo de Elizabeth, Elías. Padre pasó mucho tiempo con mi sobrino cuando era un niño; le enseñó todo lo que sabía del mundo financiero y de las formas de operar en él. Pero me temo que le inculcó también un profundo sentimiento de agravio por todo lo que había ocurrido con tu madre.

—En otras palabras, Catmull fue criado en el desprecio y el odio a la familia Heywood.

—Es evidente que sí, y una de las consecuencias es su resentimiento contigo. Mi

padre designó a Elías su heredero. En ese momento me contuve. Con tal de que la hacienda permaneciera en la familia, podía vivir con lo que había hecho mi padre. Pero ahora... Elías tiene una necesidad perentoria de dinero para su proyecto del Canal. Le supliqué a Darly que le concediera un préstamo, pero mi marido no quiere ni oír hablar de darle todavía más dinero a Elizabeth ni a su hijo. Así que Elías se ha visto obligado a recurrir a otros métodos para obtener los fondos que necesita.

—¿Y por eso ha decidido vender Satterthwaite Court?

—Solo la desesperación puede haberlo obligado a semejante cosa.

Así pues, la convicción de sir Lawrence acerca de que el plan de Catmull garantizaba ganar una fortuna no se basaba en la realidad. Al parecer, la empresa era mucho más arriesgada de lo que se les había transmitido a los inversores.

Abigail se inclinó hacia delante.

—Pensé que, si tú pudieras comprar la finca para tu uso, todo se arreglaría sin dar lugar a ningún escándalo. Por eso te guie hacia el señor Arbogast. Sabía que Elías iba a anunciar la venta y quería que tú fueras el primero en saberlo. —Sonrió esperanzada—. Supongo que habrás hecho fortuna tras los años que has pasado en la Marina. Los marinos militares vuelven a casa enriquecidos. Y si tú decidieras comprar Satterthwaite Court...

—Su sobrino rehúsa vendérmela —la informó Charles.

La dama puso cara de asombro y disgusto.

—¿Ya le has hecho una oferta?

—Sí, y muy generosa. Catmull la rechazó de plano. —Dado que Charles se apellidaba Heywood, estaba empezando a entender el porqué.

—¡Pero no puede negarse! —exclamó lady Darly—. La hacienda tendría que ser tuya. De hecho, si las cosas se hubieran desarrollado de otra manera, lo sería.

Charles se alarmó.

—¿A dónde quiere llegar?

Se mordió el labio.

—No puedo ir más allá. Ya he hablado demasiado.

—No me ha dicho usted nada.

La dama dejó caer los hombros con gesto de derrota.

—No tiene sentido seguir con esto. Si Elías no quiere venderte a ti la hacienda, no hay nada que hacer. —Hizo ademán de levantarse.

Charles la tomó de la mano, conteniendo su gesto con suavidad.

—Milady, si usted tiene información sobre algún hecho o acto que haya

perjudicado a mi madre, le ruego que lo ponga en mi conocimiento.

La angustia y la indecisión eran evidentes en la mirada de lady Darly.

—No puedo decírtelo. Traería la desgracia a mi familia.

—¿Acaso mi madre no forma parte también de su familia?

A Abigail le temblaba la mandíbula y abría y cerraba la boca como si no pudiera respirar.

—Me vas a echar la culpa por haber guardado el secreto. No tenía que haberlo hecho, ahora me doy cuenta. Pero nunca fui capaz de enfrentarme a mi hermana.

Así que había sido Elizabeth, entonces. Ella era la responsable de la injusticia a la que había aludido Abigail en su carta anónima.

—¿La ha amenazado? —preguntó—. ¿O a quien usted teme es a su sobrino?

En su carta, Abigail había indicaba que escribía poniendo en riesgo su propia seguridad. A Charles no le extrañaba ni lo más mínimo. A no ser que estuviera muy equivocado, Catmull había llegado tan lejos que hasta se había atrevido a dispararle, una acción llena de cobardía. Parecía una contradicción, pero, según la experiencia de Charles, un cobarde podía ser el más peligroso de los malhechores.

—Elías se pondrá furioso cuando sepa que he revelado secretos de la familia —dijo—. Puede llegar a ser muy vengativo y hasta cruel. Me aterra que lo averigüe.

—Seguro que su marido...

—Sí, Darly me protegería. Y también me preguntaría por las razones de todo. —De repente estalló en lágrimas—. Cuando pienso en su decepción al conocer la debilidad de mi carácter... No me parece correcto provocarle tanto dolor. ¿Y para qué serviría ahora? Si Elías no va a venderte la casa...

—El honor y la integridad siempre marcan la diferencia, señora —afirmó Charles con mucha convicción. Lo sabía por experiencia propia. Era lo que le habían inculcado en su casa y en la Marina, y también lo que lo había obligado a dimitir—. Nunca es demasiado tarde para hacer lo correcto, milady. Pero eso ya lo sabe usted. Su conciencia es la que manda y por eso me escribió esa carta.

Lady Darly bajó la cabeza.

—Sí —reconoció en voz baja—. Sí. Tienes razón. No puedo mantener el secreto por más tiempo. —Separó la mano de la de él, inspiró con fuerza y empezó a hablar—. Encontré los documentos cuando estaba limpiando la caja fuerte de mi padre, poco después de su muerte. Documentos legales. Leí todo lo que pude hasta que me los arrebataron. Demostraban que no fue mi padre el que rompió la restricción de herencia. Fue sir Charles.

Charles se la quedó mirando con asombro. Se esperaba cualquier cosa menos

eso.

—Pero eso es imposible. Su padre era el heredero legal. Su padre tendría que haber accedido. —Arbogast se lo había explicado cuando Charles se reunió con él en Tiverton.

—Supongo que accedió... a cambio de una cantidad de dinero. Creo que en esos momentos mi padre valoraba el dinero contante y sonante por encima de cualquier otra cosa, desde luego mucho más que la promesa de una propiedad futura. Por lo que sabía mi padre, sir Charles tenía muchos años por delante.

—Si es verdad lo que dice, la hacienda tendría que haberla heredado mi madre —razonó Charles.

—No. Al menos según el testamento original de sir Charles. Mi padre figuraba en él como heredero de Satterthwaite Court. Supongo que era lo adecuado, ya que la propiedad había estado vinculada a los herederos masculinos durante siglos debido a la restricción de herencia. Pero, cuando mi padre murió, encontré otro testamento entre los documentos de su caja fuerte. Y en él figuraba con total claridad el nombre de sir Charles como firmante.

—¿Había un segundo testamento posterior? —Charles estaba asombrado—. ¡Es increíble!

Lady Darly, con manos temblorosas, se sirvió otra copa de vino del decantador.

—Sé muy bien lo que vi. Estaba allí, entre el resto de los papeles de la restricción de herencia. Padre debió de tomar posesión de todos antes de que se hiciera público el contenido. Al no revelarse el testamento posterior, tanto la hacienda como la mayor parte de la fortuna de sir Charles fue a parar a él, y tu madre se quedó sin nada.

Charles negó con la cabeza.

—Eso es imposible —insistió—. Tuvo que haber un abogado de por medio. Y testigos del testamento posterior. Alguien habría hablado si Townsend hubiese intentado algo ilegal.

Lady Darly esbozó una sonrisa triste.

—No te haces idea de cómo era mi padre. En su momento tuvo un poder enorme. Podía lograr que cualquier hombre se plegara a sus intereses, desde el empleado más bajo hasta un duque del reino. Un abogado del campo y un puñado de testigos iletrados eran para él pan comido.

—¿Catmull sabe todo esto? —preguntó Charles.

—Diría que sí. Fueron su madre y él quienes se quedaron con los documentos después de que yo los encontrara.



Capítulo 28

Kate enlazó con fuerza el brazo de Christine mientras las dos se abrían paso entre la multitud. El salón de baile de lady Chesham estaba abarrotado, no cabía ni un alfiler. Cada vez que cambiaban de dirección para sortear asistentes, se tropezaban con las faldas del vestido suntuoso de una dama o con el codo puntiagudo de algún caballero.

La tía Jane se volvió para mirarlas. Era alta y delgada como su hija, con una cara que no llamaba la atención, pero que se volvía atractiva cuando la iluminaba la animación de su magnífico carácter, que era casi siempre.

—¡Chicas, cuidado con vuestros vestidos!

Kate agarró con la mano derecha el borde festoneado de la falda de su vestido de seda azul plata y, acompañada marcialmente por Christine, siguió avanzando casi a empellones. Acababa de terminar un baile muy animado y las parejas dejaban la pista antes de que comenzara la siguiente pieza. Kate tenía su carné de baile sujeto a la muñeca. En él había más espacios en blanco que nombres, pues había guardado todos los que había podido para Charles. De todos modos, el irritante individuo aún no había hecho acto de presencia.

—¡Mirad! —exclamó la tía Jane, conduciéndolas a toda prisa a un grupo de tres sillas con respaldo alto que había libres en un extremo del salón—. Aquí estaremos bien. —Se sentó y abrió el abanico enseguida—. ¡Un respiro para recuperar el aliento!

Kate y Christine se sentaron en las sillas libres que había a su izquierda.

—Tal vez no pudo conseguir invitación —susurró Christine en voz baja—. Se presentó en Londres muy a última hora.

—Me niego a pensar que haya algo que Charles no pueda conseguir —respondió Kate con tono terco, también en un susurro—. Y menos una cosa tan insignificante como una invitación a un baile.

—No tan insignificante. Para ti tiene mucha importancia, ¿a que sí? —Christine le dedicó una sonrisa comprensiva—. No desesperes. Todavía hay tiempo para que se presente. Además, los caballeros más solicitados suelen llegar con la velada ya avanzada. De hecho, yo no espero a sir Lawrence hasta después de las once.

Kate se abstuvo de señalar que no se podía considerar a sir Lawrence como un caballero que sobresaliera por su atractivo. Además, si su amiga era feliz, ella también. Fuera como fuese, Christine tenía razón. El baile había empezado a las diez, es decir, hacía muy poco tiempo, y no terminaría hasta altas horas de la madrugada. Siempre que Charles apareciera antes de la cena de la una, Kate se daría por satisfecha. ¡Qué remedio le quedaba!

Daba igual que no hubiera ido a visitarla desde el lunes. Ni que no le hubiera mandado una tarjeta de San Valentín. ¡Hasta sir Lawrence se había acordado de tener ese detalle romántico con Christine! La carta para su amiga había llegado con el correo del día: una tarjetita con forma de corazón y un texto *ad hoc*:

El día en que te vi por primera vez, mi amor,
la hora a la que te conocí,
jamás la olvidaré,
jamás.

Era de lo más sensiblero, sí, y hasta se podría decir que cursi. No obstante, a Kate se le hizo un nudo en la garganta al leerla. ¿Tan difícil habría sido para Charles comprar una tarjeta de San Valentín parecida y enviársela a ella? Ese día, en todos y cada uno de los puestos de periódicos había cientos de tarjetas como esa.

—Me he comprometido con lord Barrow para la próxima pieza —dijo la tía Jane—. ¿Con quién bailas tú, querida?

Christine consultó su carné.

—Con el señor Whitely.

—¿Y tú, Kate? —preguntó la tía Jane.

Kate no necesitó consultar el carné.

—La próxima pieza no la tengo comprometida con nadie.

—Siendo así, debo decir que me siento el más afortunado de los hombres —

dijo el señor Catmull emergiendo de entre la multitud.

Kate se quedó helada.

—Lady Mattingly —saludó Catmull con una inclinación dirigida a la tía Jane —. Si cuento con su permiso, claro.

—Lo tiene, siempre y cuando lady Katherine no ponga ninguna objeción — respondió la tía Jane.

Kate no podía hacer semejante cosa de ninguna manera. Las reglas de etiqueta de los bailes de la alta sociedad no permitían rechazar la invitación de un caballero. No cuando la dama no estaba comprometida.

—Muy bien. —Anotó su nombre en el carné.

—Y el vals —añadió Catmull con voz melosa—, si me permite el atrevimiento.

Kate cerró el carné con gesto decidido.

—El vals lo tengo apalabrado.

—Esta noche están previstos dos, milady —insistió él.

—Los dos están reservados —replicó.

A Catmull le brillaron los ojos con una irritación extraña. No era habitual que respondiera a los desplantes de Kate, lo normal era que hiciese como si no la hubiera oído con expresión tranquila, pero esa noche no fue así. El destello de ira que le refulgió en los ojos, unido al cabello cada vez más escaso y a las sombras que proyectaba la enorme araña que colgaba del techo, le dieron a su rostro anguloso y delgado la apariencia de una calavera.

—Una pena. Habrá que compensarlo de algún modo. —Extendió la mano hacia ella—. Vamos, si le parece.

La orquesta empezó a tocar unos acordes de llamada animados, muy adecuados para una alegre cuadrilla.

Kate colocó la mano sobre el brazo del señor Catmull y dejó que la condujera a la pista de baile. Se unieron a ellos otras tres parejas, formando así un grupo adecuado para la danza.

El señor Catmull fijó en ella una mirada inquietante mientras la conducía al primer turno. Pero a Kate no la intranquilizó su actitud. Pese a su forma siniestra de comportarse, no representaba ningún peligro, dado que estaban en un lugar público. Bailaba con él lo mismo que bailaría con cualquier otro conocido presente en el encuentro, con una sonrisa inescrutable que no transmitía la menor amistad ni agrado, pero tampoco lo contrario.

—La festividad de San Valentín está siendo un buen auspicio para el día —dijo cuando se juntaron de nuevo durante el curso del baile.

—¿De veras? —contestó con educación.

—Un día para los enamorados —insistió él.

Kate deseó soltar un bufido de desprecio. No le daría a Catmull el gusto de manifestar sus emociones, fueran las que fuesen.

—Más bien para los comerciantes —opinó—. Y para los bromistas. Apuesto a que en los días como hoy se envían más tarjetas sarcásticas que amorosas y sentimentales de verdad.

—Pese a eso, en días como hoy se llevan a cabo muchos actos impulsivos que deben atribuirse a las flechas que lanza Cupido.

A Kate le alivió que volvieran a separarse. Christine le había advertido que Catmull podría estar planteándose una propuesta de matrimonio y empezaba a pensar que su amiga estaba en lo cierto. De no ser así, ¿por qué iba un caballero a hablar de eso con una dama?

Pero cuando Catmull volvió a reunirse con ella y le tomó las manos para el giro final, ya no tenía la atención centrada en Kate. En realidad, miraba hacia las puertas del salón de baile con ojos casi resplandecientes.

Kate siguió su mirada. Una mujer mayor, muy delgada, permanecía de pie junto a la entrada. Lucía un vestido magnífico de satén color amatista, cuyo efecto, en cierto modo, se perdía debido al ligero encorvamiento de la espalda y al tocado de seda pasado de moda con el que se cubría la cabeza. Tenía el mismo pelo ralo y los mismos ojos demasiado juntos que el señor Catmull. Y la misma mirada rapaz que de inmediato captó a Kate, pese a estar casi en el otro extremo del salón.

La señora Catmull, sin duda. No podía ser otra.

Nada más terminar la pieza, la mano enguantada del señor Catmull se curvó sobre el brazo desnudo de Kate con fuerza inexorable.

—Mi madre está deseando conocerla —dijo, al tiempo que la arrastraba hacia las puertas—. Si me hace el honor.

—Estaría encantada de hacerlo —repuso Kate— si me hiciera el favor de agarrarme con menos fuerza.

El señor Catmull aflojó los dedos, pero sin soltarla.

—No quiero arriesgarme a perderla. Con esta multitud, es fácil que una dama desaparezca.

Kate lo estaba deseando. Prefería mil veces perderse entre la multitud que sufrir la indignidad de ser presentada a la madre del señor Catmull. Nada más verla, había comprobado que parecía una víbora, igual que su hijo.

—Elías —dijo la dama según se acercaban—. Dichosos los ojos —insistió sin la

más mínima alegría. De inmediato, fijó la mirada en Kate—. ¿Es esta la misteriosa lady Katherine de la que tanto he oído hablar en los últimos tiempos?

—En efecto, madre, es ella, por fin. Permítame que le presente a lady Katherine Beresford, hija del conde de Allendale. Lady Katherine, mi madre, la señora Catmull.

La señora Catmull hizo una inclinación.

—Mi hijo no le ha hecho justicia, me temo.

—No la entiendo, señora —dijo Kate tras devolver el saludo.

—La describió como un diamante de primera agua, pero, ahora que por fin la veo, la comparación se queda muy corta. En mis tiempos, habríamos dicho que usted es un original que ha roto el molde.

—Me lo tomaré como un cumplido, señora —agradeció Kate—. Y ahora, si hace el favor de excusarme... Mi carabina se debe de estar preguntando dónde estoy.

Intentó marcharse, pero el señor Catmull no la soltó. De hecho, no había forma de soltarse de él sin hacer una escena.

Kate sintió una opresión en el pecho. Estaba asustada.

No tenía miedo de Catmull ni de su igual de invasiva madre. Era miedo a provocar un escándalo, que era lo que sin duda ocurriría si le pisara o, peor aún, si le diera un buen rodillazo en sus partes blandas, un truco que le había enseñado su hermano Jack y que era capaz de hacer lloriquear sin remedio a cualquier individuo impertinente.

Miró desesperada a su alrededor en busca de Christine, de la tía Jane o de cualquier rostro conocido que fuera capaz de librarla del problema en el que estaba metida. Pero el baile era demasiado caótico como para encontrar a alguien con facilidad. Se oían voces potentes y risas, instrumentos afinándose y gente moviéndose deprisa para preparar el siguiente baile. En ese momento deseó ser mucho más alta de lo que era para poder ver entre la multitud.

—Tonterías —despreció la señora Catmull—. Lady Mattingly y su hija van a bailar la polka. Las estoy viendo cerca de las puertas de la terraza, junto a sus respectivas parejas. No notarán su ausencia. —Se volvió hacia su hijo—. Aquí no se puede ni respirar, Elías. Me estoy mareando.

El señor Catmull le apretó aún más el brazo a Kate.

—No se preocupe, madre. ¿Vamos a la terraza cubierta?

—Una idea excelente. Vamos, querida. —La señora Catmull apoyó la mano huesuda en el otro brazo de Kate. La verdad era que su fuerza no resultaba, ni

mucho menos, la de una mujer supuestamente inválida—. Usted y yo tenemos que empezar a conocernos mejor.

Kate hizo un último y discreto intento de quedarse donde estaba. Pero, al final, no tuvo otro remedio que acompañarlos.

Procuró actuar con paciencia aunque estaba enfurecida. Esta era una de las situaciones que despreciaba de la alta sociedad: la incapacidad de una dama para poder ejercer la más mínima autoprotección. Si una mujer gritaba o armaba un escándalo, era a ella a quien se le echaba la culpa. Y lo mismo pasaba si aceptaba su propia ruina sin protestar ni rebelarse.

No había ninguna opción favorable. Al menos, no en público.

Pero ¡ay del señor Catmull si se quedaba a solas con él!

Capítulo 29

La terraza invernadero de los Chesham se hallaba en la parte trasera de la casa, al final del gran vestíbulo que también daba al salón de baile, ya pasadas las puertas de la biblioteca, que en ese momento estaban cerradas. La habían adornado para la ocasión con farolillos de estilo chino, cuya tenue iluminación permitía entrever las plantas del invernadero, protegidas con tres paneles de cristal.

—Debo expresar de nuevo mi protesta, señora —insistió Kate cuando estaban entrando en la terraza—. Lady Mattingly nunca me va a perdonar si no la informo de dónde estoy y con quién.

—Está usted entre amigos —dijo la señora Catmull—, y me atrevo a sugerir que, dentro de poco, seremos más que amigos. He sabido que usted y mi hijo tienen un acuerdo privado.

Por fin Kate pudo librarse de la sujeción de Catmull hijo.

—¡Eso no es cierto! Quien le haya dicho tal cosa...

—Se lo he dicho yo —interrumpió el señor Catmull con tono y gesto insolente —. Además, es un hecho que ya conocen los miembros de la alta sociedad.

Kate se lo quedó mirando muy irritada.

—¡Dios mío!, ¿cómo se atreve a decir una mentira semejante?

La señora Catmull hizo una mueca de desaprobación. Ahora que estaban solos los tres, la fachada de cortesía se había desvanecido, así como cualquier rasgo fingido de enfermedad. En lugar de aprovechar alguna de las sillas de la terraza para sentarse, se había colocado de pie en medio de las puertas de acceso, como si quisiera bloquearlas para evitar que saliera.

—Se nos ha visto juntos —dijo el señor Catmull—. Me he encontrado con usted en todas y cada una de las reuniones a las que ha acudido. Hemos bailado con asiduidad. Y también hemos hablado en el parque, en las tiendas, en los salones de té. ¿Por qué otra razón iba a venir mi madre a Londres después de tantos años de retiro en Bath?

El gesto de desaprobación de la señora Catmull se transformó en un desdén evidente.

—Las bases se han ido poniendo debajo de tus pies, muchacha, y te ha faltado agudeza para darte cuenta.

—¡Claro que me he dado cuenta! —exclamó Kate—. He visto con desagrado desde el principio los intentos de acercamiento de su hijo, pero lo que está ocurriendo ahora...

—Te ha atrapado, querida —zanjó la señora Catmull—. Todo conducía de forma inexorable a este desenlace. Elías, te dejo con esto. Volveré acompañada dentro de un rato. —Se sacudió las faldas y salió de la terraza cubierta con un paso mucho más vivaz que al entrar.

Kate se volvió hacia Catmull.

—¿Acompañada? ¿De quién?

—De testigos, claro —contestó con tono casi eufórico—. Y, cuando vean que está sola conmigo, solo podrán llegar a una conclusión, y con una consecuencia inexorable.

Kate se movió rápido cuando estaba hablando, pero Catmull la agarró del brazo y la detuvo en seco. Intentó sacudirse mientras le gritaba:

—¡Suélteme, botarate!

—No sirve de nada que montes el espectáculo de que me rechazas —le advirtió mientras le clavaba los dedos en la carne del brazo—. Conozco bien la historia de tu familia: la extravagancia de tu madre, la vergüenza secreta de tu padre. ¿A quién le puede sorprender que ningún otro caballero te haya propuesto matrimonio? Pero yo carezco de esos escrúpulos, milady.

—Al fin dice una verdad, señor —afirmó Kate—. Usted carece por completo de escrúpulos.

—Como te decía, una vez que pase todo lo que va a pasar, ¿qué otra alternativa vas a tener salvo casarte conmigo antes de que acabe el mes?

—¿Me está amenazando con hacerme perder la honra? ¿Es eso? —Kate soltó una risa desdeñosa—. Inténtelo, por favor, y vamos a ver qué pasa.

—¡Oh, no! No soy partidario de la violencia física. Me refería al veredicto de la

sociedad. Cuando vuelva mi madre, acompañada de su grupo de cotorras, y nos encuentren aquí solos, tu buen nombre empezará a arrastrarse por el barro y tu reputación no valdrá un penique. Pero todo quedará perdonado cuando anunciemos nuestro compromiso matrimonial. Cosa que haremos esta misma noche, con las bendiciones de lady Mattingly.

—Está loco —espetó Kate—. Y, en cualquier caso, ha puesto en marcha su plan demasiado tarde, pues ya estoy comprometida —indicó, sintiéndose obligada a mentir.

Catmull hizo una mueca involuntaria de sorpresa. Kate se alegró al darse cuenta de que no se esperaba eso. Pero el hombre cambió enseguida de gesto, lo reemplazó otro de desdén.

—Buen intento, pero vano. Sé que tienes toda la libertad para aceptar mi propuesta. Y la aceptarás. —Tiró del brazo para acercarla más a él—. De no ser así, mañana a estas horas todo el mundo sabrá que has sido mía —concluyó con tono sombrío.

—Mañana a estas horas estará usted en el hospital de Westminster arrepintiéndose de haber nacido —amenazó Kate, preparando la pierna para darle la clase de rodillazo que le había enseñado su hermano.

En ese momento, se oyó con toda claridad el carraspeo de un hombre.

El señor Catmull volvió la cabeza en dirección a la puerta de la terraza cubierta. Kate también se volvió y le dio un vuelco el corazón de puro desconcierto.

Charles Heywood estaba apoyado contra el marco de la puerta. Su alta figura se recortaba imponente a la luz escasa de la luna.

—Me da la impresión de que está a punto de proponerle matrimonio a mi prometida —dijo, dirigiéndose a Catmull—. Hágalo si se atreve.

* * *

Charles había llegado al baile hacía menos de cinco minutos, en compañía de sir Lawrence y Gilbert Trumble. No le había costado mucho averiguar lo que estaba pasando con Kate. Y menos aún deducir las intenciones de Catmull y su plan para lograr lo que había planeado.

Cuando lo encontró solo con ella en el invernadero, sujetándola por el brazo con rudeza mientras la amenazaba con darle mala fama, se le heló la sangre en las venas. Se enfureció como nunca en la vida.

Su primer impulso fue reaccionar como en situaciones de peligro: lanzarse sin pensarlo a la pelea, agarrar al tipo por el cuello y apretárselo hasta que no le

quedara ni un hálito de vida. Le daba lo mismo que estuvieran en un baile de la alta sociedad, y en presencia de una dama, y que era probable que una pelea como esa le hiciera tanto daño o más al buen nombre de Kate que el hecho de estar a solas con Catmull.

No obstante, se contuvo. Kate no iba a necesitar que ningún hombre la rescatara. Cuando Charles iba a entrar en acción, pudo darse cuenta de que ella estaba a una décima de segundo de darle un rodillazo en sus partes al canalla de Catmull.

La imagen de su familia pendenciera, de sus tres hermanos, sobre todo del menor, con su competitividad ruda y su cuestionable sentido del decoro, le pasó como un relámpago por la mente. Decidió que la próxima vez que se encontrara con Jack Beresford lo invitaría a una copa. O a todas las que él quisiera.

—Heywood —dijo Catmull—. Por fin nos conocemos.

Era menos corpulento de lo que Charles se había imaginado, un hombre enjuto, pero Charles sabía por experiencia que a las personas menudas no había que considerarlas menos poderosas... fueran hombres o, sobre todo, mujeres.

—Catmull —respondió Charles—. Antes de nada, debo exigirle que suelte a mi prometida.

Catmull emitió un gruñido de desprecio.

—¿Su prometida? ¡No me haga reír! Sé muy bien que está usted casado.

Charles lo miró con fijeza.

—Así que me vio en Satterthwaite Court. Me imagino que la calesa que había junto a la casa del administrador era suya. Y también el rifle con el que me disparó y falló, ¿verdad?

Kate abrió mucho los ojos, tan asombrada como enfadada.

—¿Le disparó?

Catmull soltó a Kate a regañadientes.

—Fue un disparo de aviso, Heywood. Si hubiera querido matarlo, ahora no estaría aquí delante.

—¿Tan bueno es con las armas? ¿Con las pistolas también? Me alegra saberlo. —Charles fijó la vista en las huellas rojizas de dedos que le había dejado a Kate en el brazo —. Después de lo que ha hecho, no me sentiré culpable de que nos encontremos de madrugada en el campo del honor.

—No hay ninguna necesidad de hacer tal cosa —intervino Kate, que se colocó entre ellos de inmediato.

—¿Aceptar el desafío de un Heywood? —ironizó Catmull con desprecio—.

¿Cree que soy idiota? Me caracterizo por tener un buen cerebro, no mucho músculo. Así he conseguido lo que tengo. La casa. La chica. Todo. Y usted, con toda su bravura y su puntería, ¿cómo se va a quedar? ¡Sin nada! Sin hacienda familiar. Sin su preciosa heredera. Solo con un poco de dinero de la Marina y una esposa del montón, más apropiada para moverse en medio del fango que para destacar en los encuentros sociales de Londres.

Kate se irguió con aire ofendido.

—No tan del montón —rebatió indignada—. Tengo que decirle que la ropa de montar que llevaba ese día la estrené la temporada pasada y que la confeccionó una de las mejores modistas de Londres.

Catmull se quedó con la boca abierta.

—¿Eras tú?

—Y que conste que en el fango del campo estoy como en casa, gracias —continuó, encendida—. Algo que ya tendría que saber si se hubiera tomado la molestia de conocerme, aunque solo fuese un poco.

—¿Ustedes dos? —Catmull los miró alternativamente con gesto de asombro—. ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Tenemos un compromiso mutuo estable y duradero. —Kate miró a Charles con intensidad—. ¿No es así?

Él asintió.

—En efecto. Un compromiso secreto, pero profundo y firme.

—Si es secreto, no es tarde para cambiar de planes —opinó Catmull.

—¿Y por qué diablos iba yo a cambiar de opinión? —preguntó Kate con gesto ofendido.

—Tú no —respondió Catmull—. Él. —Miró a Charles con un brillo calculador en los ojos—. Todavía quiere esa hacienda, ¿verdad?

Charles centró en Catmull su atención, afilada como un cuchillo de carne.

—¿Estaría dispuesto a venderme Satterthwaite Court?

—Solo si se quita de en medio —dijo Catmull—. Váyase ahora, olvide las promesas que le ha hecho, cualesquiera que sean, y desaparezca.

—Debe usted de pensar que mis promesas son mercancía muy barata.

—Sé muy bien lo que yo haría en estas circunstancias —afirmó Catmull—. Pensaría en mi madre, ella sería mi prioridad. Piense usted en la suya. Tenga en cuenta lo que significaría para ella recuperar la propiedad de su hacienda familiar.

Charles estaba encolerizado. La sensación de injusticia era tan enorme que podría hacerle olvidar con facilidad la decisión firme de contenerse para no darle a

Catmull la paliza que tanto se merecía.

—Esa hacienda ya debería estar en su poder. Fue el abuelo de mi madre, de acuerdo con el de usted, quien rompió la restricción de herencia.

Catmull se quedó helado.

—¿Quién le ha dicho eso?

—¿Su abuelo? —preguntó Kate, muy confundida—. ¿Quién era...?

—Edgar Townsend —respondió Charles.

—¡No es posible! —exclamó ella.

Charles miró de hito en hito a Catmull.

—Es así, ¿verdad? Y seguro que hay actas públicas de tal acuerdo, si se sabe dónde buscar.

—¿Y qué importa eso? —dijo Catmull—. Da igual quién rompiera la restricción de herencia. Eso no cambia nada.

—Es cierto, no —reconoció Charles—. No cambiaría nada... a no ser que sir Charles hubiera dejado un segundo testamento.

Catmull sonrió de forma sardónica.

—En efecto, así es. Pero no hay un segundo testamento.

«Ahora no lo hay», tendría que haber dicho. Charles supuso que lo habrían quemado. Su madre o él.

De hecho, con independencia de quién lo tuviera en su momento, eso ahora apenas importaba. Lo único que quedaba en esos momentos era la palabra de lady Darly, quien, pese a sus ataques de culpabilidad, nunca se armaría del valor suficiente como para ir contra su familia de forma pública y abierta. Incluso aunque lo hiciera, y aunque Charles fuese capaz de encontrar al abogado que había redactado el segundo testamento y a los lugareños que habían sido testigos, el único recurso factible contra Catmull que podría presentarse sería ante un Tribunal de Equidad. Y ese no era un recurso viable. Los casos relacionados con testamentos tardaban años, a veces décadas, en ser tratados por esos tribunales, de modo que las partes terminaban en la ruina debido a la espera.

—No —dijo Charles—. Y es una pena, porque, de haberlo, Satterthwaite Court ahora pertenecería a mi madre.

—Puede ser suya de nuevo si usted se va de aquí.

Kate no apartaba la vista de Charles, casi sin aliento y tensa como una cuerda de violín.

¿De verdad pensaba que una hacienda, fuera la que fuese, podía competir con su amor por ella? Tenía que acabar con sus dudas cuanto antes.

—Tentador —dijo dirigiéndose a Catmull—. Pero no. Si hay que escoger entre la hacienda y la dama, tengo claro que escojo a la dama. Al fin y al cabo, nos vamos a casar enseguida.

Kate relajó los hombros de forma visible. Charles extendió el brazo hacia ella. La joven, arrastrando la amplias faldas, se lanzó hacia él con el brazo extendido para tomarlo de la mano.

—Es usted un estúpido, Heywood —escupió Catmull.

—Y usted necesita una heredera de forma desesperada —remarcó Charles—. Por eso está vendiendo sus activos. Se está jugando todo lo que tiene en ese proyecto del Canal, seguramente tirando el dinero a la basura. Se ha vuelto descuidado.

—Y estúpido —añadió Kate con mucha convicción—. De entre todas las herederas disponibles a las que podría haber intentado atrapar, ¿cómo pudo pensar que iba a tener alguna posibilidad conmigo?

—Bueno, querida, está enamorado de ti, de eso no me cabe la menor duda —aseguró Charles—. Puede que sea una víbora, pero tiene ojos.

Se produjo una conmoción en la puerta.

—¡Los he encontrado! —gritó una dama como si estuviera declamando su papel en una obra de teatro—. ¡Lady Katherine y mi hijo están aquí solos, en el invernadero!

Entró con mirada triunfante: una mujer delgada con un vestido morado, con los mismos rasgos cadavéricos e igual mirada calculadora que Elías Catmull. Era la hija mayor de Edgar Townsend, Elizabeth. En esos momentos, viuda del señor Catmull padre.

Al ver a Charles se detuvo en seco. Un gesto de asombro le transfiguró el rostro. Reconoció los rasgos sin duda posible. Eran los del capitán Arthur Heywood, el hombre que, junto a Phyllida Satterthwaite, había sido el causante de todas sus desgracias.

—¡Tú! —dijo convirtiendo la palabra en una acusación—. ¡Eres su hijo!

—Es un privilegio para mí —afirmó Charles con seriedad.

—Pero ¿qué significa esto? Vosotros dos juntos... —La señora Catmull miró alternativamente a Charles y a Kate, y después a su hijo—. ¡Elías!, ¿qué está pasando aquí?

—Lady Katherine está comprometida en matrimonio con el teniente Heywood, madre —le explicó Catmull con tono sombrío.

—¡No! —exclamó la señora Catmull, que palideció hasta parecer un cadáver—.

¡Es increíble! ¡Es imposible que otro Heywood nos arruine...!

—¿Arruinarles? No veo cómo —dijo Kate—. Para empezar, el dinero que yo pueda tener jamás ha sido de ustedes.

—Pero ahora va a ser de él —puntualizó Catmull mirando a Charles y riendo sin una brizna de humor—. ¡Qué ironía!

En ese momento llegaron otras tres damas: lady Chesham, lady Mattingly y Christine, la hija de lady Mattingly. Todas entraron a la vez y enseguida dedujeron lo que estaba ocurriendo.

—Teniente Heywood, es un placer encontrarle aquí —saludó lady Mattingly—. La señora Catmull nos había dicho que lady Katherine estaba sola con su hijo Elías.

—Eso no ha ocurrido en ningún momento —respondió Charles—. Mi prometida siempre ha estado bien cuidada.

—Excelente —sonrió lady Mattingly sin mostrar ni la más mínima sorpresa.

Sin embargo, Christine sí que reaccionó, abriendo mucho los ojos y dirigiéndose a Kate.

—¡Su prometida! Pero, Kate...

—Te lo explicaré después —prometió esta en voz baja.

—¿Qué es lo que oigo respecto a una prometida? —intervino la anfitriona, lady Chesham, acercándose al grupo. Los pliegues de su vestido de crepé rozaban el suelo de la terraza cubierta. Tenía una actitud igual de imponente que la de un almirante que asumiera el control de una tripulación rebelde—. ¿Un compromiso matrimonial el mismísimo Día de San Valentín, y entre los hijos de dos grandes familias? ¡Esto hay que anunciarlo a todos los asistentes a mi baile, vaya que sí! ¡Va a ser la sensación de la temporada, se lo aseguro!

—Mi querida señora, a nadie se le podría ocurrir eclipsar su gloria el día de su cumpleaños —la frenó lady Mattingly—. Dejemos que el conde de Gordon y el de Allendale organicen el anuncio del compromiso. Y el resto de nosotras deberíamos regresar al salón de baile para evitar que la ausencia de lady Katherine empiece a llamar la atención.

—Buena idea —concedió lady Chesham—. En estos tiempos hay que tener mucho cuidado con la reputación de las damas. Es nuestro deber evitar cualquier tipo de escándalo. Señora Catmull, ¿viene usted con nosotras?

La aludida echaba chispas por los ojos.

—Parece que he cometido un error —dijo al tiempo que se unía al grupo para salir de la terraza—. Le ruego que me disculpe, querida.

Christine se acercó al señor Catmull y lo tomó del brazo.

—Estoy deseando que me presente a su madre. ¿Nos unimos a ella?

El señor Catmull se puso rígido.

—Sí, creo que es lo mejor. Aquí no pintamos nada.

Lady Mattingly le sonrió a Charles antes de salir de la terraza cubierta.

—Teniente Heywood, le permito que permanezca cinco minutos a solas con lady Katherine. Y confío en que después la acompañe a reunirse de nuevo conmigo

Kate no pudo evitar un gesto de sorpresa.

—Me asombra que no me haya hecho ir con ella —confesó cuando todo el mundo se hubo marchado, dejándolos solos.

La luz blanquecina de la luna entraba por los cristales de la terraza e iluminaba con un resplandor pálido el rostro de Kate, que llevaba una guirnalda de flores alrededor del pelo oscuro. Las rosas blancas y los nomeolvides complementaban el tono azul plateado del vestido. Parecía recién sacada de un cuento de hadas.

Charles respondió con voz ronca.

—No debería haberlo hecho, teniendo en cuenta que estamos prometidos.

Kate hizo una mueca de disculpa.

—No sé cómo se me ha podido ocurrir decir semejante cosa. Creo que solo fue para ver qué cara ponía el señor Catmull. ¡El muy sinvergüenza! Has hecho bien en seguirme el jugo

—No estaba jugando.

Kate alzó las cejas.

—No te entiendo.

—El lunes me preguntaste por qué había tardado tanto en venir a Londres. Fue porque me desvié un poco e hice una parada antes de llegar.

—¿Dónde?

—En Beasley Park —contestó—. Para hablar con tu padre.

A Kate le temblaron los labios.

—Esta tarde me he retrasado y no he podido ir a visitarte por algo parecido. —Buscó en el bolsillo interior de la levita y sacó una cajita de terciopelo que había comprado esa misma tarde en una joyería de la calle Bond. Le dio la caja a Kate.

La joven la abrió, dejando al descubierto un anillo con un zafiro oval de diez quilates que brillaba con intensidad. La gema estaba rodeada de diamantes. El regalo le había costado una buena parte de lo que había cobrado al renunciar a la Marina, una cantidad de dinero que no le importaría gastarse otra vez con tal de

volver a ver el gesto con el que Kate miraba alternativamente a la joya y a él.

De hecho, ella se quedó sin aliento.

—¡Oh!

Charles sonrió.

—Creo que estás empezando a entenderlo.

—Sí, pero... —Lo miró a los ojos, que en ese momento brillaban de forma peculiar—. No deberías haber... —tartamudeó—. No tenías por qué... ¿E ir a visitar a mi padre? —Hizo un ruido extraño, a medias risa y a medias sollozo—. De todas formas, ¿qué significa esto?

—Pues significa lo que tú quieras que signifique —respondió—. Una propuesta de matrimonio. O un regalo de San Valentín. O las dos cosas.

—Las dos cosas —repitió.

Le colocó el anillo en el dedo. Las piedras preciosas destellaron.

—En realidad, y desde el fondo del corazón, es un símbolo de lo que siento por ti desde el día que nos conocimos. Respeto. Admiración. Amistad. —Se llevó la mano a los labios—. Amor.

—¿Me amas?

—¿Que si te amo? Quiero casarme contigo, Kate. Establecerme en una finca con mil rincones en alguna parte de Somerset para estar contigo y con nuestros caballos, nuestros perros y, Dios me ampare, hasta con tus gatos. Espero con toda mi alma que tú desees lo mismo. Que quieras estar conmigo.

—Quiero —asintió con cierto tono melancólico—. ¡Claro que quiero!

Charles se acercó a ella. Kate le puso la mano en el pecho para detenerlo antes de que la abrazara.

—Pero ¿de verdad es esto lo que deseas? ¿El barro y el estiércol? ¿La tranquila vida campestre de un hacendado? Un día podrías levantarte y darte cuenta de que has cometido un error y de que aún sigues siendo el mismo hombre que se fue de Somerset y vivió lejos durante muchos años buscando y viviendo aventuras.

—Tú eres mi aventura —declaró con voz ronca. Y después la besó.



Epílogo

El compromiso de Kate y Charles se celebró con gran esplendor en Heywood House un mes después. Acudieron el abuelo de Charles y la señora Ogilvy, así como el tío George, la tía Prudence y sus dos corpulentos hijos, Walter y Daniel.

Kate y sus padres se quedaron una semana. Los acompañó Jack Beresford, a lomos de su recién comprado caballo ruano, cabalgando junto al carruaje de la familia. James llegó a la mañana siguiente desde Londres, donde tenía un compromiso previo. Por lo que se refería a Ivo, no acudió, por razones que solo conocía la familia de Kate. Charles sospechaba que tenía que ver con la señorita Burton-Smythe, la chica pelirroja que había conocido cuando Hannah y él fueron a visitar a Kate.

Lo cierto fue que el día que llegaron solo se preocupó de Kate, aunque apenas pudo disponer de tiempo a solas con ella. Tras la cena de esa noche, los dos se separaron del resto y entraron en la sala de estar. Era su primer momento juntos a solas desde que se separaron en Londres tras el baile Chesham.

Se quedaron de pie junto a la ventana, agarrados de las manos el uno frente al otro a la luz de las velas de cera de abeja. *Flurry*, *Twig* y *Odiseo* pulularon a su alrededor hasta que se retreparon en sus respectivos lugares habituales de la alfombra cercana a la chimenea: una otomana y un espacio tibio debajo de una mesa baja con incrustaciones.

—Ivo me ha dicho que tenía una cita en Bath —le explicó Kate—. Pero no se ha llevado ninguno de sus caballos ni tampoco lo ha acompañado su ayuda de cámara. Hace tres días nos hemos enterado de que la señorita Burton-Smythe también se ha ido. No sabemos adónde y no nos hemos atrevido a preguntar a su

padre.

—Un misterio de los que a ti te gustan —observó Charles para tomarle el pelo.

Se inclinó hacia él con los dedos entrelazados. Las faldas se entremezclaban con la piernas de él.

—Voy a dejar que este lo resuelvan mis padres. Ya he tenido bastantes misterios por un tiempo.

Le dio un beso en la sien.

—Pensé que te había gustado resolver los nuestros.

—¿Los resolvimos? —se preguntó Kate—. Sabemos quién escribió la carta y por qué lo hizo. Y también sabemos cuál era la injusticia. Pero no hemos logrado corregirla.

—Es verdad —reconoció Charles—. No hemos podido hacerlo.

Lo último que habían sabido era que Catmull había vendido Satterthwaite Court a la otra parte interesada, por lo que ahora estaba fuera del alcance de Charles. Fuera del alcance de todos ellos.

—De todas maneras... —le apretó las manos con cariño—, no creo que nuestra colaboración haya sido un fracaso total.

Charles bajó la cabeza hacia ella.

—Todo lo contrario.

Kate alzó el rostro y lo besó en los labios.

—¿De verdad tienes que ser tan indiscreta? ¡Hay niños delante!

—Yo no soy una niña —intervino Hannah. Tenía a *Evangeline* y *Tippo* muy cerca de los tobillos—. Y lo que he visto me parece romántico.

—Se podría definir así —concedió Jack.

Charles y Kate se separaron sin dejar de mirarse y sonreír.

El sonido de un bastón sobre el suelo anunció la llegada del padre de Charles. Entró en la habitación del brazo de lady Allendale, los siguieron lord Allendale y la la señora Heywood. Las dos parejas no podían ser más diferentes, pero hasta el momento se llevaban muy bien y se esforzaban al máximo para apoyar la relación de sus hijos.

El abuelo de Charles y la señora Ogilvy llegaron tras ellos, junto con el tío George, la tía Prudence y sus hijos. Todos tomaron asiento en los sofás y sillones que rodeaban la chimenea, y continuaron con la conversación que habían mantenido durante la cena, que tenía que ver con los problemas de desagüe y alcantarillado de la hacienda del tío George en Northumberland.

Su abuelo atendía a la conversación con los ojos cerrados. Tenía más de ochenta

años, estaba agotado tras el viaje y pronto anunciaría que se iba a la cama.

—Tu madre y yo tenemos algo para ti —declaró Arthur dirigiéndose a su hijo —. Una especie de regalo de boda.

A Philly, que estaba sentada en el sofá junto a lady Allendale, le brillaban los ojos.

—Ha sido cosa de tu padre —especificó—. Yo no tengo ningún mérito.

—¡Claro que sí! —protestó Arthur—. Puede que tu madre no haya tenido que ver con el final del asunto en concreto, pero, como siempre, es ella quien guía todo lo que hago. —Extrajo un documento del bolsillo interior de la levita. Tenía tres dobleces y estaba atado con una cinta roja. Se lo pasó a Charles—. Para vosotros dos, Kate y tú, con nuestros mejores deseos.

—¿Qué es? —Su abuelo había despertado de repente—. ¿Un regalo de boda para Charles?

La señora Ogilvy se inclinó para hablarle al oído. Tenía ya gris la antigua mata de pelo moreno, pero le seguían brillando los ojos de alegría al dirigirse a su compañero de tantos años.

—Es de Arthur y Phyllida, querido. Un documento.

Kate y Charles intercambiaron una mirada rápida mientras Charles deshacía el nudo de la cinta.

Era una escritura.

¡Dios del cielo!

¡Era la escritura de Satterthwaite Court!

Charles alzó la mirada hacia su padre, asombrado.

—¡Era usted! —dijo, comprendiendo de repente—. ¡El otro comprador era usted!

Arthur alzó las cejas.

—¿Es que había dos compradores?

Charles aún no le había hablado sobre su intento fallido de adquirir la hacienda ni de lo que había averiguado en la cena con lady Darly. Había intentado hacerlo, pero no había encontrado el momento adecuado para compartir tan malas noticias. No cuando todo el mundo estaba tan feliz con el compromiso de boda.

—¿Cómo lo ha conseguido? —preguntó.

—La restricción de herencia se había deshecho —explicó Arthur—. El vendedor era un conocido lejano nuestro con el que no tenemos ninguna relación. De todas formas, pensé que sería mejor que fuera Ombersley quien hiciera la compra en mi nombre. No había ningún motivo para desenterrar el

pasado.

—Desde luego que no —murmuró Charles.

—Ombersley es un profesional excelente y un gran tipo —valoró el abuelo—. El mejor abogado que hay, sobre todo para los asuntos importantes de verdad.

—Estoy muy de acuerdo —corroboró Arthur.

Sin duda lo era. Seguro que había averiguado que había sido sir Charles quien había eliminado la restricción de herencia. La intención de sir Charles de legarle la hacienda a su nieta se deducía sin la menor duda de ese hecho. Por lo que se refería a la existencia de un segundo testamento..., Charles se preguntaba cuánto sabía su padre y cuánto sospechaba.

Volvió la vista hacia su madre. Le brillaban los ojos de pura alegría.

—La casa de su infancia —dijo Charles—. Padre se la ha devuelto, por supuesto.

—Y ahora es tuya, amor mío —declaró Philly—. Pero solo si Kate y tú queréis vivir allí.

—¡Claro que sí! —exclamó la aludida—. ¡Es perfecta! —Se acercó a abrazar a la madre de Kate y después a su padre—. ¡Y está muy cerca de Beasley Park!

—Por lo que su madre y yo les damos las gracias de todo corazón —dijo lord Allendale—. Para nosotros no iba a ser nada fácil vivir lejos de nuestra hija.

Lady Allendale reaccionó abrazando a su hija.

—¡Ojalá que tus hermanos tengan bodas igual de felices!

—¡Deme tiempo, madre! —pidió Jack—. Apenas he empezado a buscar.

—James tiene que ser el siguiente —terció lady Allendale—. Es el mayor.

Charles y Kate intercambiaron una mirada cómplice, pues ambos estaban seguros de que sería Ivo, y no James, el siguiente en encontrar pareja.

Más tarde, cuando el abuelo y la señora Ogilvy ya se habían ido a la cama y el resto del grupo o bien jugaba a las cartas, o bien se entretenía con el pianoforte, Charles y Kate hablaban en voz baja en la zona relativamente aislada del banco de la ventana, tomados de las manos, mientras *Odiseo* gruñía ronco a sus pies.

—¿Eres feliz? —preguntó Charles.

Kate le apoyó la cabeza en el hombro.

—Del todo.

Charles la miró a la luz de las velas: a esa persona irritante, magnífica y preciosa hasta el delirio que pronto iba a ser su esposa.

—Yo también, Kate —dijo.

Y hablaba con el corazón.



Nota de la autora

Cuando Charles Heywood le dice a la dama entrometida de la calle Bond que ese perrito enloquecido es un raro cruce que acaba de llegar de España, estoy haciendo un homenaje a una de mis escenas favoritas de *Frederica*, la novela de Georgette Heyer. En ella, el perro callejero de la protagonista, *Lufra*, se mete en mitad de un rebaño de vacas en una calle de Londres. Cuando los transeúntes dicen que hay que acabar con el can, Frederica lo defiende diciendo que «es un perro de pura raza *collie* de Barcelona» que ha sido trasladado a Inglaterra «a un altísimo coste». Lo cual se convierte en un chiste recurrente a lo largo de la novela: en un principio, *Lufra* se identifica como un *collie* de Barcelona y al final como un sabueso de Beluchistán.

El calentador de cuello para perros que teje lady Kate como descarado regalo de Navidad para Charles se inspira en un patrón de ganchillo de bozal para perros que aparecía en una edición de 1868 del *Godey's Lady's Book (Manual de Godey para las damas).* Se proponía hacerlo de lana y se recomendaba utilizarlo para perros de compañía en sustitución de otros bozales duros que se hacían de alambre. Hace muchos años que descubrí ese patrón y desde entonces estaba deseando utilizarlo en una de mis historias.

El dudoso plan inversor del Canal se relaciona con mi novela *Una historia de conveniencia*. En esa historia, ambientada en 1860, el abogado sin escrúpulos de la heroína pierde la mayor parte de sus ahorros invirtiendo en un plan similar. Me imaginé que el señor Catmull, por aquel entonces ya mayor, era también la fuerza anónima que había detrás del fallido plan. Dado que en *Una historia de conveniencia* es el abogado Tom Finchley quien descubre la naturaleza

fraudulenta del plan, será él el responsable del futuro hundimiento del señor Catmull.

Las experiencias como teniente naval durante la segunda guerra egipcio-otomana se inspiran en acciones bélicas reales lideradas por el almirante sir Charles Napier. La descripción que hace el protagonista en el capítulo 4 es casi idéntica a lo que ocurrió cuando el almirante Napier, en ese momento capitán, patrullaba la costa libanesa en 1840, defendiendo los intereses británicos contra las fuerzas de ocupación egipcias.

Cuando el comandante de la Armada enfermó, Napier recibió el encargo de liderar las fuerzas terrestres. Fue en esas circunstancias cuando el oficial superior de Napier, el almirante Stoppard, afirmó que su bandera de tregua había recibido disparos. La respuesta fue bombardear Beirut, ciudad en la que se produjeron muchas bajas civiles, aparte de los destrozos causados por el bombardeo. Así que el castigo no fue para los verdaderos enemigos de Inglaterra, los egipcios, sino para los supuestos aliados, los libaneses: de hecho, la población civil.

En la novela no entro en detalles acerca del incidente, pues no lo consideré necesario a la hora de explicar la desilusión que sufría Charles Heywood. En ese momento, Gran Bretaña estaba en un proceso de expansión de su imperio. La personalidad de base del protagonista, un hombre con mucha conciencia social que defendía de corazón a todas las criaturas desfavorecidas y las rescataba si podía, unida a los acontecimientos bélicos vividos, lo conduce a poner en cuestión la presencia británica guiada por intereses imperialistas en ultramar.

Por eso, al comienzo de la novela, Charles decide y hace votos de abandonar su ansia de aventuras, dado que, en el pasado, no le ha gustado a dónde le ha conducido. Pero ese deseo de aventuras no ha desaparecido por completo, como demuestran su fascinación por lady Kate y su determinación a la hora de resolver el misterio de la carta anónima.

Por último, solo señalar que los nombres de los barcos de Charles son ficticios, así como el de la revista femenina en la que Kate encuentra el patrón para la bufanda-bozal del perro.



Reconocimientos

Escribir la secuela de dos de mis novelas más populares significó un auténtico reto. Cuando terminé *La obra de arte* y *Caballero Jim*, en ningún momento pensé en recuperar a sus personajes. No porque no tuviera más historias que contar en aquellos mundos, sino porque pensaba que las circunstancias de la narración se habían cerrado de forma muy adecuada. Pero a principios de 2022 les di vueltas a dos hechos: ambas historias sucedían en la misma década y las dos en Somerset. ¿Y si, solo «y si», los hijos de Maggie y St. Clare, y los de Philly y Arthur se encontraban y se enamoraban?

A partir de esa idea, mi imaginación echó a volar.

Muchas gracias a Deb Nemeth por la edición; a James Egan por el diseño de cubierta; a Anne Victory y a Crystalle por la corrección de pruebas; a mis amables lectoras de borradores Flora, Sandy, Dima, Courtney, Dana y Renee; y a mi extraordinaria y brillante agente Kevan Lyon por todo lo que hace para lograr que mis libros salgan al mundo y lleguen a manos de mis lectoras. También estoy muy agradecida a la autora Sarah Waldock por ayudarme con la investigación y a mi maravillosa asistente Rel Mollet, cuya amistad, apoyo y estímulo fueron vitales a la hora de finalizar la novela en su forma definitiva.

Finalmente, pero no menos importante, gracias extra y muy especiales a mi magnífica mamá, una lectora de borradores siempre en primera línea, por su crítica muy constructiva y su apoyo sin fisuras para vencer las inseguridades, tanto al escribir como en otros aspectos. Y al grupo de apoyo animal, formado por *Stella*, *Jet*, *Tavi*, *Bijou* y *Asteria*. Esta historia está muy poblada de perros (y demás animales) y los míos estuvieron presentes en todos los momentos de su creación y

desarrollo. Sin ellos, no podría hacer nada de lo que hago.

Descarga la guía de lectura gratuita de este libro en:
www.librosdeseda.com